



MI
ABSOLUTA
PERDICIÓN

P A T C A S A L À



Mi absoluta perdición

Pat Casalà



Mi absoluta perdición

ISBN: 9788419542915

ISBN ebook: 9788419542991

Derechos reservados © 2023, por:

© del texto: Pat Casalà

© de esta edición: Colección Mil Amores.

Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.

41001. Sevilla

info@lantia.com

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A la imaginación capaz de crear imposibles
A la realidad virtual, por abarcar cada día un poco más.
A mi hijo Àlex, por darme una idea brutal.
A las segundas oportunidades, por hacernos sonreír.
Y al amor, porque sin él la romántica no existiría.*

Nota de la autora

Estás frente a una historia de ficción donde se habla de un juego de realidad virtual que hoy en día no existe en el mercado ni se ha desarrollado una tecnología capaz de otorgarle ese realismo a los trajes hápticos ni a algunas de las escenas dentro del entorno interactivo. No dudo que en unos años asistiremos a un avance significativo en el campo y que el MAP sería posible, incluso superado. La inventiva de los ingenieros de *software* crece día a día, es invencible y acabará barriendo cualquier expectativa creada. Pero, en la actualidad, es ficción.

Prólogo

Gonzalo

La puerta del despacho se abre para mostrarme a la única persona capaz de desestabilizar mi férreo control de la situación. Gia. Mi amor, mi compañera, mi amante, mi amiga, mi todo; mi absoluta perdición, la que puede derruir mi determinación con una sola mirada. Cuando ella aparece el mundo se tambalea, se convierte en ansia, deseo, avidez, necesidad... Los años han avanzado a una velocidad inalcanzable, pero mis sentimientos y mis anhelos de poseer hasta la última porción de Gia siguen intactos, a pesar de mi decisión, de ese adiós que flota en el ambiente. Su olor me endurece. Es un perfume floral mezclado con su aroma de mujer, y la boca se me seca al instante. Mis ojos se quedan más tiempo del aconsejado en la piel que deja al descubierto el vestido rojo agarrado a sus curvas y me vuelve loco. Es largo hasta por encima de las rodillas, de lycra, ajustado, de tirantes gruesos, con un escote en uve demasiado pronunciado. A Gia siempre le ha gustado mostrar la perfección de su cuerpo sin complejos.

—Tenemos que hablar —anuncia sin cerrar la puerta. Después de lo sucedido anoche, esta declaración me acelera el corazón, ya bastante destrozado por las circunstancias. Aunque sabía que este momento llegaría. La conozco, no es una mujer blanda, tiene garra, ímpetu, valor.

Camina hacia mi mesa con un andar decidido. Sus manos sostienen un sobre y no hay rastro de su habitual sonrisa, más bien adolece de un rictus tenso, cargado de dolor, muy ajeno a mi Gia, esa chica avispada, feliz, alegre, con un positivismo de narices y la idea de vivir siempre al límite de la emoción. Y lo peor es conocer la razón, saberme el artífice de sus heridas, descubrir la onda expansiva de la bomba que le lancé anoche, una capaz de arrasar hasta los cimientos de nuestra felicidad. Es una mujer voluptuosa en todas sus definiciones posibles. No es plana, ni delgada en extremo ni demasiado alta. Pero tiene una figura envidiable, la trabaja a diario en el gimnasio, cuida su alimentación sin convertirse para nada en una obsesa, sabe sacarse partido y siempre es capaz de despertar miradas de deseo a su paso. Nunca he sido un hombre celoso, por eso me divierte ver cómo algunos hombres se giran al verla caminar por la calle, con esos labios carnosos pintados con carmín rojo fuego, el pelo negro cayendo en cascada sobre sus hombros, su vestuario sexy a rabiar, los tacones de plataforma que suelen alzarla diez centímetros por encima de su estatura... ¿Quién puede resistirse a ese fenómeno de la naturaleza?

Su expresión no augura nada bueno cuando deja la carta sobre la mesa, cerca de mí, y ocupa una silla que se encaja en mi escritorio. No hemos hablado desde anoche en el hospital, y sí, quizá me equivoqué en mi enfoque de la situación y debería haberme presentado en su habitación al regresar a casa para explicarme, porque ahora mi comportamiento me explota en la cara con la fuerza de una deflagración atómica. Gia suele ser divertida, despreocupada, optimista,

ilusionada de la vida... También es terca, perseverante, impulsiva y capaz de cambiar de humor de un segundo para otro. Carece de resentimiento, perdona muy rápido, es caritativa y sensible. Y la quiero mucho desde mi tierna niñez, cuando irrumpió en mi vida para llenarla como un huracán capaz de devastar cualquier pena. Sin embargo, hay obstáculos imposibles de sortear y su «tenemos que hablar» pronostica un momento doloroso.

—¿Qué hay en ese sobre? —Lo señalo con unas ganas implacables de besarla. A pesar de captar su malestar y la trascendencia de este instante, la tensión sexual entre nosotros siempre es electrizante. Podría entrar en ella cien veces al día y no la aplacaría. Gia es lujuria en movimiento, un pecado andante, la mismísima reencarnación del deseo más demoledor.

—Mi dimisión. —Sus labios se mueven para dejar salir la frase con una voz tan sensual que tardo un instante en procesar su significado. Son mis hormonas las que toman el control, con la perversa necesidad de saltar sobre la mesa para arrasarla con mi lengua, mis dientes, mi boca.

—¿Tu dimisión? —La rabia se desata en mi torrente sanguíneo y se dispersa por mi organismo —. ¿Qué coño significa eso, Gia? —Ella es impetuosa, yo soy temperamental, y nada contiene mi estallido.

Desciende los ojos hasta la mesa, donde los dedos de su mano derecha juegan con una esquina del sobre. Durante unos segundos siento el peso de la realidad estrujándome el corazón. Porque el único culpable de su huida soy yo, y en el fondo ambos sabemos que es la única opción, a pesar de mi propuesta desesperada, de mis deseos desbocados.

—Quiere decir que me voy —pregona con las pupilas puestas en las mías. Me he olvidado de anotar «sincera» a la larga lista de atributos de mi chica que he soltado antes, pero lo es, tanto que a veces resulta letal—. No estaré aquí para ver cómo destrozas la historia más bonita del mundo.

Me levanto en un arrebato, camino hasta la puerta, la cierro, echo el pestillo y agarro a Gia por los hombros para levantarla de la silla. La idea de perderla es como un puño en mi estómago, no la proceso ni tengo intención de consentirlo, o como mínimo, no me voy a permitir aceptarla, sin embargo, ambos sabemos que no hay otra salida. Con mis dedos clavándose en su piel la acerco mucho a mí, hasta tenerla pegada a mi cuerpo, con su cara a escasos milímetros. Respira rápido, en resuellos, y aparta la mirada, incapaz de sostenérmela sin ceder a sus ganas de mí. La conozco, resistirse no es una opción. Entre nosotros siempre hay un halo denso que nos acerca, nos insta a tocarnos, a besarnos, a saltarnos todos los límites conocidos para dar rienda suelta a esa pasión anidada en nosotros.

—¿Te has vuelto loca, joder? —grito con los labios apretados en una fina línea.

—¡Sí! —Intenta zafarse de mi agarre, apartarme, alejarme de ella, pero no me muevo ni un ápice. Yo también jadeo, y mi corazón parece un puto maníaco—. ¡Has tomado una decisión que nos destroza! —Hay tanto dolor en sus palabras—. Te he querido con toda mi alma, Gon. Te lo he dado todo. No insultes mi inteligencia pidiéndome imposibles y aferrándote a la idea absurda de que podemos seguir con lo nuestro a escondidas. ¡Eva es una arpía vengativa! ¡Jamás permitiría algo así! Y, si jugamos con fuego, nos quemaremos. Has decidido casarte con ella, entiendo en parte tus motivos y, aunque no los comparto, voy a respetarlos. —Exhala un fuerte

suspiro muy triste—. No puedo quedarme a tu lado sin tenerte, sería una tortura para los dos. Por eso me voy a la Toscana. Para siempre.

Un puñetazo en la mandíbula no me hubiera dolido más. Y eso solo despierta de una forma enfermiza mi ira, me enciende, me encara con la realidad. Sin embargo, mi orgullo magullado me impide aceptarlo en voz alta, prefiero esquivar las balas, convencerla a base de besos, sexo, furia carnal. Porque si sucumbo, si le otorgo la razón, si caigo en la trampa de pregonar la veracidad de sus palabras, la única salida posible a esta mierda de situación, soy capaz de romper más todavía nuestros corazones. Así que actúo con agresividad y reclamo su boca. La muerdo, la lamo, la invado. Ella se resiste al principio, con lágrimas de desesperación, pero acaba respondiendo con mi mismo ardor.

Nuestras respiraciones se convierten en gemidos, resuellos, jadeos. Mis manos se deshacen de su vestido, lo lanzan al suelo, a sus pies. Las suyas me quitan la camisa sin atender a la necesidad de desabrochar los botones para arrancarlos. Luego hacen desaparecer mis pantalones. Y yo la ayudo, enredado en la lucha de nuestras bocas, de esos dientes que muerden la piel expuesta sin hacer daño, de esas lenguas que lamen sin piedad, de esas manos impacientes que quieren abarcar demasiado. El sujetador pasa a la historia. Destapo sus generosos pechos y, cuando entran en contacto con mi torso, gruño, el chispazo es un potente amplificador de mi ya abultada dureza. Los amaso, los chupo, los mimo, los colmo de atenciones. Ella no tarda ni dos segundos en masajear esa zona hinchada de mi anatomía, que la recibe con una necesidad absoluta. Desciendo con la lengua por su vientre, me arrodillo en el suelo y utilizo mis dientes y mis dedos para bajarle el sugerente tanga rojo y dejarle el sexo al descubierto.

Está depilada por completo. Me relamo antes de apoyarla en mi mesa y lanzarme a devorarle la entrepierna, ese nudo de terminaciones nerviosas capaz de hacerla estremecer de placer. Sus grititos aumentan mi excitación. Sus dedos, enredados en mi cabello, tirando de él en algunos instantes álgidos, me llevan muy arriba. Mi miembro palpita contra el bóxer con una fuerza colosal, como si luchara por liberarse y encontrar su redención en su interior. Coloco las manos en sus pechos, le pellizco los pezones hasta escuchar su grito desgarrado y sigo moviendo la lengua al ritmo de sus sonidos.

—Gon, joder —susurra entre jadeos—. Gon, ¡Gonzalo! —Mi nombre le sale en un aullido, a punto de perderse en el clímax.

Estalla. Como si fuera una maldita supernova. Se convierte en gemidos, resuellos, estremecimientos. Exhala mi nombre una y otra vez, narcotizada por su placer. Cuando la última réplica se extingue, la agarro de las caderas para darle la vuelta, la apoyo contra la mesa, me bajo la ropa interior y la embisto sin perder un segundo. Sus pechos están sobre la madera, una de mis manos la agarra con fuerza por el pelo para acercar mi boca al cuello y marcarla con los dientes. Mi otra mano regresa a su centro para estimularla tras darle un cachete y escuchar cómo ella se viene arriba.

Entro y salgo de Gia con ritmo desbocado, sin dejar de acariciarla entre las piernas ni olvidarme de tirar de su pelo con fuerza. La penetro más adentro, hasta invadirla al completo, hasta marcarla, hasta mostrarle con actos mi negativa a su marcha. Salgo de ella, le doy la vuelta,

la siento en la mesa, sobre los mismos papeles que hace un instante me han robado la respiración, le levanto una pierna para colocarla sobre mi hombro y vuelvo a adentrarme en su interior sin dejar de mirarla a los ojos, de explicarle sin palabras que no puede abandonarme. Mi placer es como un geiser cargándose, a punto de salir a la superficie para asolarlo todo. Crece. Se precipita. Se llena. Y, de pronto, sale de mí con gritos, gemidos y un sinfín de «joder», acompañados por otro descomunal orgasmo de Gia. Se corre mientras yo me vacío en su interior. Y ambos nos miramos con la respiración acelerada.

—No te puedes ir —susurro al salir de ella. La beso, con ternura al principio y con desesperación después—. Gia, no puedes hacerlo. Has de entenderlo, no tengo otra forma de salvarla. Si lo hiciera, si no me casara con Eva, si siguiera contigo y mi madre volviera a intentarlo, no me lo perdonaría jamás.

Lo sé con solo mirarla a los ojos. Ese brillo apagado, su determinación, su desolación. Es una despedida, y el único culpable de esto soy yo. Pero no tengo alternativa, anoche elegí un camino, el más acertado en este momento, y ahora solo puedo llegar hasta el final, recorrerlo, asumir las consecuencias.

—Te quiero —susurra apartándome con sutileza antes de bajar del escritorio—. Por eso debo irme.

—Yo también te quiero, Gia. Te quiero demasiado para perderte. —La veo caminar hacia mi baño privado con su ropa en la mano—. Por favor —suplico. No suelo hacerlo, solo la posibilidad de despertarme mañana sin ella me impulsa a olvidarme de quién soy, de la situación, de mis responsabilidades—. Quédate. No me dejes, Gia, no sobreviviré sin ti.

—Nunca seré la otra —susurra con desgarro en la voz—. Y Eva tampoco nos lo permitiría; la conoces, sabes hasta dónde es capaz de llegar para conseguir sus metas. Es una mala persona y nunca nos permitiría ser felices. —Se detiene un segundo en la puerta y sus pupilas me encuentran para lanzar una sentencia de muerte a mi corazón—. Siempre te querré. No lo olvides.

1

Gia

Cinco años después

La felicidad se compone de pequeños destellos, de instantes cargados de ilusiones, de fulgores donde levantas el brazo y agarras fuerte esos diminutos detalles capaces de alegrarte el alma. La única persona idónea para atraerla, sentirla y retenerla eres tú misma, porque a veces no se ve a simple vista, se esconde, y solo si vacías tu mente de perjuicios puedes vislumbrarla y permitirle atraparte. Hoy cumpla treinta años, y mi corazón sangra por los recuerdos, esos donde había erigido un mañana muy diferente a mi ahora, en los que mi compañero de vida seguiría a mi lado, me aferraría la mano con fuerza y no me soltaría jamás para emprender juntos el camino hacia los sueños compartidos. Pero he conseguido avanzar, asirme a esas ascuas brillantes de felicidad en mi ahora, no renunciar a gozarlas. Y, a pesar de recordarlo, de añorarlo, de sangrar todavía por él, he continuado con mi vida, la he reedificado y he alcanzado una plácida entereza.

Aparco mi Mini Cooper rojo en el garaje de la villa, situada en una zona poco habitada de la Toscana, cerca del pueblo de Poppiano y a media hora en coche de mi estudio en Florencia. Adoro este trocito de mundo, por eso cuando mi vida se torció cogí mis cosas y volé aquí. Es un reducto chispeado con paisajes sobrecogedores. Casas en los picos de las colinas, campos de girasoles, viñedos, amplias extensiones de heno, plantaciones de olivos, cordilleras sinuosas, flores multicolores... Se respira paz, serenidad, calor, emoción. Me aporta la fuerza necesaria para olvidar, aunque a veces el pasado se empeña en dibujarse en mi memoria como si quisiera invadirme de nostalgia. Gonzalo... Lo nuestro nunca fue fácil ni suave. Nosotros éramos más de descubrir, visionar, investigar y poner en práctica mil ideas disparatadas para darle salseo a una relación prohibida. Lo éramos todo el uno para el otro. Nos retábamos. Buscábamos sacar lo mejor de cada uno. Nos complementábamos. Y ahora apenas somos un papel ajado con frases del ayer.

Lo echo de menos, sobre todo en momentos como este. De niños solíamos proyectar nuestro futuro ideal, ese donde no necesitábamos escondernos, donde al llegar a la treintena tendríamos el *pack* completo, con dos hijos correteando por nuestra casa, siempre cargados de sonrisas, sin el peso de los secretos ni ninguna sombra planeando sobre nuestra relación. Nos evoco en esa casa, escucho las risas, palpo la alegría, huelo la felicidad... Resoplo, enfadada con esa costumbre de mi mente a traerme reminiscencias de mis antiguas utopías. Gonzalo tomó un camino muy alejado de ellas, selló un final y, a pesar de llorar muchas veces su ausencia, he logrado una existencia plena, alcanzar varios de esos sueños juveniles, acariciarlos,

experimentarlos. No debería pensar tanto en él. Sin embargo... Vuelvo a resoplar y apago el motor.

Cuando bajo del coche mi mirada se pasea por el garaje y se queda enredada en un vehículo de alquiler junto a los *jeeps* de Enzo y de Rico, mis primos, mis empleados, mis amigos, mis compañeros de vida... Es extraño. En esta zona privada de la finca, con entrada independiente del área del hospedaje, no solemos tener más de tres automóviles y un par de motos, a pesar de su capacidad para albergar al menos diez vehículos... Miro la hora en la pantalla del móvil; apenas son las tres de la tarde, hasta las siete no hemos quedado con mis invitados para una fiesta épica de cumpleaños. Mis primos deben tener visita, aunque suelen avisarme cuando eso sucede. Además, nuestro hotel rural está al completo, no tiene lógica que queden con alguien a estas horas, ambos son necesarios para atender el negocio con eficiencia; conozco todos los modelos de coche de nuestros invitados a la cena de esta noche... Sacudo la cabeza para despejarla de tantos pensamientos acelerados y camino hacia el exterior para respirar un poco de la esencia del lugar. No debería preocuparme tanto, solo es producto del día, de su significado, de las ausencias.

Durante un par de minutos me detengo frente en el porche privado, desde donde observo los amplios campos de olivos que mi madre me legó al morir. Abarco con la mirada el precioso lugar, aspiro el aroma de las flores silvestres, la lavanda, el romero, las exquisiteces culinarias elaboradas por un chef de renombre al que contraté para elevar mi restaurante a la estratosfera de la perfección, la fragancia de los olivos... Mis ojos se deleitan con los colores de los campos. Verdes de todas las tonalidades, ocre, castaños, dorados... Desde que puse el pie aquí hace cinco años mi vida ha ascendido hacia una felicidad sosegada, edificada con diminutos ladrillos escogidos de mis momentos más memorables. He construido una existencia apacible sin perder mi impulsividad, mi frescura ni mis deseos de absorber solo lo bueno, sin reparar demasiado en los dolores. Aunque a veces me falta la chispa de la emoción, esa que solo se encendía a su lado, al cogernos de la mano para saltar al vacío de una nueva locura... Me limpio un par de lágrimas rebeldes. A Gonzalo le encantaba esta vista, de jóvenes la admirábamos desde este rincón, sin abrazos, ni arrumacos ni gestos delatores de ese amor inmenso que nos unía más allá de las prohibiciones.

Camino hacia las escaleras que dan acceso a la puerta principal de la zona privada. La casa se erige en las nueve hectáreas de terreno de mi familia, con una extensión nada desdeñable de olivos Frantoio, origen de uno de los aceites más cotizados de la región. Es antigua, enorme, construida en piedra y remodelada hace apenas cinco años, tras mi llegada con el alma partida y un montón de ideas para utilizar mi herencia y crear un mundo alejado al máximo del de Barcelona, de Gonzalo, de Blanca, de Salavedra Games, de la arpía de Eva... Al aterrizar en esta villa me planteé cambiar mis planes para ocuparme con Enzo y Rico de los negocios familiares, pero no estaba dispuesta a renunciar a mi esencia, a experimentar otras opciones, y mi fascinación por los tatuajes me venía desde niña, así que decidí que había llegado la hora de marcar mi piel y aprender el oficio. Aunque tampoco dejé del todo mi profesión, esa por la que me había devanado los sesos en la universidad para conseguir un título gracias a la insistencia de

mi padre. Porque a mí siempre me había entusiasmado ilustrar, y la Animación 3D me enseñó cómo darles vida a mis creaciones; me enganchó desde el inicio. Por eso he continuado aceptando trabajos sueltos de arte en videojuegos como *freelance*. Quizás al principio solo intentaba llenar mis horas con labores de lo más diversas para anegar mi mente y apartar de ella los recuerdos, pero ahora lo agradezco porque la variedad me apasiona.

Enzo y Rico habían crecido aquí, eran quienes gestionaban la finca, dominan el tema del aceite y, cuando les conté mis ideas de abrir un alojamiento rural, se motivaron al instante y se convirtieron en mi grupo de apoyo, en mi ancla, en mis más fieles amigos, en mi familia. Enseguida tomaron las riendas de este nuevo y ambicioso proyecto, me abrigaron con su cariño, me arroparon, me contagiaron su entusiasmo cuando el dolor se ensañaba conmigo. Juntos trazamos los rumbos del ahora, conseguimos dotar las ideas de luz, pintarlas, plasmarlas en una realidad.

La casa tiene tres plantas más la buhardilla, donde duermo yo en una estancia diáfana de cien metros cuadrados. Con dos entradas diferenciadas: la de los huéspedes y la nuestra, también cuenta con un patio y un porche privados con vistas a los olivos, donde suelo pasar muchas horas con el ordenador o un bloc de dibujo. Me gusta el aire libre, disfrutar de la brisa, de la tranquilidad, de la calma de este pequeño oasis apartado del mundial ruido. En Florencia tengo mi estudio de tatuajes y adoro trabajar ahí, pasear por la mítica ciudad, embeberme de su cultura, de sus calles, de su gente, de su esencia... Pero aquí me siento en casa. La piscina es compartida, igual que el resto de los jardines y el restaurante. Mis primos ocupan una habitación cada uno con baño privado en la segunda planta, junto a las dependencias necesarias para gestionar el alojamiento rural que abrimos para rentabilizar las obras, con doce habitaciones habilitadas en el primer piso y un restaurante con las reservas agotadas con dos semanas de antelación.

Me preparo para entrar en casa tras subir las escaleras del porche y plantarme ante la puerta. ¿A quién encontraré dentro? ¿Quizás a algún ligue de uno de mis primos? Esbozo una sonrisita traviesa y sacudo la cabeza. Tanto Enzo como Rico tienen mucho éxito entre las mujeres, aunque ninguno quiere sentar la cabeza todavía. El coche será de un idilio de última hora de uno de ellos, seguro, y se le ha pasado avisarme. Accedo al recibidor, me quito los zapatos, los pongo en el pequeño armario dispuesto para ellos y me calzo unas cómodas zapatillas de andar por casa, sin dejar de pensar en una larga y placentera ducha antes de sentarme frente al ordenador para realizar un par de animaciones mientras espero a los asistentes a mi celebración de entrada en la treintena. Mi grupo de amistades no es demasiado extenso, está compuesto de personas entrañables, confiables, perfectas. Además de ellos, mis hermanastros tienen previsto aparecer en dos horas, han alquilado un coche desde el aeropuerto para pasar tres días conmigo. Los chicos acaban de cumplir los dieciocho y ahora empiezan a poder moverse con libertad para venir solos. Espero que Íñigo no se entusiasme demasiado al volante, solo hace un par de semanas que tiene el carnet...

El aire acondicionado es una bendición, el calor de este julio es pegajoso y agotador. Una vez pase por un generoso chorro de agua templada me vestiré con un conjunto cómodo hasta la hora de la fiesta. Dejé atrás a la Gia sofisticada cuando abandoné Barcelona, Gonzalo, mi vida allí.

Evolucioné, me olvidé de esa chica obsesionada con la moda, los zapatos y los bolsos de marca, con ir siempre maquillada y arreglada a la última, como si ese fuera el único sello de identidad que me capacitaba para seguir representando el papel de hija, hermana e hijastra perfecta. Al llegar a la Toscana abandoné los vestidos estilizados, los tacones y cualquier prenda o complemento que no exudara comodidad. Ahora visto con vaqueros, *shorts*, *crop tops* —para dejar al descubierto alguno de los tatuajes que tintan mi piel—, sandalias planas, deportivas, manoletinias, algún vestido cómodo y fresquito en verano.

Cuelgo la chaquetita de punto en el perchero de la entrada y me encamino hacia el saloncito de la primera planta, de uso y disfrute nuestro, para asegurarme de que estoy sola. Al redecorar los interiores me decanté por una combinación de muebles de anticuario junto a otros muy modernos, sin perder la esencia de la casa. Los tapizados en tonos pasteles conjuntan con la enorme librería atestada de volúmenes, las alfombras persas, el televisor de 75 pulgadas colgado de la pared, las espaciosas vidrieras con vistas a los campos de olivos... Los cuadros de mi padre engalanando las paredes... Suspiro con alivio al no encontrar a nadie aquí. Necesito un poco de tranquilidad mientras ordeno mis pensamientos. Gonzalo no suele invadirlos demasiado, pero hoy es un día muy señalado, lo dibujamos tan diferente en nuestras mentes... Cierro los ojos un segundo y lo evoco con esa sonrisa traviesa, asegurándome que cuando cumpliera treinta años tendríamos nuestro sueño...

Mis ojos se llenan de humedad. Suspiro con nostalgia y me encamino a mi habitación para aprovechar el tiempo antes de enfrascarme en el proyecto del videojuego, así rebajaré el peso de los recuerdos. Subo la escalera que lleva a mi piso con la imaginación desbocada. Ha bastado esa imagen de Gonzalo para recrear lo que venía después de sus palabras. Sus labios contra los míos, sus manos recorriéndome el cuerpo, las sensaciones en mi piel, esos aleteos en el estómago y la anticipación entre mis piernas. Gonzalo conseguía encenderme con una simple mirada, con el sonido de su voz, con la fragancia de su cuerpo... Aprieto los párpados con su sonrisa socarrona en la mente y un deseo perverso de volver a verlo, de girar hacia atrás las manecillas del reloj para perderme entre sus brazos una vez más.

Abro la puerta de mi habitación y camino hacia la cama deshaciéndome de la camiseta, con la intención de abandonar esa línea de pensamientos. Lanzo la prenda sobre el colchón para después quitarme los vaqueros.

—No recordaba lo *sexy* que te queda la lencería. —Doy un salto y mi respiración alcanza la cima con una rapidez pasmosa. Su voz... La añoraba tanto... Grave, profunda, fluida, versátil, capaz de acariciarme y erizarme la piel... Me paraliza—. Estás guapísima, Gia. Los tatuajes, la ropa interior, tu cuerpo... Ojalá no te hubiera perdido.

Cuando logro reaccionar, agarro la camiseta de encima de la cama para taparme con ella. Por suerte hoy la llevaba larga y me cubre hasta medio muslo. Estoy sonrojada, nerviosa, airada y —aunque me duele reconocerlo— anhelante. Gonzalo está sentado en una de mis butacas de la zona de lectura, viste uno de esos trajes de diseño que solía sacarle al llegar a casa cada noche y forman parte de mi colección nada desdeñable de fantasías eróticas desde nuestra separación. Un ardor imposible me sube por el cuerpo, lo calienta, se aposenta en forma de cosquilleo entre mis

piernas e inunda mi corazón. Llevaba cinco años sin verlo, sin ni siquiera cotillear sus redes sociales ni preguntar por él a Patricia e Íñigo, nuestros hermanastros. La impresión de tenerlo enfrente es brutal. Siempre ha tenido este efecto en mí, es verlo y perder el control de mis emociones, como si mis hormonas bailaran una bachata y mi respiración alcanzara la cota máxima de exhalaciones por segundo para no descarrilar. Mi respuesta física es ardiente, pero lo peor es el efecto en mi corazón, el ahogo, esa sensación de estar conectados, de ese amor que todavía está agazapado, rebelde, testarudo, imborrable.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con un sobreesfuerzo para disimular mi estado.

—Felicitarte. —Se levanta y se acerca con un andar seguro, como si ayer nos hubiéramos despedido y no hace cinco años. Tiemblo de deseo, de ansiedad, de anticipación..., de negación. No puedo ceder a esa tensión que nos envuelve. Es una locura. Eligió, se casó con Eva, y yo me fui. Pero estoy a punto de incendiar la habitación, de hiperventilar, de entrar en taquicardia.

—Vete, Gonzalo. —Doy tres largos pasos hacia atrás para alejarme al máximo de él y me giro para encaminarme al baño—. No sé qué haces aquí, cómo has entrado, por qué has venido... —Intento calmarme sin demasiado éxito. Me tiemblan las manos, los labios, las piernas.

—Gia... —Él se adelanta para entrar en mi espacio vital y yo me escapo hacia la puerta del baño. Preciso distancia, aire, alejarme al máximo de él—. Tenemos que hablar...

—¡No! —lo corto y me obligo a rebajar como puedo el deseo, la impulsividad de serie que solo quiere lanzarme a sus brazos, esos sentimientos casi en ascuas que reviven de repente, como si acabara de lanzar un fósforo a mi corazón—. Nos lo dijimos todo hace cinco años, decidiste, te casaste con ella. —Agarro el pomo de la puerta—. No tengo nada más que hablar contigo.

Niega con la cabeza y da tres zancadas rápidas para alcanzarme. Se coloca enfrente de mí, utiliza uno de sus brazos para cercarme por la cintura y ceñirme a él. Está tan cerca..., a un aliento de distancia, a un movimiento, a una chispa de mi necesidad. Todo se desmorona, la seguridad de estos últimos años pierde color, se desdibuja como si acabara de apretar el *supr* en el teclado y mi capacidad de resistirme a él se fundiera en la nada más absoluta. He logrado una estabilidad, dejé de llorarlo a los pocos meses de llegar aquí, tomé un camino coherente y trabajé para ser feliz sin él porque eso era lo más sano. Dejarlo entrar ahora sería dar un paso atrás. Aunque su olor, su calor, su voz...

—¡Dios, Gia! —Su mano libre me acaricia la mejilla—. Te deseo tanto.

Estampa su boca contra la mía. Los latidos de mi corazón se desencadenan en un montón de lugares de mi cuerpo. Palpitan desesperados. Perversos, desquiciantes, fieros, descontrolados. Ojalá pudiera olvidar el pasado, dejarme arrastrar por nuestra química para sentirlo una vez más sin consecuencias, dejarlo entrar en mí y luego no tener remordimientos ni ansias incontrolables de vivir nuestra historia romántica, de recuperarlo, de despertarme cada mañana a su lado. Pero no es tan fácil; no puedo hacerlo, me arrepentiría enseguida, lanzaría por la borda años de trabajo duro, me odiaría después. Yo no me interpongo entre parejas, no propicio la infidelidad ni quiero engañarme con la idea de que él cambiará, me elegirá a mí, se olvidará de sus responsabilidades y se quedará a mi lado. Porque no pasará. Gonzalo se irá una vez consiga mi cuerpo, regresará a Barcelona, porque sus circunstancias no han cambiado, y volverá a romperme el corazón.

—Apártate, por favor. —Giro la cabeza para alejar sus besos diabólicos, tentadores, maliciosos. Me cuesta un esfuerzo titánico, ya que todo mi cuerpo clama por tocarlo, por sentir sus manos sobre él, por... *¡Para ya, Gia! Volverá a destrozarte, no se lo permitas*—. No te quiero aquí, lo nuestro acabó hace años, tú lo rompiste. —Suspiro—. No sé a qué has venido.

Sus ojos se nublan con dolor. Recuerdo cómo lo compartíamos todo, cómo era estar con él, cómo nuestra relación se forjó en secreto, oculta a los demás, pero fuerte y capaz de superar cualquier cosa... Éramos tan felices, tan perfectos, tan ilusos... ¿Cómo pudimos pensar que lo nuestro era posible? Saco fuerzas de la flaqueza, me suelto de su agarre y entro en el baño. Él intenta impedírmelo, pero soy más rápida y consigo cerrar la puerta y pasar el pestillo antes de que me alcance.

—No quiero verte al salir —anuncio en voz alta, apoyada en la madera, con los ojos anegados en lágrimas, el cuerpo tembloroso y las emociones disparadas. Me abrazo con fuerza por la cintura y me obligo a encender la ducha, a apartarme de él.

2

Gonzalo

Llevo cinco largos años soñando con su cuerpo, con sus sonrisas, con su voz, con su aroma, con recuperarla... Volver a abrazarla, sentir su piel cálida bajo la camiseta, notar cómo se estremecía a mi contacto ha sido como retener el sol entre mis manos. Todavía no reacciono. El deseo de destrozar esa puerta, abrirla, entrar con ella en la ducha y no dejarla escapar nunca más es desgarrador. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan vivo, demasiado. Gia es mi destino, siempre lo ha sido, desde la primera vez que la vi, hace un montón de años, cuando desembarcó en mi casa de la mano del nuevo y flamante marido de mi madre. Y siempre lo será... Mi mente perversa me trae a la memoria esa ñoñería de frase que ella solía decirme cuando apenas éramos unos críos y necesitábamos todo nuestro ingenio para besarnos a escondidas: «te amaré por toda mi eternidad». Si Gia supiera cómo han sido para mí estos últimos cinco años, cómo Eva me ha enredado en su mundo tóxico, en su nube de dolor constante, no me trataría así. Conoce tan bien como yo los motivos por los que me casé con Eva, pero no imagina hasta qué punto me ha lacerado tomar esa decisión.

Cuando todo explotó, Gia no aceptó la única manera de mantenernos unidos, estaba cansada de esconderse, destrozada por las circunstancias y herida de muerte. Se marchó, renegó de nuestro amor y se forjó una nueva vida lejos de mí. Fue como si me arrojara un cubo de ácido a la cara, como si mis entrañas se desintegraran poco a poco, como si mi corazón se convirtiera en motas de polvo. En ese instante carecía de otras opciones, era casarme con Eva o casarme con Eva. Y seguir adelante nos partió el corazón, pero las consecuencias de actuar diferente habrían sido devastadoras. Aunque...

La espero dando vueltas por esta impresionante estancia, con el corazón encogido y la sensación de estar al borde de un abismo. Gia siempre ha sido una gran amante de la decoración, de los espacios iluminados con luz natural, engalanados con muebles de formas simples y colores claros que aportaran armonía, con las paredes plagadas de sus ilustraciones, de sofás cómodos, de camas sencillas, de amplitud. Me encanta el mundo que ha creado aquí, con esa mezcla tan suya entre la modernidad y la anarquía. Gia es así, caótica dentro de un orden muy medido, muy suyo, muy cercano a mis recuerdos. Hay libros apilados frente a una estantería tan abarrotada que rebosa, junto con sus amados cómics. Una colección de zapatos planos colocados entre un zapatero pegado a la pared y el suelo. Un burro con cuatro abrigos diferentes, un par de gabardinas, algunas prendas sueltas y un repertorio nada desdeñable de bolsos colgados de cualquier manera. Sobre la mesa, donde descansa un enorme iMac para realizar sus ilustraciones,

se amontonan un sinfín de bocetos cargados de color, imaginación y belleza. Son ella en estado puro, reflejan su naturaleza, sus cualidades, su perfección.

Al pasar la yema de los dedos por algunos dibujos mi mente retrocede a cuando usaba mi torso desnudo para apoyar el papel y crear un personaje de alguno de nuestros videojuegos. Nunca conseguía terminar sin rendirnos a los orgasmos un par de veces, sin enredarnos en una sesión de besos interminables, sin reír a carcajadas o charlar como posesos hasta que la luz del día inundaba la habitación. Disfrutaba tanto de su risa, de esos instantes compartidos, de sentir que solo ella me completaba. Desde su marcha han pasado muchas mujeres por mi cama, pero ninguna de ellas ha logrado despertar mi felicidad como Gia, con quien me inicié y recorrí caminos intrincados donde el placer nos sorprendía a ambos de una manera muy satisfactoria. Ninguna me ha incitado a ser yo mismo, a dejarme llevar por el momento, a superarme cada día, a no controlar nada, a innovar, a vibrar. Cuando se fue y las probé como sustitutas, siempre la recordaba, la anhelaba, la lloraba. Ninguna era Gia. Mi Gia. Y nunca más me he sentido completo. Por eso hace un tiempo desistí de mi búsqueda para convertirme en un recipiente vacío de placer, solo lo encontraba con mis manos y ella en mi imaginación...

—¡Serás cabrón! —grita desde el baño. El sonido del agua se detiene de repente—. ¿Qué narices has hecho, Gonzalo?

Saco el móvil del bolsillo del pantalón para comprobar sus movimientos. La conozco tanto... Sabía que tan pronto como se encerrara en el aseo intentaría contactar con sus primos para que me echaran. Por eso, al llegar he inhibido todas las frecuencias menos la mía, y no me cuesta ni dos minutos hackear su teléfono. Sigue con la misma contraseña... ¿Cómo es posible? Creció conmigo, conoce los riesgos de seguridad asociados a no buscar claves seguras, a cambiarlas con regularidad, a... Me da un vuelco el corazón, no puedo obviar cuál es su código para desbloquear el teléfono, esa fecha, lo que significó para los dos. Y la esperanza se despierta en mi alma. Porque corresponde al día en que nos besamos por primera vez tras un tímido «te quiero». Apenas teníamos doce y catorce años. Éramos unos críos. Y fue solo un pico, sin lengua ni nada parecido. Pero llevábamos tanto tiempo amándonos que nos crecimos, como si ese tímido roce de labios, acompañado por una declaración sentida, fuera lo más alucinante del mundo. ¿Lo peor? Que lo fue y que hace cinco años la perdí, y ahora mi única meta es recuperarla, aunque me cueste la vida.

—Tranquila, fiero —contesto pasados unos minutos en los que Gia no ha dejado de renegar—. ¿De verdad pensabas que te dejaría mensajear a Enzo o a Rico? No he llegado hasta aquí sin que me vieran para ahora fastidiarla. Te quiero para mí y no pienso compartirla.

—¡Espera sentado! —Está cabreada, y lo demuestra con su tono. Ella siempre ha mostrado esa vena temperamental, es un rasgo de su personalidad que me encanta, es atractivo, felino, sensual—. ¡Lárgate! No sé a qué has venido, pero llegas cinco años tarde.

Es como si me diera otro de los rechazos de la noche. Presiento la llegada de muchísimos más, Gia no es de las que se rinden; es guerrera hasta la extenuación, saca las garras cuando se encuentra frente a reveses y no se rinde a los dramas, ella prefiere los puños. Me lo merezco,

hace cinco años fui un estúpido, y lo he continuado siendo durante demasiado tiempo, pero ya no más. Yo también sé pelear.

—¿Sales o entro a por ti? —pregunto en tono incisivo—. Si vamos a mantener esta conversación, no será con una puerta de por medio.

—Perfecto. Pues no hablamos más y listo. —Enciende el agua de nuevo para ahogar mis palabras—. Voy a meterme otra vez en la ducha. Espero no encontrarte en la habitación al salir.

Una sonrisa resuelta se aposenta en mis labios. Hemos vivido desafíos parecidos en el pasado. Y no entiendo que me rete cuando conoce de sobra el resultado. Si ella me lo pone difícil, yo me crezco. Nuestra interacción siempre fue estimulante en ese sentido. Ambos encontrábamos mil formas de alentar la emoción, de vibrar juntos, de no limitarnos a una existencia tranquila y pacífica. Buscábamos sacar jugo de cualquier instante, exprimirlo con ideas locas, divertidas, atrevidas. Mientras crecíamos no dejamos morir la curiosidad de serie que nos fue concedida al nacer. Estudiamos disciplinas de lo más diversas, como leer los labios, hablar chino, abrir cajas fuertes, forzar cerraduras, lenguaje de signos, el origen de los refranes, curiosidades de nuestra ciudad... Hubo muchos más cursos, algunos legales y otros no tanto, nuestras ansias de conocimiento nunca tuvieron límites. Mi comprensión de la red oscura fue determinante a la hora de formarnos en algunas artes para llevar a cabo nuestras «misiones». Éramos un poco kamikazes, pero nunca nos pasamos demasiado de la raya.

Me acerco a la entrada del baño armado con mi pequeña bolsa de herramientas. Antes de su llegada me he preparado a conciencia, he estudiado el pestillo, he ideado la estrategia y ahora solo necesito un par de movimientos certeros para abrir la puerta de par en par. Gia está dentro de la ducha y puedo ver su cuerpo desnudo gracias a la mampara transparente que la separa de mí. Lleva varios tatuajes que antes no tenía, y sigue tan perfecta como siempre. Mi entrepierna se pone en guardia. Y mi calenturienta imaginación me empuja a desnudarme, a sentir como si los años no hubieran transcurrido y volviéramos a ser esa pareja ardiente.

—¿Gonzalo? —Se exalta cuando me descubre. No he podido resistir la tentación y me he quitado la camisa—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Meterme en la ducha con mi chica —anuncio. Su expresión debería darme una pista de cuáles son sus pensamientos, pero no quiero aceptarlos—. Te echo de menos, Gia.

—¡Pues usa tu mano! —Niega con contundencia—. Como se te ocurra seguir desnudándote te golpearé en las pelotas. —Levanta el índice para enfatizar la amenaza—. Y sabes que no voy de farol.

Su fuerza es como un fogonazo en mi entrepierna, la endurece, la exalta, la lleva a una palpitación extrema. Mis reacciones a ella no han cambiado. Ni la tensión que crepita a nuestro alrededor cuando estamos juntos, ni su poca vergüenza por mostrarse sin ropa ante quien sea. Nunca se ha amilanado por algo así, es una auténtica fuerza de la naturaleza y ahora mismo impacta contra ese ente independiente que crece entre mis piernas, reclamándola. Bajo las manos a la cremallera del vaquero, con un brillo provocador en la mirada. Es como si volviéramos a ser GeGe, Gonzalo y Gia, ese vendaval dispuesto a convertirse en tsunami. La única diferencia es que ahora no es mía y esto no se puede considerar un juego. Gia lo demuestra con un simple

movimiento. Apaga el agua, agarra la toalla que hay colgada al final de la ducha y se envuelve con ella.

—No tengo ni idea de a qué viene esta actuación —me espeta al abrir la mampara y colocarse frente a mí con una clara desaprobación de mi comportamiento—. Pero hasta aquí, ¿vale?

—Gia... —Me acerco a ella para envolverla entre mis brazos. Y ella me hace la cobra.

—¡Ni Gia ni hostias! —brama con más fuerza de la requerida—. Suéltalo ya, Gon. ¿Qué haces aquí?

—He venido a por ti —admito—. Y no me pienso ir sin conseguir mi propósito.

Resopla, sale del baño y camina hasta el armario de su habitación. El calor de este final de junio no me había afectado tanto como cuando se quita la toalla para vestirse. Y eso que en el interior de la casa hay un buen aire acondicionado. No puedo apartar la mirada de su cuerpo, de esos tatuajes en el vientre, en el brazo, en la espalda... De su culo prieto, de esos pechos plenos, de su sexo depilado... De su forma de moverse... De...

—Sabes que odio los dramas —anuncia con irritación, y me devuelve de golpe a la realidad—. Hace cinco años que no sé nada de ti. Y es lo mejor. Decidiste casarte con Eva, ¡con Eva, Gon! ¡Joder! ¡Nada menos que con Eva! —Otro resoplido me demuestra que mi Gia sigue ahí—. Me pediste que fuera tu amante y te dije que ni de coña. Me largué para dejarte clarito qué pensaba de tu propuesta de mierda. —Sus ojos me fulminan con rabia—. No me he venido abajo en ningún momento, ni he suplicado ni me he arrepentido de mi decisión. ¿Crees que basta con presentarte aquí y decirme cuatro cosas bonitas para que caiga rendida a tus pies? —Chasca la lengua con fuerza—. ¡Venga ya! Ese barco zarpó cuando elegiste un camino. ¿Y cuál fue? —Me aguanta la mirada con altivez—. *Spoiler*: te casaste con otra.

Se viste sin mirarme. Sus movimientos me fascinan, son como una droga dura para mis ojos. Los sigo con una creciente erección, deseos de poseerla, ansias por recuperar todo aquello a lo que renuncié. Han sido cinco años de añorarla, de soñarla, de desearla. Quizá por eso doy cuatro zancadas rápidas y no lo pienso a la hora de abrazarla por la espalda y estrecharla contra mi cuerpo ardiente.

—¡Se te va la olla si piensas que tocarme es una opción! —Su reacción me encuentra desprevenido. Usa una de sus rodillas para impactar contra mi entrepierna al girarse—. Conste que te he avisado.

Me doblo sobre mí mismo, con dolor.

—¡Joder! —grito con la voz estrangulada, y me muevo hasta sentarme en el sofá que hay colocado en una de las esquinas. Tardo un par de minutos en dejar de sentir mis pelotas al borde de la aniquilación—. ¿A qué viene esto?

—A algo que te debía. —Se ha quedado de pie, con los brazos en jarras y una mirada felina—. No sé qué coño te has fumado, pero debe ser algo muy potente si crees que volveré contigo. —Niega con la cabeza—. Haznos un favor a los dos y vuelve con tu mujercita, tu madre y tu empresa. Aquí no se te ha perdido nada.

Se da la vuelta y empieza a caminar hacia la puerta de la habitación. Imagino su única intención: apartarse de mí al máximo. Y sí, joder, me lo merezco. Eso y la patada en mi

entrepiera. Pero ni en broma me daré por vencido. Hace cinco años tomé una decisión, la más difícil de mi vida, y me he pasado cada día desde entonces lamentándome. Aunque no podía retroceder, hubiera sido tirar por tierra todas las razones para haber aceptado casarme con Eva.

—Todo ha cambiado —anuncio, y ella se detiene sin girarse—. Con Eva las cosas nunca han ido bien. ¿Y sabes por qué?

—Ni lo sé ni me importa.

—Porque Eva no es tú. —Me levanto y camino hasta ella. Me quedo a pocos centímetros de Gia, casi rozándola. Me cosquillean las manos del deseo de abrazarla, mi respiración se acelera hasta el infinito y mi corazón es un loco desesperado porque me aporrea la caja torácica como si quisiera reventarla—. Han sido cinco años de mierda, Gia. Tú y yo lo éramos todo.

—Y ahora no somos nada —susurra. Se da la vuelta despacio, casi a cámara lenta. Descubro rastros de dolor en su mirada, debilidad, vulnerabilidad, esperanzas rotas, machacadas, muertas—. Pasé un tiempo pensando que vendrías a por mí, que un día abriría la puerta y te encontraría al otro lado con una sonrisa, un ramo de flores y una caja de bombones. Un topicazo de narices. —Cambia el tono para adaptarlo a uno menos serio, pero sus ojos se humedecen y solo basta esa visión para impactarme. Empiezo a temblar. Es como si de repente entendiera el alcance real de mi sentencia de hace cinco años, de las consecuencias, de cómo nos ha herido—. No viniste, Gon. Ahora ya es tarde para eso. Así que, por favor, no lo hagas más difícil y vuelve a tu vida, a Barcelona, a la compañía, a tus éxitos, a tu madre y a tu mujer. —Doy un paso hacia ella, atraído por su presencia, ansioso por besarla. Ella no se aparta; respira más rápido, tiembla y deja escapar un gemido ansioso—. Entiendo por qué te casaste, de verdad. Pero eso no me libró de meses de echarme de menos, de llorar hasta desgastarme las lágrimas, de luchar cada día por no llamarte, mensajarte, coger un avión y plantarme en tu oficina para suplicarte que recapacitaras, que nos dieras una oportunidad real de ser felices.

—Nunca lo hiciste —le reprocho sin razón. Tenerla tan cerca me despierta la libido, las ganas de entrar en ella, de agarrarla por el trasero y empotrarla contra cualquier pared para no ser delicado ni un mísero instante. Me narcotiza. Necesito recuperar el tiempo perdido, volver a sentir el sexo como algo grande, compartido, perfecto. Como una manera de amar y recibir amor. Como algo más que placer. Y solo es posible con ella.

Mueve los labios para proferir un gemido casi silencioso, mi miembro palpita al observar el erótico gesto, y requiero de una gran contención para no avanzar los milímetros que nos separan y morderle ese labio superior que acaba de humedecerse con la lengua. Escuchamos risas al otro lado de la puerta, cuchicheos divertidos, pasos. Y Gia se aleja de mí con una expresión ansiosa, anhelante, desbordada. Es una mezcla explosiva para mi pobre entrepierna. Me aprieta contra el pantalón, palpitante, si sigue así me quedará marcada la cremallera. Gia baja la mirada al suelo, se limpia un par de lágrimas y se da la vuelta, justo a tiempo para atender a los dos entrometidos que acaban de llegar.

—¡Gia! —la voz de nuestra hermana Patricia se acompaña de unos golpecitos en la madera para advertir de su presencia—. Estoy con Íñigo y hemos venido antes para darte una sorpresa de las nuestras.

—¡Hola! —saluda Íñigo, jocoso. A mí se me dispara el corazón.

—Vamos a entrar en cuanto diga tres —prosigue Patricia—. Así que suelta el vibrador y vístete. Aunque me da igual si te encuentro medio desnuda. ¡Soy impaciente! ¡Y quiero felicitarte por tu cumpleaños!

Una sonrisa sincera ocupa el rostro de Gia. Es como si me abofeteara ese gesto de cercanía, uno que muestra sin pudor la estrecha relación entre los mellizos y mi chica —sí, joder, por mucho que ella lo niegue, sigue siendo mi chica. Ahora y para toda la eternidad. Mira cómo se sublevan mis hormonas al tenerla cerca, parecen un batallón en plena ofensiva—. Durante estos años he vivido ajeno a Gia, incluso mi familia ha evitado hablarme de sus progresos. ¿Desde cuándo nuestros hermanastros la visitan? ¿Es una broma? ¿Me van a ayudar a reconquistarla?

3

Gia

La puerta se abre para dar paso a mis hermanastros, esa fuerza de la naturaleza que siempre me ha arrollado con una sonrisa. Patricia e Íñigo llegaron a mi vida tras una dura batalla de mi padre y su madre para tener descendencia. Nunca se rindieron, lo probaron todo, recurrieron a mil tratamientos, se sometieron a revisiones periódicas, hasta que la cuarta fecundación in vitro logró lo imposible. Les implantaron tres embriones y sobrevivieron dos. Mis pequeñajos. Yo tenía doce años cuando nacieron, Gonzalo catorce, y fueron un rayo de color en nuestras perfectas existencias. Enseguida los quise, se convirtieron en mis chicos preferidos. Siempre los he apoyado, a pesar de sus constantes ideas de bombero, de sus revoltosos comportamientos y de llevarnos a todos de cabeza.

—¡Pero qué coño! —exclama Patricia al encontrarse con Gonzalo a mi lado, y frunce el ceño con rabia—. ¿Me puedes decir qué haces tú aquí? —Parece molesta, y no me extraña. Cuando me fui de casa, ellos apenas tenían trece años, y yo los creía ignorantes absolutos de lo mío con Gonzalo, pero unos meses después, al encontrarnos por primera vez en secreto, me confesaron que conocían nuestra ilícita relación. Se enfadaron mucho con Gon por acabar cediendo a las presiones de su madre y casarse con Eva en vez de luchar por lo nuestro, y por su participación en el giro tan grande al que se enfrentaron por aquel entonces, cuando acabaron viviendo en un internado lejos de su familia, sus amigos y su mundo conocido. Aunque, por suerte, cerca de mí.

—¿Y vosotros? —contrataca él—. Le dijisteis a mamá que tenéis un examen el lunes y no podéis perder el tiempo en viajecitos.

—Una mentirijilla piadosa —anuncia Íñigo con una risita—. Nadie tiene por qué enterarse. Además, es cierto, tenemos un examen el lunes. —Nos guiña un ojo—. Pero Patry lo bordará sin problemas y yo la copiaré. No necesitamos estudiar demasiado.

En eso siempre me han sorprendido. Patry ha heredado el coco privilegiado de su madre e Íñigo también, aunque se niegue a dedicar su talento a cultivarlo y lo utilice para mejorar sus habilidades menos lícitas; en cambio, yo soy más normalita, aunque poseo la mente creativa de mi padre. La sonrisa socarrona de Íñigo contrasta con la expresión airada de Patricia. Son parecidos en muchos aspectos, sobre todo en la inteligencia, pero en carácter se diferencian bastante. Mientras ella muestra una férrea disciplina y es muy taxativa con lo que espera de los demás, él se revela despreocupado, feliz, divertido... Su mayor punto de convergencia es que ambos son muy proclives a adentrarse en terrenos pantanosos y a tener ideas luminosas para cumplir con sus expectativas, normalmente muy fuera de contexto. Y entonces esas divergencias los ayudan a crear planes audaces y muchas veces hasta peligrosos.

—¿Qué haces aquí, Gonzalo? —insiste Patricia. Avanza tres pasos hasta situarse frente a su hermanastro, con los brazos en jarras y una mirada muy inquisitiva.

—Felicitar a Gia —contesta él sin amilanarse. Ha heredado un temperamento muy similar al de Patricia y suelen empezar bastantes discusiones sin fin—. Como tú. Que, te recuerdo, deberías estar en el internado durante todo el fin de semana.

—Ya... El internado. —Ella chasca la lengua con hastío—. ¿Te refieres a ese en el que mamá y tú nos encerrasteis para no ocuparos de nosotros? Porque llevamos cinco años allí y solo nos has visitado una vez.

Gonzalo resopla. Conozco de primera mano ese resentimiento. Mientras Íñigo y Patricia lidiaban con la muerte de nuestro padre, mi querido Gonzalo lo hacía con Blanca, su madre, con cómo le afectó quedarse viuda por segunda vez en la vida, con sus crisis, con su depresión, con esa mierda que se llevó nuestra felicidad. En vez de buscar una solución para mantenerlos cerca y ayudarlos a superar el dolor, los mandaron a un internado en Italia, cerca de Florencia, donde han permanecido los últimos cinco años. Y donde los he visitado a menudo para establecer unos vínculos potentes. Ellos se apoyaron en mí desde el inicio, han pasado más temporadas aquí conmigo que en su casa de Barcelona, se han convertido en una parte importante de mi vida, por eso llevamos unos meses planeando su futuro en la universidad, apostando por una cercana a mí, una que no los aleje. Aunque no sé si es buena idea porque los motivos de Patry van en otra dirección y quizá debería centrarse en elegir la mejor enseñanza en vez del corazón.

—Gia sí ha venido a vernos —apostilla Íñigo con retintín—. Y ha sido nuestra cómplice en mogollón de ideas locas. —Se acerca a él sin dejar de sonreír de esa manera que muestra su intención de decir las cosas por su nombre—. Se ha ocupado de nosotros, ha estado ahí cuando la hemos necesitado. Igualito que tú.

No tarda en menear la cabeza, caminar hasta mí y ser él por antonomasia. Me agarra de la cintura, me alza en vilo y empieza a dar vueltas sobre sí mismo. No es un chico obvio a la hora de exponer sus heridas, prefiere la ironía y no perder nunca su pose de ilusión. Aunque tiene su corazoncito, y la forma de actuar de su madre y de Gonzalo le han dolido como al que más. Siempre he intuido que hay un mundo de sentimientos en su interior que oculta bajo la sombra de su carácter ufano.

—¡Felicidades, cumpleañera! ¡Treinta años no se consiguen todos los días! —ironiza entre risas, y yo también estallo en carcajadas—. Teníamos tantas ganas de verte que hemos venido antes para sorprenderte. ¡Y menuda nos has preparado!

—¡Bájame, Íñigo! —ríe con ganas—. Me voy a marear.

Tarda un poco más de lo normal, pero termina dejándome en el suelo con un enorme beso en la frente y un achuchón.

—Te hemos traído un regalazo —anuncia—. Ya verás cómo se te caen las bragas de emoción.

—¡Íñigo! —lo reprendo. Siempre ha pecado de perderse en el entusiasmo.

—¿Qué? ¡Vas a flipar y a correrte de emoción cuando lo veas!

Chasco la lengua en broma y le sonrío. Patricia es la siguiente en acercarse, sin quitarle la vista de encima a Gonzalo. Me envuelve entre sus brazos con fuerza.

—Te quiero un montonazo —admite—. No sé qué hubiéramos hecho sin ti. Y, aunque no sea tan gráfica como Íñigo, te advierto de que el regalo será un puntazo.

Durante unos instantes la presencia de Gonzalo pasa desapercibida, pero él lo soluciona con una voz cabreada.

—¿Me vais a contar de qué va todo esto? —inquire—. ¿Por qué estáis aquí? ¿Qué significa que lleváis años viniéndoos?

—¡Hemos venido por la fiesta, las chicas y las copas gratis! —suelta Íñigo—. Y también por ella —me señala—. Se merece lo mejor.

—Mamá debería saber dónde estáis —se indigna Gon.

—¿Dónde vamos a dormir? —Patricia ignora su última pulla y entrelaza su brazo con el mío para acercarme a su equipaje—. La última vez me hiciste compartir habitación con el crápula de mi mellizo y acabé en tu cama porque se lio con un par de rubias...

Recuerdo esa visita de hace apenas un mes, cuando vinieron a celebrar por todo lo alto su entrada en la mayoría de edad con una fiesta a lo grande en un restaurante de Florencia. Después salimos por ahí con mi grupo de amigos y el rompecorazones de Íñigo acabó trayéndose a la villa a dos universitarias de quitar el hipo con las que compartió algo más que una noche. Al día siguiente el pobre Enzo tuvo que llevarlas de vuelta a la ciudad tras mi bronca. ¿A quién se le ocurre alentar a Íñigo a traer a las chicas aquí? ¡Si incluso condujo él!

—Esta vez te voy a asignar mi sofá-cama desde el minuto cero —aseguro—. Íñigo, tú te apañas con Enzo y Rico. Ya os lo haréis. Os traéis un juegucito entre vosotros... —Son los instigadores para que mi, ya de por sí avezado, hermanastro se descarríe todavía más—. Ve en su busca, seguro que han pensado cómo distribuir las habitaciones esta noche. El hotel está lleno.

Patricia aplaude feliz y deja sus bolsas cerca del armario. No es la primera vez que se queda conmigo y no le cuesta ni cinco minutos colocarlo todo en los estantes. Mientras, Gonzalo se aproxima a Íñigo, lo agarra de la camiseta y lo riñe como si fuera su padre. Me enerva escuchar cómo le echa en cara su comportamiento.

—¡Déjalo en paz! —le espeto de malas maneras, acercándome a él hasta quedar a pocos centímetros de los dos—. Los enviasteis a un internado cuando más os necesitaban, ahora no vengas de hermano salvador. Es tarde para eso.

Gruñe airado, lo suelta y da un paso hacia atrás, más próximo a mí. Su mirada lanza fuego, como si toda la situación lo superara. Pero no me acobardo, no le consentiré privarme de una celebración a la altura ni de compartirla con mis seres queridos.

—¿Cómo les permites estar aquí sin avisar? —explota. Coloca su cara a un milímetro de la mía y me dispara un temblor imposible de frenar—. Deberías ser un poco menos impulsiva, Gia. Esto no está bien, y lo sabes.

—Tampoco es correcto mandar a tus hermanos lejos cuando su padre acaba de morir, y mira, lo hiciste. —No me pienso callar nada, estoy cansada de esta situación, y más de sentir esa atracción imposible hacia él. Una que sigue llameando en mi cuerpo ardiente, que me impulsa a avanzar el suspiro entre nuestros labios, a lanzarme a devorarlos, a... ¡*Contrólate, joder!*—. Tu madre era lo prioritario, ¿verdad? —Con un sobreesfuerzo me retiro un poco hacia atrás, aunque

la fuerza gravitatoria de la atracción no se relaja demasiado—. No pensaste en nada más, ni siquiera buscaste alternativas. Así que ahora no me vengas con numeritos y déjanos tranquilos.

Sus ojos reflejan cómo le duelen mis palabras. Sin embargo, Gonzalo siempre ha sabido mantener la compostura, mostrar su arrogancia de serie y no dejarse amedrentar por los reveses. Se rehace en un milisegundo y me mira con desafío, como si estuviera a punto de soltar algo trascendental.

—He venido dispuesto a todo —anuncia con chispas en sus pupilas. Se acerca tanto a mí que su aliento me acaricia la piel y susurra las siguientes palabras en mi oído, muy próximo, con su cuerpo tocando el mío—. Yo también tengo un regalo de cumpleaños para ti, Gia. Uno que te va a dejar sin bragas, literalmente —emula a Íñigo, aunque sin su tono jocoso, el de Gon es más bien retador, como si quisiera alentarme a intentar descortárselo, y contiene también un punto de seducción, lascivia, anhelo—. Y ya te lo aviso, no pienso largarme de la Toscana hasta conseguir todos y cada uno de mis propósitos. O sea, tú en mi cama, en mi vida y en mi casa para siempre.

—Pues espera sentado.

Me separo de él, abrazo a mis hermanastros y los conduzco hacia el sofá ignorando por completo a Gon —bueno, joder, vale, solo intento no pensar en el estremecimiento de mi cuerpo al sentirlo tan pegado a mí, al escuchar esa voz entre susurrada y ronca que solía soltarme guarradas mientras me llevaba al estrellato del placer—. La traicionera de mi piel sigue hormigueando, ese punto álgido entre mis piernas cosquillea con una necesidad imperiosa de atenciones, respiro más rápido de lo normal y la boca se me ha secado.

—MAP —pronuncia con un golpe de voz—. ¿Recuerdas?

Mi imaginación se desborda con imágenes de lo más gráficas. MAP. *Mi absoluta perdición*. Cuando descubrimos el sexo juntos ideamos ese programa cibernético de realidad virtual, uno donde no había límites, donde podíamos dar cabida al placer para cualquier persona, incluso a las que tuvieran alguna discapacidad, donde trasladar todas y cada una de nuestras experiencias. Con el desarrollo asociado de juguetes, varios trajes hápticos adaptados a las necesidades de cada persona —hoy en día en el mercado solo existen opciones muy básicas y desarrollar las que teníamos en mente era un desafío brutal—, la idea de crear un metaverso donde conseguir tu experiencia de forma individual o compartida, y con opción de personalización, representaba un salto adelante en la industria del sexo. Queríamos cubrir un sinfín de necesidades: si tenías una relación a distancia o tu pareja viajaba mucho y queríais un sexo virtual a la altura, si eras alguien soltero y buscabas una interacción anónima, si no encontrabas en tu entorno lo que deseabas para experimentar tus más íntimas fantasías... ¡Éramos una auténtica máquina de disparar ideas para desarrollar el MAP! Incluso planeamos asociarnos con desarrolladores de juguetes eróticos para que el programa pudiera ofrecer una maravillosa práctica de un sexo sano y ardiente para una vida sexual activa o para alguien sin capacidad de encontrar satisfacción en la realidad. Aunque nunca tuvimos tiempo de llevarlo a la práctica.

—¿Qué es MAP? —pregunta Íñigo, y me trae de vuelta, con las mejillas encendidas, los dientes agarrando el labio inferior y las piernas cruzadas para desprenderme de esa necesidad de estimular mi centro para estallar cuanto antes.

—Un proyecto muy ambicioso que imaginamos hace años —explica Gonzalo. Camina hasta ocupar uno de los sillones frente a nosotros. Mi temperatura corporal aumenta de manera exponencial, como no se vaya pronto acabaré muerta por combustión espontánea—. Y ahora al fin lo llevaremos a cabo. —Me guiña un ojo—. He desarrollado los juguetes necesarios con una empresa durante estos últimos cuatro años. Tengo los diferentes trajes hápticos, las gafas y todos los accesorios requeridos para iniciar la fase de programación. —Mi boca se abre, a pesar de intentar mantenerla cerrada. Los trajes hápticos... Recuerdo lo ambiciosos que fuimos al imaginarlos, cómo de difícil era crearlos, las horas requeridas para vencer todos los obstáculos técnicos—. He alquilado una oficina en Florencia, la he dotado del equipo necesario, he hecho traer los juguetitos desde Barcelona y he dejado la empresa a cargo de mi madre mientras tú y yo nos embarcamos en darle forma al MAP. Será uno de los éxitos más sonados de Salavedra Games, un salto cualitativo y cuantitativo, ideado por nosotros dos.

La impresión me deja muda. ¿Ha preparado esta encerrona para recuperarme? ¿Lleva años planeándolo? ¿O pensaba encargarle el diseño a otra persona?

—No vayas por ahí —avisa y, como era su costumbre en el pasado, es capaz de leer mi mente—. Nunca ha existido otra posible artista para el MAP. Es tuyo y mío. —Se levanta para arrodillarse junto a mí. Me coloca la mano en la barbilla para subir mi mirada hasta conectarla con la de él—. Empecé a diseñar los artículos relacionados con el programa hace años porque sabía que llegaría el día de venir a por ti. —Se acerca otra vez a mi oído y coloca la palma derecha en mi pierna, muy cerca de la zona prohibida—. Nunca he dejado de amarte. Y no me rendiré. Tú eres mi GeGe; mi todo, Gia.

Tiemblo. Mi cuerpo parece una centrifugadora a plena potencia. El olor de Gonzalo evoca tantos momentos que no puedo detener el latido estresado de mi corazón ni los tres gemidos ingratos que se desprenden de mi boca. El calor de su mano en el muslo, ese aroma inconfundible a hombre, cuero, licor... Toques de tomillo, bergamota y naranja... Pure XS de Paco Rabanne. Gimo otra vez al recordar cuando le regalé ese perfume, cómo nos pasamos una noche usándolo de la forma más erótica, cómo cada vez que lo olía me invadía el deseo...

—¡Eh! —La voz de Kayden me obliga a desplazar la mirada hacia la puerta. Está ahí de pie, ocupando el espacio con su estatura de metro noventa, sus músculos desarrollados, la cantidad insana de tatuajes que le tintan la piel y una mirada curiosa—. ¿Así me saludáis?

—¡Kayden! —Patricia salta del sofá con rapidez y se lanza a sus brazos sin darle ni un segundo de respiro. Él la atrapa con carcajadas. Mi hermanastra cambia al inglés con facilidad, el internado donde acude con Íñigo es internacional—. ¡Cuánto tiempo! Te saltaste la última «quedada». —Le da un pequeño puñetazo en el brazo. Él está incómodo, lleva así desde hace unos meses y, cuando ella al fin cumplió los dieciocho, su ansiedad rayó la rareza en estado puro. A pesar de su intención de poner distancia, sus ojos lanzan esas chiribitas de emoción al verla, y la abraza con fuerza. Ojalá él no complicara tanto las cosas y aceptara de una vez que está enamorado de mi hermanastra—. No te lo perdonaré nunca jamás. Me dejaste desolada.

—¡Exagerada! —Se ríe con ese gesto característico tan suyo, tirando la cabeza hacia atrás y moviendo su melena. La estrecha un segundo contra su cuerpo con ansiedad, como si quisiera

mantenerla a su lado para siempre, pero enseguida se aparta, pone distancia y separa los ojos de ella, con una clara declaración de intenciones. No quiere ahondar en sus sentimientos por Patry, y a ella la destroza esta actitud. Se queda con la mirada herida puesta en él, casi suplicante, pero Kay la ignora y se acerca a Íñigo—. ¿Y qué hay de ti, nene?

Suelto un suspiro casi imperceptible. Kayden está extraño desde hace un par de meses, más de lo habitual; siento cada uno de sus gestos como si fuera una despedida e intentara distanciarse de las personas a las que quiere. Le pasa algo, pero se muestra poco comunicativo en ese sentido y me gustaría entenderlo, sonsacarle qué le sucede.

—Me uno a las protestas de mi melliza. —Íñigo le agarra la mano y tira de él para fundirse en un abrazo—. Se te echó de menos en nuestro cumple. ¿Dónde te metiste, tío?

Elude la respuesta, como siempre. Sus ojos vuelan un segundo hasta Patricia y percibo una herida incurable en ellos. Enseguida cambia el foco de su atención a mí. Me molesta un montón ese secretismo eterno de Kayden, por eso cuando su mirada se encuentra con la mía lo reprendo en silencio. Él niega con la cabeza, pone los ojos en blanco y se fija en Gonzalo, todavía de rodillas frente a mí. Su expresión se vuelve fingida y avanza hasta mi posición. Me levanto de un salto, con taquicardia. Kayden puede ser mi escudo perfecto, y él me interpreta con facilidad.

—¡Nena! —Se detiene a dos centímetros para permitirme que salte a sus brazos—. ¿Así recibes a tu chico? ¿Con otro arrodillado a tus pies? —Me da un beso suave en los labios y me deja de nuevo en el suelo para ofrecerle la mano a Gonzalo—. Soy Kayden.

—Gonzalo Salavedra —saluda él, muy rígido.

—He oído hablar de ti —comenta mi amigo con dureza—. Y no demasiado bien, la verdad. —Le encaja la mano con fuerza mientras sus ojos anuncian que no va a dejarle pasar ni una—. Soy el socio de Gia en el estudio de tatuajes.

—¡Joder, Gia! ¿Ahora eres una asaltacunas?

No le contesto, ni siquiera lo miro. Hacer pasar a Kayden por mi novio es una idiotez, somos amigos, socios y buenos compañeros de trabajo, pero tengo cero intenciones románticas con él. Además, Patricia está aquí, no tardarán ni dos minutos en iniciar una de sus interacciones, una de esas que siempre acaban con mi hermanastra llorando y él dándole a un saco de boxeo hasta caer exhausto.

4

Gonzalo

¡Qué cojones! Una rabia imparable me invade. ¿Quién es este tío? ¿Qué tiene con Gia? ¿Por qué la ha besado en la boca? ¿Están juntos de verdad? ¡Joder! Si es mucho más joven que ella y he notado una tensión de la hostia con Patry... Le aprieto más de lo recomendable la mano, con ganas de hacerle daño y demostrarle de quién es ella. Y sí, joder, soy consciente de la barbaridad de pensar así, de creer que alguien pueda ser de otra persona, de tener esa mentalidad de cromañón. Pero no se trata de pertenencia, sino de amor, de sentimientos, de historia, de futuro, de destino. Gia y yo somos un todo, a pesar de escuchar de sus labios que ahora nos hemos convertido en un nada. Nuestro amor no puede haberse fundido, no hay opción para ello. Porque nunca fue fácil ni sereno. Lo nuestro pasó por un viacrucis eterno que superamos juntos. Hasta que la jodí...

El capullo tiene una sonrisa de suficiencia, como si pudiera imaginar mi línea de pensamiento y le hiciera gracia. Estoy a un tris de borrarla de un puñetazo. ¿De qué va? Si se está follando a mi chica, me lo cargaré —sí, joder, estoy desbocado, parezco un neandertal protegiendo a mi hembra. O quizá lo que de verdad salvaguardo es mi corazón, porque imaginarla en una relación con otro me lo parte en mil pedazos—. *¿Imaginas qué sintió ella cuando te casaste con Eva?* Esa vocecita traidora en mi cabeza muestra una línea de pensamiento muy jodida. Debió ser devastador para Gia aceptarlo y escuchar cómo le proponía ser mi amante. Si pudiera, me golpearía hasta sangrar de lo imbécil que fui. Aunque estaba en una encrucijada, debía tomar un camino y no quería renunciar al otro. Un egoísta de manual. No obstante, al pensarlo bien, me percaté de que no se ha presentado como su pareja, sino como su socio. ¿Puede ser significativo?

El tal Kayden se retira hacia atrás y le lanza una ojeada extraña a Patricia. Ella parece dolida, pero le aguanta el gesto con altivez y una ancha sonrisa retadora, algo que no cuadra para nada con su recibimiento efusivo. Sentir que entre ellos hay una cuestión no resuelta me llena de preguntas. ¿Cuándo se han conocido? ¿Lleva Gia liada con él desde hace mucho? ¿Cómo es posible esa familiaridad entre ellos? ¿Acaso en el internado nos han tomado el pelo? ¿Han compartido mucho? ¿Se han hecho inseparables? ¿Gia lo ama? ¿Me ha olvidado? ¿De verdad está con un jovencito al que le saca como mínimo cinco años? Mi cerebro, ávido de respuestas, sigue disparando interrogantes sin detenerse en ningún instante. Todos ellos me martillean con saña y me producen una enorme cefalea.

—¿Me lo vais a contar? —inquiero en una demostración de cómo mi voz puede salir atronadora. Estoy cabreado, no pienso esconderlo—. ¿Qué significa esto? ¿De qué va? ¿Cómo ha pasado?

—Tranquilízate, tío —suelta Íñigo con uno de sus tonitos jocosos—. Mamá y tú nos abandonasteis. Y Gia vino al rescate. —Ensancha su sonrisa—. Kayden viene en el saco, como Enzo y Rico. Son un *pack* indisoluble.

Un rechazazo no me hubiera golpeado más fuerte. ¿Indisoluble? ¿Un *pack*? ¿Cuánto me he perdido de Gia en cinco años? ¿Y de mis hermanastros? ¿Por qué he tardado tanto en reaccionar? ¿Cómo ha podido suceder? Ella vive aquí sola, no con él. Y el tío apenas ni se afeita, joder. Si lo suyo fuera en serio, compartirían casa, ¿no? Además, ¿qué pasa entre él y Patry? Observo a Gia con atención. Está guapísima, ha ganado con el tiempo. Sus músculos se han tonificado, lleva el pelo negro mucho más largo, liso, con un corte escalado que consigue enmarcarle el rostro y potenciar el marrón de sus ojos. Sus rasgos han madurado un poco y se han convertido en todavía más perfectos. Tiene cuatro pecas en cada mejilla y no ha perdido esos labios gruesos y llenos que no dejan de tentarme. Ha cambiado de perfume, ha renunciado al que le compré una noche de verano hace muchos años, tras recibir uno de su parte, pero su aroma sigue embriagándome, a pesar de la distancia actual entre ambos. Tanto física como sentimental.

—Quiero la historia completa, chicos —exijo a mis hermanastros sin pronunciar la coletilla, ese «si no queréis problemas con mamá empezad a hablar». Aunque con quien de verdad deben lidiar es conmigo. Nuestra madre todavía no está en condiciones de batallar con un problema así. Ha superado la fase peor, su recuperación es visible, real, tangible, pero todavía le falta para completarla por entero y podría estropearla con una noticia así. Ojalá pudiera explicárselo...

Gia chasca la lengua con desagrado. Señala la puerta para indicarnos que salgamos; supongo que la idea de tenernos a todos en su espacio personal no le hace demasiada gracia, y menos para exponer lo sucedido estos cinco años. Entiendo por encima su implicación con los mellizos, que tanto mi madre como yo nos hemos desentendido demasiado de ellos, pero no comprendo por qué ella se ha metido de esta manera en sus vidas ni qué necesidad había de hacerlo a escondidas.

—Vamos al jardín —propone—. Llamaré a Enzo para que nos traigan un tentempié y de paso lo pondré a tono por haberte dejado entrar sin avisar. —Ese último comentario me lo dedica a mí, con chispas en la mirada. Me pongo duro otra vez, esta mujer me matará cómo siga enviándome estas señales. Desde que la he visto no he parado de tener erecciones descontroladas. Mi imaginación recrea esos labios voluptuosos envolviéndome el miembro, sus gemidos, mis manos sobre sus pechos... Íñigo me da un codazo y vuelvo a la realidad. Me aclaro la garganta antes de hablar, todavía un poco ido.

—No tienen ni idea de que estoy aquí —admito—. Me he colado.

—¿Pero si tengo un sistema de seguridad de esos infalibles! —se queja ella—. ¿No funciona? ¿Es una mierda? ¿Me han timado? Porque vivimos en medio de la nada y la idea de estar a merced de cualquier capullo me inquieta, la verdad.

Touché. Yo soy el capullo, queda patente en su tono. Pero, en vez de enfadarme, me siento orgulloso por haberla sorprendido.

—Gia, cielo, conoces de sobra mi capacidad para anular cualquier sistema de seguridad. —Le mando un beso guasón y ella me lo devuelve con una peineta—. Has crecido conmigo, nos

hemos colado juntos en varias casas para probar mi habilidad, ¿de verdad te sorprende que haya entrado sin problemas?

Resopla como respuesta y camina en silencio hacia la parte de debajo de la casa. No le cuento que llevo un par de semanas estudiando esta villa e ideando un plan para hoy. Tampoco que me colé en sus dispositivos hace ya un tiempo y que he controlado sus horarios, la agenda, sus trabajos, sus movimientos. Incluso hackeé la *webcam* de su ordenador para observarla en secreto cuando decidí volver a por ella. Gracias a todas mis pesquisas la misión de hoy ha sido pan comido.

Hace calor cuando accedemos al jardín trasero, uno que usan de manera independiente al alojamiento rural que construyó Gia al instalarse aquí. Heredó esta casa de su madre cuando apenas era una niña, antes de aparecer en mi vida. Su padre la mantuvo en marcha como explotación de aceite y le guardó los beneficios para cuando ella fuera mayor. La familia al completo solíamos pasar quince días cada verano aquí, junto a los padres de Enzo y Rico, quienes gestionaban la finca, hasta que el padre de Gia murió, cuando todo se rompió. Conozco muy bien sus rincones, recuerdo cada uno en el que nos perdíamos Gia y yo para comernos a besos, para tocarnos, para pertenecernos el uno al otro. Escondidos entre los olivos nos rendimos muchas veces al placer absoluto, a los gemidos, a la pasión. A amarnos. Porque, si algo había entre nosotros, era un amor demasiado grande y peligroso. Era ilícito, imposible, prohibido. Nos abocaba a comportarnos como forajidos, como si querernos atentara contra la estabilidad familiar, contra todas las normas establecidas, contra la razón. Pero ¿cómo se doma un corazón? ¿Cómo se bloquean los sentimientos? ¿Cómo se apaga el amor?

El jardín está idéntico al de mi pasado, con sus buganvillas escalando sobre la celosía blanca para colorear las paredes, los arbustos plagados de flores blancas, el césped perfectamente cuidado, el piar de los pájaros rompiendo el silencio. Al entrar en la casa hace una hora no he tenido la sensación de familiaridad que me envuelve ahora. Gia la ha cambiado por dentro, ha modificado los espacios, los usos de los pisos, la distribución. Donde ella duerme ahora, antes había un desván repleto de tesoros de un pasado remoto, era nuestro refugio, ese lugar donde nos reuníamos de noche, al amparo de las estrellas, y nos susurrábamos palabras de amor a espaldas de un mundo que nos impedía querernos en voz alta, el espacio donde ambos nos amamos en secreto cada verano; ella apenas era una cría, pero nos queríamos tanto... Incluso imaginábamos nuestro futuro, una vida en común, viviendo en esta casa, con varios hijos... Al enterarme de que lo había convertido en su habitación la esperanza brilló en mí, pero al entrar hoy y ver los cambios, me ha dolido descubrir que no hay rastro de nuestro pasado, ni ahí ni en el resto de la casa. En cambio, en el jardín donde tantas veces desayunamos en familia o pasamos tardes de juegos de mesa, siento que todavía queda una brizna de nuestra historia en su corazón.

Nos sentamos alrededor de la misma mesa redonda de siempre. Es de mármol, muy grande, con un pie en el centro del mismo material. Las enredaderas han crecido con los años y están en viva flor, llenan el ambiente con su aroma y su colorido. Las sillas siguen siendo las de hierro forjado, con cojines cómodos en el asiento y en la espalda. El toldo que su padre instaló no está puesto, a esta hora el sol no molesta y así podemos ver el cielo exento de nubes. Los tíos de Gia

no viven aquí, eso sí ha cambiado, ni hay ese jolgorio cargado de risas y de diversión que se respiraba siempre que estábamos la familia al completo. Los padres de Enzo y Rico se mudaron a una casa rural en un pueblecito cercano al jubilarse hace seis años y dejarles la gestión a sus hijos para disfrutar de la compañía del otro en soledad. Los echo en falta, eran parte del encanto de este lugar, de nuestros veranos, del grupo atípico que construimos.

—¡Joder! —Rico entra cargado con un carrito repleto de comida—. ¡Tío! ¡Caro que eres de ver y te cueles en la casa! —Camina hacia mí. Yo me levanto para recibirlo. Lo conozco lo suficiente para saber que no está cabreado, por eso me fundo con él en un abrazo muy intenso—. Gon, joder, ¿por qué no nos has avisado de tu llegada? ¿Y cómo narices se te ocurre entrar sin pedir permiso?

—Tenía una idea en mente —aseguro sin hacerlo partícipe de mis intenciones, aunque no me hace falta demasiado para entender que todos los presentes en este jardín conocen de sobra lo mío con Gia. Durante muchísimos años fue un secreto, lo ocultamos muy bien, pero al llegar a su fin descubrimos que muchas personas de nuestro entorno habían atado cabos y nos habían cubierto las espaldas en varias ocasiones.

—Has tardado demasiado, tío —susurra en mi oído—. Ojalá no la hubieras dejado nunca. —Rico siempre ha sido un fiel defensor del amor sin barreras, uno de esos apasionados del sentimiento, idóneo de enamorarse cada pocos días de una mujer diferente, pero sin capacidad para quedarse con una sola.

—¡Eh! ¡Rico! —Enzo, el menor de los dos, estira a su hermano del brazo para apartarlo de mí y ocupar su lugar—. Tío, pensaba que nos habías abandonado —me regaña abrazándome—. Ha pasado la hostia de tiempo desde nuestro último encuentro. —Su mirada vuela un segundo a Gia, porque ese momento del que habla fue en mi boda con Eva hace cuatro años y medio—. ¡Suerte que nos has escrito por WhatsApp! Pero verte el careto mola más.

Nos sentamos a la mesa todos juntos, aunque Rico y Enzo se disculpan para volver a su trabajo en el alojamiento rural. Están a tope de ocupación y no libran hasta dentro de un par de horas. Los despido con la promesa de ponernos al día más tarde. Desde mi ruptura con Gia no hemos perdido nunca el contacto, habían sido una constante en nuestros veranos, nos completaban y se convirtieron en amigos de verdad. Ser el heredero de una de las empresas más lucrativas del país nunca ha sido fácil, se me acerca mucha gente por el estatus, el poder, el dinero. Cuesta muchísimo distinguir a las pirañas de quienes de verdad valen la pena, pero mientras crecía tuve a Gia, a Rico y a Enzo a mi lado para compensar la balanza. Ellos siempre me han querido por mí, por quien soy, no por el dinero o mi posición. Como Eva.

Arrugo la cara al recordar a la arpía de mi mujer, cómo llegó a mi vida y cómo se cameló a mi madre hasta el punto de alcanzar sus sueños de grandeza a través de mí. Es una de esas personas con un único propósito en la mente, por eso sigue dándome por todos lados aún ahora, después de informarla de que vamos a divorciarnos lo más rápido posible. Mis ojos se pierden en Gia. Está sentada en una de sus poses extravagantes. Nunca ha sido una mujer convencional, suele adoptar posturas incómodas a simple vista, pero que a ella le resultan perfectas. Ahora tiene una pierna doblada sobre la silla y la otra levantada, con el pie sobre el asiento y la rodilla flexionada

contra la mesa. Se le han soltado un par de mechones de pelo del recogido improvisado que se ha hecho al salir de la ducha, cuando se ha quedado desnuda frente a mí, antes de vestirse con unos vaqueros cortos y un top que le deja ese vientre musculado al aire. Se ha hecho un pirsin en el ombligo, a juego con el tatuaje de un corazón con una flor. Es un dibujo muy simple, pero es bonito y tiene su qué. Esa visión vuelve a calentarme. Solo necesito recordar su cuerpo desnudo, con algunas gotas de agua resbalando desde las puntas de su pelo para volver a excitarme. Hay tanto por lo que luchar, tanto por lo que dejar a un lado cualquier cosa ajena a recuperarla... He sido un completo estúpido y ahora estoy pagando con creces mis errores.

Gia está al lado de Kayden, cuchicheando con él sin perder la sonrisa, y no me dirige ni un solo vistazo. Los celos se me comen, quiero ser yo quien le acaricie la mejilla para colocarle uno de esos mechones tras la oreja, quien le arranque esas sonrisas, quien la abrace, quien tenga la potestad de besarla. No tardan demasiado en separarse y unirse a una charla amena entre todos. Y así pasamos un par de horas, sin nada memorable que destacar. Comemos el tentempié, contamos anécdotas, compartimos el aire, pero no ahondamos en nada. Gia se queja de haberla distraído de su trabajo, Patricia e Íñigo nos deleitan con sus historias del internado —la mayoría son fechorías perpetradas e ideadas por ellos—, Kayden nos ilustra acerca de unos cuantos clientes del estudio de tatuajes con salidas de lo más divertidas y Gia acaba contándonos algunas de su cosecha. A pesar de mis intentos de conectar la mirada con la de ella, no lo logro, y eso me va cargando. Quizá por eso mi aportación es nula, porque solo puedo darle vueltas a esa necesidad creciente de llevármela a un lugar apartado, de encararla con la realidad, de apartarla de su sombra. De poseerla.

Enzo y Rico aparecen dispuestos a trabajar con ahínco para dejar el lugar listo para la fiesta. Con su desparpajo habitual nos echan de ahí sin amilanarse, solo requieren la colaboración de Kayden. Me quedo a solas con mi hermanastro en el salón de la zona privada de la casa. Gia y Patricia se han disculpado para subir a la habitación a vestirse. Entre ellas he notado algo de tensión, mi hermanastra estaba menos pletórica que de costumbre, ansiosa, enfadada, deslucida. No sé qué le pasa, y me cabrea ser el único culpable de su patente alejamiento. Fui el artífice de su traslado al internado, quien no aflojó ni un milímetro cuando lo decidí, quien ha dejado de lado sus obligaciones con ellos después, quien se ha consumido en un matrimonio infeliz y se ha regodeado en su propia desgracia sin dar cabida a nadie más. Y ahora la vida me lo devuelve.

Íñigo se sienta en el sofá y me lanza una mirada profunda. En él es extraño, suele guardar los sentimientos bajo llave, solo exterioriza la parte positiva, nunca se expone a mostrar la negativa, aunque la experimente. Por un instante me he preparado para un cambio en su manera de actuar, como si estuviera a punto de soltar la recriminación que me merezco. Sin embargo, enseguida vuelve a esgrimir una expresión jocosa y arrincona sus regaños.

—¿Y qué te cuentas? —pregunta, sin más.

Resoplo y me quedo de pie, caminando de un lado a otro de este salón de decoración muy Gia. Moderno, de líneas simples, con una de sus ilustraciones dibujada en la pared de enfrente, telas de colores suaves y mucha luz natural. Me hierva la sangre, la adrenalina surca con fiereza mi

organismo y el calentón no se me ha bajado del todo. Ver a Gia, tenerla tan cerca, oler su aroma, rozar su piel...

—Quiero saber quién es en realidad Kayden —afirmo a bocajarro. No tengo ganas de darles vueltas a mis palabras, prefiero lanzarlas para encontrar respuestas cuanto antes—. ¿Desde cuándo está con ella? ¿Es serio? ¿He de preocuparme? Porque no tengo ni idea de qué piensa Gia acerca de mi aparición, pero acabará conmigo. Y ese postadolescente hormonado no me la va a quitar ni de coña.

—¡A prepotencia no te gana nadie! —Suelta una carcajada y se coloca los cascos para ignorarme durante el resto de la hora que esperamos en el salón. Al final me canso y me largo al jardín para ayudar a preparar la fiesta. Aunque sea con él.

5

Gia

Patricia está triste, enfadada, herida... A veces los actos de los demás te lastiman en lo más profundo, como si se adentraran en tu alma para lacerarla sin remedio. Y Kayden es su filo de puñal, el hombre capaz de clavarse en su corazón hasta destruirlo. Si pudiera ayudarla... He sentido su mismo dolor, puedo hasta palparlo, y más con la presencia de Gonzalo en esta casa, pero si algo me ha enseñado la vida, es que cuando un logro no depende de ti, no puedes empeñarte en alcanzarlo una vez has dado el máximo para obtener sus réditos. Y Kay demuestra con claridad que no está preparado para asumir sus sentimientos.

—No me apetece bajar. —Mi hermanastra se sienta en la cama con los ojos llorosos—. Estoy cansada, Gia. Entiendo que Kay finja contigo para meter en vereda al idiota de Gon, pero ¿que me ignore así? —Chasca la lengua y resopla—. ¡Es un idiota! Primero fue la diferencia de edad, después se empeñó en señalar que no tenía ni dieciocho y se cruzó con nuestro parentesco... ¡Y mil mierdas más! —Las primeras lágrimas se deslizan por sus mejillas y se hunde, como si la rabia se hubiera fundido y la inundara el sufrimiento—. ¿Por qué sigue comportándose de esta manera? ¿Por qué me mira como si le doliera? ¿Como si me quisiera y no pudiera estar conmigo? Ojalá pudiera amar a otra persona, porque Kay no se merece mis sentimientos por él.

Me siento a su lado, le paso el brazo por los hombros y le permito apoyarse en mi pecho para que se desahogue al máximo. A veces me gustaría ofrecer soluciones perfectas a todas las situaciones, ayudar a mis personas favoritas a alcanzar la felicidad. Pero no es tan sencillo. La imagen de Gonzalo me cruza por la mente, me atrapa, me despierta esos aleteos insanos en el cuerpo, me indica con luces de neón que, a pesar del tiempo y la distancia, mis sentimientos siguen ahí, punzantes, vivos, revoltosos.

—No mandamos en nuestro corazón —expongo—. La única opción es decidir qué hacemos al respecto. Y ha llegado la hora de que des un paso adelante.

—Lo sé —susurra—. Pero es tan difícil. —Se endereza para mirarme a los ojos. Los míos también están acuosos—. ¡Menudas estamos hechas! —Esboza una pequeña sonrisa triste—. Gonzalo te ha dejado tocadita. Y eso de MAP... Sabía que erais fogosos, pero ¿tanto?

Las carcajadas nos vienen bien a las dos para destensarnos un poquito. Ya ha crecido lo suficiente para haber mantenido con ella varias de esas charlas trascendentales acerca de sexo. Cuando su madre y Gonzalo la abandonaron junto a Íñigo en ese internado, me dediqué en cuerpo y alma a apoyarlos para superar unidos la muerte de nuestro padre y a aprender a vivir con fuerza, cariño y amor. Conseguí ablandar a la directora del internado, fui con regularidad durante mucho tiempo a visitarlos, hasta que logré su aprobación para traerlos en secreto a esta

finca un fin de semana al mes y las festividades importantes. Le he contado algunas partes de mi relación con Gonzalo, la he instruido en muchos temas, hemos hablado largo y tendido de sexo, y más tras la promiscuidad de su hermano en ese sentido, pero jamás he profundizado en lo que Gon y yo experimentamos.

—Venga, vamos a ponerte lo más guapa posible. —Le doy un suave beso en la frente y me levanto—. A ver si ese tonto reacciona de una vez al verte sexy de narices. Aunque, si no pasa, vas a tener que pasar página y buscar a un tío que valga la pena.

—¡Como si fuera tan fácil! —Se pone en pie para caminar hasta el armario donde ha colocado su ropa—. No sé por qué te empeñas en darme lecciones si tú no has sido capaz de olvidar a Gon en cinco años. ¿Y supones que yo lo lograré con Kayden?

—Es diferente —expongo—. Gonzalo y yo estuvimos juntos muchos años, y fue un golpe muy duro cuando decidió casarse con Eva. Pero tú no has intimado más allá de unos cuantos besos, no tienes un recuerdo tan marcado, todavía estás a tiempo de evitar caer en lo mismo que yo. —Abro mi armario para sacar el vestido que me compré para la fiesta de esta noche—. No te dejes pisar por Kay. Si no quiere admitir que está enamorado de ti, muéstrale tu indiferencia y sigue adelante... con tu vida —bajo la voz—. Seguro que entonces se acojona.

—Si fuera así de fácil... —Emite un gemido—. Llevamos tantos años mareando la perdiz... Nos queremos, y él siempre está con sus inseguridades y ese absurdo mantra de que las relaciones son lo más tóxico para la libertad. —Se empieza a vestir con un conjunto de quitar el hipo. Patricia es una chica guapísima, se parece mucho a nuestro padre: rubia, ojos azules, alta, atlética, con la piel muy clara, una figura envidiable y unos rasgos bastante aniñados—. Desde que lo conozco se ha liado con un montón de chicas, a cuál más espectacular. Y estoy harta de esperarlo. Se acabó eso de guardar mi virginidad para él o de chorradas por el estilo. —Crispa los labios y resopla con fuerza—. No me lo creo ni yo... ¿Por qué soy tan tonta?

El dolor se cuela en su mirada otra vez. La entiendo y comparto su visión del asunto, aunque conozco a Kayden, sé cómo piensa y el miedo atroz que le produce aceptar la posibilidad de asumir un compromiso. No le será fácil recorrer ese camino, pero tampoco le sentaría bien enfrentarse a la posibilidad de que Patry pasase página. Es su única opción, renunciar a conquistarlo, demostrarle que ha llegado a su límite, darle donde más le duele para obligarlo a darse de bruces con la posibilidad real de perderla. Y, aun así, no hay garantías.

—Vamos a trazar un plan de ataque —propongo—. He hablado con Massimo porque tengo un plan. —Le guiño un ojo con una sonrisilla perversa—. Sabía que llegaríamos a este extremo. Y Max está de acuerdo en poner su granito de arena. Ya conoces su rivalidad con Kay... Besarte con él no debería suponerte ningún problema.

—¡Es guapísimo! —Cambia su expresión por una ansiosa—. Pero... —respira con fuerza—, ¿besarlo? —Traga saliva y retuerce las manos en el vestido—. ¿Hay que llegar a ese extremo? —Suspira—. ¿Y si no funciona?

—Lo hará, te lo prometo —aseguro—. Será suficiente para despertar los celos del tonto de Kay. —Sonrío al imaginarlo. Massimo es un alma libre, de esas capaces de liarse con varias tías sin sentir más que la adoración propia del momento, y nunca ha buscado en Patricia más que la

amistad y tocarle las narices a su amigo. Es un tío legal y está más que dispuesto a echarle un cable en esta ocasión. Mi hermanastra lleva demasiado tiempo circulando por el mismo sendero, sin darse la oportunidad de desviarse. Si Kayden no fuera tan terco, si dejara de una vez de boicotearse, si me explicara los secretos que lo atormentan y que lo tienen tan extraño últimamente... ¿Por qué las relaciones son tan difíciles? El rostro de Gonzalo se aparece en mi mente y mi cuerpo reacciona encendiéndose, como si este último pensamiento fuera también por él, por lo nuestro, por las pérdidas y por ese deseo imposible que me atrapa al estar cerca de él, al recrearlo, al...

—¿Estás bien? —Mi hermanastra me abraza con suavidad. Me he quedado traspuesta, con una ardiente sensación entre las piernas y un dios nórdico llamado Gonzalo en la mente. Aunque, ni es rubio ni tiene ese cuerpazo. Pero eso no quita sus efectos en mí.

—Solo un poco cansada —miento. Ella me ciñe un poco más con los brazos y siento esa conexión que tenemos desde siempre. Es como si leyera en mí como en un libro abierto.

—Vamos a hacer un trato. Esta noche nos lo pasaremos en grande. Tú te olvidarás de Gonzalo y yo conseguiré que Kayden se deje de idioteces y venga a por mí de una vez por todas. —Me da una palmada en la espalda, flojita—. Aunque no te perdonaré que lo hayas usado de escudo contra Gon. Kay es mi chico difícil. No deberías apropiarte de él.

Suelto una carcajada y me destenso un poco. Adoro a Patricia, a su cerebro, a cómo siempre intenta hacer feliz a los demás, encontrar las mejores palabras para ellos, enseñarnos cómo disfrutar de los pequeños momentos sin dejarnos arrastrar por la negatividad. Su historia con Kayden la hiere cada día más, y ojalá pudiera agarrar a mi amigo del pescuezo para que apostara por ella. Porque Patry se merece un amor sin barreras, una historia de las de verdad, como la que una vez tuve con Gonzalo. Quizá Kay es muy maduro para la mayoría de las cosas de la vida, tuvo que apañárselas solo muy pronto, pero para las relaciones amorosas está en pañales.

—No te rindas —susurro con la necesidad de apartar la melancolía de mí—. Kay es un tonto de remate. Pero si le das un poquito de su medicina esta noche, quizá recapacite. —Le guiño un ojo y me levanto de la cama para cambiarme de ropa—. Massimo se lo va a pasar de miedo, ya lo conoces, le encanta provocar a Kayden. Y, quién sabe, puede que incluso te guste lo suficiente para darle un par de besos fogosos.

Sonríe con tristeza. Los únicos labios que la han besado han sido los de Kay; demasiadas veces para no hacerse ilusiones. La idea de probar otros no la seduce, lo sé, sin embargo, la insto a que se lo plantee, a darle una lección a mi amigo, a usar armas más potentes para enfrentarlo a sus sentimientos. Porque no puede pasarse toda la vida a la espera de que Kayden reaccione. Yo no lo hice con Gonzalo. Y no me arrepiento. A pesar de mis recuerdos, de cómo verlo de nuevo ha despertado mi corazón, de cómo mi deseo se ha precipitado en caída libre al posar mis ojos en él tras años de distancia, la sensatez se impone.

—Coquetearé con Massimo —acepta Patry al final—. A ver si siento algo con otro. Estoy muy cansada de jugar al gato y al ratón con Kayden. Si él no se quiere arriesgar, voy a dar el paso definitivo para intentar quitármelo de la cabeza. —Se empieza a arreglar para la fiesta—. Olvidarlo no será fácil, porque nadie es capaz de desenchufar los sentimientos, pero estoy

dispuesta a luchar para rebajar su efecto y disfrutar de otras oportunidades. Y si tienen el nombre, la cara y el cuerpo de Massimo, pues que así sea. O se lanza esta noche, o Kay será historia —sentencia.

Siempre me ha maravillado la madurez de mi hermanastra. Perder a nuestro padre tan pronto, acomodarse a la situación de su soledad por culpa de su madre y acostumbrarse a vivir en un internado junto a su hermano cuando apenas eran unos críos la obligó a pensar como una persona más adulta antes de tiempo. Su cerebro es privilegiado, tiene una forma de procesar increíble y está muy preparada para afrontar los reveses. Por eso me fastidia tanto la posición de Kayden en lo suyo y la aliento a engañarlo para que mi socio dé el paso definitivo hacia ella.

Una hora después, estamos en el jardín rodeadas de mis amigos. No son muchos, apenas una veintena entre los empleados del estudio de tatuajes y el grupo de personas a las que frecuentaban Enzo y Rico a mi llegada y que se han convertido en mi círculo más cercano. Massimo vino en el *pack* de Kayden, me lo presentó cuando nos asociamos para montar el negocio juntos y se amoldó muy bien al resto de la pandilla. Ambos tienen veinticinco años y su rivalidad es siempre palpable; todavía recuerdo cuando compitieron por ganarse el trabajo con el primer cliente del estudio, cómo se retaron y acabaron abrazándose tras la victoria de Kay. Por eso Massimo suele coquetear con mi hermanastra cuando la ve, para cabrearlo, aunque jamás se le ocurriría traicionar a su amigo de verdad. He hablado con él esta tarde, me he sincerado y al contarle mi plan ha accedido enseguida, con una sonrisa inmensa.

—¿Va a estar toda la noche con él? —pregunta Kayden con rabia, sin quitarles los ojos de encima. La fiesta es de pie, con la comida servida sobre una mesa alargada, sillas distribuidas por todas partes y una barra de bebidas. Estamos frente a ella, esperando nuestro combinado, y no se pierde detalle de la «parejita». Mi atención vuela con demasiada frecuencia a Gonzalo, quien me mira todo el rato mientras charla con Enzo, muy cerca de nosotros—. Porque su numerito para ponerme celoso no cuela.

—¿Y si al final la pierdes por idiota? —inquiero mordaz—. Ya conoces a Massimo... —Ahí va mi estocada—. No sé a qué esperas para dejarte de gilipolleces e ir a por ella. Si sigues así, quizá el tren pase de largo y alguien te la quite de verdad. No puedes continuar tirándote a otras para evitar tocarla a ella y pedirle que se mantenga fiel a ti. Te estás comportando como un auténtico capullo. Patricia no se lo merece. Por eso ha decidido olvidarte.

Gruñe. Aprieta los puños y me fulmina con la mirada, como si la culpa de la situación fuera mía. Agarra el vaso que le ofrece el camarero con más brusquedad de la necesaria.

—¿Con Massimo? —sube la voz—. ¡Venga ya!

—Bueno, él lleva detrás de Patry muchos años. —Utilizo un tono cáustico—. Ya sabes, le mola conseguir lo tuyo, restregártelo por la cara... Y se lo has puesto en bandeja al no aparecer en su fiesta de dieciocho. —Me acerco a su oído para susurrar—: Él sí vino, y se pasó toooooooda la noche coqueteando con ella.

—Me has usado de tapadera para ese tío del que sigues colgada a pesar de su traición —suelta airado. Es típico de Kayden, atacar cuando se siente acorralado, y su reacción me despierta una sonrisa—. ¡No sé a qué vienen las leccioncitas!

—Puedo ocuparme de Gonzalo yo sola, gracias —aseguro—. Y tienes razón, utilizarte no ha estado bien. No es excusa, pero verlo aparecer después de tanto tiempo... —Desvió la mirada hacia él con un subidón de calor en el cuerpo, y me olvido de picar a mi socio—. Ojalá no siguiera loca por él ni me afectara como lo hace. Insinuar que hay algo entre nosotros ha funcionado de escudo y, aunque es lo mejor para mantener el peligro a muchos pasos de distancia, ya soy mayorcita para estos juegos. Y Patricia va siempre por delante...

—¡Joder! —El bufido de Kayden me lleva a observar a mi hermanastra. La tía es un portento a la hora de despertar a la bestia. Acaba de pegar sus labios a los de Massimo. Él la ha atrapado por la cintura y la estrecha mucho contra él, incluso me atrevería a decir que se restriega contra ella—. ¿Qué coño?

Mi amigo no tarda ni dos segundos en transformarse. Deja la copa sobre la barra y camina furioso hacia la pareja. Lo observo con interés. Mis labios se curvan hacia arriba cuando llega frente a ellos, agarra a Patricia del brazo, los separa y le planta un beso de película en los morros. Mi hermanastra se resiste un poco al principio, pero no tarda ni dos segundos en ablandarse. Entonces la escena se vuelve tórrida. Massimo me dedica una mueca pícara y levanta el pulgar para remarcar que todo era una treta para acabar despertando al «bárbaro» que mora en Kay.

—Así que tu chico, ¿eh? —El suave roce del aliento de Gonzalo me estremece. Se ha colocado tan cerca que nuestras pieles se rozan bajo la ropa.

—Yo no he dicho eso... —susurro con los dientes apresando el labio inferior y un hormigueo frenético en mi centro de placer. Cruzo las piernas para evitar que se incremente.

—Llevo años soñando contigo. —Me acaricia los labios con un dedo—. Echándote de menos. ¿Recuerdas cómo el desván que se ha convertido en tu habitación era nuestro lugar secreto? —Me rodea la cintura con el otro brazo y coloca la boca en mi cuello para depositar un beso húmedo—. ¿Las veces que te toqué en este jardín? ¿Cómo nos besábamos en cada rincón de la finca? ¿Cómo te gustaban mis caricias? ¿Cómo gemías?

Sí, joder. Es como si una locomotora repleta de esos recuerdos circulara por mi mente. El deseo de fundirme con sus labios me sobrecoge, es tan intenso... Él sigue posando besos en mi piel expuesta, su mano de la cintura traza círculos sobre el vestido y las caricias de su dedo en mi boca me provocan hasta la exasperación. Nuestras sesiones de sexo solían ser atrevidas, incluso temerarias. Lo descubrimos juntos, éramos unos adictos a la adrenalina de investigar nuevos retos en ese terreno, de experimentar, de descubrir nuevas formas de sentirnos. Aparte de la avidez, nosotros teníamos confianza, éramos un todo, una pareja indisoluble, nos amábamos.

Amábamos, Gia. En pasado. Me lo repito varias veces, sin tregua. Porque debo apartarme de él, no caer en sus brazos. Si lo hago, corro el peligro de darle el poder de destrozar mi corazón otra vez. Y no sé si sobreviviría al después. Sin embargo, sigo pegada a él, envuelvo su dedo con mis labios para chuparlo con lascivia, me restriego contra su erección, me comporto como si nunca me hubiera traicionado, como si pudiera olvidar sus actos, como si solo importara esta noche, dejarlo poseerme, sentirlo dentro de mí, entregárselo todo.

—¡Gia! —Enzo se convierte en mi salvador porque aparece en el momento justo, cuando estaba a punto de ceder, y tira de mí con decisión. Es mi fiel amigo, una persona que me conoce

lo suficiente para romper la burbuja de atracción surgida entre Gonzalo y yo. Ambos lo sabemos, tenemos la capacidad de dilucidar cómo me sentiría mañana si me dejara embaucar ahora por mi ex, si acabara con él en la cama, si le abriera las puertas de par en par durante una noche—. Hora del pastel y el discurso.

Me acompaña a la mesa donde han depositado un enorme tiramisú de chuparse los dedos. Es mi tarta preferida, la descubrí de niña, junto a mis padres, cuando vinimos aquí por primera vez. La ingrata de mi mente se desplaza al pasado, a un instante concreto, uno donde el tiramisú se convirtió en un juego para Gonzalo y para mí. Nuestros cuerpos lo recibieron para permitirles a las lenguas retirarlo con cuidado, avidez, deseo...

—¿Estás bien? —La pregunta de Enzo se repite en mi mente y, de nuevo, logra devolverme a la realidad. Niego con la cabeza, me limpio una lágrima rebelde y lo abrazo un segundo.

—Lo estaré —aseguro antes de dedicar mi atención a las velas.

6

Gonzalo

He estado a punto de ablandarla. Si el pesado de Enzo no hubiera intervenido... Esta noche me parece lo más irreal del mundo; he pasado por varias emociones en poco tiempo, como si estuviera metido en un auto de choque dirigido por otro y me empotrara contra cada sentimiento para que el golpe de realidad fuera más potente. Verla de nuevo ha sido más impresionante de lo que imaginaba, descubrir que lo suyo con Kayden era una treta me ha producido alivio y cabreo a la vez, tenerla entre mis brazos, tan a punto de saborear sus labios, me ha abocado a la taquicardia y ha puesto en pie de guerra a todas mis hormonas. Y también ha despertado mis remordimientos y ha removido ese poso cargado de dolor que lleva atormentándome cinco largos y angustiosos años.

Paso más de media hora intentando acercarme a ella, pero la rodea demasiada gente. Debería preocuparme por la desaparición de mi hermanastra con ese tatuado demasiado mayor para ella, le correspondería ser mi foco de atención natural, porque Patricia es mi responsabilidad y ha desaparecido con un tío. Sin embargo, todo se desdibuja cuando Gia irrumpe en la ecuación. Me anula, me atrapa, me induce a imaginar cómo sería mi vida si la hubiera escogido a ella en vez de Eva, si no la hubiera cagado, si hubiera sido valiente en vez de un gallina rematado. No hablo con nadie, no interactúo, no como, ni bebo ni busco a Patry con la mirada. Simplemente me quedo quieto en una esquina apartada, con una copa en la mano, a la que no presto atención, y me dedico a observarla, a memorizar sus gestos, a recorrer su cuerpo perfecto, a luchar contra la erección permanente, a deleitarme con esas expresiones tan familiares. Solo puedo pensar en acorralarla, en besarla, en encerrarla en cualquier lugar donde pueda pasar la eternidad a solas con ella. Ansío que me escuche, me perdone, me acepte de nuevo. Y mis aspiraciones por conseguirlo se amplifican con las reacciones de mi cuerpo, con ese hormigueo de avidez, con la dureza entre mis piernas, con las imágenes de nuestro pasado.

Mi mente se desliza hacia atrás con una frenética necesidad de recordar cómo éramos antes de Eva, cómo nos convertimos en un todo, cómo descubrimos juntos el mundo del sexo, cómo reíamos, cómo conversábamos hasta la madrugada y cómo al final nos destruí a ambos por salvar a mi madre. En el fondo, sabía que Eva me estaba manipulando a través de ella, lo intuí desde el primer momento, pero no pude hacer nada porque la muerte de Luigi había traído de vuelta a la mujer de mi primera infancia, a una casada por conveniencia con un hombre poderoso y con una falta absoluta de amor y de cariño, una a la que su marido —mi padre— ultrajó, degradó y destrozó. Eva se aprovechó de su debilidad al haber perdido al verdadero amor de su vida, fue

quien manejó sus hilos para salirse con la suya. Mi única salida para protegerla era acatar la situación, renunciar a mi vida para salvar la suya.

Quizá no busqué otra salida porque Luiggi también había sido la figura de un padre para mí y se había ido para siempre, puede incluso que fuera debido a mi dolor, a mi desesperación, a la sensación de que si también perdía a mi madre por egoísmo, nunca me lo perdonaría. Cuando conoció a Luiggi, el padre de Gia, evolucionó, gracias a él superó sus traumas y se convirtió en una mujer más segura de sí misma; abandonó la sumisión obligada por estar casada con alguien como mi padre, un hombre mujeriego, despótico, ególatra e incapaz de valorar a nadie que no fuera él. No recuerdo mucho de esa época, apenas tenía ocho años cuando murió, pero sé que conmigo siempre se comportó con corrección; no me abrazaba, ni me besaba ni jugaba conmigo, pero tampoco me increpaba, ni me ninguneaba ni jamás me había denigrado con sus palabras. En cambio a mi madre...

La llegada de Luiggi a su vida fue como si le diera a un interruptor en su corazón y de repente la luz la deslumbrara. Había luchado con uñas y dientes por ese amor, se había desprendido de sus miedos, sus heridas, sus inseguridades; dejó atrás a la esposa de Álvaro Salavedra para mostrar su alma al desnudo, aunque con matices —el cambio radical no existe, todo es cuestión de medida, y mi madre se agarró a la parte de ella más fuerte, fue a terapia, batalló para erradicar las secuelas de su primer matrimonio, sin evitar del todo recaer en algunas ocasiones en esa conducta vulnerable de antaño, incluso a veces la veía sufrir al malinterpretar una situación. La buena noticia fue que cada vez sucedía en menores momentos—. Luiggi acabó enamorándose de su mejor versión. A veces es el destino quien se empeña en destrozarnos. Si ese avión no hubiera explotado, si mi padre y la madre de Gia no hubieran compartido fila de asientos, si la compañía no hubiera preparado ese acto donde los familiares se relacionaron, quizá Luiggi jamás habría sido parte de nuestras vidas, y entonces Gia tampoco se habría convertido en el amor de mi vida, ni Patricia e Íñigo existirían.

Nuestro pasado forma parte del azar, como la vida misma, y es imposible saber qué habría sucedido si las cosas hubieran acaecido de manera distinta. Ese evento de la aerolínea fue el pistoletazo de salida para el futuro de todos nosotros. Convirtió a mi madre y a Luiggi en amigos unidos por una desgracia. En ese primer estadio de su relación, a ella le importaba más rehacerse y cuidar de mí que la pérdida de su marido. En cambio, él sufría muchísimo porque había amado con locura a su primera esposa y le costó un largo año superar el duelo. A veces todavía me es difícil asimilar que mi madre, la mujer más sumisa del mundo hasta la fecha, se mantuviera a su lado y se comportara con ese derroche de cariño, comprensión, amor; sin mostrar cómo la atemorizaba mostrar sus sentimientos por miedo a recibir una represalia. Al final, el tiempo obró su milagro y los unió. Tres años después del accidente de avión, se casaron. Fue entonces cuando conocí a Gia y se convirtió en el centro de mi universo, y yo en el suyo, cuando nuestros destinos convergieron, cuando todo cambió de manera radical. Porque ella fue mi despertar, mi luz, mi camino, mi amiga, mi compañera, mi amante, mi infinito. Y fui tan estúpido que la dejé marchar y le machaqué el corazón.

A su lado los años pasaron con rapidez, felices, ilusionados, repletos de perfección. Mi madre

experimentó cambios paulatinos de personalidad, aunque en el fondo nunca se desprendió de su verdadera esencia. Ya no le importaba tanto figurar, ni aparecer en las fiestas de alto postín ni el qué dirán. Adoraba quedarse con Luigi en casa, salir a cenar con él, al cine, a pasear. Disfrutaba de las pequeñas cosas de las que antes huía. Aprendió a querer sin miedo, a amar sin barreras, a demostrar ternura sin aguardar un castigo por ello. Y él se dejó seducir por la ilusión de rehacer su vida al lado de mi madre, la llenó de amor, de bondad, de esperanzas. Acabaron combinando con maestría sus dos mundos. Luigi aportaba la magia que desprendía como artista reconocido, un pintor italiano afincado en Barcelona con una sensibilidad especial con los pinceles. Y Blanca, mi madre, contribuía con su dedicación a la empresa, su fuerza a la hora de buscar personal competente para llevar la batuta mientras yo me preparaba para ejercer el cargo de director cuando tuviera la edad suficiente, con su apoyo incondicional a su marido, con una energía inagotable, con sonrisas sinceras, incluso con gestos cariñosos. Eran una pareja peculiar. Él sensible, creativo, perceptivo, cercano. Ella más seria, recatada, pero a la vez con la ternura escondida en su mirada. Vivieron unidos, felices, compenetrados. Los veía reír, abrazarse, quererse, sentirse. Y, si la vida no les hubiera arrebatado la posibilidad de seguir juntos, mi madre habría alcanzado la plenitud. Pero no mandamos en el destino, él se interpone entre nosotros y nuestras ambiciones.

Durante años, me sentí muy cerca de ella y de Luigi. Y sí, quizá Gia y yo ocultamos nuestro amor por miedo a destruir la armonía familiar, pero conseguimos una felicidad completa, sin sombras capaces de oscurecerla. ¿Por qué tuvo que morir Luigi y llevarse con él nuestro bienestar? ¿Por qué un infarto repentino nos lo arrebató mientras corría como cada mañana? ¿Era un hombre sano, fuerte, enérgico! ¿Se cuidaba! La parada cardíaca fue fulminante, impredecible, concluyente. Una desgracia de colosales consecuencias para todos porque rompió hasta la última fibra de los lazos capaces de mantenernos unidos y enteros. Mi madre reaccionó de la peor manera posible. Se hundió en una depresión y se dejó manipular por una arpía de la talla de Eva, aunque no me percaté de ello hasta que ya no había vuelta atrás. Porque a mí también me afectó la desaparición de un pilar de mi vida, me desestabilizó y me hizo cometer las mayores idioteces de la historia.

Si me hubiera detenido a repasar los hechos en vez de acojonarme, si no hubiera estado tan cegado por mi absurda sensación de dominarlo todo, si el dolor de la pérdida no me hubiera golpeado... Renuncié a Gia por la estabilidad emocional de mi madre, sin buscar una salida a la manipulación de Eva, y no acabo de entender por qué no miré más allá del ahora para vislumbrar las consecuencias. Aunque no ha habido ni un solo día desde mi boda en el que no haya luchado por recuperarla. Basé en el MAP toda mi reconquista, me he gastado una fortuna y he invertido una cantidad inconcebible de horas en desarrollar los trajes hápticos especiales, muy superiores en prestaciones de los existentes en el mercado, y los juguetes capaces de hacerles sombra a nuestros competidores.

Hace seis meses Eva me demostró la ausencia de límites para ella a la hora de retenerme a su lado, porque el plazo para marcharme había iniciado su cuenta atrás y se percató de que ni ella ni

nadie me iban a retener. Pero esta vez soy más fuerte, estoy más preparado para enfrentarme a ella y mi madre se ha posicionado a mi lado. Nada me detendrá.

Observo a Gia comer la tarta con una sonrisa, abrazar a sus amigos, abrir los regalos a medida que se los van trayendo, disfrutar de la fiesta. El corazón se me expande por el cuerpo para latir sin medida en cada rincón, para despertar el deseo en cada átomo ante sus exclamaciones de ilusión, sus gestos, esos labios voluptuosos, sensuales, atrayentes... Evoco otros cumpleaños, a los dos escondidos en mi habitación o en la suya a altas horas de la noche, cuando la casa dormía y nos dedicábamos a abrazarnos, charlar, reír, besarnos, comer una tarta, darnos los regalos... Necesitábamos tan poco para ilusionarnos... ¿Qué me pasó? ¿Cómo pude romper esa magia? ¿Por qué lo destruí todo con un mazo?

Deslizo la mano en el bolsillo del pantalón para tocar la cajita de terciopelo rojo que he traído conmigo. No es el momento de dársela, prefiero hacerlo en la intimidad, a solas, cuando Gia solo tenga ojos para mí. Porque, a pesar de su actuación, de cómo intenta mantenerme a distancia, ambos sabemos distinguir el brillo de sus ojos al mirarme, cómo se le oscurecen las pupilas de anhelo al descubrir mi presencia y su imposibilidad para no prestarme atención cada pocos minutos. La conozco tanto... Hemos crecido juntos, cuando nos vimos por primera vez yo tenía once años, ella nueve. Durante los diecisiete años siguientes fuimos una unidad; nos convertimos primero en amigos y luego en pareja, nos amamos. En secreto, ocultos, sin darle bombo a esa realidad. Pero no por ello fue menos verdadera. Y ahora sé distinguir su excitación, ese halo de tensión sexual que nos invade al estar cerca, esa atracción imposible de romper. Me desea, tanto o más como yo a ella.

Desde su marcha me he sorprendido demasiadas veces pensando en cómo habría sido mi vida si no hubiera escuchado a mi madre, si no me hubiera asustado de verdad con la posibilidad de perderla, si hubiera actuado diferente. No han sido unos años bonitos, por eso dejé a Patricia e Íñigo en el internado, para evitarles la dolorosa experiencia de compartir tiempo y espacio con personas hundidas, para ofrecerles estabilidad. Pero también me equivoqué en esa decisión. La he cagado tanto... Mis dedos acarician la cajita mientras no me pierdo detalle de la conversación de Gia con Rico. Le ha regalado un vale para algo que no he escuchado, y le ha encantado. Es tan reconfortante estar frente a mi Gia, esa mujer explosiva, impetuosa, entusiasta. Se ha lanzado a los brazos de su primo con efusividad, le ha dado varios besos en las mejillas y sus risas me han llegado claras hasta los oídos. Han sido el inicio de una ardiente fogata en mi cuerpo y han alentado a un deseo poderoso.

Íñigo se acerca a mí tras pasarse gran parte de la noche coqueteando con varias de las chicas de la fiesta. Me ha alucinado descubrir esas artes de seducción de mi hermanastro, cómo las atrapa con su mirada, con esas sonrisas sugerentes, con su labia. Ellas le ríen todas las gracias, lo miran embelesadas y caen con rapidez en sus redes. Ha crecido muchísimo, ha cambiado, ya no es el niño de antaño, al que abandoné en un internado por mi incapacidad para ocuparme de nada. Le paso un brazo por los hombros para acercarlo a mí mientras proceso mi sentimiento de culpa. Lo hice todo mal, no entiendo cómo pude equivocarme tantísimo, cómo no me di cuenta antes, cómo permití a mi madre y a Eva manipularme hasta aplastar mi capacidad para vislumbrar las

consecuencias. Aunque mi última conversación con mi progenitora antes de volar a Florencia consiguió darme fuerzas para no rendirme.

—Patry se ha largado con Kayden —anuncia con retintín—. ¿Eso responde a tu pregunta acerca de Gia y él?

—¿Qué significa exactamente que se ha marchado con él? —pregunto con un subidón de ansiedad—. ¿Cuándo? ¿Adónde? ¿A qué? ¿Por qué?

Mi hermanastro prorrumpe en carcajadas bastante molestas. Se deshace de mi abrazo y me lanza una mirada ladina. Me he perdido demasiado, ¿cuándo se ha convertido en un tío así? ¿Cómo puede tomárselo a guasa?

—¡No me jodas, Gonzalo! —suelta con chanza—. ¿De verdad necesitas respuesta a esas preguntas? —Me guiña un ojo—. A Patry estaban a punto de salirle telarañas. ¡Ya era hora de que Kay se decidiera a reclamarla y a darle un meneíto! No es sano pasarse la vida esperando a un tío. Y, joder, el muy capullo se ha colgado un huevo.

—¿Me estás diciendo que se va a acostar con ella? —Sí, debo parecer un tonto de remate. Patricia tiene dieciocho años, es dueña de su cuerpo, pero es mi hermana pequeña e imaginarla en la cama con un tatuado varios años mayor no me gusta ni un pelo—. ¡Joder! ¿Dónde están? ¡Yo me lo cargo!

—¡Eh! —Íñigo me da un puñetazo en el brazo sin cortarse con la fuerza—. ¿Qué coño te crees, tío? Nos abandonaste en un internado, te casaste con una arpía, le pediste a Gia que fuera tu amante, ¡te desentendiste de todo, joder! —Parece cabreado, y eso en Íñigo no es normal—. ¡Ahora no me vengas con numeritos de estos! Patry y Kayden llevan años enamorados, pero él se ha negado a aceptarlo hasta ahora. Y ya les toca un poquito de folleteo, la verdad. Nuestra hermana se merece un revolcón en condiciones y que él se deje de gilipolleces de una vez. —Ya vuelve a ser el Íñigo de siempre—. Y quien dice uno, dice tres o cuatro. —Vuelve a guiñarme el ojo—. ¡Mañana Patricia no podrá andar!

Resoplo indignado. ¿Cómo puede estar de acuerdo con eso? ¿Y bromear así? Patricia es su hermana melliza, están muy unidos, debería ser su protector, no alentarla a cometer esa clase de locuras.

—El tío le saca muchos años —me quejo—. Tiene el cuerpo plagado de tinta, se ha hecho pasar por el novio de Gia, parece poco de fiar...

—¡Estás fatal! —Se carcajea con fuerza—. Patry ha crecido, tío. Y sí, quizás Kayden no es el prototipo de lo que mamá o tú entendéis como «buen partido», pero se quieren y llevan demasiados años mareando la perdiz. Déjate de chorradas, ¿sabes? Perseguir el amor es lo único que cuenta. Como mínimo si quieres ser feliz de verdad y no un amargado que se casa con una pija ególatra solo para aparentar.

Sus palabras me impactan con un dolor acuciante. Aprieto los puños con fuerza porque reconozco la veracidad de esas acusaciones. Me casé con Eva para representar un papel, evitar que mi madre cometiera una tontería y conseguir que se ilusionara en vez de volver a intentar quitarse la vida. ¿Y dónde me llevó esa decisión? Ni ella ha logrado deshacerse de su dolor ni yo he tenido un solo día pasable desde entonces.

—Me equivoqué —admito—. Por eso estoy aquí. —Nunca había dejado a un lado la arrogancia que muestro en público, esa seguridad en mí mismo, la farsa de hombre que tejí hace años como mi imagen pública para ayudar a mi madre a superar sus instintos suicidas, la expuesta fuera de los muros de mi habitación, de los brazos de Gia, de la verdadera. Estoy harto de ser el superpoderoso Gonzalo Salavedra, el dueño de una importante empresa con beneficios millonarios, el ingeniero capaz de idear algunos de los videojuegos más en boga, el hombre que se prodiga en los actos sociales como frío, distante, altivo e inalcanzable. El que se folla a todas las mujeres que se le ponen a tiro para intentar emular durante unos segundos efímeros la sensación de plenitud de cuando Gia era mi pareja en la cama (*spoiler*: no lo he conseguido jamás, porque ninguna era ella). Cansado de ser un desdichado de manual. No sé por qué me desmorono justo ahora, cuando al fin he vencido todos los obstáculos puestos por mi obtusa mente y la capulla de Eva, y me he lanzado al ruedo, dispuesto a todo para conseguir a mi chica de vuelta, pero me han bastado las palabras de mi hermanastro para notar la amarga sensación de la decepción en mi garganta—. Se terminó fingir. Voy a casarme con Gia y a mandar a la mierda todo lo demás.

—¡Tío! —Se ríe con ganas—. Me mola tu determinación, pero, joder, sabes que sigues casado con otra, ¿verdad? ¿Y que Gia está cabreada en modo mil y no va a ser nada fácil hacerla bajar del burro? La conoces, tío. Es orgullosa como ella sola, y fuerte. No te perdonará con solo chasquear los dedos.

—He venido con munición. —Sonrío con decisión—. No voy a rendirme ni de coña.

—Suerte, hermano. —Me da un par de palmadas en la espalda y se encamina hacia una chica rubia que lo mira con lascivia—. Voy a conseguir un polvo para la noche.

Me escondo entre las sombras para esperar a que la casa se vacíe. No la pierdo de vista ni un instante. Paso varias fases mientras me deleito con cada uno de sus gestos, pero en todas ellas hay una electrizante avidez que me arrastra por las aguas de la pasión, me muestra cómo la he poseído en millones de ocasiones, rebobina la película de mi mente a esos momentos de intimidad compartidos, me excita hasta lo indecible. Cuando el jardín va quedándose sin personas, me escabullo en silencio a su habitación porque no me iré hasta darle su regalo, hasta probar sus labios, hasta conseguir una promesa de su participación en el MAP. Seremos ella y yo contra el mundo, crearemos un mapa de fantasías, les daremos vida a las nuestras, las llevaremos a cabo, las disfrutaremos mientras construimos un futuro juntos, una familia, un maravilloso nosotros.

7

Gia

Las emociones de la noche se han visto enturbiadas por Gonzalo. Es tan poderosa la atracción que ejerce su simple cercanía, que apenas he resistido la intensidad del deseo. Si solo necesitara un revolcón para aplacar mis sentimientos desenfrenados... El amor de verdad, ese que se te agarra al corazón y se convierte en una pasión descontrolada, ese que se adentra en tu alma para marcarse con tinta indeleble, el que se te mete dentro de la piel y se niega a desvanecerse, es una potente arma contra mis pensamientos coherentes, contra toda mi contención, contra ese pasado que ahora se oscurece a la luz de su presencia.

Durante la noche he capeado a duras penas el temporal Gonzalo para disfrutar de la fiesta con risas, abrazos, gritos, baile y un sinfín de momentos donde no ha faltado mi expresividad elevada a la máxima potencia. Porque así soy yo, efusiva, divertida, sonriente, y ningún ex de pacotilla me arrebatará mi naturaleza. Aunque sea él, mi persona favorita en el mundo, ese hombre que me hace temblar hasta el último pelo de mi cabeza, el que me estremece y consigue que mis piernas no me aguanten. Quizá por eso me he enfrentado a instantes de bajón, cuando mi mente ha elucubrado intrincadas excusas para quemar el deseo en una cama —o en cualquier lugar, siempre que sea con él hundido en mi interior—. Pero mis amigos, sin darse cuenta, han obrado la magia de protegerme de mí misma. Estar rodeada de ellos ha logrado lo indecible.

Abrazo a Rico con una de esas muestras de entusiasmo tan características de mi forma de expresarme. Mi primo se ríe a carcajadas estrechando el gesto mientras consigue amplificar mis emociones. Hace un rato Íñigo se ha despedido para seguir con la fiesta en la ciudad, en compañía de un grupito de marchosos. A saber a la hora que regresará a casa o dónde dormirá. Sonríó al pensar en él, en cómo se dedica a saltar de cama en cama, en su positividad allá donde va y en esa posición optimista ante la vida. Sé que en el fondo se guarda un sinfín de sentimientos, porque él también sufrió las pérdidas, aunque las encaró con una visión diferente a su hermana, se aferró a la ilusión, a la alegría, a no dejarse llevar por el dolor, y ha cristalizado en un chico excepcional, siempre sonriente, sarcástico, divertido. Ojalá siga así para siempre. Se parece a mí y sé que a veces tenemos una cantidad inmensa de inquietudes pulsando por salir a la superficie.

Suspiro y luego curvo los labios hacia arriba al pensar en mi hermanastra. Kayden por fin ha despertado y se la ha llevado a su casa. Me han mandado un mensaje desde el coche. Les toca disfrutar de su amor sin miedos ni las absurdas excusas de mi amigo. Su historia es tan bonita, se quieren desde hace mucho tiempo; se lo merecen tantísimo... Gonzalo vuelve a irrumpir en mi pensamiento. Evoco nuestros años de amistad del principio, cuando ninguno de los dos sabía

interpretar esas cosquillas de felicidad al pasar las horas juntos, esa fascinación cada vez que nos quedábamos embelesados mirándonos, el subidón de endorfinas que arrasaba con cualquier otra emoción mientras compartíamos momentos, esa manera de mirarnos, de crear electricidad al tocarnos... Crecimos amándonos en secreto, creamos una pareja mucho antes de ese primer beso robado, a escondidas. Y ahora me molesta demasiado que se haya marchado de la fiesta sin despedirse, que haya aparecido de nuevo, que haya desenterrado el MAP, que me haya reclamado para desaparecer después sin ni siquiera buscarme con la mirada. Me toco de manera involuntaria el tatuaje de mi nuca, ese oculto bajo mi melena: la silueta de un corazón rojo con las letras MAP y GeGe escritas en su interior en negro. Fue mi tributo a lo que fuimos tras llegar aquí, mi último gesto hacia ese «nosotros» ya muerto y enterrado, porque después de que Kayden me lo dibujara en la piel con tinta permanente, lo di por zanjado e inicié mi camino hacia la superación —*spoiler*: sigo enamorada de él hasta la médula y ni los tatuajes ni los propósitos son suficientes para borrarlo de mi corazón, pero de ilusión también se vive, ¿no?—. Estrecho todavía más fuerte a mi primo y él se queja con una carcajada.

—Buenas noches, cumpleaños. —Rico me besa en la mejilla con cariño y me suelta sin dejar de reír—. Ha sido un día cargado de emociones, pero no hace falta que me dejes sin aire.

—¡Eh! ¡Suéltala de una vez! —se queja Enzo cuando ocupa su lugar—. Te queremos, Gia. Si necesitas que le pateemos el culo a Gonzalo, nos lo haces saber. Porque le tengo unas ganas... —Aprieta más los brazos, hasta casi estrujarme.

—Ojalá bastara con eso para olvidarme de él —musito dándole vida a mis verdaderos pensamientos. Mis primos siempre han sido mi puerto seguro, con ellos suelo sincerarme, no guardarme los miedos, los dolores o las decepciones—. A ver cuál es su próximo movimiento.

—Lo he visto muy decidido a luchar por ti. —Enzo me suelta con delicadeza—. No se rendirá sin más, y no sé, Gia, quizás al fin es vuestro momento. Me niego a pensar que es un imposible.

—Algo le ha pasado para aparecer aquí después de cinco años sin dar señales de vida —apostilla Rico—. Solo nos queda descubrir qué es y a ti te toca la peor parte, decidir si eres capaz de perdonarlo para darle una segunda oportunidad.

Hace cinco años, al aparecer en esta casa con el corazón destrozado, les conté la historia al completo, y nunca me he arrepentido porque ellos son mi fuerza cuando la pierdo. Entonces la analizamos, la desmenuzamos, la repetimos hasta la saciedad, la consideramos desde varios ángulos porque a los tres nos pareció difícil de entender la forma de proceder de Gonzalo y el comportamiento de Blanca. Pero al final nos dimos por vencidos, aceptamos que él había decidido casarse con Eva y yo necesitaba empezar de cero, sin ahondar más en la herida, porque si quería avanzar, debía dejarlo atrás. Y entonces inicié como pude mi nuevo camino, uno nada recto, con subidas, bajadas, esos imposibles, zonas planas y rectas, y otras empinadas y zigzagueantes, pero lo seguí con determinación, sonrisas, ilusiones y esperanzas.

—Blanca ha vuelto a aparecer en algunas galas —apunta Rico—. Las fotos en las revistas del corazón la muestran bastante recuperada, como si hubiera dejado la depresión atrás. ¿Y si es cierto? ¿Y si ahora Gonzalo ya no tiene miedo por su vida? ¿Y si ya no hay peligro de que la vuelva a encontrar en la bañera como la otra vez?

—Además —Enzo me da un beso en la mejilla y me guiña un ojo—, Gonzalo y Eva llevan un mes sin aparecer juntos en ningún evento. Te has negado a leer la prensa rosa o a ver programas españoles donde se lo pudiera nombrar, y lo apruebo. Pero los tres sabemos qué ha sido su vida hasta ahora, porque te hemos contado cada una de las veces que lo han pillado con otras mujeres, el distanciamiento con Eva, sus miradas frías cuando posan. Y también intuyes que algo ha cambiado.

—Todo es posible —asevero con una fina capa de esperanza aposentándose en mi corazón y sin ganas de admitir mi enganche a sus chismes cuando me cuentan sus escandalosas infidelidades—. Pero, aunque lo fuera, no sé si puedo olvidarlo todo así de fácil —chasco los dedos—, Gonzalo priorizó a su madre, se casó con Eva para hacer feliz a Blanca, para sacarla de su depresión, para que no intentara quitarse la vida otra vez. Y sigue sin tener sentido para mí. —Suspiro—. Acepto que la quería lo suficiente para no arriesgarse, pero no comprendo a Blanca. Si de verdad estaba tan hundida por lo de mi padre, ¿qué más daba con quién se casara Gonzalo? Él me explicó poco en ese sentido, apenas me dio unas pinceladas, y no luchó por buscar una alternativa, se dejó manipular por los deseos de su madre. Unos muy ilógicos. —Mi cabeza vuelve a esa única conversación acerca de su decisión inamovible, una que apenas duró unos minutos y me destrozó como si una bomba atómica acabara de arrasar mi corazón—. Me lo anunció la misma noche en la que llamó a una ambulancia para salvarle la vida a Blanca, un par de horas después de encontrarla en la bañera desangrándose, en la sala de espera del hospital. Estaba roto. Apenas era capaz de hilar palabras con claridad. Solo me explicó que su madre le había hablado mientras esperaban a los sanitarios y que si quería mantenerla cuerda y con vida, debía casarse con Eva. Si lo pensamos bien, fue todo muy surrealista.

Me callo porque vuelvo a escuchar en mi mente esa declaración tan destructiva de Gonzalo: «Solo me ha pedido una cosa: que me case con Eva. Quiere organizar la boda, ilusionarse con ella, dejar atrás el dolor. Y voy a hacerlo. Si lo intentara de nuevo por no escucharla, no me lo perdonaría jamás». En ese instante sentí cómo se me partía el corazón en varios pedazos, y ahora lo revivo. No contesté, las palabras se me atragantaron, y entonces él siguió hablando. «Entiéndelo, cariño. No puedo exponerme, pero seguiremos juntos en secreto. Siempre te amaré a ti por encima de todo». Quise replicar, echarle a la cara todos los insultos que me atravesaron, explicarle que esa forma de amar no era sana ni natural; gritar, patear, luchar contra su decisión, pero justo cuando abrí la boca para hablar, Eva apareció con su sonrisa altiva y el triunfo escrito en sus facciones. Se acercó a él, lo abrazó, lo besó en los labios y sonrió sin dejar de mirarme, como si disfrutara de restregarme su éxito en una batalla que yo había ignorado hasta ese instante. «Me alegro tanto de haber recibido tu llamada, cariño», aseguró mientras lo abrazaba para consolarlo. Me di la vuelta con las lágrimas manando sin control, me alejé, escapé a casa, a mi habitación, donde la realidad cayó a peso sobre mí. Esa noche recogí todas mis pertenencias, busqué un vuelo a la Toscana, les envié un mensaje a mis primos y escribí mi carta de dimisión. A la mañana siguiente me despedí de mis hermanastros con abrazos, lloros y promesas de no perder el contacto. Gonzalo no había aparecido en mi habitación como otras

noches, no había intentado reconducir las cosas, se había quedado en el hospital junto a Eva y su madre mientras María, la niñera, se ocupaba de los mellizos.

—Te fuiste sin mirar atrás. —Enzo me saca del pasado con esa simple aseveración—. Y él no ha venido a buscarte hasta ahora. Es una historia triste, Gia, porque te ha mantenido demasiados años en la oscuridad, enganchada a él por no finalizar bien las cosas. Y tú eres luz, así que escúchalo, rompe de una vez los lazos que todavía te unen a ese pasado, avanza. Ya sea para volver con él o para dejarlo marchar. Pero haz una de las dos cosas, ¿vale?

—De acuerdo —aseguro con un hilo de voz. Tiene razón, una de las consecuencias de no cerrar un capítulo de tu vida es enfrentarte a los sentimientos con demasiada asiduidad porque siguen ahí, punzantes, reales y necesitados de un cierre definitivo—. Me voy a dormir —anuncio—. Ha sido un día muy largo y al final no he acabado el trabajo para la Sules Games, así que mañana tendré que poner el turbo si quiero entregarlo a tiempo.

—¡Descansa! —Rico sonrío—. Y guarda un huequecito para contarme eso del MAP. No creas que no me he fijado en las letras de tu corazoncito de la nuca.

Ambos estallan en carcajadas de complicidad y se van hacia las escaleras para subir a su piso. Yo me quedo un instante más en el jardín, con una sensación extraña en el cuerpo. Gonzalo tiene ese efecto en mí, es como un huracán que arrasa con todo y me revuelve los sentimientos. Me abrazo para combatir una ráfaga de aire frío, junto a un estremecimiento. Gimo. Desde su aparición esta tarde las ganas de tocarlo me han hormigueado en los dedos, en los labios, en la piel. El deseo es un ente perverso que me devora porque ahora vuelvo a cruzar las piernas para rebajar esa avidez instalada entre ellas al recodar su mirada ardiente, su boca, su voz... *¡Qué haces conmigo! ¿Por qué te empeñas en recordarme lo que perdí?*

Subo a mi habitación sin encender ninguna luz. Me he descalzado en la planta baja, mañana ya recogeré los zapatos, ahora me apetece sentir la frescura del parqué mientras asciendo los peldaños en la penumbra. Siempre me ha gustado moverme entre las sombras, en silencio, sin advertir mi presencia a los demás. Llego a mi cuarto en pocos minutos y tampoco lo ilumino, me guio por la luz de la luna que se cuela por los ventanales de suelo a techo de la pared frontal. Todavía no he accionado el panel de metal que baja para sellar la claridad cuando necesito aislarme de ella. Aunque, en general, no me molesta, prefiero observar el exterior, despertarme al alba, dejar que los rayos solares iluminen la estancia en las horas diurnas.

Sigo con imágenes tórridas en mi mente. No me centro, porque no es normal que de todo lo sucedido hoy mi mente se haya quedado asida a la parte en la que Gonzalo me vuelve a poseer, a esa pasión desbocada que me despierta su simple presencia. Carece de lógica... *¡Vale!* Sonrío al pensar en la réplica de Enzo o Rico si les planteara esta cuestión: «Gia, tú eres impulsividad y pura sensualidad, ¿qué esperabas?». Camino hasta la cómoda de cajones situada al lado de la puerta del baño, donde tengo mi arsenal de juguetes eróticos, con las manos trabajando para bajarme la cremallera del vestido antes de decidirme por uno de ellos. Tengo toda la noche para deshacerme de la excitación y no me sentiré culpable al pensar en él mientras me toco. En realidad, mis fantasías siempre las ha ocupado Gonzalo. Soy así...

Escucho pasos a mi espalda con una aceleración de mi ritmo cardíaco. No me muevo, solo

termino de desabrocharme el vestido y coloco las manos encima de la cómoda. Lo reconozco por su inconfundible aroma, no necesito más. Mi memoria identifica enseguida a la única persona capaz de mantenerme clavada al suelo, de inmovilizarme, de impedirme una reacción diferente al fuego que me quema en el cuerpo. Se detiene a pocos centímetros, antes de atraparme por la cintura y apoyarse en mi espalda. Tiemblo. De anhelo, de anticipación, de necesidad. Noto enseguida su excitación en mi trasero, es firme, fuerte, vigorosa. Me muerdo el labio cuando una de sus manos asciende con lentitud por mi vientre hasta llegar al nacimiento del pecho.

—He querido arrancarte este vestido toda la noche —susurra en mi oído, tan cerca que su voz me cosquillea en la piel—. Gia, te deseo tanto...

Gimo. Durante unos segundos sus palabras, su presencia y sus caricias me nublan la mente, y más al sentir sus besos húmedos en ese punto de unión entre el cuello y los hombros que siempre ha sido muy erótico para mí. Sus dedos tantean con suavidad mi seno derecho, sin llegar a tocarlo por completo, solo rozándolo. La otra mano crea ondas en mi vientre. Ardo. Estoy en llamas. Me quemo. Mi avidez se desborda. Debería detenerlo, hablar con él, impedirle este acercamiento tan peligroso, pero, en vez de eso, jadeo, necesitada, ansiosa, fogosa. Siento como si mis pulmones exigieran más aire y mi corazón se alzara en pie de guerra, rebelándose en contra de mi intención de mantenerme firme, de mi enfado, de la distancia, de lo que me hizo.

—Llevo cinco putos años intentando saciar mi hambre de ti. —Vuelve a subir la boca a mi oído y me lame el lóbulo—. Ninguna era tú. No las quería, no las amaba, no las deseaba más allá de la razón. —Sube la mano derecha hasta uno de mis hombros para bajarme el vestido por mi brazo—. Porque tú eres mi perdición, Gia. Mi jodida y absoluta perdición. —Repite la operación en el otro lado y el vestido cae a peso hasta el suelo para quedarse esparcido bajo mis pies—. Dios, te he echado tanto de menos.

El contacto de sus labios otra vez sobre ese lugar que tanto me excita me arranca un gemido, y lo acallo mordéndome el labio. Si no se aparta, voy a cometer la mayor de las locuras; lo deseo tanto... Siento su cuerpo apoyado en mi espalda, su respiración sobre mi piel, su corazón acelerado a través de nuestro contacto. Y mi avidez se convierte en líquida, me recorre las venas, las entrañas, la mente, la conciencia. Me desestabiliza. Me lleva a un lugar donde solo importa entregarme a él para apagar el fuego que despiertan sus besos, sus caricias, su voz.

—Gonzalo... —suplico. Y no tengo claro qué estoy pidiendo. Una luz se abre en mi mente, es una alarma insistente, una que parpadea y grita para hacerse oír mientras él baja los dedos acariciándome la piel hasta detenerse sobre la cinturilla de mi tanga. La recorre con uno de ellos antes de colarse por su interior—. No deberíamos...

—Tu coño está muy mojado, Gia —murmura cuando se adentra en él—. Me ha añorado tanto como yo a él. Se muere por recibir mi polla, por dejarse invadir por ella, por sus embestidas, por su fuerza. Por follar conmigo. Solo conmigo.

Sus palabras... Es como rebobinar en la película de mi vida, como volver atrás en el tiempo, como regresar a esa chica excitada, dispuesta, entregada a él en su totalidad. Lo quería tanto, lo deseaba con una intensidad brutal, lo anhelaba. Todavía lo amo... Pero él me dejó, me cambió por otra, me propuso seguir siendo su sucio secreto.

—Nena, joder. —Se restriega contra mi culo y recorre mi punto de placer con el dedo—. Cómo me pones de cachondo.

Sus movimientos y su voz me despiertan gemidos extasiados, no puedo controlarlos, se escapan sin permiso de mi boca. Arqueo la cabeza hacia atrás, la apoyo en su hombro y él me muerde en el cuello sin apretar demasiado, después lo lame y acaba posando su boca sobre la mía. El ardor me sube por las entrañas cuando introduce uno de sus dedos en mí y la otra mano me pellizca un pezón. Contraigo el vientre y los muslos, tenso hasta la última fibra de mi cuerpo para sentir cada una de sus caricias que me licuan en una sucesión de placenteras sensaciones. Nuestras lenguas se retan, se revuelven en una batalla de lujuria. Nuestros gemidos alcanzan una potencia desbordante. Y entonces todo se descontrola. Su dedo toca el nudo de fibras capaces de desatar el apocalipsis en mi cuerpo. Grito su nombre, gimo, resuello, jadeo, me derrito entre las mil sensaciones del orgasmo. Con él son más intensos, siempre consigue llevarme al límite, a rozar el cielo.

Se desabrocha los pantalones sin dejar de besarme, me da la vuelta y me arranca el tanga con un movimiento rápido. La urgencia nos empuja a no pensar. Me sube a la cómoda y me embiste de una estocada, con furia. Sus dientes me rodean el labio inferior, lo mordisquean, lo hieren. Sus manos se clavan en mis caderas para impulsarme mientras me folla con ímpetu. Desciende los labios hasta atrapar uno de mis pezones entre ellos y chuparlo, succionar, morder un poco. Se clava muy dentro, una y otra vez. Bombea. Me embiste. Sus dedos se crispan con tanta fuerza que me dejan señales en la piel. Los míos lo agarran del pelo para tirar de él, para obligarlo a ser más duro, para alentararlo a poseerme con fuerza.

—Joder, Gia —susurra en bucle, perdido en su placer—. Estás tan apretada, tan mojada, tan lista para mí.

Grito cuando llega el brutal estallido que se expande con oleadas por todo mi ser. Le tiro todavía más del pelo y me arqueo hacia él para dejar que el clímax arrase con todo. Y entonces lo escucho gemir, siento cómo se derrama en mi interior, cómo sus sacudidas se vuelven más frenéticas, al ritmo de su voz, de sus gritos con mi nombre, de su éxtasis. El mío se alarga, se reproduce de nuevo, alcanza una cota de perfección absoluta. Y, al terminar me dejo abrazar, besar, acariciar, todavía inmersa en esa corriente eléctrica de alto voltaje que se ha desatado entre nosotros.

—Te quiero, Gia —susurra—. Te quiero tanto...

Esas palabras, su significado, la realidad. De repente todo se desploma. Los efluvios de la excitación se desvanecen. El deseo insatisfecho se evapora. La necesidad se funde en una rabia infinita. Y aparecen los remordimientos, la culpa, la sensación de haberme fallado sin detenerme a pensar. ¿Cómo he podido ceder así de fácil? ¿Por qué me he entregado a él? ¿Qué me ha llevado a retozar con Gonzalo como si nunca me hubiera partido el corazón? ¿Por qué se lo he permitido? ¿Cómo he sido capaz de disfrutarlo?

—Si me quisieras, nunca me habrías cambiado por Eva —le espeto mientras lucho por separarlo de mí, por alejarlo, por borrar lo que acaba de pasar. Me es imposible pensar en ello sin

desatar mi desconcierto, mi ira, mi ansiedad, mi dolor—. No puedes aparecer aquí, follarme y decirme que me quieres después de cómo acabó todo. Las cosas no funcionan así.

Me atrapa más fuerte entre sus brazos. Mi discurso le ha dolido. No distingo bien su expresión, pero la imagino por su respiración, y parece derrotada. Trato de deshacerme de sus brazos, de liberar los míos para asestarle un par de golpes en su torso, sin embargo, es más fuerte que yo y no cede ni un ápice.

—Te quiero —repite con un tono herido—. Tanto que no ha pasado ni un segundo desde tu huida en el que no te haya recordado. Y nada ni nadie me va a separar de ti esta vez. Porque lo eres todo para mí, Gia. Todo, joder.

8

Gonzalo

La retengo contra esa cómoda sin darle opción a escaparse. Sus brazos están atrapados entre los míos, su cuerpo tiembla, su aroma me embriaga y no hay nada capaz de separarme de ella ahora que al fin es mía. Ojalá nunca la hubiera perdido, ojalá mi capacidad para joderla se hubiera marchado de vacaciones, ojalá fuera ella la que llevara mi alianza, la única con título oficial para ocupar mi cama cada noche, la mujer junto a la que me despertara cada mañana, mi todo. ¿Por qué la dejé escapar? Sus lágrimas se desatan, lo noto por el brillo que les concede la luz de la luna. Mi corazón se encoje en el pecho, se desgarrar, se hunde en la miseria. ¡La he vuelto a hacer llorar, joder! Gia es luz, no sombras. Y yo la he apagado, la he dejado en la oscuridad más absoluta, la he destruido. ¿Y para qué?

—Me asusté —admito sin amilanarme. Si quiero tener alguna oportunidad con ella, debo sincerarme. Se lo merece. Siempre fuimos un libro abierto para el otro en el pasado, forjamos unos lazos basados en la confianza, y yo la rompí, me la jugué, la destruí—. Fui un cobarde, Gia. Me creía capaz de tenerlo todo, de no renunciar a nada, y no me di cuenta de lo que en realidad te estaba pidiendo. —Inspiro una gran cantidad de aire antes de soltarla con lentitud por la boca. Ella deja de forcejear, su cuerpo se queda flácido, tembloroso, triste—. Fue todo tan doloroso, tan duro, tan impredecible. —Regreso a ese instante, a cuando mi madre intentó quitarse la vida, a cómo me sentí al encontrarla, a ese desgarrar en el alma—. Mientras esperábamos a la ambulancia me habló de Eva, de lo perfecta que era para mí, de mi estupidez al no ir a por ella, al no verla, al no desearla, de lo bonito que sería organizarnos una boda... A medida que me lo contaba, veía esperanza en sus ojos, ilusión, un destello de posibilidades. Y supe que si quería mantenerla con vida, debía ofrecerle todo cuanto la hacía feliz. Pero me olvidé de mí, de ti, de nosotros, de que si accedía, perdería lo único valioso de mi vida. Y cuando te fuiste... —Apoyo mi frente en la suya—. Fue como si me mataran con una bala directa al corazón. Dejé de respirar, te lo juro. He estado muerto desde entonces, Eva me ha destruido en más de un sentido, es una mujer perversa, con un corazón negro y una forma retorcida de querer. Si supieras cómo ha sido resistir a su lado... Necesito volver a la vida, Gia. Contigo. Es más importante que nada en este mundo, lo único que me da sentido.

Solloza. El silencio nos invade unos segundos, lo inunda todo, lo carga de demasiadas emociones, lo electrifica. Ella no aparta la frente, ya no hace nada para separarme, pero tampoco posa sus labios en los míos ni se acerca más.

—Me rompiste en mil pedazos —susurra—. Y ahora no puedes unirlos con un chasquido de dedos, ni con un polvo ni con besos o promesas. —Noto su mirada en mí, una dolida y rota—.

Porque amar es mucho más que desear.

Ella no suele ser tan profunda, o como mínimo no lo era. El tiempo cambia a las personas, nos convierte en una versión diferente, con otras percepciones y a veces incluso con nuevas metas. Me he perdido demasiado de Gia, de su ahora, de en quien se ha convertido, de su nueva vida. Tras crecer a su lado, he permanecido en la distancia demasiado tiempo y ansío redescubrirla, enfrentarme a sus aristas, adentrarme en sus grietas, acoplarme a sus ilusiones, caminar entre sus anhelos para encontrarme con su alma. Porque he venido a la Toscana dispuesto a todo para conseguir un para siempre. Y no descansaré hasta tenerlo.

—Lo siento —susurro con congoja—. Perdóname, Gia. Por favor.

Soy un ingenuo si pienso que vale con eso. Han pasado cinco años y no he dado señales de vida en este tiempo. No basta con decir «lo siento», con arrepentirme de verdad, con postrarme a sus pies. Porque lo he estropeado a lo grande, sin redención posible y, aun así, suplico su absolución. Es todo cuanto necesito para respirar de nuevo.

—Suéltame, Gonzalo —ruega—. Vete, olvídame, cerremos este capítulo de una vez.

—¿De verdad quieres terminarlo? —pregunto, dolido—. Nos queremos, Gia. Puedes negarlo tanto como quieras, mentirte a ti misma, luchar contra tus sentimientos, pero nada ha cambiado en ellos. Y lo sabes.

No me gusta verla vulnerable. Mi Gia es fuerte, enérgica, vigorosa, risueña. Yo la he llevado a un lugar donde las sombras oscurecen su luz natural, y me odio por eso. Pero he pagado con creces el precio, mis cinco años sin ella se han colmado de dolor, malos momentos, tristeza, desolación. Hasta ahora no estaba preparado para venir a por ella, no tenía capacidad de conseguirlo. Pero por fin estoy listo para luchar hasta con la última gota de mi sangre. Nada me detendrá. Nadie me impedirá llegar a su corazón y volverlo a despertar, ganarme su confianza, demostrarle que solo ella es mi todo.

—Esto ha sido un error —musita, e intenta separarme de ella con más ímpetu—. No volverá a ocurrir. Acostarme contigo me confunde y desdibuja los límites.

—Somos puro fuego. —Me aferro a esa parte de mí que se ha moldeado estos últimos años, una donde los sentimientos quedan protegidos por una coraza de fortaleza irreal, y la desafío—. No podrás resistirte a él. Ninguno de los dos lo conseguiremos nunca. Porque nos queremos más allá de la razón.

—Te quiero y siempre te querré —admite—, pero no deseo estar contigo. Es mi decisión, debes respetarla. —Espira con profundidad—. Nunca entendí por qué te casaste con Eva, esa forma de proteger a tu madre sin pensar en las pérdidas. Trataste lo nuestro como algo insignificante, apartaste a Patricia e Íñigo, te volcaste en una cruzada imposible y acabaste destruyendo una relación preciosa. —Su voz tiembla al final. Es la primera vez desde esa noche en el hospital que lo hablamos, y me duele, pero es tan necesario...—. Lloré hasta quedarme sin lágrimas mientras te esperaba. Los seis meses hasta tu boda me sobresaltaba cuando sonaba el teléfono o alguien entraba en casa o escuchaba ruidos, una risa, pasos... Estaba tan convencida de que te arrepentirías y vendrías a buscarme. —Suspira—. Pero no lo hiciste. Acabaste apareciendo en ese bodorrio digno de las revistas del corazón, diste el «sí quiero», te uniste a la

mujer que siempre me habías asegurado aborrecer y cavaste un socavón en mi corazón. No hay vuelta atrás. Elegiste tu camino.

Tardo unos instantes en encontrar la voz. Su olor me llega fresco y brutal porque desentierra los recuerdos más preciados. Su calor me envuelve, sobre todo al ser consciente de su desnudez, sus temblores me estremecen. Su llanto me despedaza. Y la realidad que exudan sus frases me golpea. Acabo de hacerle el amor con pasión desbordante, de unirme a ella como fantaseo desde su marcha, de tenerla, de hacerla mía, y no puedo acatar el rechazo directo, sus recriminaciones me abren heridas, y lo peor es reconocerlas como merecidas. No puedo aparecer de repente, reclamarla y esperar que se olvide del pasado, aunque lo desee con todas mis fuerzas.

Había planeado una estrategia ganadora, quería sorprenderla, perseguirla, conquistarla a base de charlas, trabajo en equipo, muestras reales de mi determinación, rehacer su confianza en mí cachito a cachito, sin embargo, me acabo de cargar esas posibilidades por culpa de la desesperada necesidad de poseerla que me invade al respirar su mismo aire. Es ella. Su presencia, su aroma, su energía, su aura. Es mirarla y perderme en la lujuria, en el amor, en mi anhelo de tenerla en todas y cada una de sus facetas. Debo luchar contra ello, ofrecerle espacio, recuperar el terreno a una velocidad de tortuga en vez de convertirme en un cohete como acabo de hacer.

—Siempre hay vuelta atrás —aseguro. La suelto con mucha lentitud, reticente a abandonar su contacto—. No podemos renunciar a la felicidad por un error. —Cuando doy un paso atrás y ella corre al armario para taparse con una camiseta, el frío me asalta. Me cosquillea la piel por el ansia de volver a sentirla pegada a ella, la echo en falta, la añoro, la ansío—. Estoy de acuerdo en que no deberíamos haber llegado tan lejos, pero tampoco me arrepiento de nada. Sueño con esto desde tu marcha, y jamás me parecerá mal tocarte, abrazarte, besarte, hacerte el amor.

Gime por respuesta y se acerca a la mesilla de noche para encender la lámpara que hay encima. No ofrece una luz deslumbrante, pero sí la suficiente para romper el momento y dotarlo de una realidad desgarradora. Se despeña contra mí con un impulso devastador. Descubro sus lágrimas, la tristeza de su rostro, la palidez de su piel, el poco brillo de sus ojos. Y me enfrento a mis actos con una valentía que no imaginaba tener. No he llegado hasta aquí para tirar la toalla ahora, estoy listo para retirarme a tiempo y prepararme para el siguiente asalto. Como mínimo me ha hablado acerca de lo sucedido, no me ha echado a gritos, no se ha ido como la última vez. Observo cómo se coloca el pantalón del pijama, en silencio, preparándome para mi pequeño discurso. Llevo postergándolo una eternidad y ha llegado el momento de recitarlo sin miedo.

—Esa noche fue la más difícil de mi vida —admito. Camino hasta ocupar la silla que se encaja en una mesa con un ordenador y dos pantallas inmensas. Mi cuerpo me insta a sentarme más cerca de ella, pero por una vez hago caso a la razón y me mantengo a distancia. Gia se acomoda en la cama, con la espalda apoyada en el cabezal. No apaga la luz. Levanta las rodillas para rodearse las piernas con los brazos—. Encontrar a mi madre de esa forma, avisar a la ambulancia, esperarla juntos, escucharla, descubrir sus deseos, sus penas, sus tristezas, ver tu mirada cuando apareció Eva... —No lo había exteriorizado nunca, y todavía no acabo de decantarme por si hacerlo es una liberación o una condena. Igualmente, sigo adelante. Es la única

manera de avanzar y no me acobardaré—. La había visto al borde de la muerte, Gia. Me asusté. Le había vendado las muñecas como me había indicado el médico del teléfono, la abracé, la estreché entre mis brazos y llegó un instante en el que perdió la conciencia. ¡Joder! Fue devastador.

Cierro los ojos cuando me invaden las imágenes de lo sucedido. Desde entonces lo hacen con frecuencia, como si quisieran arrasar con mi cordura. Al principio lloraba, me cabreaba, me asustaba, me rompía. A medida que han pasado los años me altera menos, estoy más capacitado para abordarlo, tengo más fuerza, y una parte se la debo a la doctora Gracia, a nuestras sesiones, a las charlas difíciles, a mis confesiones y a mi deseo de superarlo. El trabajo más duro lo he realizado en solitario, alentado por sus sabios consejos. Gracias a ellos sofoco la miríada de recuerdos y me centro de nuevo en mi relato.

—Me llamaste a mí primero —susurra.

—Porque eras mi persona favorita. —Le dedico una mirada de ternura—. Todavía lo eres. En realidad, nunca perderás ese título.

—Te casaste con ella. —No suena como una recriminación, más bien es un lamento—. Y no viniste a buscarme.

Nos quedamos callados para asimilar el peso de la conversación. Ninguno de los dos ha superado el pasado, queda claro. Y la única posibilidad de dejarlo atrás es terminar de contar mi versión de la historia para abrir una página en blanco después. O quizás esté emborronada por algunos tachones, pero será un comienzo, porque me niego a creer lo contrario. Nos merecemos una nueva oportunidad, vivir nuestro amor en voz alta, a lo grande, sin miedos, escondites o aislamiento. Compartir sueños, alegrías, felicidad. Abandonar la tristeza para abrazar la ilusión. Crear un futuro unidos contra todo. Esta noche toca dolor, a partir de mañana solo nos permitiré risas, color, sueños álgidos, ilusión.

—Fue un año jodido —explico—. Mi madre estuvo un par de meses ingresada, no avanzaba, no había mejoría, y lo único que la animaba era cuando me veía del brazo de Eva o ella le hablaba de la boda. La estaba preparando su familia con ella. Yo no quería saber nada de esa mierda de casamiento. Ni siquiera teníamos una relación. Me limité a aflojar la pasta. Solo pensaba en volar aquí para raptarte y escapar de todo ese circo. Pero no podía, Gia, no si quería mantener a mi madre con vida. ¿Lo entiendes?

—¿Y qué había de mí? —inquieta con nuevas lágrimas—. ¿Pensaste en cómo me afectaba cuando te metías en la cama con ella? ¿Eras capaz de imaginar cómo me quedaba llorando todas las noches? ¿Cómo me arrastraba por el día sin ver más que sombras? —Gime—. Dejé de dormir, de comer, de soñar, de sonreír. De ser yo. Y he tardado una eternidad en recuperarme lo suficiente para no derrumbarme a cada instante. —Niega con la cabeza, con rabia—. No puedes volver ahora, follarme y pensar que con un soplo borraré el pasado.

—Yo también lloré. —Me levanto y camino hasta la cama, donde me siento a su lado, preso de la necesidad de sentirla cerca—. Dejé de comer, de dormir, de soñar, de sonreír. Porque me faltabas tú. Y Eva era una capulla conmigo, me denigraba constantemente con palabras, comentarios, salidas de tono. Me la jugaba a la mínima, intentaba manipularme, hacerme

chantaje. Por eso tuve que hacerme fuerte y plantarle cara, aunque entonces mi madre se ponía de culo y eso me complicaba la vida. —Suspiro—. Gia, estar casado con Eva ha sido un suplicio, lo he pasado fatal. Ella es una mala persona, solo piensa en sus necesidades y le importa una mierda a quién se lleve por delante.

—¡Maldito seas, Gon! —Me da un golpe en el pecho con el puño—. ¡Te odio! ¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Acaso quieres darme pena? ¡Pues ya te puedes ir olvidando!

Le paso un brazo por los hombros y ella se apoya en mi torso. Es como si mi cuerpo se encendiera de repente, como si una chispa eléctrica lo acabara de enchufar a la corriente más potente del planeta. La tensión chisporrotea por mis venas con una eficacia implacable.

—¡Solo me acosté con Eva las veces estipuladas en ese puto contrato! —confieso con rabia al recordarlo.

—¿Qué contrato? —susurra.

—Conseguí mantener la suficiente sangre fría para hacerle firmar un acuerdo prenupcial y no mostrarle ningún afecto. Ella quería poseer tanto mi posición como mi cuerpo, ser mi dueña y demostrar que podía conseguirme. Le importaba poco cómo me sintiera, mi amor o cualquier chorrada por el estilo. —Sonrío con dolor—. Llevaba años detrás de mí, para ella la meta era lo que contaba, y lo demás era prescindible. Lo demostró con su lucha por conseguir el acuerdo más ventajoso para ella. Y después no dejó de amenazarme con destruirme si lo incumplía. Me hizo la vida imposible, su maltrato constante era insoportable, nuestra convivencia se convirtió en un campo de batalla. Me he alegrado tanto de haber cerrado un contrato antes de pasar por capilla...

Arrugo la cara en un gesto de rechazo. Evoco esa dura negociación, cómo la capulla de mi mujer trajo uno de los abogados más prestigiosos en esos temas, su sed de sangre, las manipulaciones a las que recurrió para sacarme el máximo de jugo y cómo me atrapó con sus artimañas. Por suerte, mi jurista también era muy válido y logró unos términos lo más justos dentro de las posibilidades. Aunque suponían cuatro años y medio de mi vida atado de pies y manos. Se lo cuento a Gia, le detallo cada una de las exigencias de ese acuerdo, cómo acabé concediéndole a Eva dos millones de euros a cambio de tener la posibilidad de divorciarme de ella tras esos años de matrimonio y cuáles eran las consecuencias si intentaba separarme antes de ella. En ese pacto también estipulamos la cantidad de eventos a los que acudiríamos juntos al año, dónde viviríamos, mis obligaciones, la contraprestación si rompía con ella antes del plazo establecido... Me da tanta rabia exponerlo... Fui tan estúpido... Me jugué tanto...

—Le he pedido el divorcio antes de venir aquí —apostillo—. No se lo tomó demasiado bien, y no te creas que no me acojona su reacción porque es capaz de todo. Pero han pasado los malditos cuatro años y medio, mi madre está mucho mejor y nada me apartará otra vez de lo que quiero. Ni siquiera una capulla con más munición de la tolerable.

—¿Y qué quieres? —pregunta con un hilo de voz.

—A ti, Gia. Tú eres mi único sueño desde hace demasiado tiempo. No voy a renunciar ni un segundo más a tenerte. Por eso he dejado a un abogado encargado del caso y no pienso echarme atrás. —Me trago la ansiedad, porque conozco a Eva y sé que no será tan fácil. Algo se guarda

bajo la manga, ella siempre tiene ases escondidos, sin embargo, esta vez nada me obligará a abandonar al amor de mi vida.

Gia llora apoyada en mí. Yo me limito a abrazarla, a sentirla, a estrecharla entre mis brazos, con la emoción de compartir estos instantes con ella.

—Ojalá fuera tan simple.

—Lo será con el tiempo. —Le acaricio el cabello—. He abierto una sucursal de Salavedra Games en Florencia y he dejado la sede de Barcelona en manos de mi madre. He alquilado un piso cerca de la oficina. Es pequeño, pero suficiente para mí. Y tengo el Gantt listo para desarrollar el MAP. Tú y yo, Gia. Como lo soñábamos de jóvenes.

—Hacen falta juguetes para eso... —Su respuesta me llena de esperanza—. Y quizás una unidad de programadores...

—Tú y yo seremos el alma del proyecto —anuncio—. Sus creadores. Pero, como te he comentado esta tarde, tengo los juguetes y, obviamente, me he traído a tres ingenieros de Barcelona y he buscado un par más aquí para llenar la sede. No vamos a limitarnos solo al MAP. Salavedra Games es productiva a niveles máximos. Quiero tener una sucursal en Italia potente, y ahora que mi madre está mejor la he dejado al mando de Barcelona junto a uno de mis mejores hombres.

—La de Barcelona siempre será la matriz. —Se endereza para sentarse a mi lado mientras se enjuga las lágrimas—. No hacía falta crear una sucursal en Florencia para crecer. Lo sabes, ¿verdad?

—Si tú estás aquí, es lo más necesario del mundo.

Por un momento regresa la complicidad de antaño, esa conexión entre nosotros, la que he añorado cada día desde su marcha. Le cojo la mano, entrelazo mis dedos con los suyos, y suelto el aire cuando ella no se aparta.

—El MAP es muy ambicioso —comenta con cautela—. El Gantt debe ser largo... Y los juguetes una pasada... Deben valer una fortuna...

—Te van a encantar. —Sonrío y me giro para mirarla. Ella hace lo mismo, hasta quedarse enganchada a mi mirada, como nos solía pasar cuando estábamos juntos, con ese magnetismo capaz de ocultar todo lo demás—. Ya lo verás.

—Vale. —Asiente—. Trabajaré contigo en el MAP, seré la artista, diseñaré cincuenta opciones de GeGe y después seré una de las desarrolladoras de los personajes personalizados. Pero eso no quiere decir que quiera una relación contigo.

—Ya la tienes. —Sonrío—. Mi corazón es tuyo, y ya te aviso que no hay derecho a devolución. —Levanto un brazo para acariciarle la mejilla—. Aunque podemos ir despacio, tener citas, salir juntos, conocernos otra vez.

—Sigues casado con ella.

—Nunca ha sido un matrimonio real —admito—. Nos acostamos muy pocas veces, y siempre porque lo estipulaba el jodido contrato. —No aparto la mirada de ella—. Te necesitaba tanto, Gia. Solo quería entrar en ti, y no te tenía...

Ella baja las pestañas con dolor, como si mi confesión la hubiera herido. Gime. Y cuando

vuelve a despejar sus iris brillan, de humedad y de anhelo.

—¿Por qué la elegiste?

—Me arrepentí tantas veces... —Ahora es mi turno de cerrar los ojos unos segundos—. Mi madre se aferró a esa boda, a Eva, a lo nuestro. Tardó mucho en darse cuenta de la manipulación de mi mujer, en descubrir cómo había manejado sus hilos para arrancarme de tus brazos y lanzarme a los suyos. —Enarco mis labios hacia arriba en una sonrisa melancólica—. Hace seis meses todo se descontroló. Mi madre estaba muy recuperada, empezó a tener días buenos de verdad. Y se lo conté todo. Lo nuestro, lo sucedido con Eva, tu huida, mi necesidad de ti —Ella abre la boca con miedo. Durante toda nuestra relación una de las constantes era el pánico a enfrentarnos con la reacción de nuestros padres si se enteraban—. No fue fácil, pero conseguí que lo viera a través de mis ojos.

—Y ahora me odia, ¿verdad? —Suspira—. No me ha llamado ni una sola vez, ni siquiera se ha preocupado por Íñigo y Patricia. —La fuerza de su carácter se aposenta en sus ojos—. Todavía no entiendo por qué me preocupa su reacción. Nos dejó solos para enfrentarnos a la pérdida de mi padre. A mi duelo le sumé el de nuestra relación, el de tu traición. Y a ella no le importó lo suficiente para llamarme.

—Estaba enferma —explico—. Pasó dos meses ingresada y después necesitó tres años de terapia intensiva para volver a mostrar un atisbo de lo que era. Se desmoronó, Gia, por eso no estaba en condiciones de apoyar a nadie, ni de criar a nuestros hermanastros. Y yo tampoco. Ella había perdido al amor de su vida, y yo también.

Asiente despacio. Después retira la mirada con lentitud e inspira.

—Necesito dormir —dice—. Ya he tenido suficientes revelaciones por hoy.

—Te he mandado un mensaje con la dirección de la oficina. —Me levanto con reticencia para irme a mi casa—. Te espero mañana a las dos. Te la enseño y después te invito a un plato de pasta. Sé puntual.

No espero su respuesta, me limito a dejar mi regalo sobre la cómoda, donde me he hundido en ella, mirarla una última vez y marcharme. Sé que vendrá y por fin tendremos nuestra segunda oportunidad. No pienso desperdiciarla.

9

Gia

Hace sol, calor, un día precioso, de esos cargados de una luz especial. Respiro el aroma tan propio del principio de verano que siempre me ha llenado de paz, de ilusión, de sonrisas. Sin embargo, ahora no lo consigue del todo, porque me reprocho lo sucedido anoche, acostarme con él, permitirle que se acercara tanto a mí —¡Maldito Gonzalo! Con ese cuerpo, esa mirada, esas promesas calladas... ¡Ya se podría haber quedado en Barcelona y no venir a tentarme! Porque ahora solo deseo repetir—. Cuando bajo a desayunar la casa está animada, con los sonidos propios de una conversación distendida entre mis personas más cercanas. Sonrío al percibir cada una de las voces y quién me espera en el jardín, bajo las enredaderas, con una mesa llena de manjares gracias a vivir en un hospedaje de nivel. Son las doce del mediodía, he dormido muchísimo, demasiado incluso. Por suerte es sábado y no tengo ningún compromiso hasta las dos —con Gonzalo...—. Retengo el aire al recordar cómo fue volver a sentirlo en mi interior, besarlo, tocarlo, mordisquearlo... ¡Dios! Me enciendo como si fuera una antorcha.

Anoche me pasé más de una hora llorando tras su marcha, al descubrir su regalo, con el corazón despertando de nuevo y la memoria reproduciendo cada instante perfecto a su lado. Hay tanto escondido en el collar que me dejó encima de la cómoda, dentro de una cajita roja de terciopelo, en ese corazón que pende de una cadena de oro, el mismo dibujo que hace años me tatué en la nuca, uno con reminiscencias a mi decimoséptimo cumpleaños, cuando se hundió en mí la primera vez mientras diseñábamos nuestros sueños. Me lo cuelgo del cuello y lo escondo bajo la ropa, sobre mi piel, donde me produce un hormigueo eléctrico. Todavía no estoy preparada para mostrarlo, ni para responder a algunas de las preguntas que suscitará ni para aceptar cuánto me afecta. Mi cabeza hierve de ansiedad e indecisión.

Antes de salir al jardín anulo la cita de Tinder que había concertado para esta tarde. Soy una mujer independiente, con una sexualidad activa y deseos de pasarlo bien, sin embargo, no puedo meterme en la cama de un desconocido pocas horas después de hacerlo en la de Gonzalo. Porque, a pesar de no tener poderes mágicos para pronosticar qué nos depara el futuro, siempre he sabido que es ÉL. En mayúsculas. El amor de mi vida, mi hombre, el único que ostentará ese título para siempre... Aunque tampoco soy de esas que se cierran a la posibilidad de encontrar de nuevo el amor —lo admito, soy una entusiasta del amor incondicional, único, para siempre; una devoradora compulsiva de novelas románticas y consumidora de series y películas del género, con caja de pañuelos al lado incluida y esa forma de moquear tan intensa cuando me emociono, y sucede con facilidad. Y mi alma gemela es Gonzalo...—. *Grrrrr*. Le doy una colleja mental a mi

pensamiento. Estoy dispuesta a destronarlo cuando encuentre a un príncipe azul capaz de conquistar mi corazón. Seguro que aparece.

Crispo la cara con irritación antes de armarme de valor y salir ahí fuera, donde me esperan una batería de preguntas. Odio mis pensamientos de hace un instante, ¿de verdad le consentiré a Gonzalo amargarme la vida de esta manera? ¡Venga ya! No va a quedarse con el título oficial de «el hombre de mi vida». Ni de coña. *¿Me oyes, Gia? No y mil veces no. Tu futuro marido será OTRO y Gon se quedará con el «ex» como único apelativo.* Gruño mientras me lo repito un par de veces y camino muy digna hasta la mesa, aunque no me lo creo ni loca. Siento cinco pares de ojos puestos en mí, en medio de un silencio sepulcral. Suerte de las hojas al moverse al son de una brisa matutina y el canto de algunos pájaros piando a poca distancia porque así no se escucha mi corazón estresado ni mi respiración en resuellos. Los conozco lo suficiente para intuir su próximo interrogatorio, incluso soy capaz de anticipar los chasquidos de la lengua de Patricia, las exclamaciones de pura felicidad de Rico —sigue creyendo en el amor para siempre—, las risas taimadas de Íñigo, los comentarios picajosos de Kayden y las imprecaciones de Enzo una vez me sonsaquen la historia completa de anoche —debería ser una tumba, lo sé, pero la carne es débil y mi fortaleza suele derrumbarse cuando son todos ellos contra mí—. Quizá debería soltarlo ya para evitar la tensión de sus embistes para desatar mi lengua.

—Buenos días —saludo sentándome en mi silla. Me sirvo una taza bien cargada de café sin mirarlos, con la taquicardia escalando posiciones en mi pecho y la mano temblando. Por un lado quiero oír su oposición absoluta a mi comportamiento de anoche, pero por otro, me da miedo enfrentarme a ello. En el fondo hay partes de mi cuerpo felices de haberle dado la bienvenida y disfrutar de él.

—Al grano, Gia —interviene Kayden en primer lugar. Directo, como la vida misma. Así es mi socio, un portento a la hora de mostrar delicadeza—. ¿Te lo tiraste? Porque Rico lo vio salir de tu habitación con cara de satisfecho.

Aparto la mirada y me sonrojo.

—¡Mierda! —Ahora se trata de Enzo quien, en su línea, aprieta la mandíbula y suelta un par de blasfemias que abochornarían a cualquier beata—. ¿En serio, Gia?

—¡Ya era hora, hermanita! —Las carcajadas jocosas de Íñigo me suben todavía más los colores—. Se podía cortar la tensión sexual con un cuchillo y, aun así, seguiríais soltando chispas de deseo por los ojos. —Está sentado a mi lado, y me da un codazo divertido—. ¿Qué tal fue? ¿Gemiste en estéreo muerta de gusto?

—¡Íñigo! —lo riñe Patry—. ¡No deberías preguntarle esas cosas! ¡Ni alentarla a tirarse a nuestro hermanastro! —Se gira hacia mí—. ¿Cómo pudiste, Gia? —masculla enfadada. Está resentida con Gon, y no la culpo—. Gonzalo se merece sufrir.

Kayden la abraza por los hombros para calmarla y ella lo mira con ojos amorosos. Me gustaría tanto ver una expresión parecida en mi amigo en vez de esa mueca de ansiedad. Ojalá no la fastidie como acostumbra y se permita ser feliz. Sacudo la cabeza para no ahondar en esos pensamientos, aunque... Quizá, si nos centramos en ellos en vez de indagar acerca de mis

escarceos nocturnos, puedo salir airosa de la situación. Suspiro. No caerá esa breva, ahora va a llegar la artillería pesada, solo necesito mirar a Enzo para prepararme.

—¿Se te va la cabeza? —arranca. Es el más pasional de todos y arremete con una rabia descomunal contra mis actos—. ¡Es Gonzalo, joder! ¡El tío que te partió el corazón en mil cachitos al casarse con una capulla oportunista que solo buscaba pasta y reconocimiento público! —Clava su mirada furiosa en mis ojos—. Fuimos nosotros quienes recogimos los pedazos, Gia. ¡Joder! ¡Dejaste de comer, de vivir, de sonreír! ¡Te pasabas las noches llorando como una condenada! ¿Y ahora aparece y lo dejas meterse entre tus piernas?

—Se aman —interviene Rico con ese tonillo de romántico empedernido—. Durante la fiesta él la miraba con una ternura y una necesidad... —Se coloca las manos en el pecho, a la altura del corazón—. Y ni te imaginas su carita de enamorado al salir de su habitación anoche. ¡Si ni me vio! —Lanza un suspiro emocionado—. Ha venido a recuperarla, ¿no os parece precioso?

La primera en gruñir es Patricia, y la sigue Enzo. Ambos lo fulminan con sus expresiones y resoplan. Íñigo suelta otra sastra de risas juguetonas.

—¡Eh, tíos! —dice—. ¡Relajaos! Gia y Gon han follado, ¿y qué? Mientras sea consentido y los dos lo hayan disfrutado... —Me guiña un ojo—. ¿Fue así?

—La cuestión es más profunda, y lo sabes. —Patricia se encara con su mellizo—. ¿Acaso no recuerdas que Gonzalo sigue casado con Eva? ¿O cómo nos ha ignorado durante cinco años? ¿O su decisión de dejar a Gia por otra mujer? —Chasca la lengua con fuerza—. No entiendo cómo Rico y tú podéis defenderlo. ¡Es un capullo!

Se me encoje el corazón al escucharla, porque está describiendo todos mis remordimientos. Gonzalo debería ser una mota de polvo en mi vida, un pasado muy remoto, alguien incapaz de afectarme tanto como para acostarme con él solo por un abrazo inesperado —en la penumbra de la noche, con la luz apagada, su cuerpo pegado a mi espalda, el inconfundible aroma de su piel, los besos húmedos en mi cuello... ¡Dios! ¡Vuelvo a arder!—.

—¿Gia, me estás escuchando? —inquieta Patricia un poco molesta—. Porque esto es muy serio. ¡No puedes volver a acostarte con él! Es por tu salud mental, lo sabes tan bien como yo. Ya te destrozó una vez.

—Pero está aquí dispuesto a todo para volver a empezar... —apostilla Rico—. Eso debería contar.

—¡Sigue casado! —Esta vez intercede Enzo, indignado—. Si de verdad quisiera arreglar las cosas, habría dejado a Eva.

Mis labios encuentran un momento muy extraño para curvarse hacia arriba. Y lo hacen alentados por unas de las últimas palabras de Gonzalo antes de marcharse anoche. Entre los efectos del sexo y mis inquietudes por haber cedido al deseo, todavía no había procesado esa parte de la conversación, una que me hizo llorar. En cambio, ahora, me parece tan relevante, tan maravillosa, tan perfecta...

—Está tramitando el divorcio —anuncio interrumpiendo la perorata de mi hermanastra—. Y ha abierto una sucursal de Salavedra Games en Florencia para desarrollar nuestro sueño. El MAP —susurro.

Hay reacciones para todos los gustos. Rico suspira con las manos en el corazón y una mirada llena de amor. Kayden e Íñigo bromean con comentarios subditos de tono. Patricia y Enzo resoplan; ella pone los ojos en blanco, él niega con la cabeza. Quizá no es el momento justo para esto, pero un cálido sentimiento se aposenta en mi cuerpo. Mi vida no es perfecta, requiero tiempo para analizar la reaparición de Gonzalo y todavía no he aceptado la facilidad con la que caí de nuevo en sus brazos, cómo me hizo sentir, esos dos orgasmos increíbles... Mis ojos sueltan chiribitas de felicidad al darme cuenta de lo afortunada que soy, porque esas personas sentadas alrededor de la mesa redonda del jardín son mi familia, me quieren, se preocupan por mí, y eso no tiene precio.

—Os adoro, chicos —comento interrumpiendo sus comentarios dispares—. Gracias por formar parte de mi vida, por estar aquí, por apoyarme siempre.

¡Venga ya, Gia! ¿A qué vienen las lagrimitas? Estás actuando muy ñoña esta mañana. ¿Serán los treinta? ¿O...? —ni de coña terminaré de formular esa pregunta—. Ellos se callan de golpe, me miran y se levantan a la vez para abrazarme. Si algo hemos construido estos cinco años son unos lazos bien atados entre nosotros, y me encanta el resultado, ser parte de esto. Cuando vuelven a ocupar sus sitios comemos unos minutos en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—Todos tenéis un poquito de razón. —Rompo el mutismo de golpe, con los sentimientos amotinados y un sinfín de sensaciones reflejadas en mi cuerpo—. Lo mío con Gonzalo ni es fácil ni puede considerarse sin tener en cuenta el pasado, lo que me hizo. Pero... —Suspiro y dudo unos segundos. Ellos esperan mis palabras, expectantes, y sé que van a levantar ampollas en un par—. Sigo enamorada de él. —Los resoplidos de Patry y de Enzo tardan un milisegundo en dejarse oír—. Eso no significa que se lo perdone todo al instante y vuelva a ser su pareja. Hay demasiado peso a nuestras espaldas. Pero... —Hago otra pausa para consternación de mis dos detractores más implacables—. Quiero participar en el proyecto del MAP, ser parte de él y ver qué pasa con Gonzalo. Necesito averiguarlo por mí misma —recalco ante las protestas de Enzo y Patricia.

—¡Tú sabrás lo que haces! —masculla mi hermanastra con un aspaviento—. Ya te arroparemos cuando llores desconsolada porque te la ha vuelto a jugar.

—¡Exacto! —se une mi primo con una expresión airada—. Estaremos aquí para recoger tus pedazos.

—¡Qué dramáticos! —enfatisa mi hermanastro—. Han pegado un polvo y van a trabajar juntos. ¿Y qué si la cosa va a más? ¡Dejadlos vivir!

—El amor... —Rico suelta uno de esos suspiros de apasionado, con las manos sobre su pecho y la mirada lanzando chispitas de emoción—. Disfrútalo, Gia. Es la octava maravilla del mundo. Esa pasión del principio, el embriagador cosquilleo de la anticipación, el color rosa pastel con el que ves la vida en esos instantes... —Lanza otro suspiro.

—¡Venga ya! —se queja Kayden—. No me jodas, Rico. El amor es una utopía, algo irreal. Eso que describes se llama lujuria, atracción, deseo. Pero ¿amor? ¡Ni de puta coña!

Patricia arruga la cara con un gesto dolido, se encoge, como si las palabras de mi socio

acabaran de atravesarle la piel.

—No puedes hablar en serio... —susurra afectada—. El amor existe, Kay. Tú lo sabes tan bien como yo.

Hay unos instantes de tenso silencio. Mi amigo retira la mirada, como si posarla en ella le agrietara el alma. Su expresión es puro sufrimiento durante unos segundos, como si no pudiera aguantar el peso de la realidad, pero enseguida la endurece y la convierte en una máscara de indiferencia, a pesar del brillo deslucido de sus ojos.

—¿Haberos largado a casa de Kayden a follar toda la noche significa que ahora sois pareja? —Íñigo es quien inicia la conversación, con su sutileza habitual—. Porque, tío, ya era hora. ¡Patry tenía telarañas ahí abajo! ¡Y a este ritmo no ganaba suficiente para consoladores! —Le guiña un ojo—. Y, ya que estamos, déjate de rollos, tío. Estás coladito por sus huesos. A mí no me la das doblada.

—¡Eh! —Ella le da un puñetazo en el brazo—. ¿De qué vas? ¡Deja de meterte con nosotros!

—¡Tranqui, fiera! —Se carcajea—. ¡Has follado al fin! Ya podemos quitarte la etiqueta de virgen. Incluso deberíamos celebrarlo a lo grande. —Le manda un beso guasón, y ella se ruboriza—. Parece que te ha gustado un montón. ¡Joder, Kay, qué calladito te lo tenías! ¡Eres una máquina en la cama! Si no fuera un hetero convencido, te pediría un favorcito.

El aludido reprime una carcajada. Todos conocemos de sobra la forma de ser de mi hermanastro, su falta absoluta de filtro y esa tendencia a tomárselo todo a broma. Aunque, si alguien le hace daño a una de sus personas queridas, su reacción es visceral. Lo he visto patear muchos culos y meterse en peleas serias por defender el honor de los suyos. Adora a Patricia, la ha consolado en multitud de ocasiones por la actitud de Kayden acerca de lo suyo, y está igual de contento que el resto por ella, a pesar de su forma tan diferente de demostrarlo.

—Ahora somos novios —asevera mi hermanastra abrazando a Kay y besándolo en la mejilla—. Y soy muy feliz.

La mueca de ansiedad de mi socio me da una pista de sus pensamientos revueltos, y se me para el corazón un instante, se salta un latido. Lo conozco. Está enamorado de Patricia, anoche ella logró hacerlo reaccionar al besarse con Massimo y demostrarle que es capaz de pasar página. Por eso se la llevó y ha pasado la noche con ella, porque le da pánico perderla. Pero nadie supera su aversión al compromiso con tanta rapidez, ni esos secretos que lo llevan a detestar las relaciones sólidas —unos que desearía desvelar—. A la luz del día, empiezan a pesar de nuevo, a llenarlo de dudas, a socavar lo bueno de anoche. Me gustaría tanto cambiar su cerebro, hacerle reaccionar, demostrarle qué dejará escapar si ahora se echa atrás con Patry, evitarle el sufrimiento a ella... Pero me fijo en su mirada y augura un desastre; en algún momento no muy lejano le romperá el corazón a mi hermanastra sin detenerse a pensar en cómo se le partirá también a él. Hay algo oscuro en su comportamiento de los últimos meses, algo que presiento nos dolerá a todos. Y ojalá me equivoque porque tengo la sensación de que está a punto de provocar un holocausto.

Termino de desayunar, un poco alterada por culpa de demasiados temas cruciales pululando por mi mente. Kayden sigue pareciéndome muy nervioso ante los gestos cariñosos de Patricia

desde que lo ha llamado «novio». Está a punto de estallar. Inspiro con fuerza y le lanzo una mirada de advertencia, a la que responde con un ademán nada alentador.

—Kay, ¿podemos hablar un momento? —Dejo la servilleta sobre la mesa y esbozo una sonrisa para no alertar a los demás—. Hay un par de temas de trabajo que me tienen un poco agobiada.

—Claro. —Aprieta los dientes para mostrar su disconformidad con mi «charla», sin embargo, me sigue a un recodo lo suficientemente apartado para mantener nuestra conversación en la intimidad—. Tú dirás.

Su posición defensiva indica reticencia. Inspiro con fuerza, suelto el aire por la boca y me preparo para una dura batalla. Estamos en un lateral de la casa, bajo un tejadillo, alejados de la mesa y de las miradas inquisitivas del resto de mis amigos. Yo me apoyo en la pared y él se queda de pie enfrente, con los brazos cruzados en el pecho, a la defensiva. El olor a naturaleza nos llega enredado con el sofocante calor del mediodía en este alejado paraje de la Toscana. Los colores de los campos de olivos chispean la cercanía de tonalidades de verdes, como si fueran manchas en un cuadro impresionista. Me lleno los pulmones de aire, lo dejo escapar con suavidad por la boca y fijo mi atención en Kay.

—La destrozará —suelto de cuajo. No vale la pena dar rodeos ni hacer ver que no lo interpreto como si se tratara de un libro abierto—. ¿Y sabes lo peor? No tardarás en arrepentirte, y entonces, cuando descubras hasta dónde has despedazado también tu corazón, será tarde. —El pánico se cruza un segundo por su mirada—. Esta vez has ido demasiado lejos, Patricia no te perdonará cuando la contradigas. —Le agunto la mirada, él la mantiene desafiante—. Piénsalo, Kay. ¿De verdad vale tanto la pena la libertad si a cambio pierdes lo más importante de tu vida? —Esbozo una sonrisa—. Estás enamorado de ella, aunque te niegues a admitirlo. Bastó verla besar a Massimo para que la desvirgaras. ¿Qué harás si la próxima vez ella no te sigue? ¿Si te odia tanto que te aparta para volver con el chico? ¿Si te olvida de verdad? ¿Volverás a reclamarla para dejarla después? ¿Sabes cómo la herirá eso?

Su rostro demuda. Aprieta los dientes, crispera los dedos en su ropa, una vena le late furiosa en la sien. Mis palabras lo desestabilizan durante unos segundos, pero entonces sale el Kayden de verdad, ese chico de veinticinco años que lleva luchando por su libertad desde los veinte, cuando se escapó de su casa en Los Ángeles y voló a Italia en busca de empezar de cero sin la opresiva exigencia de unos padres controladores —o esa siempre ha sido la reducida versión de su vida anterior que me ha ofrecido—. Cuando lo conocí, llevaba un año en Florencia y había logrado abrirse camino como tatuador para vivir de su trabajo. Pero los recuerdos de todo aquello que había dejado atrás siguen muy presentes en él, han marcado un presente cargado de inquietudes, de traumas, de impresiones erróneas, y a mí me da la sensación de que hay mucha oscuridad en ese mundo que aparcó en Estados Unidos y que de alguna manera ahora lo acecha. Nunca ha vuelto a su país de origen, según él perdió sus lazos desde el momento en el que se escapó de su casa, un hogar del que jamás habla ni comparte recuerdos. Son secretos que le hacen daño, pero se sigue aferrando a ellos y le impiden avanzar, aunque a mí me mueve la esperanza de ver cómo da un paso adelante por amor, de que al fin se deshace de sus miedos y se atreva a vivirlo junto a mi hermanastra, que se abra a ella, que le cuente sus dolores...

—¡No quiero una relación! —replica con rabia y una emoción que no acabo de entender. ¿Pánico? ¿Angustia? ¿Desesperación?—. Se lo he explicado muchas veces, pero ella se empeña en querer más. Lo sabes, nunca me comprometeré ni me casaré. Y menos ahora —susurra casi sin voz—. No creo en el amor, en la pareja, en la monogamia ni en esas chorradas —añade con ansiedad. Hay algo turbio que le agarrota los músculos del rostro, pero si insisto en descubrirlo, daré con un callejón sin salida, lo sé.

—Así que te dará igual si Patricia se tira a cualquier chico a partir de ahora, ¿no? Porque eso pasará si sigues haciendo el idiota, Kay.

—¡Joder! —Se agarra el pelo largo y tira de él para enfatizar cómo le ha dolido imaginárselo. Sus ojos se llenan de humedad y de sufrimiento—. No puedo con esto, Gia. Lo comprenderás cuando sea demasiado tarde, pero no voy a saltarme mis normas por nadie. Si quiere liarse con otro, es su decisión. —Las últimas palabras las pronuncia con desgarro en la voz.

—Piénsalo bien. —Lo detengo porque intenta marcharse, abrumado por la situación, cabreado, fuera de su zona de confort, guardándose como siempre una parte importante de la verdad—. Llevas enamorado de ella cuatro años. Has retrasado al máximo lo inevitable, pero tus argumentos ahora se han desmontado. Ya no es menor de edad y has hecho el amor con ella, has sido su primera vez. Si la rechazas, no será como antes, ya no habrá vuelta atrás porque le partirás el corazón. ¿Estás dispuesto a renunciar de verdad a ella? ¿A que esta vez no te perdone?

Gruñe. Se suelta de mi enganche en su brazo y sacude la cabeza.

—No soy un buen novio —asegura—. La joderé a la primera de cambio. Me conoces, Gia, sabes cómo vivo, cómo pienso, qué quiero. —Crispa la cara con dolor y se calla una coletilla, esa razón que subyace entre todas y no quiere expresar en voz alta, que me oculta y lo está destruyendo poco a poco—. No puedo tener una relación, es imposible en mi situación. Si cedo, si me lanzo, si la dejo entrar justo ahora...

—En realidad solo eres un cobarde —aseguro en un tono neutro. No busco lastimarlo, solo expresar mis pensamientos. Jamás me ha contado de qué huye, pero lo aterra, y me gustaría saber la razón—. Te da tanto miedo aceptar tus sentimientos que vas a renunciar a lo más importante para sufrir como un idiota. Y si eso solo te afectara a ti, te apoyaría, te consolaría, estaría a tu lado. Pero esa chica que brilla en la mesa es mi hermanastra, y la adoro. —Aguanto un segundo la respiración antes de soltar unas palabras muy difíciles de digerir para ambos—. Voy a ponerme de su parte. Implique lo que implique.

—Lo entiendo. —Se apoya en la pared y se sujeta la cabeza con las dos manos—. Si mi vida fuera diferente... Si pudiera cambiarla...

—No creo que tengas una visión demasiado realista de la situación —susurro—. Las consecuencias de tus actos te golpearán más fuerte de lo que imaginas. Sufriremos todos. Ojalá no sean irreversibles y no os destrocen a los dos. —Suspiro—. Me gustaría tanto que confiaras en mí y me contaras esa vida que mencionas...

—Si me acerco a ella, si la convierto en mi pareja, si me olvido de la realidad por amor... —Espira con fuerza. Hay pánico en su mirada y el tono de su voz es demasiado real para no escucharlo con atención—. Si eso pasa, Gia, entonces las consecuencias serán mortales.

Se pone en marcha para alejarse de mí, y me quedo a solas con el eco de sus palabras. ¿Mortales? ¿Qué quiere decir? Siento una opresión en el pecho, una capaz de dejarme sin respiración. Media hora después me preparo para mi propia batalla: la cita en la oficina de Florencia con Gonzalo.

10

Gonzalo

Hace trece años

El calor de este inicio de verano es abrasador; acabo de terminar el último examen del cuatrimestre en la universidad, pero los tengo controlados y voy a sacar las notazas de siempre. Sé que lo bordaré, me apasiona tanto estudiar ingeniería de *software* y diseño de videojuegos que suelo alcanzar el primer puesto de la clase sin demasiado esfuerzo. He sido autodidacta desde niño, ser el único heredero de un imperio basado en los videojuegos es una responsabilidad importante, y un motor de la hostia a la hora de querer superarme cada día. Muchos me tachan de enchufado, incluso las malas lenguas de la universidad hablan acerca de unos pagos ilícitos —e inexistentes— de mi familia para obtener mis notas. Pero en realidad le dedico muchas horas al estudio, por suerte para mí no es una obligación. No tengo un coco privilegiado ni nada parecido como mis hermanos mellizos, solo disfruto aprendiendo a programar y todo lo relacionado con el mundo de los videojuegos, por eso me es sencillo pasar horas frente a la pantalla, desafiándome a mí mismo para mejorar mis habilidades.

Me subo a la moto molona que me consiguió Luigi, el marido de mi madre, cuando cumplí los dieciocho y me saqué el carné. El tío es un pintor de renombre, de esos a los que la gente adora de una forma sorprendente. Tiene contactos con personas importantes y cuando le conté mi interés en comprar un vehículo de dos ruedas muy potente, me apalabró una moto de edición limitada a un precio cojonudo. Es el mejor. Cuando apareció en casa de la mano de mi nerviosa madre por primera vez, me comporté como el crío idiota e inmaduro que era, pero tardé poco en resistirme a sus encantos, y más al conocer a su hija. Gia es... Es... Todo, esa es la mejor definición de Gia. Todo. Abarca cada pequeño rincón de mi vida, de mi corazón, de mi cabeza... De mis sueños —y son ardientes en modo guarros que te cagas—. De mis deseos y metas. Mi principio y mi fin —sí, joder, suena cursi de narices, pero estoy tan enamorado de ella que doy asco. Se siente—.

La velocidad es mi aliada mientras recorro las calles de Barcelona rumbo a mi supercasa en el barrio de Pedralbes. Y digo «mi» porque la muerte de mi padre me convirtió en el dueño y señor de la totalidad de sus posesiones a mis tiernos ocho años, incluso del casoplón donde vivimos. Hace un año la herencia pasó a mis manos con pleno derecho. Y desde entonces la responsabilidad de mantener la fortuna y aumentarla cuando me haga cargo de la empresa me asfixia un poquito. De momento mi madre ha dejado de ser la albacea, pero continua al mando de Salavedra Games, a la espera de mi momento. Me ha educado para asumir el mando, con consejos bien medidos, por eso ahora no dilapido nada ni tomo decisiones sin meditar. Es un

crack de los negocios. Con Luigi es feliz de verdad, el tío ha logrado sacarla de esa concha en la que se recluía en vida de mi padre y le ha sacado brillo. A veces pienso que le hizo un favor muriéndose, y entonces me siento un capullo, pero...

Una vez aparco en el garaje, junto a los otros vehículos de la familia, corro a mi habitación para dejar la mochila de la uni y coger el regalo para Gia. Hoy cumple diecisiete, y llevo desde la mañana deseando ver su cara al descubrir la fiesta sorpresa que le he organizado en el jardín dentro de un par de horas. La complicidad de nuestros hermanastros, de mi madre y de Luigi ha sido crucial, aunque ninguno de ellos imagina nuestra verdadera relación y piensan que todo es un montaje de un amigo —ja, ¡amigo! No sería eso ni de coña. Es ver a Gia y toda la sangre de mi cuerpo se concentra entre mis piernas. En serio, es escuchar su voz sensual y mi tórrida mente se llena de imágenes muy sucias. Así que de amigo ni un pelo, joder—. También ha intervenido Sara, su mejor amiga. Se conocen desde su llegada a Barcelona y han construido una amistad empalagosa de esas de chicas. Arrugo la nariz al recordarlo.

He contratado a un fotógrafo solo para tener una imagen de Gia en el instante justo en que descubra la fiesta. Voy a disfrutar de esa foto, estoy convencido. Quizá la use para masturbarme mientras espero el momento de avanzar en nuestra interacción sexual. Soy un capullo con suerte, pero virgen. Mi chica es dos años menor y eso me ha reprimido a la hora de explorar mis ganas de perder esa etiqueta antes de tiempo. Gia se merece estar preparada cuando al final demos ese paso, por eso nunca la he presionado. Aunque tampoco hemos sido unos santos. El sexo puede aportarme un montonazo de placer sin necesidad de entrar en ella. Y los dos somos muy curiosos en ese aspecto. Hemos indagado en la web para ser avezados en las mil formas de llegar al clímax y practicar los juegos previos sin escatimar en nada ni llegar hasta el final.

Camino por la casa hasta su habitación. Está bastante apartada de la mía y de la *suite* que nuestros padres comparten en el último piso de esta mansión enorme. También queda alejada de la de los mellizos, lo suficiente para que la mayoría de las noches me escabulla de ella de madrugada, tras pasar horas estirado a su lado, hablando, besándonos, tocándonos, regalándonos orgasmos. Hoy entrar ahí es parte de un plan aprobado por todos, así que lo hago tras llamar a la puerta —*spoiler*: nunca la aviso al irrumpir en su cuarto, prefiero sorprenderla—. Ella dice un «adelante», bastante desconcertado.

—¿Desde cuándo llamas a la puerta? —pregunta al verme traspasarla y cerrarla tras de mí con pestillo, con una expresión socarrona—. Me estás acojonando. ¿Vienes a deshacerte de mí el día de mi cumpleaños?

Suelto una carcajada, pero le sigo el juego. Está estirada en la cama trabajando en alguna ilustración en esa manoseada libreta que lleva siempre encima. Tiene pasión por dibujar, sobre todo personajes para videojuegos, cómics y cosas parecidas.

—Llevo un hacha escondida entre la ropa. —Levanto las cejas dos veces—. ¿Estás preparada para morir? —Dejo el paquete con su regalo sobre la cómoda, camino hasta abalanzarme sobre ella y besarla con lengua—. Porque podría matarte a orgasmos.

—O a polvos —responde con una voz muy lasciva.

—No hay necesidad de entrar en ti para hacerte gemir mientras tocas el puto cielo de los

placeres infinitos, Gia.

Deja la libreta sobre la mesilla de noche y me quita la camiseta para recorrerme el torso con sus manos. ¡Joder! Eso me pone un montón, tener sus dedos paseándose por esos músculos que me cuestan dos horas de gimnasio diario me calienta de una manera desesperante.

—Quiero un regalo de cumpleaños muy especial —susurra en mi oído y después utiliza la lengua para lamer mi lóbulo—. Y me lo vas a conceder.

—Está ahí encima. —Señalo la cómoda—. Me ha costado bastante dar con el idóneo, pero estoy convencido de que te va a molar.

—¿Sabes? —Sus manos bajan hasta la cinturilla de mi vaquero—. Hoy cumplo diecisiete años. —Lo desabrocha. Mi miembro palpita contra la tela y el tejano se hace pequeño para retenerlo—. Sara perdió la virginidad hace siete meses. —Me baja el pantalón—. Manuela el mes pasado. Rocío anteayer. —La ayudo a deshacerse de mi ropa y su mano me acaricia sobre el bóxer—. ¿No ves que voy tarde? —Baja la boca por mi cuello, mordisqueándome con esa forma de pellizcar mi piel entre los dientes que me desata—. No entiendo por qué he de ser la última cuando tengo novio desde primaria.

—Gia...

—Gonzalo... —Sus mordiscos descienden por mi torso a la vez que mete la mano por la ropa interior para tocarme como me gusta.

—Yo... —Me aprieta la punta y consigue dejarme sin habla. Contesto con un gemido, después un gruñido—. ¡Joder, Gia! —Es mi única respuesta posible al sentir su boca sobre el calzoncillo.

—Quítatelo —ordena ayudándose con las manos para deshacerse de él—. Vas a ser mi regalo de cumpleaños. Todo tú. —Se endereza un momento para deshacerse de la camiseta y mostrarse ante mí sin ropa interior. A continuación se relame los labios y sus ojos se oscurecen al mirar mi potente erección—. Estás tan bueno... —Acerca la boca a mi miembro, usa la lengua para lamerme la punta y me cuesta la hostia no gritar de gusto—. Voy a comerte enterito, a disfrutarte, a ponerte a cien. Hasta que supliques follarme. —Juguetea con las manos y la lengua. ¡JODER! Estoy a punto de correrme como un niño—. Y, entonces, Gonzalo, entrarás en mí y me demostrarás lo que es el placer. —La lame en toda su extensión—. Hoy marcará un principio. Uno lleno de orgasmos. Porque tú, Gonzalo Salavedra, eres mi absoluta perdición. —Es nuestra frase, la que nos decimos siempre, la que nos define. Su mano me agarra el miembro para jugar con él mientras mantiene su boca a pocos centímetros, y cuando habla su aliento lo arrulla—. Quiero perderme en ti.

Me la envuelve con los labios. Siseo para reprimir como puedo las ganas de gritar de gusto. Con las manos toquetea mis pelotas y consigue llevarme a un estado de excitación en el que pierdo el mundo de vista. Hace un ruidito cuando desliza la boca hacia abajo con mucha lentitud, usando la lengua para acariciarme. Es un sonido tan erótico, me produce una sensación tan placentera... Se la mete hasta la garganta y después se retira hacia atrás a la misma velocidad. La agarro del pelo para alentarla a hacerlo más rápido y le follo la boca con una necesidad imperiosa de dureza. Contraigo los músculos del cuerpo, a punto de derramarme. Mis jadeos se convierten en resuellos ansiosos. Le suelto el pelo y me agarro a las sábanas. Pero, cuando estoy en el

momento preciso, ella se retira y me lanza una mirada desafiante. Gimo en protesta ante su sonrisa taimada, lasciva, sexy de cojones.

—Estoy esperando mi regalo. —Se pone en pie para quitarse los pantalones y el tanga, sin apartar esos ojos ardientes de los míos. Sus movimientos sensuales son demasiado para mi salud mental cuando se contonea al ritmo de una música invisible y se toca.

—Me matas. —Me levanto de un impulso, la abrazo e impacto mis labios en los de ella—. Gia, joder, me vuelves loco.

—Te quiero, Gon. —Me da un beso suave cuando la deposito sobre el colchón—. Y ahora te necesito dentro de mí. Muy dentro. Entrando y saliendo. Gimiendo. Sintiéndome parte de ti. —Alarga la mano para abrir la mesilla de noche y mostrarme una caja de preservativos. Saca uno—. Porque has invadido mi corazón, mi mente, mi cuerpo. Solo me falta unirme a ti de esta manera y ya nada nos separará jamás.

—Te amo —susurro mientras ella me coloca el condón con rapidez—. Tú también eres mi absoluta perdición. —Me ubico en su entrada—. Mi todo, Gia. Joder, mi principio y mi fin. Mi sueño. Mi futuro. Mi destino.

Empujo con mucho cuidado. Ella coloca sus manos en mi trasero y me hunde las uñas. Noto cómo rompo la resistencia, cómo le duele, cómo entro en una cavidad estrecha, húmeda, preparada para recibirme. Y la beso para atenuar al máximo su momento de sufrimiento, la abrazo, la siento, me uno a ella como me ha pedido. En este instante somos uno, nos pertenecemos. Ella empieza a moverse poco a poco, su cadera insta a la mía a embestirla, a bombear en su interior. La beso. Me besa. Nuestras lenguas se acoplan mientras nuestros cuerpos arden. Es todo muy álgido. Sus resuellos, mis gemidos, las sensaciones, la excitación, el placer.

No puedo retener el clímax demasiado tiempo. Me gustaría durar para siempre, seguir conectado a ella de esta forma por primera vez, que no terminara nunca. Pero Gia explota de repente, ahoga sus gemidos mordéndome en el hombro y sus uñas dejan señales en mi trasero. Y no puedo evitar seguirla. Me vacío en su interior, la estrecho entre mis brazos, la beso, la abrazo mientras sofoco los sonidos de mi placer con dificultad.

—Te quiero —susurro al salir de ella—. Mucho, Gia. Ni te imaginas cuánto.

—No más que yo.

Me deshago del condón, lo ato, lo tiro a la papelera y le acaricio la piel desnuda. La fiesta empezará en una hora, nos queda poco rato para compartir, así que me levanto para traerle el paquete con mi regalo. Espero haber acertado... Vuelvo a estirarme a su lado para dárselo.

—Si sigues mirándome así, no saldremos de esta habitación —susurro.

—Me parece un plan perfecto. —Me guiña un ojo—. Tú, yo y una cama, ¿qué más podemos necesitar?

Nos besamos.

—Venga, abre ya el regalo —la animo.

Sus ojos se llenan de emoción cuando lo hace. Son diez cuadernos de dibujo personalizados para ella. Tienen un corazón en la portada y en el interior he escrito nuestras iniciales bajo el acrónimo de esa frase que siempre nos decimos: «Mi absoluta perdición». MAP. Llevamos años

fantaseando con la posibilidad de crear un videojuego con ese nombre, aunque no tenemos ni idea de su contenido. El dibujo de la portada lo he diseñado con el ordenador, siguiendo las líneas de algunos de sus dibujos.

—Creo que he dado con el contenido del MAP —comenta con una expresión juguetona—. La frase en sí suena bastante excitante. —Me guiña un ojo—. Así que desarrollaremos un juego de sexo. A partir de ahora nos dedicaremos a investigar posibilidades, a experimentar y en estos cuadernos escribiremos las ideas para un día crearlo de verdad. Será nuestro reto.

—¿Estás de coña?

Niega con la cabeza y me besa, juguetona.

—Imagina lo bien que lo pasaremos...

11

Gonzalo

Camino nervioso por mi despacho nuevo, situado en una zona muy céntrica de Florencia. No he dormido una mierda, las imágenes de lo sucedido con Gia anoche me bombardean desde mi marcha de su casa y se ensañan con mi deseo, mi cuerpo y mi necesidad de volver a poseerla. Cinco años sin verla, sin abrazarla, sin entrar en ella, sin besarla y sin escuchar su voz son demasiados. Por eso mis emociones ahora se arremolinan con fiereza en mi cuerpo, despiertan recuerdos, anhelos, necesidad. Me detengo en el escritorio. Todo huele a nuevo, no hay una sola parte de estas oficinas que no haya rehabilitado para convertirlas en una sede parecida a ella, a nosotros, a mis ansias por recuperarla. Sobre la madera están los cuadernos del MAP, esos repletos de dibujos, ideas locas, experiencias y apuntes que fuimos llenando a lo largo de nuestros años juntos. Los dejó sobre mi cama hace cinco años, antes de desaparecer de mi vida cuando mi gilipollez innata me llevó a acceder a casarme con otra. Fue una declaración en toda regla, su manera de decirme hasta dónde la había cagado.

Durante los años de separación los he guardado en su habitación, una que no remodelé ni toqué tras su marcha. La convertí en mi santuario, en ese lugar donde solía pasar las horas para recordarla, estirado en su cama, hojeando los cuadernos, redescubriendo nuestras ideas, esas cargadas de ilusión, de momentos, de nosotros. Me aferraba al MAP, a sus bocetos, a las ilustraciones, a los diseños de los juguetes eróticos que imaginábamos mientras concebíamos cómo sería el videojuego. Nosotros nos referimos a él como el MAP, pero su nombre será *Mi absoluta perdición*, uno clarificador de su contenido. Cuando inicié mi andadura como directivo en Salavedra Games y empecé a interesarme por el mundo de la VR, ‘la realidad virtual’, ambos nos emocionamos con la posibilidad de desarrollar nuestro juego en ese terreno, la exploramos juntos, sin perder jamás esa emoción primaria de traspasar nuestras pesquisas y conclusiones a los cuadernos. Muchas veces llevábamos los excitantes hallazgos a la realidad, los poníamos en práctica, los probábamos y nos entregábamos a la pasión, la excitación más pura. Y después dejábamos constancia de esas ideas en los cuadernos. Yo las escribía, ella las dibujaba.

Los acaricio con un estremecimiento al recordarla a ella tan dispuesta a no entrar en la rutina, a ser la más intrépida de los dos, a estar siempre dispuesta a buscar nuevas formas de darnos placer. Gimo con varias imágenes muy explícitas en mi mente. Su sonrisa lasciva, su cuerpo, sus besos, sus susurros... Y entonces la realidad del ahora cae a plomo sobre mí. El día de su marcha, al llegar a casa por la noche, tras una jornada de trabajo muy difícil por culpa de esa carta de dimisión que me quemaba entre las manos, por nuestra despedida, por ese último polvo sobre mi escritorio con sabor a final, por la situación de mi madre, por mis decisiones

destructivas, lloré abrazado a su almohada, oliendo su esencia, con el corazón aniquilado por la vacuidad de su armario, la ausencia de sus pertenencias y los cuadernos olvidados sobre la cama. Fue como si me quemaran con un hierro candente, como si lllagaran mi alma con ácido, como si las edificaciones de mi serenidad se derrumbaran sobre mí para convertir mis esperanzas y mi felicidad en escombros. A veces damos importancia a un detalle, a un objeto, a un recuerdo destacado. Lo convertimos en nuestro nexo a esa persona que nos completa, a una idea de futuro, a nuestras esperanzas. Y, si nos lo devuelven y se desarraiga de donde corresponde, comprendemos de una forma implacable el final de una era, de una relación, de un sueño, de la capacidad para abrazar la felicidad. Es entonces cuando la pérdida nos golpea.

Miro el reloj, son las dos y cuatro minutos. ¿Dónde está? Gia siempre ha sido puntual, suele ser de esas personas que llegan a la hora, ni antes ni después, porque en su manera peculiar de ver la vida, para ella hay que atender a los detalles, a la literalidad de las palabras, a la precisión. Y la única capaz de explicar la «puntualidad» es no adelantarse ni retrasarse ni un segundo. ¿Y hoy no aparece a en punto? Vuelvo a caminar hacia la puerta, después regreso a la mesa para terminar dando vueltas alrededor del despacho sin rumbo fijo. A cada segundo estoy más atacado, ansioso, furioso... ¿Dónde cojones está? Regreso sobre mis pasos hasta el escritorio. Son cerca de las dos y doce... ¿Y si no viene? Suelto un resoplido cargado de resignación y vuelvo a pasar un dedo sobre la tapa del primer cuaderno que escribimos. Los he colocado en orden cronológico para recordarle lo que fuimos. Recorro el corazón con lentitud, y después hago lo mismo con el tatuado en mi pecho, cerca de mi corazón, por encima de la ropa. Lleva ahí tantos años... Desde su marcha, cuando comprendí qué acababa de perder, cuando mi vida se desvió.

Cierro los ojos con una potente decepción recorriéndome. Mi imagen pública de todos estos años ha mostrado a un hombre poderoso, seguro de sí mismo, despiadado, frío, letal. Ese es el Gonzalo Salavedra construido por mí para las masas, el que era antes del holocausto, incluso el de Eva. Pero el de verdad, ese con quien convivo en mis horas aciagas, el que me acompaña desde mi ruptura con Gia, está fragmentado, se arrastra por la vida con el peso de un corazón roto, quebrado, hecho pedazos. Mi situación me ha puesto en la tesitura de interpretar un papel muy alejado de la realidad al darme de bruces con ella. ¡Qué estúpido fui! ¡Qué prepotente e idiota! ¿Y si ella me ha visto en las revistas? ¿Y si se lo ha creído? ¿Y si mis conquistas para intentar arrancármela del corazón y hacerle daño a la capulla de Eva han conseguido alejarla todavía más de mí mientras derruían cualquier posibilidad de reconciliación? Ninguna de esas mujeres ha significado nada. Solo eran unas sustitutas, un intento desesperado de despertarme de mi letargo, de encontrar liberación, sanación, alivio en ese dolor que me impedía respirar sin sentir mis pulmones a punto de ahogarse.

Las dos y quince. Cierro los ojos y me estiro el cabello hasta hacerme daño, con ira, rabia, ansia... Deseo... Necesidad... Anoche fue como si al fin encontrara la solución a todos mis desvelos, como si entrar en ella fuera ingresar en el paraíso, como si los pedazos de mi corazón lograran ensamblarse para volver a latir sin escollos. Felicidad, luz, ilusión, esperanza. Gia entre mis brazos, sus gemidos, esos ruidos eróticos, su cuerpo, su entrega. ¡Joder!, ya vuelvo a

empalmarme, los pantalones de traje me quedan pequeños, se encogen. Y no debería tener estas reacciones físicas cuando son las emocionales las más relevantes. El sexo no puede marcar los tiempos, mi deseo por ella no debe empañar la meta: mi decisión de convertirla en mi mujer. Porque nada me impedirá conquistar esa cima, colocar un anillo en su dedo, hacerla olvidar mis errores, redimirme. Amarla para siempre.

—Huele a nuevo. —Escucho su voz antes de abrir los ojos y descubrirla en la puerta abierta de par en par—. Me gusta la vista a través de esa ventana con cristal de suelo a techo. Es muy tú. —Camina hacia mí con pasos sensuales... Ya vuelvo a estar duro y mi pensamiento se nubla. Va vestida con una sencillez impropia de ella. Unos vaqueros, un top cortito que deja al descubierto el vientre con un par de tatuajes y el pirsin en el ombligo y unas sandalias sin tacón. Gia solía ser más sofisticada, sobre todo al entrar en la oficina. Su bolso no es de marca, no va perfectamente peinada y maquillada como antaño acudía al trabajo. Ha cambiado. Y el dolor de saber que lo ha hecho sin mí me zarandea.

—Llegas tarde. —¿Qué coño? ¿Por qué la increpo cuando lo único que deseo es abrazarla, besarla, tocarla, sentarla en la mesa y follarla hasta escuchar cómo gime mi nombre mientras se deshace de placer?—. Tú nunca llegas tarde.

—Ya no soy esa Gia. —Se detiene a pocos pasos de mí y veo cómo sus ojos muestran una tormenta al descubrir los cuadernos sobre la mesa—. ¿Los has traído? —Su voz suena asfixiada por la impresión. Ambos somos conscientes del significado de esas libretas. Ella se pasa la mano por la nuca en un gesto reflejo. Yo hago lo mismo, pero mis dedos recorren el pecho, el lugar exacto donde tengo mi único tatuaje.

—Son la base del MAP, no podía dejarlos atrás —susurro con el corazón palpitando a toda potencia en demasiadas partes de mi anatomía. La más preocupante es esa que pugna por salir del pantalón y se clava en la cremallera. Para evitar caer en la tentación de tocarla sin sentar las bases para una relación más duradera, rodeo la mesa para ocupar mi silla. Es preciso mantener una conversación antes de abalanzarme sobre ella como un depredador, pero mi cuerpo no piensa lo mismo, el muy traidor va por libre y se está calentando demasiado rápido—. Vamos a necesitarlos.

Ella se sienta en una de las sillas que se encajan en mi escritorio. Su mirada es una clara declaración de cómo también siente la tensión sexual entre nosotros, la misma de siempre, porque quizás hemos experimentado cambios y ya no somos los mismos, pero nada anula la atracción, la densidad de nuestro anhelo, la precipitación de nuestras hormonas. Sus labios se abren un poco y exhala con un jadeo ahogado, casi callado. Respira rápido, en resuellos, y le tiembla un poco la mano que utiliza para reseguir el contorno del corazón de la tapa de nuestros recuerdos.

—Lo de anoche no puede volver a ocurrir —sentencia. Sonríe al encontrarme con un rasgo idéntico al del pasado, con esa característica de Gia de ir siempre al grano, sin dar rodeos, sin miedo a soltarlo, pero eso no quita la punzada de decepción que me asestan sus palabras—. Si quieres seguir adelante con el MAP, debemos tener una relación más calmada, dejarnos llevar por el pasado es un error. —Se pasa la lengua por los labios como si los sintiera resecos, su voz

se tiñe de deseo y no me pasa desapercibido cómo le cuesta mantener la serenidad—. Hay demasiado entre nosotros como para reducirlo todo al sexo y dejarnos llevar como si fuéramos dos adolescentes hormonados. Ha pasado mucho tiempo, Gon, ya no somos los mismos ni podemos obviar lo sucedido. —Entrecierra los ojos un segundo, al abrirlos de nuevo contienen un mar de tristeza—. Yo soy incapaz. Como mínimo ahora. Me hiciste pedazos. —Desvía sus pupilas a la mesa, a las libretas, a nuestro pasado—. Jamás viniste a buscarme, salías en esas revistas con una mujer diferente cada semana, pero también con Eva. No contactaste conmigo, no te importó cómo estaba, ni siquiera te interesaste por tus hermanos.

Se calla y se tapa los ojos con las manos un segundo para deshacerse de un par de lágrimas. Después aparece el valor de siempre, el suyo, su marca personal. En otro tiempo esa parte de ella me complementaba, me ayudaba con frecuencia a deshacerme de la incertidumbre de avanzar en alguna dirección concreta. Yo era racional, ella emocional. Yo era prudente, ella lanzada. Yo era su contrapeso y ella era el mío. Juntos vencimos muchas barreras, nos adentramos en un sinfín de retos amparados en esa conexión que despertaba lo mejor de cada uno para cedérselo al otro. Otra ráfaga de dolorosas certezas me sacude la conciencia. Fui yo quien destruyó esa unión, quién desafió el amor para crear un muro entre los dos. Y me lastima. Me hiere. Me arranca un gemido de tormento.

—Gia... —susurro con el corazón empequeñecido—. Yo...

No puedo seguir. ¿Qué le voy a decir? ¿Cómo puedo explicarle que me daba miedo volver a verla porque sabía que si aparecía en Italia, si la llamaba, si escuchaba su voz o leía alguna palabra suya en un mensaje, lo dejaría todo para ir a por ella? ¿Y entonces qué sería de mi madre? ¿Soportaría las consecuencias? ¿Sería capaz de enfrentarme a la culpa? Eva me había atado a ella de una manera despiadada durante mucho tiempo. Fui un imbécil, no usé la cabeza, me dejé arrastrar por la parte emocional que no solía escuchar, porque había demasiado dolor en mi corazón, y Eva se aprovechó de ello. Manipuló a mi madre, manejó mis hilos y se salió con la suya. Y fue con mi consentimiento. Mi abogado me explicó con crudeza cada uno de los términos estipulados, qué pasaría si me separaba antes de tiempo, qué perdería, cómo podía la cabrona de mi mujer hacerse con el control de mis pertenencias. Y, aun así, seguí adelante, cegado por el estado mental de mi madre, por protegerla, por el cabreo causado por la huida de Gia.

—Al principio estaba muy enfadado —admito buscando atraer de nuevo su mirada a la mía para que pueda percibir la profundidad de mi confesión—. Me abandonaste, te largaste y me dejaste a solas con la cabrona de Eva, no me permitiste ni siquiera explicarme y te negaste a permanecer a mi lado cuando más te necesitaba. —Alargo la mano para acariciar la suya sobre los cuadernos, pero ella la retira y sigue con las pupilas perdidas en la lejanía—. Esa noche, al llegar a casa y ver tu habitación vacía, con los cuadernos sobre la cama... Fue demoledor. —Vuelvo a sentir esa rotura de mi corazón—. Mi madre seguía en el hospital, ni siquiera fuiste a verla, la dejaste allí y no te importó su salud ni su recuperación. Ni la mía.

—¡Te ibas a casar con Eva! —Pierde el control, como mi Gia, la mujer pasional a la que amo más allá de la comprensión—. ¡Me querías como amante! —La furia brilla en sus ojos cuando

me mira al fin. Están húmedos—. ¡Y mi padre acababa de morir! —Las primeras lágrimas se deslizan por sus mejillas—. ¿Por qué no eres capaz de entenderlo? ¿De ponerte en mi piel? Fue como si me arrancaras el corazón del pecho y lo patearas. Y yo..., yo... —Se levanta para darse la vuelta y alejarse de mí.

No puedo dejarla marchar ahora, no sin terminar la conversación, sin un atisbo de esperanza, sin sentar unas bases capaces de crear una nueva oportunidad para nosotros. Si algo he aprendido con la separación, es hasta dónde estoy dispuesto a arriesgar para ser feliz, para recuperarla, para volver a sonreír de verdad y no como un actor representando la película de mi vida. Haber pasado la mayor parte de nuestra existencia amándonos en la clandestinidad nos privó de mucho, ahora quiero amarla en voz alta, convertirme en su todo a la vista de cualquiera, reclamar mi etiqueta de su pareja sin restricciones. La alcanzo y ella se detiene cuando me siente pegado a su espalda, sin tocarla, sin abrazarla como deseo, sin sucumbir a esa avidez exaltada que se ocupa de empequeñecer de nuevo mi pantalón, de palpar en mis labios, de cosquillear en mis manos.

—Tardé un año en dejar de estar enfadado; mi vida al lado de Eva era horrible, con batallas campales a todas horas, enfrentándome a su arrogancia, sus pullas constantes, su mierda de amenazas —le hablo pegado a su oído, tan cerca que escucho sus resuellos y la acaricio con mi aliento—. Te echaba de menos, te necesitaba, te anhelaba, y por eso te culpé durante meses de mi situación insostenible. —Ella gime, pero no se mueve, no se da la vuelta, no me regala sus ojos—. Pero ya era tarde para cambiar muchas cosas, para dar marcha atrás. Eva me tenía cogido por los huevos y no se cortaba a la hora de restregármelo por la cara. El contrato era una realidad, había pasado por la boda, mi madre seguía muy hundida, estaba atado de pies y manos. Mi única opción era esperar a que pasara el plazo de la mejor manera posible, por eso le planté cara y nuestras peleas se pasaron de rosca en más de una ocasión. Pero si algo he tenido claro cada puto día desde tu marcha, es que no renunciaré jamás a ser tu marido, tu mejor amigo, tu amante, tu compañero; a ser tu hombre, Gia. —Solloza y se encoge un poco hacia delante, doblándose por la cintura, donde coloca uno de sus brazos—. Te quiero. Te quiero tanto que me duele de forma física no poder tocarte, tenerte, despertarme contigo cada mañana, encontrarme con esas sonrisas tan perfectas, hacerte feliz, reír contigo, desafiar al sueño charlando hasta la madrugada, pasar mi vida a tu lado. —Acerco la mano a su pelo, pero la dejo suspendida en el aire, sin acabar de tocarla—. Por favor, cariño, perdóname.

Durante unos largos y dolorosos segundos todo se detiene, incluso mi pulso. Entonces, ella da tres pasos hacia delante, apartándose de mí, y se da la vuelta muy despacio, hasta quedarse mirándome. Hay humedad en sus ojos, tristeza, sufrimiento. En mí se aposenta el amargo sabor de la derrota. La conozco lo suficiente para intuir sus próximas palabras, y me quiebran antes de escucharlas.

—Ojalá pudiera chasquear los dedos y borrarlo —musita en un tono muy afectado—. Pero las cosas no funcionan así, no es tan sencillo como desearlo, hay que sentirlo, confiar de nuevo, conocernos en nuestras nuevas facetas y superarlo de verdad. No vale con decirlo, hay que sentirlo. Y yo ahora no puedo hacerlo, Gon. —Hay tanta desolación en su expresión...—. Me gustaría participar en el desarrollo del MAP, ver si somos capaces de trabajar juntos, descubrir si

el amor es suficiente para borrar tantos años de separación, averiguar a dónde nos conduce tu idea de aparecer aquí y poner en marcha nuestro sueño. Pero con distancia, permitiendo que sea el tiempo quien decida sobre nosotros, sin precipitarnos, sin volver a ceder al deseo, sin correr... No quiero equivocarme y arrepentirme después.

No avanzo como me insta mi cuerpo, me contengo, me obligo a no precipitarme, a no dar los pasos que nos separan para ceder a ese magnetismo que se desata cuando está cerca. Le debo eso al menos, permitirle marcar los tiempos, aceptar sus términos, hacer cualquier cosa para no alejarla de la posibilidad de volver a ser un nosotros. Pero me cuesta tanto...

—De acuerdo —acepto—. Vale. Sí. Lo haremos a tu manera. Tú mandas —baluceo palabras sin sentido, todavía sin encontrarme en mi piel—. Trabajaremos juntos en el MAP. Equipo. Eso es, seremos un equipo.

—Volveré el lunes a las dos y media para acordar los plazos, la dedicación y diseñar el proyecto contigo. —Asiente muy despacio, con un montón de lágrimas creando caninos en sus mejillas—. Ahora soy incapaz.

—Llévate un par de cuadernos para refrescar la memoria. —Camino hasta la mesa para hacerme con ellos y realizar algo con las manos, con mi nerviosismo, con mi desespero—. Yo me los sé de memoria. —Le rozo la mano cuando se los entrego y ambos emitimos un jadeo sordo.

Gia se los coloca contra el corazón, se da la vuelta y se marcha. Y yo me quedo quieto viéndola alejarse, hundido en la miseria.

12

Gia

Termino el último trazo del tatuaje de una abeja en el brazo de un apicultor enamorado de su trabajo y de su mujer. Es un hombre grandote, de esos que suele pasar por el gimnasio a diario y se cuida, con cuerpo tipo croissant. A veces nos forjamos prototipos sobre cómo debe ser una persona según su físico, su trabajo, su procedencia, su apariencia, pero la vida me ha enseñado en infinidad de ocasiones que no se debe etiquetar a nadie sin conocerlo. Guido es un ejemplo clarísimo de ello. A pesar de proyectar una imagen de tío duro, es un blandengue con un corazón de oro. Posee una finca con veinte paneles de abejas que producen una miel muy cotizada, es fino en su trato con las colmenas, cariñoso con el entorno, agradable, compasivo y muy sensible. Un enamorado de la vida, de las abejas y de su Fiorella. Lo conocí poco después de abrir el estudio, se convirtió en un cliente recurrente y le he cogido mucho cariño. Durante los últimos años hemos hablado bastante, incluso me ha invitado en un par de ocasiones a su finca.

—Listo —anuncio apagando la máquina antes de separarla de su brazo—. Ha quedado genial. Mira. —Se lo muestro después de limpiarlo con agua y jabón, aplicarle un algodón con alcohol y extender una crema cicatrizante. Me ha costado una hora de trabajo dejarlo como él deseaba—. ¿Te gusta? —pregunto esperanzada.

—Tus dibujos son los mejores, tienen un color y una precisión en detalles que los distingue de cualquier otro. ¡Eres una artista, como tu padre! —alaba el tatuaje y me hace sentir realizada. Es bonito escucharlo equiparar mi talento al de mi padre—. Fiorella va a emocionarse con tu dibujo, estoy convencido. —Trabajan juntos, ambos adoran las abejas, hablan de ellas con tanto cariño... Al mirarlo siento la necesidad de conseguir algún día una relación como la suya, con esa capacidad para sonreír y hacerse felices. Guido se ha marcado en la piel una abeja bebé para celebrar que Fiorella está embarazada de su primer vástago. Es tan bonito...

Le cubro el dibujo con film transparente. No logro ahogar un suspiro, fruto de mi desestabilización emocional desde la aparición de Gonzalo y de los pensamientos acerca de la pareja formada por Guido y Fiorella. No sé muy bien cómo lidiar con este chute sensiblero que me lleva a llorar cada dos por tres, ni con mis deseos ni con los pensamientos desbocados. Y, como una tonta de remate, las lágrimas vuelven a ocupar mis ojos. ¡No debería actuar así! ¡Esta no soy yo! —vale, joder, sí lo soy, ¿para qué me iba a engañar?—. El dichoso Gonzalo se ha apropiado de mis sueños —eróticos hasta decir basta, pero también muy fantasiosos porque anhelan formar una familia con él—, de mi corazón, de mi cabeza, de mi todo. Solo puedo recordarlo de manera obsesiva. Evoco nuestros últimos encuentros, cómo sentí su mano suspendida cerca de mi pelo el sábado, la suavidad de sus palabras, su voz ronca, cargada de

deseo, su presencia, su magnetismo imposible. Y ardo. Mi anhelo alcanza una cota de no retorno. Y más al recordar los cuadernos con nuestras hazañas sexuales, nuestras ideas locas, nuestro pasado repleto de ilusión.

—¿Qué te pasa, *cara mia*? —Guido me abraza de forma espontánea. Su empatía traspasa cualquier pensamiento racional—. Es una abeja buena, de las mías. No te picará.

Me río entre lágrimas de su chiste malo.

—Lo siento. —Deshago el abrazo y me seco las mejillas, aunque no logro detener el llanto—. Estoy un poco distraída hoy. No debería perder el control con los clientes.

—También soy tu amigo —afirma con una sonrisa tierna—. Cuéntame tus penas.

Hago un puchero y, al ver que vuelve a abrir los brazos, me dejo envolver por ellos durante unos instantes. Me he pasado la tarde del sábado y todo el domingo en un constante estado de agitación, trabajando en los proyectos que había aceptado antes de la propuesta de Gonzalo de participar en el MAP, y he conseguido entregarlos a tiempo. El drama de Patricia y Kayden coleteaba, y no he podido desatar toda mi desazón ni mi estado de ansiedad porque mi hermanastra ha necesitado mi completo apoyo. El idiota de mi socio la ha ignorado, ni siquiera ha sido capaz de hablar con ella para aclarar la situación. Esa actitud la ha destrozado, y yo más que nadie la comprendo. Por eso me he guardado mis sentimientos respecto a la aparición de Gonzalo, nuestra futura colaboración en el MAP, mis hormonas alteradas, mi miedo a perder de nuevo el control, mi amor infinito por él... La vi marchar hacia su internado anoche con el corazón destrozado, pero con la firme determinación de pasar página. La abracé con fuerza, le susurré mis deseos de que deje de sufrir y ella me aseguró que pondría todo su empeño en lograrlo.

—Tengo mal de amores —afirmo—. Los mismos de siempre. —Resoplo—. No aprendo, Guido. Me doy de bruces con la misma piedra una y otra vez.

—¿Cómo se llama tu piedra? —Estrecha todavía más el abrazo.

—Gonzalo. —Estoy fatal porque es pronunciar su nombre y arrancar a llorar otra vez—. Lo quiero tanto... Pero lo nuestro es tan complicado...

—No más de lo que quieras complicarlo tú —sentencia—. El amor mueve montañas. Solo has de escucharlo y creer en él.

Niego con la cabeza. Desearía tanto que sus palabras fueran ciertas...

—A veces no es suficiente —respondo con un nudo en la garganta—. Fuimos novios durante una eternidad. Pero era complicado, mi padre y su madre estaban casados y muy enamorados. Patricia e Íñigo son nuestros hermanastros, frutos de su unión. Debíamos mantener lo nuestro en secreto por el bien de la familia, pero era tan bonito...

—Parece el argumento de una novela romántica de esas que devora Fiorella —comenta con una sincera sonrisa—. ¿Llegaste a explicárselo a tu padre? —La mayoría de mis clientes son conocedores de su muerte, era un pintor muy reconocido en el mundo y, sobre todo, en la Toscana, donde nació, creció y alcanzó su plenitud como artista.

—Jamás. Ni a él ni a la madre de Gonzalo. Era una situación anómala y nos daba miedo. —Me separo de él con un poco de reticencia y ahora sí logro secar mis ojos—. Pero un par de semanas

antes del infarto de mi padre, habíamos decidido no esperar demasiado y hablar con ellos. Yo ya trabajaba, él se había afianzado como CEO de la empresa y no había motivo para no avanzar. —Sonrío con una tristeza palpable—. Queríamos casarnos, formar una familia, salir a la luz tras tantos años en la sombra.

No sé qué me pasa, pero me estoy abriendo en canal ante Guido. No le había explicado a nadie esta parte, ni siquiera a Rico o Enzo. Duele demasiado. Porque Gonzalo y yo teníamos tan claros nuestros planes...

—Se echó atrás —deduce Guido.

—Más bien se casó con otra por un inexplicable sentido del deber. —Suspiro—. Su madre intentó suicidarse tras la muerte repentina de mi padre y le aseguró que solo la haría feliz que se comprometiera con esa arpía. ¿Puedes creer que lo hiciera? ¡El muy capullo se acojonó! Me dijo que no se lo perdonaría nunca si su madre cometía una locura por no haberle concedido ese deseo. —Ahora vuelve la ira—. No lo he entendido nunca. No es una razón suficiente para tirarlo todo por la borda. ¡Hasta se atrevió a pedirme que fuera su amante! Además, parece que la bruja lo ha tratado como el culo.

La expresión de Guido se dulcifica, algo que no tiene sentido para mí.

—Y ahora ha vuelto para recuperarte. —Se lleva las manos al corazón, en un gesto muy parecido a los de Rico—. ¡Qué bonito, Gia!

—¿Bonito? —Resoplo—. ¿Qué parte de se casó con otra no has escuchado?

—Su madre podía morir y, según lo que cuentas, su matrimonio ha sido horrible. —Sus ojos se llenan de una ternura increíble, los míos parecen decididos a derramarse. ¡Si Gonzalo no hubiera aparecido de nuevo, se mantendrían secos! Resoplo—. Deberías ponerte en su piel. Acababa de perder su referencia paterna, porque Luigi fue un gran padre para ti y estoy convencido que también para él. —Aprieto los dientes con furia. Sus palabras me trastocan más de lo predecible—. No podía arriesgarse a quedarse huérfano del todo. Estaba asustado, dolido, confundido. Y actuó como le dictaba la conciencia, protegió al más débil y, en el fondo, también a ti, y encima lo ha pasado fatal con su mujer. —Sonríe y a mí se me crisan más los dedos sobre la tela de mis vaqueros—. Lo que de verdad cuenta es que esté aquí ahora, su intención de reivindicar su amor por ti, hasta dónde está dispuesto a arriesgar para lograrlo y qué sientes tú por él. ¿Todavía lo amas? —Se levanta sin dejar de mirarme con cariño. Asiento, un poco reticente—. Dale una oportunidad al amor, Gia, tus ojos muestran una gran cantidad de él reprimido. —Se toca el tatuaje con el nombre de Fiorella que lleva en el pecho, cerca del corazón—. Vale la pena apostar todo por seguir tus sentimientos, créeme.

Me pongo en pie en un gesto furioso. Hay demasiadas emociones en mi interior, son todas ellas contradictorias. Furia, ansia, deseo, ira, pasión, dolor, necesidad... No me centro en ninguna ni tengo capacidad para analizar con la suficiente calma la situación. Gon me hirió, me destrozó. Pero Guido tiene razón, nunca me he puesto en su piel. Quizá... *¡No, joder! ¡No!* Me detengo, inhalo con profundidad y lo miro.

—¡Ha tardado cinco años en dar señales de vida! —Sí, es un argumento de mierda porque me explicó los términos de su contrato prematrimonial, una razón poderosa para mantenerse alejado

hasta el momento justo, pero estoy enfadada y cualquier excusa me vale para alimentar la furia —. Si tanto me quisiera, habría venido antes.

Mi cliente se levanta de la silla, camina hasta mí, me abraza de nuevo, de manera fugaz, y me dedica otra expresión risueña.

—Deja a un lado esa ira y busca en tu corazón, Gia. —Sus labios todavía se arquean más hacia arriba—. Pasarse la vida molesta por lo que no fue mientras olvidas lo que sí podría ser es la peor medicina para la felicidad. A veces es mejor olvidar, empezar de cero, arrinconar el rencor y abrazar la posibilidad de amar de verdad, sin barreras.

—Ojalá fuera tan sencillo —susurro.

—Lo es, solo necesitas creértelo.

Me despido de él mientras ordeno el instrumental. Quito las agujas usadas de la máquina, las coloco en la funda para desecharlas correctamente en la basura y lo limpio todo con desinfectante. El sábado por la noche me llegó un mensaje de un número desconocido: «No hemos acordado tu horario. ¿Qué dedicación puedes darle al MAP? Porque las dos y media me parece una mala hora para empezar, ¿qué tal si vienes antes? G». Mis respuestas fueron escuetas, ni siquiera le pregunté de dónde había sacado mi número de teléfono, pero en el fondo me reconfortó hablar con él —en realidad, sus dotes informáticas ya me hackearon el móvil el día de mi cumpleaños, ¿qué me hace pensar que ya no lo tiene bajo su control?—. Quedamos en que iría cada día a la oficina de una a siete, y son las doce y media. Mi corazón va a mil por hora, la anticipación me agita, me sacude el cuerpo con temblores difíciles de aplacar. Me arreglo un poco frente al espejo de cuerpo entero situado en mi cubículo para que los clientes puedan admirar las obras dibujadas en su piel y trago saliva para bajar el nudo aposentado en mi garganta.

Kayden está en el mostrador de recepción con la mirada ausente, casi húmeda. No hace nada, ni siquiera está atento a la pantalla de su móvil como es su costumbre cuando está inactivo. Es una persona inquieta, de esas que no sabe estar parada y, sin embargo, ahora no hay ningún movimiento en él. Parece sumido en un trance. Mi instinto de amiga me insta a abrazarlo y consolarlo, pero mi condición de hermanastra de Patricia saca sus garras y se dedica a vilipendiarlo en la mente. Si sufre, es por su culpa. No debería jugar así con las personas. Mi enfado arrecia al volver a pensar en Gonzalo, en cómo me apartó hace cinco años, en cómo lo deseaba el viernes cuando se internó en mí, me poseyó, gimió conmigo y sus labios me devoraron. ¡Dios! ¡Cuánto había echado de menos su boca, sus manos, su olor!

—Hasta mañana —me despido sin ocultar mi ira.

—¿Estaba muy mal? —pregunta Kay—. No se ha despedido.

Sacudo la cabeza, incapaz de entender el juego macabro de mi socio. Es como si viviera en un péndulo y oscilara entre dos extremos peligrosos. Estoy harta de sus indecisiones, de ver sufrir a Patricia por ellas, de su secretismo, de sus misterios. No soporto ver autocompasión en su rostro cuando todo sucede por su forma de actuar. Porque, seamos sinceros, ¿quién en su sano juicio se arrepiente de hacer el amor con la mujer a la que ama al día siguiente y después espera una despedida? ¿Y por qué se empeña en apartarla? ¡Dios! ¡Los tíos están fatal!

—¿Pensabas que después de pasar de ella iba a arrastrarse ante ti? —le espeto de muy mala leche—. Vamos a ver si te enteras de una vez, Kay. —Me acerco a él con el índice levantado en su dirección—. La desvirgaste porque te puso celoso, pasaste la noche con ella, le diste esperanzas y al día siguiente la trataste como si fuera la peste porque se sentía tu «novia». —Resoplo—. ¿En serio esperabas una despedida? ¿Un besito de «no pasa nada»? ¿O una jodida palmadita en la espalda en plan «tío, qué bien te lo montas»? —Le apuñalo su torso perfecto con el dedo y resoplo—. ¡Patricia está decidida a olvidarte porque te has pasado! ¿Sabes lo que dicen? ¡Un clavo saca a otro clavo!

En mi caso no ha sido cierto. Me he acostado con un montón de tíos desde mi separación de Gonzalo y ninguno me ha ayudado a olvidarlo, pero, oye, quizá a mi hermanastra le funcione. Ese pensamiento aviva mi enfado todavía más. Me bastó un encuentro rapidito en mi habitación el viernes para volver a sentir esa fuerza arrebatadora de la pasión mezclada con el amor. ¡Y me niego a estar enamorada de él! *Ja, Gia, como si eso pudiera controlarse.*

—¿Va a salir con otro tío? —masculla Kayden con dolor, sacándome de mi ensimismamiento—. Yo... Yo... ¡Me cago en todo, Gia! ¿Cómo puedes permitir que se meta en la cama de cualquiera para olvidarme? ¡Deberías hacerla recapacitar!

—Se te va la olla. —Chasco la lengua y me encamino a la puerta—. Patry es mayor de edad, tiene poder de decisión por ella misma. La has cagado a lo grande, ya no hay vuelta atrás. Te avisé, pero no quisiste escucharme, ahora apechuga con las consecuencias. ¡Y no lloriquees, tío! Tienes el suficiente cerebro para entender a qué has renunciado. Porque ella es orgullosa y hay decisiones imperdonables.

¿De verdad no lo absolverá de sus pecados? ¿No volverá a caer en sus brazos? Esa vocecilla insidiosa de mi mente compara su situación con la de Gonzalo. Es como si lo sucedido entre Kayden y Patricia me removiera el pasado y avivara de una manera implacable mis recuerdos. Estoy descolocada, desatada y muerta de miedo, esa es la verdad. No puedo concentrarme en Kayden ahora, ni en nada que no sea mi próxima aparición en las oficinas de Salavedra Games para iniciar el proyecto de mi vida. Llevo los cuadernos en el bolso, y me queman.

—Tienes razón —acepta mi socio cabizbajo—. No tengo perdón. Pero hay demasiadas cosas que desconoces...

—Pues cuéntamelas. —Él niega con la cabeza y cierra los ojos. Le doy un minuto para abrirse a mí, pero sigue en silencio—. Me voy —anuncio sin ganas de continuar esperando sus explicaciones. Me molesta mucho esta indecisión constante, su miedo a aceptar su amor por Patricia mientras se retuerce de dolor por ver cómo se aleja de él, a hablar conmigo, a confiarme esas «cosas que desconozco». Pareces el perro del hortelano: «ni come ni deja comer». Hazle un favor a Patricia y apártate de ella de una vez. Has decidido no empezar una relación, pues apechuga con las consecuencias.

—Pero...

—¡No! —lo corto—. Es todo o nada: la quieres y te arriesgas o la dejas marchar. ¡Ya basta de marearla! O, ya que estamos, de marearme a mí. —Resoplo—. Si no quieres compartir tus mierdas, olvídate de nosotras.

—Si fuera tan fácil...

—Hasta mañana. —Salgo del estudio con rapidez, sin ganas de seguir viendo la destrucción masiva a la que se somete Kay, no tengo ni idea de por qué.

El calor del verano me impacta al empezar a caminar por la *via* del Corso. Al llegar a Florencia, cinco años atrás, tuve clara mi intención de abrir el estudio en una zona céntrica, cargada de la historia del lugar, donde pudiera respirar el aire de la magnificencia de una de las ciudades más artísticas del mundo. Busqué cerca del Duomo, la catedral de Santa María del Fiore, con los recuerdos de mis padres fijos en la memoria, de las múltiples visitas realizadas a este enclave tan histórico, y conseguí un local en esta calle que conduce a la plaza de La República, repleta de tiendas para atraer a los turistas y a los residentes. Mientras camino en dirección a las oficinas de Gonzalo por estas callejuelas con aroma a pasado, estrechas, casi sin tráfico, con alguna bicicleta circulando y los transeúntes disfrutando de un paseo, mi cabeza se pierde por los laberintos de mis pensamientos revueltos. He sido feliz estos últimos años. He conseguido rehacerme, sonreír, crear mi espacio, mi parcela de ilusiones, pero la ausencia de Gonzalo me ha pesado a cada minuto. Al principio deambulé por todas esas fases innegables del duelo: negación, ira, negociación, depresión y, al final, lo acepté y seguí adelante sin sentir tanto dolor. A pesar de que Gon seguía ahí, punzante, siempre presente, a punto de aparecer en cualquier instante, capaz de brillar en mi mente con demasiada asiduidad. Lo superé en cierta manera, encontré nuevos amigos, un rumbo, mi pequeño lugar en el mundo. Y ahora todo eso se derrumba porque verlo ha demolido de un plumazo mis avances.

La sede de la empresa de Gonzalo no está lejos del estudio. Es como si la hubiera ubicado ahí expresamente para facilitarme los desplazamientos. Me detengo en el camino para comprar un panini y saciar así mi hambre, con la mirada puesta en las preciosas tiendas de la zona. Florencia es un oasis de cultura, repleta de palacetes, monumentos, museos, obras de arte... Desde mi tierna infancia he entendido esta ciudad un poco caótica que te atrapa al deambular por estas callejuelas, donde la vida cotidiana te envuelve mientras las recorres sin prisas.

Mi enfado se diluye en unas cosquillas en la piel, en una respiración agitada, en el repiqueteo intenso de mi corazón. El sábado no había nada de actividad en el edificio cuando accedí a él, solo un conserje de fin de semana, pero hoy todo cobra una dimensión de realidad muy potente. Es un inmueble dedicado a las empresas, tiene un ancho vestíbulo con cristalerías por todas partes para dejar entrar la luz, aunque también conserva la piedra original y el imperturbable rastro regio del pasado en su construcción exterior. Las ventanas son todas de cristal opaco por fuera y transparente por dentro, lo que confiere intimidad y luminosidad a la vez. Hay unas placas con los nombres de las empresas al lado del mostrador. Veo la nueva y reluciente sede de Salavedra Games, y entonces noto una sacudida en el estómago y un aumento exponencial de mi inquietud.

—Voy al ático —anuncio al pasar de largo el mostrador del conserje. El sábado ni siquiera me preguntaron a dónde me dirigía, sin embargo, se lo cuento—. Trabajo ahí.

El hombre se limita a asentir con la cabeza. A medida que el ascensor me acerca al piso de las oficinas, mis resuellos rompen el silencio de manera alarmante. Salgo al pasillo y me detengo frente a la enorme puerta de cristal biselado donde se anuncia el nombre de la empresa, junto a su

logo, en las letras verdes que decidimos Gonzalo y yo hace años, cuando decidió modernizar la imagen corporativa y nos pasamos horas diseñando ideas. Ese logo es mío, una de mis ilustraciones. Suspiro al alzar mi mano para llamar al timbre con cámara para identificar a los visitantes. El sábado quedé impresionada con la decoración de las oficinas, y hoy me produce la misma sensación, y más al encontrarlas llenas de vida. Entonces fue el conserje quien me acompañó y me abrió la puerta, siguiendo las órdenes de Gonzalo.

—Buenas tardes —saludo a la recepcionista que se sitúa tras un tablero circular de cristal. Parece como si la decoración fuera un tributo a mí, a esa forma de describirle a Gonzalo las oficinas de mis sueños en el pasado—. Soy Gia Lucatti. Hoy empiezo como directora de arte.

—Gonzalo te está esperando en la sala de programación. —Sale de su mesa y me dedica una sonrisa—. Soy Carina, encantada de conocerte. —Me indica la dirección a seguir—. Sígueme, te acompaño.

13

Gonzalo

La siento antes de girarme ante el anuncio de Carina de su presencia. Está tan guapa... No he dejado de pensar en ella ni un segundo durante el fin de semana, con una de nuestras libretas abiertas frente a mi mirada y los vívidos recuerdos de nuestras corredurías cuando intentábamos descifrar los confines del placer y nos pasábamos las horas retándonos a descubrir nuevas maneras de sentirnos para luego plasmarlas en las hojas. Gia lleva el cabello recogido en un moño poco tirante, con varios mechones sueltos. Se ha pintado los labios de rojo. Mi mirada los devora con ansiedad; los evoco rodeándome el miembro con esa mirada pícara de siempre, gimiendo, besándome, sonriéndome, y apenas logro contener mis ansias de abalanzarme sobre ella.

—Gia —saludo sin encontrar más palabras. Mis ojos bajan a sus labios, pasan de largo y descienden hasta su escote, apenas tapado con uno de esos tops cortitos que ahora parecen ser su marca personal. Mi erección palpita desesperada y mis constantes se aceleran de forma preocupante—. Bienvenida a tu nuevo hogar —bromeo para intentar ocultar la verdadera naturaleza de mis pensamientos. Es en momentos así cuando me doy cuenta de las maquinaciones ocultas de mi subconsciente al mandar al equipo de programadores del MAP a casa esta tarde para estar a solas con ella.

Carina se despide de nosotros con una sonrisa y una inclinación de cabeza. Gia da los pasos necesarios hasta ocupar una silla a mi lado. Veo cómo la puerta se cierra despacio para dejarnos a solas en esta espaciosa sala iluminada con una potente luz natural, con ventanales directos a la plaza del Dumo y unas vistas privilegiadas a la catedral más bonita de mi mundo. Como en el resto de la oficina, las paredes exteriores se revisten de cristal. Su mirada se mueve desde el exterior hasta una de las pantallas, esa donde mis códigos sobre un fondo verde se suceden para crear la magia cuando esté terminado y alguien se ponga las gafas para disfrutar del juego. Aunque todavía queda mucho para eso.

Suelto un gemido cuando Gia deja el bolso al lado del teclado, hurga en su interior y saca los dos cuadernos que se llevó el sábado para colocarlos sobre la mesa. Es como si a través de ese gesto recordara cada una de nuestras experiencias antes de anotarlas en ellos, como si pudiera sentirlos alcanzarme en forma de densa tensión sexual. Todos sus movimientos y gestos me parecen cargados de sensualidad, una invitación a entrar en ella. La sala de programación contiene diez pantallas, cinco ordenadores y cinco puestos de trabajo, todos vacíos excepto el mío. Ella recorre el lugar con la mirada. Retuerce las manos en el regazo al ritmo de una respiración acelerada que rompe el silencio. Se detiene un segundo en la puerta del final, esa que

esconde la sala de los juguetes para acompañar al MAP, aunque ahora permanece cerrada y no es el momento de mostrarle hasta dónde he llegado en los diseños. Emite un suave jadeo y mueve las pupilas muy despacio hasta mis ojos. Siento una chispa. Es como si esa mirada se adentrara en mi cuerpo para encender cada uno de los sistemas con una necesidad extrema de lanzarme a quemar mi excitación. Me hormiguean los dedos del deseo de tocarla, los labios, ansiosos por lamer los carnosos de Gia, la entrepierna, mi piel...

—He estado dándole un par de vueltas al GeGe —expone con un tono ronco, casi susurrado, como si le costara hablar. Deja los labios entreabiertos para expulsar los resuellos ansiosos que me resultan una invitación clarísima y vuelve a apartar las pupilas de las mías para dirigirlas a sus manos—. Tengo muchas ideas y la base terminada, pero necesito tiempo para acabar los esbozos de todas las opciones. Tenía trabajo atrasado que entregar.

—Genial —balbuceo. Apenas soy capaz de encontrar palabras lógicas o de escuchar sus explicaciones. Solo puedo pensar en ella sobre la mesa, desnuda.

Un silencio tupido nos invade. Volvemos a conectarnos con la mirada y el aire chisporrotea a nuestro alrededor. Levanto el brazo para acercarlo a su mejilla. Anhele tanto tocarla, sentir su calor contra mi palma, acariciarla, recorrer esos labios rojos con uno de mis dedos, besarla... Pero ella se retira hacia atrás para levantarse y frustrar mi intención. Camina por la sala con pasos nerviosos, sin prestarme ni una sola vez sus ojos. Se sienta en una de las sillas alejadas pasados un par de minutos y suspira.

—Si queremos que esto funcione, deberíamos pactar unas normas —propone. Repiquetea con los dedos de la mano derecha sobre la mesa, mueve de forma espasmódica una pierna, desvía su atención a la pantalla que hay frente a mí y se muerde el labio. Ese gesto dispara mi avidez hasta una cota desesperada. Ahogo un gemido y lucho para controlarme—. Lo del viernes no puede repetirse. Lo nuestro pasó, murió, se rompió. Y sí, Gon, fue precioso, nos quisimos mucho, pero ahora cada uno tiene su vida, nos separamos, no podemos ceder a los recuerdos cada vez que nos encontremos.

Sigue perdida en los códigos, o eso intenta aparentar. Esa forma de esquivarme me da la pista inequívoca de que su discurso está preparado de antemano, pero no lo siente. Entre nosotros no se ha extinguido ni un ápice la atracción, es tan potente que podría alimentar de energía una ciudad de diez millones de habitantes. Sabía que no sería fácil reconquistar su corazón, volver a ganarme su confianza, romper su coraza. Lo que no imaginaba era la fuerza de gravedad tan viva que tira de mí para mandar a la mierda la prudencia y tomar lo que es mío de una vez por todas —sí, joder, a Gia le molestan los posesivos en las relaciones. «Nadie es de nadie», suele decir. Pero el «mía» en este pensamiento es diferente porque yo también le pertenezco. Somos uno, tanto si quiere verlo como si no—. Me clavo los dedos en la pierna para mantenerme en la silla y retener mis deseos de correr a abrazarla, a desnudarla, a tocarla, a... *¡Joder!* Meneo la cabeza en busca del autocontrol perdido.

—Quiero besarte... —admito.

—Gonzalo, por favor.

—De acuerdo. —Asiento cuatro veces seguidas, con ansiedad—. Vale, sí. Tienes razón. Es

trabajo. Yo... —No puedo quitarme las imágenes de la cabeza, pero debo esforzarme más. Titubeo y emito un par de resuellos antes de suspirar y señalar los cuadernos—. Venga, explícame tus ideas para que podamos valorarlas juntos antes de darles vida.

Mueve la cabeza arriba y abajo, muy despacio. Exhala muy fuerte. Se humedece los labios. Y se levanta otra vez para caminar hasta su bolso. Hurga en su interior hasta encontrar una libreta nueva, sin distintivos ni recuerdos. La abre por la primera página y me la acerca para mostrarme unos bocetos poco trabajados.

—He leído por encima nuestras idas de olla de cuando éramos unos críos. —Señala nuestras libretas. Inspira con fuerza y luego espira por la boca. Está demasiado cerca, de pie, inclinada sobre la mesa, y emana un calor de la hostia, me está poniendo cardíaco. *Vamos, Gonzalo, contrólate. Tú puedes.* Me lo repito varias veces mientras muevo los dedos para deshacerme del cosquilleo e intento, sin mucho éxito, respirar con normalidad en vez de en resuellos acelerados—. Me parece perfecto esbozar cincuenta opciones según una galería de personalización del posible GeGe que elija el jugador. Pero debemos partir de algo sólido. —Señala con el dedo uno de los dibujos. Le tiembla, igual que la voz—. Esta es la base. La he diseñado a partir de mis antiguos bocetos, de nuestras conversaciones acerca del GeGe de partida que diseñamos entonces, y le he puesto imaginación.

—Siempre se te ha dado bien imaginar. —Dejo escapar las palabras entre jadeos—. Era de lo más excitante.

Gime. Bajito, pero gime. Me mira, separa los labios, se pasa la lengua por ellos y cierra los ojos en un gesto ansioso y dolido, como si le costara un mundo dejar pasar la oportunidad de besarme. Prefiere echarse atrás y regresar a la silla apartada de mí para seguir contándome sus ideas para el GeGe personalizado. No le presto demasiada atención, estoy hipnotizado por el movimiento de su boca, por cómo se le marcan los pezones a través de ese top escandalosamente corto y escotado, en ese lenguaje corporal que parece gritar «cómeme» sin reparos.

—¿Me estás escuchando? —pregunta pasados unos minutos. O quizá han sido segundos, ¡qué sé yo! Solo puedo pensar en una cosa a la vez.

—Sí —miento. Pero la conozco muy bien y no me es difícil distinguir su mueca de inquietud. Ella también es presa del deseo. No puede esconderlo de mí, como yo tampoco puedo enterrarlo con un monosílabo sin valor.

Nos quedamos otra vez envueltos en un pesado silencio. Ninguno de los dos se resiste a la atracción de nuestras miradas.

—¿Qué hay tras esa puerta? —Gia rompe la burbuja que nos tenía sumidos el uno en el otro, se levanta y camina hacia ella—. La he visto antes y me pica la curiosidad.

—Es la sala de los juguetes —anuncio situándome a su lado para abrirla—. ¿Estás preparada para adentrarte en el mundo del MAP? Te advierto que he usado todo lo de los cuadernos para crearlo y va a sorprenderte.

—Adelante. —Sonríe y se muerde el labio—. Sorpréndeme.

Empujo la puerta hacia dentro para dejar al descubierto una sala sin ventanas, con una luz tenue y lista para ser el centro neurálgico de las pruebas de concepto. Hay una cama en un lado,

apoyada en la pared, junto a una mesilla con juguetes de todo tipo y un equipo completo para reproducir el juego una vez esté programado. Se lo señalo mientras entro, seguido de ella. Camino hacia el otro lado, donde hay una barra con varios diseños de trajes hápticos que se convertirán en uno de los *hits* de este juego erótico. Los ideamos juntos, tras muchas locuras en busca de un rasgo distintivo de nuestro programa, aunque el reto tecnológico me ha correspondido a mí, lo he sufrido y disfrutado a partes iguales. Fue cuando concebimos la idea de personalizar muchas variables para abarcar un mayor mercado y darle al MAP esa característica especial, unos artefactos capaces de hacerte sentir de verdad las caricias, los besos, las sensaciones del sexo a distancia. Veo cómo sus ojos se agrandan, cómo avanza con rapidez hasta acariciarlos, descolgar algunos, tocarlos y apreciar todas nuestras invenciones en ellos. Mi engranaje cerebral regresa a esas noches escondidos en su habitación, lanzando propuestas al aire, sin importar cuál era más loca.

—Es... —vacila un instante—. Impresionante, Gon. —Se coloca uno de los trajes frente a su cuerpo, lo repasa con la mano y sonríe—. Alucinante.

Su sonrisa me atrapa en un campo gravitatorio, engulle todo lo demás, lo funde en la nada, en la oscuridad, en el ostracismo. Solo existe ella, sus ojos centelleantes, sus labios seductores, *sexys*, besables. Altamente besables. Doy un paso hacia ella, empujado por esa corriente magnética tan potente que ejerce sobre mí. No me detengo. Avanzo hasta colocarme a tres centímetros de su cuerpo. Ella resuella sin apartar sus pupilas de las mías. Yo jadeo, mi corazón ha decidido marcarse una maratón y ese ente perverso que mora entre mis piernas late contra el pantalón, se endurece de pura avidez.

—He programado una parte del juego —susurro casi sin voz. Siento los labios y la boca reseca, por eso me paseo la lengua por ellos. Gia gime al bajar la vista a mi gesto—. Tú me inspirabas. Ya que no podía tenerte, le cedí al GeGe provisional el protagonismo, imaginándote a ti, tus sonidos cuando te tocaba, tus gritos al correrte, tu forma de moverte, de gemir, de acariciarme... Y eso me ayudó a pasarme muchísimas horas con los trajes hápticos, dotándolos de sensores muy potentes. Los he probado, Gia, si me tocas a través del juego, podré notar tus caricias como si fueran reales.

Retrocede hasta chocar con la espalda la barra con los trajes hápticos, el que sostenía entre las manos se le resbala al suelo. Yo no me quedo atrás, no pierdo mi distancia, una capaz de traerme su calor, su ardor, su respiración sobre la piel de mi cara ansiosa. No la toco como claman mis dedos, no apoyo mi pelvis en la suya de la forma en la que reclama mi anhelo, no levanto los brazos para asentarlos sobre la pared, a cada uno de sus lados para encerrarla, a pesar de la fuerza de la naturaleza que me empuja a hacerlo. Respeto sus palabras, sus tiempos, su reclamo de no correr, pero, joder, estoy luchando contra mis impulsos, mis deseos, mis únicos desvelos.

—Has pensado en todo... —musita con los dientes atrapando el labio inferior y sus ojos puestos en los míos—. Te he echado tanto de menos... —Cierra los ojos y yo avanzo un poco más la cara, hasta rozarle los labios. Vuelve a hablar acariciándome con ellos—. Ojalá no nos hubieras roto, Gon. —Inspira por la nariz y se aparta a un lado—. Ojalá siguieras a mi lado como antes.

Cierro los puños y aprieto los labios con fuerza. Me lo merezco, es un derechazo justo, un rechazo lógico, pero eso no mitiga mi dolor, ni mi conciencia ni ese deseo desesperado por ella. No lo ha hecho durante cinco años. Si ella supiera cómo los he pasado, mi caída hacia el infierno, mi dolor permanente, la autodestrucción a la que me encomendé tras su huida. Si ella conociera hasta dónde he llegado impulsado por la desesperación de perderla. Si ella pudiera penetrar en mis recuerdos para descubrir la clase de vida que llevé durante sus primeros años de ausencia...

—Yo también te he echado de menos —admito. Gia se ha dirigido a la puerta para escapar una vez más—. Muchísimo.

La sigo. Gia ocupa la misma silla de antes, con su bolso enfrente y la libreta de bocetos abierta sobre la mesa, frente al teclado. Se queda unos instantes absorta en los dibujos, aunque el temblor de sus labios y el movimiento acelerado de su pecho muestran un estado de agitación elevado al máximo.

—¿Nos miramos los diseños? —sugiere, todavía presa del nervosismo—. Tengo la base, porque ya la había dibujado en el pasado. No me costará modelarla en 3D en el ordenador. —Suelta una gran cantidad de aire y pasa la mano por el esbozo—. Puedo tener esta versión de base renderizada con bastante rapidez. Si ya has programado una parte con un modelo de prueba, solo tendrás que adaptarlo al diseño final.

—He instalado el *software* de renderizar en el servidor para que lo uses desde dónde quieras —explico acercándome a ella para darle las indicaciones precisas—. Te he creado un usuario y tienes acceso a todo a través de una VPN. Si alguna vez quieres probar el primer esbozo del juego, solo has de pedirlo.

—¿Puedo trabajar desde casa? —pregunta sin mirarme. Sus ojos se concentran en la pantalla, en cómo la voy guiando por el servidor para mostrarle la configuración—. Quizá nos iría mejor no estar juntos tantas horas.

La última frase la pronuncia casi en un susurro. Estoy de pie tras ella, con el cuerpo inclinado hacia delante, sobre su hombro derecho. Mi brazo mueve el ratón rozándole el contorno del pecho y su cara está tan cerca de la mía... Es difícil concentrarme con las sensaciones exaltadas de mi cuerpo. Solo puedo pensar en todas esas cosas sucias que ahora mismo le haría. ¡Joder! Quizá la idea de no estar tantas horas juntos sea lo mejor, pero ni de coña se lo permitiré. Debo ponerla al límite, demostrarle que no puede prescindir de mí, enterrar nuestros sentimientos, negarnos una segunda oportunidad. Aunque me cueste la cordura. Porque tenerla tan cerca y no poder besarla me está matando.

—No —respondo, categórico—. Trabajaremos juntos desde aquí, es importante mantener el equipo, no separarnos. Siempre dijimos que en la unión está la magnificencia. ¿Recuerdas? —Giro un poco la cara y ella hace lo mismo. Estamos tan cerca... ¡Joder! Solo me separan dos milímetros de su boca—. Usábamos esa palabreja y no dejábamos de reír —la voz me sale ronca.

—Éramos tan felices... —El dolor le cripa la cara al hablar, y yo lo siento penetrar en mí. Vuelve la atención al monitor y yo me retiro hacia atrás, en lucha contra la avidez que me

impulsa a desatender a cualquier lógica para devorarla—. Vamos a trabajar un rato. Mañana o pasado puedo ponerme las gafas y ver en qué estás trabajando.

Asiento y me retiro a mi silla, frente a mi ordenador.

—Perfecto. Lo prepararé todo.

14

Gia

Diez años antes

Hoy cumpla veinte años. ¡Veinte! Me parece una locura llegar al dos, dejar atrás esa época de juventud, de adolescencia, de desenfreno hormonal, de pasión desbordante por la vida, el futuro y Gonzalo —aunque ni de coña voy a pasar página. Ya me pueden decir mil veces que me he hecho mayor y esas chorradas, pero a mí nadie me quita a Gon, las locuras o la licencia de ser una libertina hasta la médula—. Mi padre me ha preparado una salida familiar a un restaurante que me encanta. Lo adoro. Es una persona increíble. Su vena artística suele abstraerlo cuando trabaja en uno de esos cuadros que no tardan demasiado en ser apreciados por el público en general. Se venden como churros, es la estrella absoluta del panorama pictórico actual, aunque él sigue siendo cariñoso, cercano, leal, divertido, empático... ¡Un amor de persona! Un padre alucinante —y es el mío, ¿qué más puedo pedir?—. Le dirijo una mirada desde detrás de la carta cargada de platos italianos para chuparse los dedos y sonrío al ver su guiño de ojos. Es feliz al lado de Blanca, con los mellizos, con nosotros...

Suspiro y me trago la sensación de estar engañándolo. Mis ojos vuelan a Gonzalo y el peso de nuestro secreto cae impune sobre mí. Tengo una dicotomía de emociones. Porque, a pesar de las implicaciones, siempre espero ansiosa la noche para saborear esos momentos robados al día, a la realidad, a la imposibilidad de mostrar lo nuestro sin temer a las consecuencias. Lo quiero tanto... Se ha convertido en el centro absoluto de mi vida, y no puedo evitar soñar con estar sentada a esta mesa como una pareja pública, poder darle la mano sin miedo, besarlo, tratarlo como de verdad me pide el cuerpo. Pero estamos limitados por una situación ajena a nosotros. Parecemos los protagonistas de esa canción que escucho en bucle demasiadas veces para mantener la cordura: *Secret Love Song*, cantada por Little Mix y Jason Derulo. A veces, cuando me quedo demasiado pillada por mis deseos de no esconderme ni un segundo más, la canto, como si las palabras me acercaran a otra pareja con problemas parecidos, como si a través de ellos pudiera deshacerme de mi situación y avanzar hacia un futuro exento de secretos. La música suele internarme en turbulentas aguas sentimentales... *Why can't you hold me in the street? Why can't I kiss you on the dance floor? I wish that it could be like that...*

—¿Qué te apetece? —La sonrisa de mi padre se ensancha. Alarga el brazo para cogerme la mano cuando dejo la carta encima de la mesa, regresando al restaurante—. Hoy tienes permiso para pedir cualquier delicatessen por esa boquita. Puedo hacer realidad tus sueños, solo has de exponerlos y el genio de mi botella te los concederá.

A nadie le sorprende cómo habla mi padre, ese entusiasmo en sus palabras, su forma tan

natural de hacerte sentir querida, parte de él, capaz de llegar al cielo por tus propios medios. Ojalá pudiera pronunciar mis deseos en voz alta, explicarle que quiero vivir con Gonzalo, compartir con él mis días, mi cuerpo, mis desvelos..., ser una pareja normal, con la capacidad de abrazarnos por la calle, besarlo en la pista de baile... Ains, estoy cansina con la cancioncita... —aunque debería añadir la parte lasciva que supondría tener nuestro piso, la potestad de disfrutar en cualquier momento de su cuerpo, de sus caricias, de la pericia de ambos a la hora de buscar nuevas y apasionantes experiencias en ese mundo llamado «sexo»—. Le dirijo una mirada y siento enseguida que él está dándole vueltas a lo mismo. Lo hemos hablado un montón de veces, ambos sabemos que tarde o temprano llegará el momento de ser valientes y explicar lo nuestro. A pesar de las consecuencias.

—¿Y si mis deseos fueran ilícitos? —pregunto con el corazón a mil.

—¿Ilegales? —contrataca mi padre—. Porque entonces el genio se opondría a concedértelos y necesitaría sacar la artillería pesada para convencerlo. —Me guiña un ojo—. Aunque, si acabas en la cárcel, no lo dudes, vendría con una tarta y la lima dentro. Ya sabes, Gia, eres una de mis personas favoritas y por ti haría un trato con el genio.

Nos reímos todos a carcajadas, con esa emoción tan nuestra. Tengo una familia genial. Por eso nos cuesta tanto a Gonzalo y a mí abrirnos en canal y tener la conversación definitiva. El día que suceda podríamos cambiar la inercia feliz por una tensa, y eso nos dolería demasiado. Ojalá no lo tuviéramos tan complicado. Él ha terminado los estudios, ya trabaja en Salavedra Games para ganarse el puesto con una demostración clara de sus habilidades frente a un teclado y la gestión de un negocio tan lucrativo. Blanca lo está preparando para asumir la dirección en un futuro no muy próximo, de momento su puesto natural es en el departamento técnico. Pero tiene empleo, una economía saneada, una estabilidad. Si estuviéramos en un mundo ideal, nos iríamos a vivir juntos. Ambos lo ansiamos, y más tras tantos años en la sombra. Si al menos tuviéramos el valor de sincerarnos, si no sintiéramos tanto miedo a las secuelas...

Gonzalo está sentado a mi lado. Noto su mano sobre mi muslo y doy un leve respingo. No es un gesto lascivo, pero mi cuerpo reacciona a él al instante, abrasándose. Él se limita a mover los dedos sobre mi piel expuesta. Llevo un vestido bastante ligero para afrontar con estoicismo el calor de este principio de verano. Me muerdo el labio con una exhalación parecida a un gemido y mis ojos se posan en los suyos con una declaración de avidez. Con él nunca tengo suficiente, no me sacio, el deseo no me abandona. Lo quiero tanto... —sí, ahora mismo estoy con el subidón de azúcar del amor, y es taaaaaan bonito—. Me giro un poquito para observarlo con un montonazo indecente de cosquillas en el vientre, son esas que en las novelas suelen llamar mariposas en el estómago —entre nosotros, a mí me parecen más bien pisadas de ciempiés, pero la sensación es la misma—. Él me devuelve el gesto con la misma intensidad.

—Tenemos un regalazo para ti —anuncia mi padre con mucho bombo, y me obliga a apartar la atención de mi novio para centrarla en él—. ¿Estás preparada? —Sus labios muestran una amplísima sonrisa y sus pupilas centellean con ilusión.

—Te advierto que hemos tirado la casa por la ventana. —Blanca le coje la mano a mi padre con cariño. Su voz suena muy emocionada—. Y no ha sido fácil conseguirlo. Aunque ser Luiggi

Lucatti abre muchísimas puertas.

—Uoooo. —Íñigo aplaude con esa exaltación tan propia de él. Solo tiene ocho años y ya apunta maneras. Es bastante sarcástico para su edad, extrovertido hasta decir basta, le salen amigos hasta debajo de las piedras y se toma las cosas con humor, siempre mostrando su mejor cara—. ¿La vas a mandar a la luna en un cohete?

Patricia responde con un gruñido de los suyos. Es una niña bastante introvertida, inteligente y un poco gruñona, la verdad, pero con una personalidad muy atrayente.

—¡Venga ya, Íñigo! —Resopla—. Seguro que se trata de ese curso de dibujo en Manhattan por el que nuestra hermana suspira desde hace la tira de tiempo.

La expresión de mi padre es una clara respuesta a su intuición. Patry tiene esa capacidad, suele adivinar las sorpresas mucho antes de que salten a la palestra. La mano de Gonzalo se crispa sobre mi muslo, me clava los dedos en la carne, como si estuviera cabreado por el anuncio, y eso que todavía no se ha producido. El curso en cuestión es uno muy específico que impartirá mi ídolo, un dibujante con renombre internacional. Se dedica a diseños de los más variados, pero siempre con su toque personal. Tengo un montón de libretas con sus ilustraciones en la portada, junto a los cachivaches a los que ha puesto su firma con dibujos de diversos estilos para remarcar su versatilidad artística. Estudiar con él sería un sueño hecho realidad.

—Te vas el sábado —explica mi padre con una voz cargada de ilusión—. Pasarás un mes en Nueva York y al fin conocerás a tu adorado Greg Tellin en persona. —Emito un grito de emoción porque estoy a punto de cumplir uno de mis sueños—. Te hemos buscado un apartamento cercano a la academia para que puedas ir andando.

Me levanto de la silla con un arrebato y me lanzo a los brazos de mi padre. Le lleno la cara de besos, diciendo «gracias» sin parar y «eres el mejor». Luego le toca el turno a Blanca. No soy tan efusiva con ella, pero también le demuestro con gestos mi gratitud más sincera y visceral. La mesa estalla en grititos de júbilo, marca de la casa, solo Gonzalo parece enfurruñado. Mientras mi padre termina de explicarme cómo será mi mes de julio en la Gran Manzana —¡Nueva York con Greg Tellin! ¿Te lo puedes creer? Yo todavía no, y eso que me he pellizcado tres veces—, Gonzalo gruñe y resopla por lo bajini. Parece bastante molesto por la inminente separación. Y no acabo de entenderlo porque la idea inicial era que yo volara a Italia a mediados de mes para pasar el verano en la finca de la Toscana. Mis tíos y mis primos me esperan con los brazos abiertos, como cada año. Y Gonzalo debe quedarse en Barcelona por el trabajo. Él tendrá vacaciones en agosto y podrá instalarse en la finca conmigo. Así que no entiendo el problema... Debería alegrarse por mí, ¿no?

Ignoro durante el resto de la cena sus aspavientos y su malhumor. Después hablaremos, porque no acabo de entender su falta de entusiasmo cuando sabe de sobra que llevo años con el deseo de conocer a Tellin, trabajar con él, enseñarle mis bocetos para después escuchar sus consejos con la idea de mejorar al máximo. Es mi ídolo, y Gon lo tiene meridiano. Entrelazo los dedos con los suyos bajo la mesa para intentar rebajar su enfado, pero están tensos. Cuando toca soplar las velas sobre un pastel de chocolate de lamerse los dedos, todo el restaurante se pone a aplaudir, mis mejillas se sonrojan y sonrío como una boba. Soy una entusiasta de los cumpleaños, me

encanta este día, cambiar de número, celebrar mi nacimiento, comer tarta, recibir regalos... Cierro un segundo los ojos, con el recuerdo fugaz de mi madre. Cada año le dedico unos segundos antes de susurrar un deseo en mi mente, aunque llevo muchos pidiendo lo mismo. Lo anuncio en mi mente con una amplísima sonrisa: «quiero vivir mi amor con Gonzalo libremente, ser una pareja feliz, no escondernos más». Recibo abrazos, besos en la mejilla, palabras preciosas...

Al llegar a casa nos separamos para dirigirnos a nuestras habitaciones. Mi padre me acompaña a la mía, con uno de sus brazos acogiendo mis hombros. Su olor es una parte de mi hogar, me envuelve en cotidianidad, familia, ilusión. Su personalidad traspasa los confines de la simple unidad, es como un aglutinador de personas, de seguridad, de emociones concentradas en el grupo que orbita a su alrededor. Estar a su lado nos ofrece una miríada de posibilidades excitantes y perfectas, nos apoya, nos otorga esa calidez tan propia de alguien que brilla por su simple existencia. Apoyo la cabeza en su hombro y él me recompensa con un beso en el pelo cuando nos detenemos frente a mi puerta.

—Si tus sueños son ilícitos, légitímalos. —Se separa de mí para mirarme a los ojos—. Luchar por nuestros deseos es la mayor expresión de fortaleza, Gia. No te rindas nunca. No te dejes vencer por los convencionalismos ni por las líneas que hemos trazado los demás, busca las tuyas. Y, sobre todo, decídetes siempre por lo que te haga feliz.

—A veces no es tan fácil... —Por un segundo imagino que me está hablando de Gonzalo, que sabe lo nuestro y lo acepta. Estoy tentada a hablar, a contárselo, a no guardarme ni un segundo más mis sentimientos. Tentada. Pero no logro pronunciar ni un sonido, es como si se hubieran quedado atragantados en las cuerdas vocales, ahogados por un latido cardíaco desbocado. Aunque quizá no estoy decidiendo lo correcto.

—Nunca lo es —afirma tras unos segundos callado, como si esperara mi confesión. No sé por qué tengo la sensación de que le decepciona mi silencio—. Pero si no lo intentas, no logras ni rozarlo, Gia. —Me abraza un segundo—. Te querré siempre. Sin condiciones. Eres mi hija, confío en ti, y cuentas con mi apoyo para alcanzar tus metas en la vida. Nunca lo olvides. Ni dejes de ser valiente.

Deshace el abrazo, me da un beso en la mejilla y me da las «buenas noches» antes de caminar hacia su habitación. Yo tardo unos instantes en entrar en la mía, todavía con el corazón acelerado. Me gustaría tanto ser más osada en esto. ¿Por qué en la mayoría de las facetas de mi vida lo logro y para confesarle a mi padre que amo a Gonzalo soy tan gallina? ¿Qué me da miedo? Es una persona razonable, nos quiere, nunca nos heriría...

Me quito los zapatos. Los tacones están geniales cuando me los pongo, una vez alzada sobre ellos experimento un subidón de autoestima, como si fueran un fetiche de mi empoderamiento. Pero, al descalzarme, el alivio se propaga por mi cuerpo. Camino hacia la cama deshaciéndome del vestido. Estoy cansada, el día ha sido largo, fatigoso y excitante. La idea de volar a Nueva York es mágica y más la de asistir al taller de Tellin. ¡Bua! ¡Qué chute de alegría!

—Te queda bien este conjunto de ropa interior. —La voz de Gon me sobresalta. Me giro y lo descubro apoyado en la puerta cerrada, con una mirada hambrienta—. No veo el momento de

arrancártelo con los dientes y castigarte.

—¿He sido mala? —Lo provooco con una mueca lasciva y un movimiento sinuoso de mi cuerpo mientras me acaricio con la mano y me lamo los labios—. ¿Quieres darme unos azotes? ¿O prefieres morderme? —Me acerco mucho a él con un balanceo sensual de caderas. Al detenerme, me inclino para susurrarle en el oído—: También podrías ponerme de espaldas, contra el escritorio, apoyar mis tetas en él y mortificarme con embistes por detrás mientras me torturas con el dedo.

Utilizo la punta de la lengua para provocarlo y él no tarda ni dos segundos en reaccionar. Me agarra de la cintura para levantarme del suelo y darme la vuelta. Sus dedos expertos se deshacen de mi ropa interior en un segundo. Una vez desnuda, me apoya contra el escritorio e inclina mi cuerpo hacia delante dejando mi culo en pompa. Le da un par de azotes suaves, que me pican un poco, pero son tan placenteros que no puedo retener los gemidos. Besa mi cuello, lo mordisqueea y agarra la piel entre sus dientes sin llegar a herirme. Una de sus manos sube por mis muslos hasta casi alcanzar ese punto que pulsa por conseguir su atención.

—Tócame —suplico—. Fóllame, Gon. Con dureza.

Él se retira un poco hacia atrás. Escucho la fricción de su cremallera y de su ropa descendiendo un poco por su cuerpo. Luego sus manos se aferran a mis caderas con mucha fuerza y entra en mí con ímpetu. Hace años fui al ginecólogo para tomar anticonceptivos, porque la sensación de sentirlo llenar mi interior sin impedimentos es pura perfección. Gimo; él me agarra con una mano por el pelo y se apoya en mi espalda. Cada vez que entra y sale de mi interior siento cómo mi cuerpo se enardece, se agita y necesita deshacerse entre jadeos. Su otra mano encuentra mi centro, lo masajea con un dedo, lo inflama, y mi placer es como una bomba que irradia calor a cada átomo de mi cuerpo. El escritorio está frío, se me clava en los pechos, y su peso no ayuda. Siento los tirones en el pelo, sus besos en mi cuello, las acometidas cada vez más rápidas y profundas; escucho sus gemidos, acompañados de mi nombre. Y escalo la cima con demasiada rapidez.

—Córrete para mí, Gia. —Aumenta el ritmo, la dureza, la fuerza con la que me posee. Escucho su respiración agitada, a punto de estallar. Su dedo me acaricia con más precisión, me eleva, me lanza al vacío. Y mi cuerpo se contrae, mis músculos se preparan para desatar un tsunami, para convulsionarse al son de un placer poderoso—. Vamos, cariño, grita mi nombre. Córrete.

Lo hago. Me dejo ir, me rindo al devastador maremoto cargado de oleadas del éxtasis más sublime. Ahogo su nombre una y otra vez entre gemidos, resuellos, jadeos. Él no tarda ni dos segundos en acompasarse a mis ruiditos, en vaciarse en mi interior, en alcanzar su propia cumbre. Me muerde el hombro al ritmo de sus jadeos. Hasta que se deja caer lacio sobre mí, me agarra de las caderas y me besa con amor. Estos momentos me parecen muy íntimos, cuando terminamos de hacer el amor y permanecemos todavía presos del clímax, unidos por nuestros cuerpos saciados.

—El MAP debería contener *sexting* en VR —susurra en mi oído—. O simplemente unir a una pareja que ha de distanciarse un tiempo en el universo cibernético para follar, besarse, sentirse... —Se acerca todavía más a mí y su dedo regresa a ese punto tan especial entre mis piernas—. No

voy a aguantar un mes sin hacerte esto, Gia. Quiero mi MAP de la distancia, quiero tocarte aunque no estés aquí, quiero follarte, quiero... ¡Joder! ¿Sabes cómo me jode que te vayas? Es tu sueño, te lo mereces, pero estar en Barcelona sin ti...

—Crearemos ese mapa de sexo en VR. —Me doy la vuelta para besarlo—. Lo hablaremos después. Ahora desnúdate y llévame a la cama, no me has regalado suficientes orgasmos por mi cumple. Te toca dar la talla.

15

Gia

Entro en mi habitación con un cansancio muy acusado como compañero. Ha sido una semana larga y pesada, con poco sueño durante las noches revueltas y demasiados sentimientos abriéndose paso en mi cuerpo durante las horas diurnas. Estar tan cerca de Gonzalo es una tortura, entre nosotros se palpa esa tensión sexual tan densa y potente de siempre, una a la que me cuesta resistirme; es como si hacerlo fuera antinatural. Por suerte, a partir del martes empezamos a compartir sala de trabajo con los programadores. Eso nos ha dado una pequeña tregua. Además, Gon es un hombre ocupado, tiene demasiados asuntos como director de la compañía para estar frente a una pantalla durante muchas horas. Cada vez que se ha levantado de su silla para encerrarse en el despacho de CEO y solucionar mil contingencias del día a día, me he enfrentado a una mezcla interesante de emociones: alivio, ansiedad, deseo, enfado... Estoy fatal desde su aparición; al caer la noche, los fantasmas del pasado me atrapan, invaden la precariedad de mi sueño, se ensañan conmigo en forma de erotismo elevado a la máxima potencia. Estar diseñando el GeGe para el MAP dispara mi imaginación hasta los confines de la indecencia. Y me trae tantos recuerdos que mi corazón desea imposibles.

Resoplo para destensarme al máximo. Esta noche tengo programada una juerga por Florencia con mis amigos y mis hermanastros. No me toca conducir, así que pienso cogerme una buena cogorza para olvidar, llenarme de anestésico e intentar caer inconsciente en la cama ya de madrugada, después de bailar hasta que me duelan los pies. Es la mejor opción en mi estado. Imaginarme a Gonzalo solo en algún rincón de la ciudad me agobia. ¿Y si se va en busca de una mujer? ¿Y si termina la noche en brazos de otra? ¿Y si se mete en su cama? Resoplo otra vez. Se me está yendo la cabeza, ¡a mí qué más me da! Gonzalo no es nada mío —vale, joder, sí, estoy enamorada de él desde que lo conocí y no puedo soportar la idea de verlo con otra. Pero tampoco puedo obviar sus acciones, ¿no?—.

Me desnudo para darme una larga y placentera ducha. Patricia e Íñigo terminaron ayer los exámenes del internado y han venido a pasar el fin de semana antes de regresar a Barcelona para iniciar sus vacaciones de verano. Todavía no los he visto, les hemos asignado una de las habitaciones del hotel. Saberlos aquí me hace sonreír, Patry me ha mandado un mensaje al instalarse, junto a una foto de ella estirada en una tumbona en la piscina y otra de Íñigo lanzándose al agua. Ojalá pudiera ayudarla a lidiar con el dolor de su corazón, esta última semana nos hemos escrito y llamado a diario. Juntas hemos explorado la actuación de Kay, su situación actual, las repercusiones de lo sucedido. Tras el fracaso de su relación, mi hermanastra ha tomado una decisión trascendental que apoyo al cien por cien: ha rechazado la plaza en la

Universidad de Bolonia, a una hora y cuarenta minutos de aquí, para aceptar una mucho mejor para su futuro. Su mayor sueño es convertirse en una programadora tan buena como Gonzalo. Tiene dotes informáticas, es inteligente, no le falta disciplina, pero había renunciado a estudiar en una institución de renombre por amor. A la hora de elegir su futuro académico priorizó quedarse cerca de Kayden, a pesar de haber aplicado a otras facultades y conseguir plaza en varias extranjeras de mucho prestigio. Esta semana ha vuelto a considerar su decisión, con muchas dudas, ansiedades y dolor, pero al final ha tomado un rumbo diferente, uno que la apartará de mi lado durante cuatro años, de su casa, de sus amigos, de su mundo conocido, y a la vez le ofrecerá un futuro prometedor. Hace tres días recibió la aceptación oficial en el MIT junto a una beca completa. Le deseo lo mejor, aunque la echaré muchísimo de menos.

El agua resbala por mi piel con la temperatura exacta para hacerme feliz. Me gusta muy caliente, casi hirviendo, a pesar del calor. La sensación de esas gotas ardientes resbalando por mi cuerpo es reconfortante, me recuerda a otras duchas compartidas, a sus manos recorriéndome, a sus besos, a su sabor. Deslizo los dedos por mi vientre y me pellizco los pezones con la otra mano. Gonzalo ocupa mi mente mientras desciendo hasta invadir mi sexo, en busca de ese botón capaz de disparar una tormenta de placer, con él en la mente. No he logrado quedar con otro hombre desde su aparición, ni siquiera la visualización de películas protagonizadas por actores cañón han logrado quitarme a Gon de la mente.

Mi tacto hace magia. Me muerdo el labio inferior con gemidos varios. Las libretas para inspirarme, con esas anotaciones de nuestros juegos sexuales del pasado, me ponen a cien, disparan mi imaginación y mi libido, me acompañan ahora, por las noches, durante el día. Dios, están ahí a todas horas. Cierro los ojos y lo veo a él. Sus labios gruesos arqueados en una sonrisa torcida, sexy, lasciva. Su cuerpo definido, con esos músculos prietos, perfectos, esculpidos. Su olor amaderado, con notas de menta helada y berenjena, mezclado con limón y cilantro, seductor, atrevido e indomable. Su sabor fiero, pasional, afrodisíaco... Mis manos se funden en las suyas imaginarias, como si estuvieran sobre mí, tocándome, llevándome al cielo de la lujuria. Escucho sus susurros lascivos, sus palabras del pasado, esas cargadas de intenciones deshonestas que elevaban varios puntos mi excitación. Huelo ese aroma tan masculino, tan suyo, tan nuestro. Palpo su boca cuando la imagino besando la mía. Hasta soy capaz de paladear su lengua, como si estuviera junto a la mía envuelta en una placentera lucha. Gimo. Resuello. Jadeo. Aumento un poco el ritmo de mi dedo y me acaricio los pechos con la otra mano. Mi respiración se descontrola y el corazón me palpita en demasiados lugares del cuerpo. El deseo me quema, arde, me llena de una combustión imposible, se propaga por mis venas con una velocidad imbatible. Gonzalo lo ocupa todo, es como si estuviera aquí, follándome contra la pared. Exploto sin dejar de llamarlo a gritos, con una necesidad febril de abrazarlo, de ser adorada por sus caricias, por su cuerpo, por su miembro. Por él. Solo por mi absoluta perdición.

Salgo de la ducha unos minutos después. El baño está completamente empañado de vaho, apenas veo entre la neblina de la humedad. Me seco con la toalla con un calor de narices, agobiada por esa intensidad a la hora de seguir atada a Gonzalo. ¿Por qué no puedo masturbarme con otro tío en la cabeza? ¿Ni siquiera he necesitado un vibrador! ¿Con mis deditos y él en la

mente ha sido suficiente! Me gusta el sexo, durante toda mi vida lo he disfrutado sin inhibiciones, soy plenamente capaz de divertirme conmigo misma, de tener relaciones esporádicas solo para pasar un buen rato, de explorar los confines de las posibilidades. Pero hace una semana que vuelvo a tener un solo hombre en mente. Y me estoy empezando a desesperar.

El aire acondicionado de la habitación me eriza la piel al salir del baño completamente desnuda. Me he embadurnado de cremas hidratantes mientras la condensación se deshacía un poco, pero la temperatura sigue muchos grados por encima de la de la habitación. Con la piel de gallina me acerco al armario dispuesta a encontrar el mejor conjunto para la noche. Vamos a pasarla en uno de los clubs más de moda de la ciudad, con música, baile, copas y risas, junto al grupo de amistades que he cultivado estos años en la Toscana. Adoro bailar, es uno de mis pasatiempos favoritos. La danza me ayuda a borrar mis pensamientos, a sentir la música, a vibrar con ella, a aparcar los problemas. Y esta noche va a ser mi terapia antigonzalo.

Elijo unos *shorts* dorados muy cortitos, un *crop top* negro de puntilla, unas sandalias de tacón compensado y me pongo un jersey negro liviano y largo encima. El espejo de cuerpo entero de la habitación me sirve mejor para arreglarme por su ausencia de vaho. Me maquillo a conciencia para tapar las ojeras y resplandecer, pero con un toque de naturalidad. El pelo me lo dejo suelto, cayendo lacio hasta media espalda, con un par de trenzas finas a los lados para alejarlo de la cara. El resultado me gusta un montón, por fin podré sentirme yo durante unas horas, solo espero que Gonzalo no empañe mis intenciones.

Media hora después estoy en el garaje esperando al resto de la comitiva. Rico es el conductor de la noche, nos turnamos ese puesto para poder beber el resto de los días. Mi primo llega un poco enfurruñado por no poder «divertirse» esta noche, pero una vez nos subimos los cinco a su Fiat 500 L, todos apretaditos, charlando a la vez, se relaja. Ponemos música, tarareamos las canciones, reímos y bromeamos. Patricia todavía no ha anunciado sus planes de futuro, lo está guardando para otro momento, no quiere estropearnos la noche. Todavía le queda un mes para subirse al avión y varias juergas por vivir antes de su partida, pero la noto apagada, triste. Por eso esta tarde he discutido con Kay cuando le he vetado su presencia en esta velada. Ya le advertí de que si seguía hiriendo a Patry mi bando no sería el suyo. Sin embargo, mi socio ha reaccionado con rabia, incluso ha arremetido contra uno de los espejos del estudio. Espero que no aparezca por sorpresa para aguarnos la fiesta.

Llegamos a Florencia muy animados. Enzo ha movido algunos hilos para conseguirnos una reserva en uno de los restaurantes más cotizados de la ciudad. Nos encontramos con el resto de la pandilla sentados a una mesa redonda para diez, y no tardamos nada en encargar una comilona digna de reyes. Mi hermanastra está muy apagada, mira con demasiada insistencia la entrada, como si esperara la llegada de Kayden. Supongo que es normal seguir manteniendo la esperanza, a pesar de saber que no le conviene y mis esfuerzos para dejarle fuera de esta salida. Mi mente traidora asimila la situación a mi veinteavo cumpleaños, a esa noche en la que Gonzalo y yo decidimos un nuevo rumbo para el MAP, cuando mi padre me regaló una estancia en Nueva York con mi dibujante favorito. También cené pasta. Y, al igual que Patry, la idea de marcharme me sumía en una contradicción de sensaciones. Esa noche hicimos el amor tres veces, hablamos

hasta el alba, abrazados en mi cama. Recuerdo la despedida de mi padre, sus palabras, cómo algo en mi interior me indicó que quizá no era tan ajeno a lo mío con Gonzalo. Incluso me llevó a imaginarme que lo aceptaba y se alegraba por nosotros.

¡Vale ya, Gia! ¿No habías quedado en dejar de pensar en Gon? Resoplo enfadada por ser incapaz de cumplir algo tan simple. Una noche sin Gonzalo Salavedra en mi mente. Nada de evocarlo. Incluso debería buscar a otro tío para darme un garbeo al cuerpo. *No te lo crees ni tú, pero sigue soñando.* Me pimpla una copa de Pinot blanco, sin saborearla. Me cuesta bastante, pero al final logro centrarme en la conversación de la mesa acerca de las vacaciones previstas por cada uno de mis amigos. Las mías consistirán en dedicarme al MAP por entero. En cuatro semanas cerramos el estudio de tatuajes durante un mes y medio. Kayden no me ha dicho a dónde se va, pero suele desaparecer cada año un mes sin dar demasiadas explicaciones, aunque algo me dice que esta vez hay gato encerrado. Les he dado fiesta a toda la plantilla para recuperar las horas de más que han metido esos últimos meses de locura. Yo tenía previsto descansar, pero con el nuevo proyecto en marcha, ya no lo veo factible. Enzo y Rico se embarcarán en un viaje larguísimo por Tailandia a principios de agosto, junto a un par de nuestros colegas. Hemos contratado más personal en el hotel y han preparado a dos personas para suplirlos. El resto también se marchará a algún lugar interesante y me dejarán sola en la Toscana. Con Gonzalo... Iñigo y Patry irán a la Costa Brava con Blanca.

Después de pagar la cena, vamos andando a la discoteca. Está muy cerca, por eso hemos elegido este restaurante. Abrazo a una Patricia muy mustia, la acerco a mí y la reconforto. Ha esperado con ansiedad la aparición de Kay en el restaurante, un gesto por su parte, una señal de que lo suyo podía remontar; enfrentarse a su ausencia la destroza. Conozco esa sensación, la ilusión primaria —imposible de aniquilar—, esa necesidad imperiosa de olvidar todo lo malo para apostar solo por estar juntos, el anhelo de sentir sus brazos alrededor de tu cintura, sus labios sobre los tuyos, sus besos, sus caricias, su amor... Suspiro. Ojalá todo se solucionara con deseos, sería tan fácil dejar de sufrir... ¿Y si somos nosotros quienes lo complicamos todo? ¿Y si en vez de atarnos sentimentalmente a los errores lo hiciéramos a los aciertos? Quizá la vida sería más sencilla si no nos la pasáramos dolidos por las acciones recriminatorias. Me gustaría tanto perdonar, olvidar, dejarme llevar.

La música sale a la calle por la puerta de entrada. Hay una cola larguísima de personas entusiasmadas por acceder a la discoteca más concurrida y famosa de Florencia. Por suerte, entre mi grupo de amigos está Pietro, un bellezón de metro noventa, cuerpo de modelo, sonrisa mojabragas y una lista interminable de contactos en la ciudad. Lo conocí hace cuatro años, cuando apareció en el estudio solicitando un empleo para cubrir las prácticas curriculares de la universidad. Estaba terminando su grado en Administración y Dirección de Empresas y era un apasionado de los tatuajes, por eso la idea de pasar un tiempo con nosotros lo atraía, y más si le servía para sacarse unos créditos obligatorios antes de terminar la carrera y hacerse gratis un par de *tatoos*. Fue un hallazgo, sus conocimientos de finanzas y contabilidad no estaban a la altura de su capacidad comercial. El tío es un portento atrayendo clientes, gracias a él nuestro negocio creció y se hizo famoso en la ciudad. Pietro trabaja en la empresa de su familia desde que se

graduó, una tecnológica con unos activos impresionantes, aunque no tan elevados como los de Salavedra Games —No se dedica a los videojuegos, así que debería dejar de pensar en Gonzalo, joder—. La gestión de Pietro la está impulsando hacia arriba, si sigue así acabará conquistando el pódium de las mejores en su campo. Gracias a él nos saltamos la cola y nos conducen a un reservado vip, con botella de champán gratis y un sinfín de comodidades.

—Esta disco está cada vez más llena —se queja Enzo con una mueca de fastidio—. Por mucho que aprecie tus gestiones para conseguir esta mesa, Pietro, tanta gente me agobia.

Me siento en el sofá, me sirvo una copa de champán y recorro el recinto con la mirada mientras mis pies siguen la música repiqueteando en el suelo. Los reservados son enormes, se componen de sofás de piel blanca semicirculares, frente a una mesa negra y con espacio suficiente para bailar. Hay diez distribuidos alrededor de una inmensa pista de baile, armonizada con las luces típicas y custodiadas por los ojos avizores de los trabajadores del local. La decoración es toda en blanco y negro para dar sentido al nombre de la discoteca: Scacchi —ajedrez en italiano—. Incluso los camareros llevan esa dicotomía de colores enfrentados en sus atuendos, ligeros de ropa para ambos géneros. El suelo de la pista es un tablero de ajedrez y hay una parte de la decoración que la ocupan las piezas del juego. La primera vez que entré me pareció muy original, fresco y diferente, y le debió pasar igual a la mayoría de las personas que se mueven al son de una música muy actual, pinchada por una DJ buenísima y que ha saltado a la fama gracias a su trabajo aquí.

—Está a petar —comenta Patricia colocándose a mi lado, con un resoplido—. Me apetece muchísimo bailar y beber hasta olvidar, pero me molesta toda esa masa de gente.

La abrazo con fuerza para consolarla y, de paso, sentirme reconfortada. Su situación me recuerda demasiado a Gonzalo, y eso no es bueno para ninguna de las dos, así que la separo de mí, sonrío y le muestro mi copa.

—Vamos a empezar con tu plan. —Me termino el contenido en un par de tragos, arrugo la cara porque no me gusta nada el sabor y le guiño un ojo al llamar la atención de una camarera—. ¿Empezamos con chupitos de tequila? —propongo mientras la chica se acerca.

—¡Me apunto! —Íñigo se arrima a mí para meter baza en nuestra conversación, como de costumbre. Cuando la camarera se detiene junto a nosotros, descubro el brillo pícaro en los ojos de mi hermanastro y cómo la repasa de arriba abajo. Las pupilas de la chica se oscurecen de puro anhelo, el atractivo salvaje de Íñigo suele provocar ese efecto en las mujeres, por eso nunca tiene problemas a la hora de encontrar quien le caliente la cama—. Tráenos dos botellas de Patrón con catorce vasos de chupito, por favor —pide con una sonrisa ladina—. Y no te olvides la lima y la sal. Ni de anotarme tu teléfono en una servilleta.

—Tío. —Patry le da una palmada en el brazo una vez la camarera se va a prepararnos el pedido—. ¿No puedes cortarte un poco? ¡Joder! Siempre igual, ligando hasta con las piedras. Hoy no estoy de humor para lidiar con los corazones rotos que vas dejando por ahí.

—Tranqui, hermanita. —Su tono es de pura jocosidad, y eso altera más a Patricia—. He pensado en todo. —Señala un grupo de cuatro chicos jóvenes sentados en el reservado de al lado. Deben tener unos veinte años, van todos vestidos con ropa cara, pero informal, y no hay

presencia femenina—. ¿Veis a esos tíos de ahí? —Las dos asientimos—. Están todos para comérselos, ya sabes que yo no hago ascos a nada. —Nos dedica un guiño de ojos taimado—. Pietro me ha contado que son Erasmus de esos con pasta y ganas de comerse el mundo. Y por mundo me refiero a alguna chica de dieciocho años con el corazón roto y ganas de olvidar después de la ronda de chupitos.

—¿Y cómo sabe Pietro quiénes son? —inquire mi hermanastra con un bufido.

—Pietro es una enciclopedia de esta ciudad —responde él. Yo sonrío porque es cierto, nuestro amigo tiene un don para enterarse de cualquier cosa, y los cotilleos son su especialidad—. Vienen de Barcelona, están forrados, son amigos de toda la vida y tres de ellos estudian ADE. El cuatro debe ser la oveja negra porque quiere ser abogado.

—Vaya, Íñigo, has hecho los deberes. —Sonrío—. ¿Qué has planeado?

—En un par de minutos estarán aquí con nosotros —cuenta—. Por eso he pedido catorce vasos y dos botellas. Y tú, hermanita querida, hoy vas a quitarte esa tristeza de mierda con un revolcón. —Ella abre la boca para protestar, pero Íñigo es más rápido—. Ni se te ocurra. Esta noche te vas a tirar a otro tío y no se hable más. Esos hablan español, están cañón que te cagas, son de una edad similar a la nuestra y han acabado las clases este año, están celebrando su último fin de semana en Florencia.

—¿Y eso es bueno por? —inquire ella con retintín.

—Se trata de un polvo de una noche y si te he visto no me acuerdo —le explica con un tonillo lascivo—. ¿Te suena eso de un clavo saca a otro clavo? —Ella abre mucho los ojos, cabreada y alucinada a la vez—. Pues es mil veces mejor probar diversos clavos mientras te desintoxicas del primero. Cavan muy hondo cuando te enamoras y luego cuesta la hostia cerrar el agujero. Pero acaba cicatrizando, y más si te distraes entre medio con sexo sin compromiso del bueno. Así que... —señala a los tíos de forma sutil con la cabeza—. Los tantearé y te diré cuál tiene pinta de empotrador. Necesitas uno que te haga correrte varias veces en una noche.

Los aspavientos de Patricia me arrancan una carcajada. Íñigo siempre ha pecado de bruto, pero yo me he quedado pillada en una parte de su discurso y estoy dispuesta a indagar más tarde. Mi hermanastro oculta una herida en el corazón, queda clarísimo, pero, a pesar de su carácter extrovertido, en realidad es muy reservado para lo que de verdad le importa. Y acaba de darme una pista de su corazón roto sin querer.

—No quiero meterme en la cama de cualquiera —sentencia Patry—. No soy de esas, ya lo sabes.

—Kayden te desvirgó y después se largó. —Íñigo le da un sorbo a su copa de champán—. Llevas enamorada de él cuatro años, lo has esperado, le has regalado la primera vez y ahora te vas a ir a la otra punta del mundo para olvidarlo. ¡Ya basta de tonterías! Hermanita, el primer paso para reparar tu corazón es tener sexo sin esperar nada al día siguiente. ¿O acaso te crees que tu querido Kay se ha quedado a dos velas desde el finde pasado? —Los ojos de Patricia se llenan de humedad—. Lo conoces tan bien como yo, ese capullo no es de los que se mantienen castos mientras se deciden. ¡Se folla todo lo que se mueve! —Ella gime con dolor y baja la mirada a su regazo—. Mírame, Patry. —Lo hace, con lágrimas—. ¡Ya está bien de ser la niña buena!

Entiendo que has luchado hasta el final por él, pero el capullo se ha rendido. No le permitas ganar. Sal ahí fuera y cómete el mundo. ¡Te vas a Boston, cabrona! ¡Ni más ni menos que al MIT con una beca de la hostia! ¿Quieres llegar a esa universidad con esa pose de tristonza? ¿O prefieres pisar fuerte? Porque si es así, has de cambiar de actitud en un mes. Y esta noche se convertirá oficialmente en el principio del resto de tu futura y excitante vida. Una sin Kay.

La cara de mi hermanastra se transforma con lentitud. Las palabras de Íñigo han calado hondo en su pecho, se han adentrado en su mente y le han dado fuerzas para enfrentarse a la situación. Hay lógica en sus argumentos, ha de superar al máximo a Kayden antes de montarse en un avión para aterrizar a miles de kilómetros de aquí. Su cambio de expresión es paulatino, pero letal. En menos de dos minutos se ha limpiado la humedad de los ojos y ha compuesto una tenue sonrisa. La aparición de la camarera con las botellas, los vasos y una servilleta que le ofrece solo a Íñigo le da un tiempo extra para acabar de deshacerse de los restos de su tristeza para adentrarse en la determinación.

—De acuerdo —acepta—. Vamos allá.

—Nicola —mi hermanastro pronuncia el nombre escrito en esa servilleta con su entonación más sexy—, ¿puedes hacerme un favor? —Ella asiente con la mirada viciada por un deseo irrefrenable—. Diles a esos chicos que están invitados a unos chupitos. —Se levanta para acercarse a su oído. No me llega su voz cuando le susurra algo en él, pero intuyo que se trata de una proposición poco decente por el rubor de la chica.

Media hora después, Íñigo ha desaparecido sospechosamente rumbo a algún lugar íntimo del local, mis amigas, Antonella, Chiara y Pia, están sentadas al lado de los cuatro chicos, junto a una Patricia bastante interesada en el rubio llamado Borja, y las botellas de Patrón han bajado considerablemente de contenido —no necesito decir dónde está el líquido, ¿verdad? Sí, estoy contentita, por decirlo suave—. Enzo, Rico, Pietro y Massimo han invitado a unas chicas a «charlar» con ellos, y yo siento que sobro entre tanto ligoteo. Mis amigas oscilan entre los veintisiete y los treinta, esos universitarios son unos yogurines para ellas. Sin embargo, ahora mismo cada una se ha agenciado uno de ellos. Mi atención se detiene en Patricia un segundo, está charlando animada con el estudiante de derecho, parece interesada en él y más relajada de lo que cabía esperar. Le pregunto con la mirada si está bien. No tarda en asentir, así que me levanto.

—Voy a bailar un rato —anuncio. Ninguno de los presentes me responde, solo obtengo una aprobación visual de Patry. Me basta su gesto con las pupilas mientras no pierde el hilo de su conversación con el rubio.

Camino entre los cuerpos danzantes de la pista hasta ocupar una zona central un poco despejada. Durante unos minutos me rindo a mi simbiosis con la música, a la capacidad de esta de transportarme a un lugar donde nada importa, solo seguirla con el cuerpo, dejarme llevar, olvidarme de la realidad, de los deseos, de los recuerdos... Cuando empieza a sonar *Seweeet Dreams*, de Alan Walker e Imanbek, cierro los ojos, levanto los brazos sobre la cabeza y me rindo a sus compases perfectos para moverme con sinuosidad, ondeando las caderas con sensualidad mientras mis labios pronuncian las palabras escondidas en la letra, esas con reminiscencias al mundo de los videojuegos, a la pasión de Gonzalo... «Beat, ba-ba-ba-da-bum.

Ba-ba-ba-da-bum. Beat, ba-ba-ba-da-bum», tarareo sin descanso, con la mente en el MAP, en mi GeGe, en un pasado donde su boca se cernía sobre la mía para devorarla sin descanso.

De repente unas manos se posan en mi cintura un segundo antes de sentir su cuerpo cálido pegado a mi espalda, acoplándose a mi baile. Sé que es él al instante y todo mi sistema nervioso reacciona con chispazos. Huelo su aroma, percibo su dureza, palpo su calor, pero apenas me permite procesar la situación cuando sus suaves labios susurran la letra en mis oídos, con un tono rasgado, lascivo, *sexy*, y me estremezco. Debería apartarme, dar un paso tras otro para poner una distancia prudencial entre los dos, deshacerme de su abrazo, largarme lejos del hombre que me quita el sueño y me ha robado el corazón, pero la cadencia de su voz, la calidez de su cuerpo, cómo sus manos se mueven de manera muy sensual por mi cadera para acompañarla en su bamboleo lento, medido y suave me impiden hacer otra cosa que aumentar la sensualidad de mis ondulaciones; Gonzalo empieza a seguir mi movimiento con su dominio absoluto de la danza, se acopla a él casi como si lo convirtiera en una incitación a dejarme llevar por el momento.

Enrosco los brazos que tengo alzados en su cuello, sin girarme, sin hacer contacto visual con él, sin pensar en las consecuencias de mis actos, solo con la necesidad de sentirlo cerca, de soñar un poquito, de permitir que ese baile apasionado despierte la avidez en partes demasiado sensibles de mi cuerpo. Sigo el ritmo con un perreo más propio de música latina, con rotaciones de cadera muy explícitas de mis anhelos, algunos gemidos ahogados por el volumen de la música y sin reparar en mi osadía al fregarme con esa zona dura que se aplasta contra mi trasero sin pudor. Él se aprieta contra mi cuerpo, con un gruñido de goce. Sus dientes me atrapan el lóbulo de la oreja entre ellos mientras sus manos me acarician el vientre, una muy abajo y la otra cerca de mis pechos. Me besa en el cuello, me mordisquea, me lame con su lengua perversa. Gimo. Es como si una fogata acabara de incendiarme hasta la última fibra. La excitación me humedece y mi mente perversa me trae reminiscencias de nuestros encuentros pasados; deslizo la lengua por mis labios y aumento la lascivia en el roce de mi culo contra su miembro preparado para mí, listo para asaltarme, para reclamarme, con esa promesa de ofrecerme una pasión sin límites. La canción cambia un par de veces sin que nuestra inercia cambie. Seguimos provocándonos, sin atender al lugar, a la inconsciencia, a las consecuencias.

—Ven a mi apartamento —susurra con la voz ronca—. Te quiero, Gia. En mi cama, en mi casa, en mi vida, en mi corazón, en mi todo. Y ahora necesito follarte. Lo haré varias veces. Primero rápido para quemar la excitación, provocándote varios orgasmos. —Me estremezco y gimo mordiéndome el labio, incapaz de pronunciar palabra, con el impulso del ardor desbordándose entre mis piernas y provocándome un hormigueo imposible de detener sin que entre en mí—. Después te lameré el cuerpo entero, no dejaré ni una porción de piel sin devorar. Me perderé con la lengua entre tus piernas para torturarte hasta que grites mi nombre tantas veces como necesite para grabártelo a fuego en tu mente. Y te follaré otra vez. Muy lento. Muy profundo. Muy suave. Para que tardes en correrte y disfrutes del clímax más imponente de tu vida. —Me froto contra su erección, con lascivia y necesidad, alentada por sus promesas, gimiendo, agarrándome los labios con los dientes—. Después te pondré a cuatro patas sobre la cama, te azotaré para castigarte por ponerme al límite y me enterraré en tu sexo una y otra vez

mientras mi dedo te activa esa parte tan sensible que ahora mismo suplica por sentir mi lengua. —Se acerca mucho más a mi oído—. ¿Lo sientes, Gia? El calor imposible, la humedad entre tus piernas, el deseo; sabes que no me rendiré y te follaré sin descanso hasta el amanecer, te regalaré orgasmos toda la noche y parte del día de mañana. No nos dormiremos hasta que nos venza el sueño, y lo haremos lo justo para volver a empezar al despertar. Porque nunca me sacio de ti.

—Mmmm. —No soy muy elocuente, pero tampoco puedo razonar ni hablar de forma coherente. La lujuria me embota los sentidos, solo me deja centrarme en la lejanía de sus dedos de la zona que clama por sentirlos, en la avidez que pulsa entre mis piernas de manera perversa, en su aliento cálido, en sus gemidos cuando me restriego contra su miembro palpitante y listo para entrar en acción.

—¿Nos vamos? —Suelta una carcajada—. Hacía tanto tiempo que no te dejaba sin palabras, Gia. Lo echaba tanto de menos... —Empieza andar entre la gente para conducirme a la salida. No me resisto, el alcohol en vena y mi deseo han tomado la decisión impulsiva de no pensar. Quizá si lo hiciera, vería las cosas desde un punto de vista diferente, pero ahora solo puedo actuar guiada por sus manos, sus palabras, sus promesas...

Estamos a punto de llegar a la puerta cuando mi cordura regresa de golpe, como si acabaran de tirarme un vaso de agua helada por la cabeza y de repente me percatara de qué estoy a punto de hacer. Me detengo con el corazón aporreándose las costillas con un repiqueteo ansioso, inquieto, desgarrado. *¿Qué coño?* Gonzalo gruñe con frustración al notar cómo me tensó y dejo de responder a sus caricias. Coloco mis manos sobre las suyas para apartarlas de mi cuerpo, con mi atención en la barra, donde he descubierto a un Kayden agonizante. Sus ojos apuntan al reservado en el que Patricia flirtea con el futuro abogado. Mi socio tiene una copa en la mano, la aprieta entre los dedos tensos, con los nudillos casi blancos. Su mandíbula se contrae con una fiera demoledora. Sus ojos húmedos se llenan de un dolor violento. Aprieto los párpados, me deshago de las lágrimas que de repente han aparecido y separo de mi cuerpo las manos de Gonzalo antes de girarme y dar un par de pasos hacia atrás para alejarme de él.

—No puedo irme contigo. —Niego con la cabeza. Él parece desconcertado, como si mi reacción lo hubiera pillado por sorpresa—. Podría meterme en tu cama esta noche, retozar como en los viejos tiempos, soñar con imposibles sin plantearme nada. Pero ¿qué pasará mañana? Porque tú seguirás casado con Eva y yo tendré el mismo resentimiento que hace unas horas. Te odiaré con la misma fuerza por tu ausencia los últimos años. El pasado no desaparecerá por una noche de sexo, seguirá separándonos después, y todavía será más doloroso. —Mi ansiedad arrecia—. No quiero arrepentirme de nada al despertar. Eso podría acabar de matarnos.

Leo en sus ojos unas heridas sangrantes. Se los frota un segundo con los dedos, en un gesto de derrota. Cuando los destapa me enfrento a sus lágrimas, aunque intenta retenerlas.

—Por favor —suplica—. Ven a casa conmigo, Gia.

—Sería un error que pagaríamos muy caro.

Me doy la vuelta sin escuchar su réplica ni darle la potestad de detenerme cuando empiezo a caminar hacia el exterior en busca de un taxi. Quizás en casa ya intuía los derroteros de la noche porque he preparado un plan B sin pensarlo demasiado. Por eso tengo las llaves del estudio en el

bolso y le doy la dirección al primer taxi que para. Allí hay un cuarto de descanso con un sofá-cama que me ayudará a pasar las horas hasta que mis primos vuelvan a casa. Les mando un mensaje en el chat de grupo para no preocuparlos y aguanto con estoicismo hasta entrar en el estudio y estirarme en la oscuridad de la noche. Entonces mi dolor se desborda.

16

Gonzalo

No he dormido nada, estoy hecho un asco y me duele la cabeza por la cogorza que acabé pillando anoche. ¿Qué narices pasó? Tenía a Gia entre mis brazos, a punto de caramelo, pero de repente se enfrió, como si los recuerdos regresaran a ella con una fiereza violenta. Noté cómo se tensaba, cómo se percataba de sus actos, cómo se arrepentía de entregarse a la lujuria. Y mi mundo entero se desplomó. Porque no aguanto ni un segundo más su oposición a aceptar lo nuestro, esa tensión que crepita a nuestro alrededor en cada encuentro, la necesidad, el anhelo, la avidez. Nos amamos, queremos tocarnos, besarnos, sentirnos. Y cuanto más nos resistimos, mayor es la densidad de nuestro deseo.

Me levanto de la cama y maldigo con un lenguaje soez la luz que se cuela por la ventana. Atenta contra mi dolor de cabeza y se ensaña con mis ojos somnolientos. La resaca me agría el estómago con un par de arcadas. Un café y una buena dosis de grasas me ayudará a combatirla, pero nada me devolverá la serenidad, la felicidad efímera de tener a Gia, de estar completo a su lado. Con mucha lentitud arrastro mi cuerpo destrozado al baño. Una vez aliviado, me mojo la cara con abundante agua helada. Mi reflejo en el espejo me devuelve a una persona demacrada, con la mirada ajada por los últimos acontecimientos y esa sensación angustiosa de estar hundiéndome en un profundo pozo de lodo.

Cargo la cafetera italiana con una dosis potente de café. Mientras sube, frío un par de huevos, unas tiras de beicon y me preparo unas tostadas. Mis tripas rugen al oler la comida. Anoche vomité antes de meterme en la cama y ahora sufro las consecuencias de beber hasta casi la inconsciencia. ¿De verdad el plan de reconquista me pareció tan sencillo en Barcelona? ¿Cómo no preví el rencor de Gia? ¡Fui un gilipollas prepotente! Me la imaginé lanzándose a mis brazos como si nada hubiera pasado. Pero pasó, joder. La aparté de mi lado de una manera cruel. Y sí, quizá mis razones eran lícitas, sin embargo, nunca han excusado mi ausencia estos cinco años, mi distancia, mi descuido. Gia es mi vida, lo ha sido desde nuestra niñez. Cuando se fue me sentí perdido, sin brújula, sin rumbo, sin nada. Y, en vez de luchar para recuperarla, me perdí en el resentimiento durante demasiado tiempo.

Como en silencio, junto a un café solo cargado y un par de comprimidos para rebajar el efecto del abuso de alcohol anoche. Cuando me dejé solo en la discoteca no tardé ni dos segundos en averiguar la razón de su cambio de actitud. Me bastó descubrir a Kayden en la barra para seguir el curso de los pensamientos de Gia. La conozco, tengo un talento natural para ponerme en su piel, para internarme en su mente. Y sé cómo le impactó observar a su socio a punto de romper el vaso de cristal con las manos, pero sin dar el paso decisivo para cambiar la situación. Patricia

estaba coqueteando abiertamente con un rubio en el reservado. Desconocía la presencia de Kayden en las inmediaciones y, aun así, no se amilanó en su flirteo, no perdió la sonrisa en ningún instante, porque está dispuesta a todo para olvidar, superar, seguir adelante. Y él se hundió en la miseria. Como yo. Porque Gia solo necesitó una mirada a su socio para entender que el pasado siempre rinde cuentas, que quizá podía entregarse a mí anoche, pero que esta mañana mi traición seguiría punzante, viva, capaz de rompernos el corazón de nuevo.

El sonido del teléfono se adentra en mi cerebro como si fuera un latigazo. Gruño al intentar localizarlo entre los objetos desperdigados por la barra, cerca de donde me he sentado a desayunar. Este piso no es demasiado espacioso, mi intención era no tardar demasiado en instalarme con Gia, así que opté por un inmueble bien situado y con las comodidades suficientes para una temporada corta. Ahora me gustaría tener un poco más de amplitud. El móvil cesa en su melodía para volver a empezar pasados unos segundos. Con un gruñido exasperado, alargo el brazo para encontrarlo entre la maraña de cosa que dejé anoche sobre la barra. Ropa, botellas, la cartera, un encendedor, la navajita suiza multiusos... Deslizo el dedo en la pantalla para aceptar la llamada de mi hermanastra cuando al final doy con él.

—Buenos días —saludo sin muchas ganas.

—Tardes, dirás. —Separo el aparato un segundo para fijarme en la hora y me sorprendo al descubrir que son las doce del mediodía—. Necesito un favor. —Su voz suena un poco titubeante—. He intentado encontrar a Íñigo, pero anoche se largó con una pareja de rubias y no me contesta al teléfono. —Resopla—. ¡Espero que un día se enamore y se arrepienta de haber pasado los últimos años saltando de cama en cama!

Su arrebató no me viene de nuevo. Mi hermanastra es así, suele cabrearse cuando las cosas no salen como ella espera, y entonces arremete contra cualquiera. Íñigo es uno de sus blancos favoritos. Aunque he de reconocer que normalmente lo merece.

—Suéltalo —solicito sin ganas de entrar al trapo a discutir con ella para que su enfado se diluya—. ¿Qué necesitas de mí?

—Bueno... —Ahora titubea. No la entiendo. Me duele demasiado la cabeza para intentar ver la lógica en su forma de actuar, así que me quedo en silencio hasta escucharla hablar de nuevo—. Digamos que anoche me fui con cierto rubio de esos de quitar el hipo. Y... —Resopla con ansiedad—. Me lo pasé en grande, nos corrimos una juerga de órdago. ¡Hacía tiempo que no me divertía tanto! Y eso de correrse no tiene un doble sentido... Él quería, pero yo... Yo... —Sopla con ansiedad y luego emite un pequeño sollozo—. Nos quedamos dormidos antes de llegar a eso, estábamos demasiado borrachos. Aunque hubo besos tórridos, toqueteo y...

—¡Eh! —gruño con un cabreo del quince—. No me cuentes esas cosas si no quieres que le patee el culo a ese capullo. ¿Y Kayden?

—¡Qué le den a Kay! —Resopla de nuevo, mosqueada—. No pienso derramar ni una sola lágrima más por él. ¡Por mí puede pudrirse en el infierno! Aunque... —Baja la voz y noto que está llorando—. Bueno, da igual. En realidad anoche le paré los pies a Borja porque no estoy preparada para acostarme con otro. Estoy enamorada de Kayden y necesitaré algún tiempo para superarlo.

—Volvamos a la razón de tu llamada —reconduzco la conversación, sin deseos de adentrarme en el pantanoso terreno de su desengaño amoroso, eso solo reavivaría el mío.

—Me he despertado en su cama hace escasos minutos y he salido de su casa como un cobarde. —Chasca la lengua—. ¿Puedes venir a por mí? Por favor. Eres el único de Florencia que me ha contestado el móvil. El resto de mis colegas deben estar en el séptimo cielo. Y Gia ha apagado el teléfono o se ha quedado sin cobertura.

Me molesta escucharla afirmar que no he sido su primera opción. Pero me lo he ganado a pulso, al igual que la actitud de Gia. Anoche la rastree gracias al hackeo de su móvil y la ubiqué en su estudio de tatuajes.

—Mándame tu ubicación —requiero dándome cuenta de que nunca es tarde para intentar compensar los errores—. Me visto y vengo a por ti.

—¡Gracias! —exclama con alivio—. He andado un par de manzanas desde su casa para que no me encontrara. Estoy desayunando en un bar. No tardes, por favor. Necesito una ducha y un hombro sobre el que llorar.

—En nada estoy ahí. Lo prometo.

Dejo la cocina sin recoger y me doy una ducha rápida. Anoche no me quedé lo suficiente en la discoteca para ver cómo actuaba Kayden al descubrir a Patry tonteando con otro, pero por las palabras de mi hermanastra parece que no hizo nada. Hay una corriente de ansiedad asociada a ese pensamiento. Yo tampoco batallé por mi amor cuando todo sucedió. Enfrentarme a ello es doloroso, pero el hecho de verme reflejado en ese tatuado es como un rechazazo a mi mandíbula. Si ahora lo tuviera enfrente, le cantaría cuatro verdades a la cara.

Hace un día radiante de principios de julio. El calor es sofocante cuando camino hacia la moto parapetado tras las gafas de sol. A pesar de llevar un atuendo veraniego el sudor se despierta en cada poro de mi piel. Los rayos de sol me perforan el cráneo para avivar el dolor de cabeza y mi poca tolerancia a la luz esta mañana. *No vuelvo a beber así en la vida, joder.* Me lo digo un par de veces para asegurarme de que lo proceso. Anoche me pasé de la raya y ahora estoy hecho una piltrafa. Los sonidos del tráfico me retumban en la cabeza, y eso que es sábado y no son muy intensos. El sol es un capullo que quebranta mi cordura. Y siento una pesadez incómoda en el cuerpo.

Tardo menos de quince minutos en llegar a la ubicación de Patry. Aparco la moto en la acera, me quito el casco y me encamino al encuentro de mi hermanastra. Al llegar a Italia hace quince días decidí traerme mi Brough Superior SS100, uno de mis caprichos más caros y que más adoro. Es una moto de coleccionista, de 1938, comprada a través de un mecánico de confianza y restaurada. La cando con mimo, es una de mis posesiones más valiosas. Una vez traspaso las puertas de la cafetería no me cuesta distinguir a Patricia sentada a una mesa. Viste como anoche, tiene los codos apoyados en la mesa y la cabeza hundida entre sus manos. Me siento a su lado y le paso el brazo por los hombros. Ella da un respingo al notar mi gesto.

—No deberías llorar por un idiota —susurro al escuchar sus lamentos. Enseguida se destensa y se apoya en mi pecho—. Tú vales mucho más que él porque no tienes miedo a aceptar tus sentimientos. Un tío que no lucha por el amor te conviene entre cero y nada.

Una vocecita cabronaza me indica que debería aplicarme el cuento. La intento ignorar con poco éxito, la verdad. Los deseos de darme de cabezazos contra la mesa me invaden. Al enfrentarme al dolor de Patry me percató de las repercusiones de mi comportamiento cuando murió su padre; mi cabeza parece a punto de estallar.

—¿Deja de doler algún día? —pregunta—. Con la separación y los años, ¿desaparece?

—Nunca —admito—. Si no cierras el capítulo, permanece ahí para toda la vida. Y, aun así...

Es como si mi entendimiento clareara de pronto. Mi despedida con Gia de hace cinco años fue demasiado pasional, sin mantener una conversación de cierre, sin querer terminar lo nuestro, y eso ha acabado por mantenernos atados durante años. Los amores se mitigan con el tiempo y la distancia, pero si el final es abrupto y tormentoso, no logras deshacerte jamás de los sentimientos. Se convierten en una herida abierta que revive con demasiada facilidad. Abrazo a mi hermanastra con fuerza, la consuelo mientras templo como puedo mis nervios. Si quiero intentarlo de verdad con Gia otra vez, necesitamos superar el pasado, perdonarnos y buscar un punto de partida alejado de los errores cometidos. Ahora lo veo tan claro...

—¿Te llevo a casa? —pregunto tras unos minutos en silencio—. Necesitas una ducha y cambiarte de ropa.

—¿Apesto? —bromea apartándose de mí con las lágrimas todavía deslizándose desde sus ojos. Tiene el maquillaje corrido, la mirada triste y la cara muy pálida—. Gracias por venir a mi rescate. —Sus labios se curvan en una sonrisa sincera y me ilusiona escucharla, sentir que por primera vez en muchos años podemos limar asperezas, comportarnos como hermanos, recuperar la confianza.

—Me he equivocado en muchas cosas, Patry. Pero no volveré a fallarte.

—Te quiero, Gon. —Se lanza a mis brazos—. Fue tan duro perder a mi padre, a mamá y a ti a la vez. No vuelvas a dejarme.

—Nunca más —prometo con convicción.

Tras unos minutos me levanto para pagar la cuenta. Patricia está en el baño intentando recomponerse al máximo. Cuando sale noto algo diferente en su mirada, como si acabara de tomar una determinación. Se detiene frente a mi moto, inspira una bocanada de aire, la suelta con lentitud por la nariz y asiente.

—Decías en serio lo de estar ahí para mí, ¿verdad?

—Claro.

—Pues necesito tu ayuda ahora. —Se muerde el pulgar de la mano derecha—. Hay algo que no te he dicho. Ni a ti ni a mamá... —Por su expresión, sé que no me va a gustar—. He aceptado la beca para el MIT. Bueno, en realidad son dos: una para los estudios y otra para la manutención. Me voy a Boston en un mes. Ya sabes que accedí a la herencia de mi padre al cumplir los dieciocho y ahora soy económicamente independiente. No os necesito para tomar este tipo de decisiones, pero quiero contar con tu bendición. Gia está de mi lado, lo he hablado muchísimo con ella esta última semana. Es una gran oportunidad, ya me lo había dicho otras veces. Pero antes, estar cerca de Kayden era mi prioridad. —Resopla con mucho dolor—. ¡Qué tonta he sido! Ningún hombre vale lo suficiente como para renunciar al MIT.

Me quedo un instante en silencio. Por un lado me cabrea que haya elegido un camino así sin contar conmigo, aunque no puedo culparla después de mi pésima desaparición de su vida. Hurgo en sus palabras para encontrar el sentido real de ellas, y me percató de que mi hermanastra decidió apostar por el amor, a pesar de acabar perdiéndolo. Es una valiente. La abrazo otra vez. Está claro que hoy va de eso, de abrazos y revelaciones.

—Dime qué necesitas de mí. —Ella se retira hacia atrás con una nueva sonrisa. No requiere nada más para entender que estoy de su lado y me alegro de su elección.

—¿Me compras algo de ropa y maquillaje? —inquire un poco ansiosa—. También me iría bien usar tu baño... —Me mira titubeante, como si le costara contarme sus planes—. Mañana Íñigo y yo volamos a Barcelona y me gustaría despedirme de Kay cuanto antes, hablar con él, terminar lo nuestro como merece y dejarlo atrás de verdad, como me has comentado. —Suspira con melancolía—. Entiendo lo que me has dicho, las relaciones no se cierran si no hay voluntad de aclarar la situación. Voy a hablar con Kayden, a decirle que no puedo seguir así y a anunciarle mi decisión de irme a Boston sin ataduras ni malos rollos. Lo nuestro no tiene futuro. No puedo pasarme la vida esperándolo.

—Cuenta conmigo. —Asiento y, como no, vuelvo a envolverla en mis brazos hasta que se calma—. Sube a la moto, te llevaré de tiendas, a mi casa y a despedirte de tu chico. —La separo de mí, le limpio unas lágrimas de las mejillas y sonrío—. ¿Has llamado a Gia? ¿La has avisado para que no se preocupe?

—Le he mandado un mensaje al despertar. —Toquetea la pantalla de su móvil—. Voy a explicarle nuestros planes para que no me espere. Ella estará de acuerdo con ellos.

La llevo a una de las principales calles de comercio de la ciudad, donde siempre hay tiendas abiertas de todos los estilos. Patricia no le da demasiadas vueltas, se compra un vestido veraniego, ropa interior y unas sandalias, junto a un cepillo de pelo y un poco de maquillaje. Con las bolsas bien cogidas en sus manos, la llevo a mi apartamento. Es bonito tenerla conmigo en este espacio, aunque sea pequeño y carezca de las prestaciones a las que estamos acostumbrados. Es mi lugar en Florencia, tenerla en él es un enorme paso hacia un futuro mejor. Mientras se ducha y se acicala le mando un mensaje a Gia.

Gonzalo: Quiero hablar contigo. ¿Cenas conmigo esta noche?

Enseguida aparecen los puntos suspensivos en el chat. Mi corazón se dispara, es como si saber que ella está al otro lado de la línea, a punto de mandarme una misiva, me incrementara la ansiedad.

Gia: No sé, Gonzalo. Anoche llegamos demasiado lejos... Estar juntos es peligroso.

Gonzalo: Solo quiero hablar. Lo necesitamos.

Gia: Está bien, ven a mi casa, pediré que nos preparen la cena en el porche. Es el mejor lugar para charlar con tranquilidad.

Gonzalo: Traeré a Patry en un par de horas y pasaré la tarde en la finca.

No vuelve a contestarme y yo aparco como puedo la inquietud. Patricia sale del baño pocos minutos después, ha recuperado bastante su aplomo y está guapísima, a pesar de sus continuos gestos nerviosos.

—Le he mandado un mensaje a Kay para citarlo aquí —expone—. No te molesta, ¿verdad? Ir a su casa o al estudio me debilitaría. Este es un lugar neutro.

—Me parece perfecto. —Sonrío—. Me iré a dar una vuelta mientras habláis.

17

Gia

La comida ha sido muy tensa. Patricia no dejaba de llorar, con lagrimones gruesos y una carita de desesperación que me ha partido el alma. No nos ha contado cómo ha terminado su despedida con Kayden, pero por su estado no puede haber salido demasiado bien. Aunque, como es una mujer fuerte, decidida y luchadora, sé que conseguirá superarlo. La edad juega a su favor, al igual que su fuerte determinación. Mientras mi hermanastra les contaba a mis primos su decisión de irse a Boston a estudiar, mi mirada estaba fija en Gonzalo, en su expresión ansiosa, preocupada y crispada. No ha hablado en ningún momento ni se ha insinuado. Y eso no es propio de él. ¿De qué querrá conversar durante la cena? ¿Cuáles son sus pensamientos?

Llevamos una hora sentados en el porche. Rico, Enzo, Íñigo, Patry, Gonzalo y yo. Las tazas de café están vacías, las bandejas de dulces que las acompañaban se han reducido, la botella de limoncello que he traído para finiquitar de manera más contundente la comida se ha acabado y nuestra conversación animada ha llegado a su fin hace unos minutos para sumirnos en un agradable silencio. La tarde es bochornosa, el sol se ha ocupado de calentar la atmósfera y casi no pasa ni una brizna de aire. Mis primos son los primeros en bostezar y anunciar su necesidad de dormir una larga siesta. Íñigo se levanta esperanzado al escucharlos, ha aguantado despierto a duras penas, no en vano ha llegado a la una del mediodía sin haber pegado ojo. Patricia me abraza muy fuerte, está cansada, resacosa y triste, así que se decide a acompañar a su mellizo para meterse en la cama durante unas horas y descansar de su tormenta emocional mientras recupera algo de fuerzas. Los cuatro se ocupan de llevar los platos a la cocina privada de esta parte de la casa antes de desaparecer a sus habitaciones.

—Al fin solos —susurra Gonzalo—. Te he echado tanto de menos estos años... —Suspira—. Gia, la vida es muy corta para pasárnosla enfadados. ¿Podemos dar una vuelta por los olivos como hacíamos de críos? ¿Solucionar lo nuestro? ¿Dejar de estar enfadados? —Se levanta, alarga el brazo y sonríe. Mi corazón se contrae al contemplar esa maravillosa y tentadora boca. Mi cuerpo reacciona como de costumbre, con una excitación casi dolorosa—. Llevamos demasiado tiempo separados y te necesito en mi vida.

Suelto el aire con lentitud por la nariz. La tensión de siempre nos rodea, es compacta, chisporrotea en el aire, y más cuando acepto su mano y me levanto de la silla. Se me atascan los pulmones, se quedan paralizados. Su tacto es como un potente rayo adentrándose en mi epidermis hasta alcanzar las venas y propagarse por cada rincón de mí. Me enciendo, ardo, me vuelvo una masa de hormonas danzando a sus anchas en mi interior. Preciso morderme el labio para ahogar un gemido. Él parece igual de alterado, su mirada es turbia, con las pupilas

oscurecidas, traga saliva y se mueve su nuez del cuello mientras exhala despacio... Me suelta sin ganas y, al sentir la soledad de mi mano, un hormigueo intenso se aposenta en ella.

—Paseemos —acepto con un hilo de voz—. Solía gustarnos mucho la idea de perdernos por los rincones de la finca.

—También nos entreteníamos en otras cosas.

No contesto, me limito a andar a su lado en un silencio muy perturbador, bajo un sol de justicia, con el calor como compañero. Por suerte una leve brisa se abre paso en la tarde para enfriar un poco nuestra temperatura corporal. Mi mente no tarda en recorrer los páramos del pasado para evocar nuestra niñez y primera juventud en estos parajes, cada una de las salidas que hacíamos para escondernos del mundo y tenernos a solas, los paseos a la luz del día y de la luna, las emociones, nuestro amor inagotable. Gonzalo era mi luz, mi guía, mi boya, mi faro en la oscuridad. Mi todo. Y yo era lo mismo para él. ¿Cómo hemos llegado hasta este punto? ¿Por qué ya no somos capaces de hablar como solíamos hacerlo? ¿De sentirnos cómodos el uno al lado del otro? ¿De ablandar la tirantez que nos rodea? Me siento tan extraña... Por un lado deseo lanzarme a sus brazos para quemar mi excitación y por el otro solo anhelo gritarle, explicarle hasta dónde se adentró el puñal de su traición, cómo duele, a qué hemos renunciado.

—Lo siento —susurra de repente, tras quince minutos callado, caminando a mi lado, con los pensamientos casi visibles sobre su cabeza. Estamos al inicio de la plantación de olivos Frantoio que se extienden en mi finca hasta los confines de nuestras miradas. De adolescentes nos encantaba recorrerlos corriendo, de la mano, con una intensa conversación acerca de mil ideas locas, de fantasías sin lógica ni futuro, pero capaces de hacernos vibrar—. Gia, perdóname. —Se detiene en seco, se coloca frente a mí y me agarra las dos manos—. Me cabreó tanto que te fueras, que no lucharas por lo nuestro... —Voy a protestar, pero él niega con la cabeza y me callo. Su expresión herida me disuade de interrumpirlo—. Era yo quien debía batallar, lo sé. Ahora lo sé. Y, si pudiera dar marcha atrás, cambiaría tantas cosas... Pero es imposible.

Durante unos segundos nos miramos en silencio. Esta vez no es tenso ni agobiante, está cargado de mil palabras no dichas, de deseo, de amor, de sentimientos. Es tan abrumador que necesito cerrar los ojos con un jadeo antes de actuar por instinto.

—Te quiero —declara—. Siempre te he querido, desde que apareciste una tarde en mi casa de la mano de tu padre. Eras tan bonita y tenías esa cara tan fiera. Desde niña has sido una guerrera, nunca te has amilanado ante nada, y ese día no fue diferente. Estaba muy enfadado, pensaba encontrarme con una pequeña tímida y tonta, pero apareciste tú. Un torbellino capaz de arrasar con cualquier idea preconcebida. —Levanta las comisuras de sus labios para formar una sonrisa nostálgica—. Desde ese momento estuve atado a ti. Construimos nuestro mundo juntos, crecimos unidos, nos amamos antes de ser conscientes de lo que era el amor. Y luego la jodí. Todo se derrumbó. Y lo siento tanto...

Las lágrimas hacen su aparición, se deslizan por mis mejillas sin descanso. Me ha tocado el corazón con su discurso, con esa declaración, con el amor que destila su voz. Ambos sabemos que estamos en un momento decisivo, ante un giro inevitable, ante un final que quizá pueda contener un principio. Llevo tanto tiempo esperando escuchar su arrepentimiento, enfadada,

dolida, triste... Inspiro una bocanada de aire, la suelto e intento componer una sonrisa, con escaso éxito.

—Yo también te quiero, Gonzalo —admito—. No he dejado de hacerlo nunca. Pero ha pasado demasiado entre nosotros. No podemos olvidarlo todo de una tacada, eso nos destruiría en algún momento.

—Lo sé. —Asiente—. Lo he comprendido esta mañana, cuando Patricia se ha despedido de Kayden. —Me suelta una de las manos y usa la suya para colocarme un mechón tras la oreja—. Por eso te he pedido que cenes conmigo. Quiero empezar de cero, hablar acerca de lo que pasó, sentar las bases para recuperarte, encontrar un punto de partida para solucionar nuestro pasado y abrir una puerta al futuro. —Sonríe con esperanza—. Si destruimos la carga de lo sucedido, quizá tengamos una oportunidad. Y, si algo tengo claro, Gia, es mi amor por ti. Uno que no ha muerto jamás.

—Ojalá bastara...

—Ten fe. —Se acerca y mi cuerpo se estremece antes de empezar a temblar de anticipación. Me humedezco entre las piernas, mis labios hormiguean ante su presencia, cada vez más cercana, mi corazón se precipita al vacío. Se detiene a pocos milímetros, con sus pupilas ennegrecidas puestas en mis labios—. Seremos capaces de reencontrarnos. —Sonríe con emoción—. A veces el amor sí es suficiente.

Gimo, me muerdo el labio y un latido impertinente me palpita en las sienes y en mi centro de placer. Él tarda unos instantes en acercarse del todo, muy lentamente. Cierro los ojos, incapaz de aguantar la tensión, la necesidad, el anhelo. Su boca se posa en mi mejilla, se queda ahí unos instantes, la acaricia, me provoca un hormigueo cálido y me abre grietas profundas en el corazón; Gonzalo se aparta con un movimiento ralentizado. No me había dado cuenta, pero había retenido el aire en los pulmones. Lo suelto despacio, mientras parpadeo para regresar al ahora, a su mirada tan cercana, a su presencia a pocos centímetros, a mi excitación desbordada, a su respiración acelerada, a la mía desbocada, a un corazón que late desenfrenado. Lo deseo. Lo amo. Lo anhelo.

—¿Vamos al río? —pregunta rompiendo la magia del momento y dándose la vuelta para empezar a andar hacia la ribera donde tantas veces nos bañamos de jóvenes, donde nos besamos, nos desnudamos, nos tendimos en la hierba para disfrutar de nuestros cuerpos y fuimos felices—. Hace calor y un baño nos sentará de maravilla. —Se detiene de nuevo y sus ojos conectan con los míos. Su tono de voz está preñado de deseo, pero se contiene—. Pasa la tarde conmigo. Cenemos. Recuperemos un poquito del tiempo separados. Quiero conocer tu vida de estos últimos cinco años, explicarte la mía, cubrir todos los huecos en nuestras historias. Redescubrirnos. Volver a empezar.

Suena tan bien... Es como si mi Gonzalo, ese que un día muy lejano perdí, hubiera regresado. No queda ni una migaja del hombre de las revistas del corazón, del marido de Eva, del despiadado rompecorazones del que habla la prensa rosa. Este es mi Gon, el que creció conmigo, el mismo con el que perdí la virginidad y descubrí los misterios del sexo, con quien cometí mil locuras, reí, canté, bailé, lloré... Lo echaba tanto de menos...

Suspiro con anhelo.

—Venga —digo en un golpe de voz. No tengo más palabras ni elocuencia, solo puedo caminar a su lado con un hormigueo constante en la piel, una sensación de vacío en el estómago, la anticipación colándose por cada poro de mi cuerpo. Las piernas apenas me sostienen, se han convertido en dos masas temblorosas, y los labios me hormiguean tanto que necesito humedecérmelos una y otra vez.

Andamos unos pasos en silencio. Su mano busca tímidamente la mía, enreda sus dedos con los míos y ambos emitimos un vigoroso gemido antes de acompañar nuestras respiraciones jadeantes. Se escuchan con fiereza sobre los ruidos de la naturaleza. Son claros resuellos, emitidos por corazones palpitantes. A mí me late entre las piernas, en ese botón ansioso por dispararse, por sentir su boca, sus manos, sus atenciones. Soplo despacio por la boca, con las mejillas llenas de aire, en busca de la cordura suficiente para aplacar la lujuria, esa avidez desesperada que me asalta al estar a su lado. Si queremos avanzar, debemos frenar el deseo, hablar, mantenernos alejados físicamente hasta el momento adecuado. Es demasiado fácil ceder a la tentación, pero debo pensar en las consecuencias.

El sol nos acompaña en la caminata por los campos hasta llegar a la ribera del río Pesa, en un recodo solitario donde solíamos nadar de jóvenes. Ambos nos quedamos unos segundos quietos para absorber la magnificencia del lugar, con los recuerdos del pasado aflorando por la memoria para despertar la nostalgia. Giro la cabeza hasta encontrarme con sus ojos, suelto el aire denso que acumulan mis pulmones. Es una exhalación cargada de sentimientos, anhelos y ansiedades. Tardamos más de lo recomendado en forzarnos a separar la mirada. Ambos somos conscientes del potente magnetismo que nos acerca, pero también de las consecuencias de dejarnos llevar.

—¿Nos bañamos? —propone Gonzalo con un tono ronco—. Hace mucho calor.

Asiento. Compongo una sonrisa tensa, de esas que esconden mis verdaderos pensamientos. Seguimos con las manos entrelazadas. Cuando me suelta para empezar a desvestirse, siento como si acabaran de robarme una parte de mí, como si me hubieran echado una tina de agua helada por encima y me hubieran despojado de la respiración durante unos instantes. Perder su contacto es doloroso. Siempre lo fue. Mantener lo nuestro en secreto dolía, pesaba, me internaba en las turbulentas aguas de la ansiedad permanente. Mientras fingíamos frente al mundo, mi cuerpo ardía; quería tocarlo, besarlo, reclamarlo, pero no podía. Me fuerzo a separarme un poco para seguir su ejemplo y quitarme la ropa. No hay cabida para evocar esos momentos, no estoy preparada para afrontarlos ni seguir su curso hasta las horas compartidas en la clandestinidad. No si quiero sobrevivir a la tarde y a la cena.

—¡Al agua patos! —Gonzalo emite su grito de guerra, uno apasionado que solíamos usar de niños. No deja de ser infantil, pero es algo muy nuestro. Y logra disipar un poco la tensión.

Lo observo acercarse al caudal, no es muy profundo ni está demasiado crecido. Su cuerpo es tal como lo recordaba: atlético, cuidado, con músculos definidos, con esa uve que se pierde en el bóxer y ese torso esculpido como si fuera una estatua griega, junto a su... ¡Joder! Mis ojos procesan el tatuaje de su pecho, justo en el lugar ocupado por el corazón. ¡Es idéntico al mío! Cuando abrí el estudio llené de tinta varias partes de mi piel, pero el dibujo más importante está

en la nuca, oculto bajo la melena, listo para permanecer escondido, como nuestra ilícita relación del pasado. Verlo igual en un lugar estratégico del pecho de Gonzalo me impacta. Recorro con los ojos la silueta de un corazón rojo con las letras MAP y GeGe escritas en su interior en negro. No es muy grande, pero sí lo suficiente para llenarme los ojos de lágrimas y avivar mis recuerdos. Me cuesta refrenar mis reacciones desmesuradas e inconexas. No acabo de centrarme ni de encontrar el equilibrio. Quiero abalanzarme sobre él, tumbarlo en la hierba, quemar mi excitación. Y, a la vez, ardo en deseos de golpearlo, gritar a los cuatro vientos mi indignación ante cómo nos destrozó, castigarlo por abandonar nuestros sueños, hacerle pagar mi dolor de estos últimos años.

—¿Vienes? —Parece ajeno a mi tormenta interna. Su sonrisa torcida me llena el alma y todavía me agita más—. El agua está buenísima. —Baja la voz—. Como tú... Gia, ven de una vez.

Nada puede ocultar la erección pulsando contra su bóxer negro, apretado, tenso. Mis pezones se yerguen contra el sujetador, me humedezco y no dejo de jadear. Con las manos temblorosas me deshago del resto de mi indumentaria, solo me dejo puesta la ropa interior. Mi cuerpo se estremece al dar un par de pasos hacia él. Las pupilas de Gonzalo se han ennegrecido, igual que las mías. Sigo inmersa en un torbellino de emociones demasiado furioso, pero gana la avidez, ese deseo penetrante que me obliga a resollar al ritmo de mis latidos enloquecidos. Su boca me reclama toda la atención. Mis ojos se quedan absortos en ella, en cómo la punta de la lengua pasa por los labios, en ese gesto casi invisible cuando exhala una gran bocanada de aire, en su pequeño temblor al verse sometida a mi escrutinio.

Llego a su altura en pocos segundos. El agua apenas nos cubre hasta la cintura. Nos quedamos quietos el uno frente al otro, incapaces de hablar, de movernos, de reaccionar. A nuestro alrededor el aire crepita al ritmo de nuestras respiraciones rápidas, ansiosas, audibles. El pasado nos envuelve en sus fauces y despierta una necesidad desquiciante. Ansío su boca, su sabor, sus besos. Él alarga un brazo para pasear un dedo en mi mejilla izquierda. Cierro los ojos y gimo, abandonándome a las sensaciones de la caricia. Cuando los abro me muerdo el labio y mi vista se dirige a los suyos. Nada puede detener la corriente que nos empuja el uno contra el otro. Nada. Avanzamos con una rapidez absoluta, borramos la distancia entre nuestros cuerpos para unirlos en un abrazo exigente. Nuestras bocas chocan cediendo a la pasión, se buscan, se muerden, se enredan. Hay chispazos cuando las lenguas bailan juntas como signo de la excitación. Sus manos me queman la piel. Las mías le recorren cada pedazo de la suya, anhelantes.

—Joder, Gia —susurra en un segundo que usamos para recuperar el resuello—. Joder.

Pasamos una eternidad besándonos, tocándonos, alterando nuestros cuerpos con las manos. Hasta que él cede a la pasión y me levanta en brazos para llevarme a la orilla. Me tiende sobre la hierba sin apartarse de mis labios, devorándolos, gimiendo en cada movimiento, ofreciéndome su ardor y provocando el mío. Se separa un segundo de mí para mirarme a los ojos. Sus pupilas muestran un deseo sin límites y su sonrisa es la mejor testigo de la declaración que pronuncia.

—Te quiero, Gia. Siempre has sido mi todo. Sigue conmigo, no me obligues a vivir un día más sin ti.

18

Gonzalo

Tenerla de nuevo entre mis brazos es alucinante. Llevaba tanto tiempo esperando un momento así... Las otras no han sido más que simples intentos de recordarla, de sentir una milésima parte de lo que me asalta cuando es a Gia a quien toco, beso, poseo. Sus gemidos, esos grititos tan suyos en plena excitación, me agitan, me calientan, me expanden el corazón al ritmo de mi deseo. La toco, la beso, la mordisqueo, la lamo, la siento. Es como si el tiempo regresara a cada una de nuestras intensas sesiones de sexo, como si nada pudiera empañar el amor que nos une más allá de la razón.

Desciendo con la boca hacia su cuello, dejo un reguero de besos, mordiscos y lametazos en dirección a sus pechos. Ella emite esos sonidos tan melódicos para mis oídos, son el reflejo del placer más acuciante. Sus manos me recorren la espalda, me alientan a seguir indagando con la boca, a llevarla a uno de sus pezones sobre el mojado sujetador. Está enhiesto, preparado para recibirme. Utilizo los dientes para empezar a disfrutar de ella. Gia gime muy alto, se arquea hacia mí, me ofrece su pecho. Mientras la lengua y mis labios torturan esa sima tan perfecta, mi mano le pellizca la otra, la amasa, la toca. Me palpita la erección, se mueve dentro de la ropa interior, la reclama. Y ella parece descubrir mis más recónditos anhelos porque su mano se adentra en el bóxer para rodearla.

—Joder —susurro entre jadeos.

Si no entro en ella ya, acabaré corriéndome en su mano. Estoy al límite de la excitación; volver a saborearla, tenerla bajo mi cuerpo, tocarla, tentarla... Le quito el sujetador para que nuestros torsos desnudos entren en contacto. Piel con piel. Alma con alma. Corazón con corazón. Me estiro sobre ella con cuidado y consigo que me suelte. Es la única manera de no acabar con esto en un tiempo récord. Le acaricio los muslos con una mano mientras la otra le recorre los costados. Subo con lentitud, provocando una sinfonía de resuellos y gemidos que suenan como una maldita obra de arte clásica. Cuando llego a las braguitas, ella grita mi nombre con una súplica directa.

—Por favor, Gon —musita retorciéndose para llevar mis dedos a su punto más sensible—. Por favor.

Sonríó con la certeza de que está llegando al límite. Es una sensación que he añorado cada día de estos últimos cinco años. Ella, yo, nuestros cuerpos desnudos, sus palabras, esos susurros cargados de un deseo imposible, de lujuria, de ruegos. Juntos. Uniéndonos en una comunión total. Cuelo la mano dentro de sus braguitas y encuentro el botón que palpita por mis atenciones. Lo acaricio un segundo para luego recorrer la abertura de su sexo con el mismo dedo mojado de

su humedad. Ella gime con un quejido, vuelve a pedirme que me apiade de ella, pero no lo hago. La torturo repitiendo la misma operación varias veces mientras devoro su boca.

—Gonzalo. —Mi nombre suena tan increíble en sus labios. Los muerdo, los lamo, los beso—. Por favor.

—Te voy a dar el mayor orgasmo de tu vida —prometo—. Y luego te follaré de mil maneras diferentes. Te pondré a cuatro patas para clavarme en ti mientras mis dedos te atormentan el clítoris para hacerte gritar. Me moveré dentro de ti, llegaré al fondo, te cabalgaré como nunca lo han hecho. Gritarás de placer, te estremecerás y yo seguiré embistiéndote para que te corras una y otra vez.

A Gia siempre le ha gustado escucharme hablar así mientras la hago ascender el monte de la pasión. Grita palabras ininteligibles, se arquea y mueve la pelvis para llevarme a su centro, para obligarme a detonarlo, para conseguir una liberación. Me separo de ella, coloco las manos en la hierba para mirarla desde una distancia prudencial y ella gruñe enfadada. Necesitada. Anhelante.

—No prometas tanto y fóllame de una vez —rezonga.

Una sonrisa torcida ocupa mis labios antes de colocarlos de nuevo sobre sus pechos. Le bajo la braguita con una mano, sin dejar de descender con la boca por su piel. Paso de largo los senos, me adentro en el vientre y llego al inicio de su pubis. Ya me he deshecho de la ropa. Está desnuda, mojada, lista para mí. Sus manos se colocan en mi cabeza, hunde los dedos en el cuero cabelludo e intenta dirigir mis atenciones a ese brote ansioso por disparar el clímax. Pero la hago sufrir un poquito más. Le lamo la entrada a lo largo, solo deteniéndome un segundo en él. Deslizo un dedo dentro de ella, lo curvo, busco ese punto donde confluyen varios nervios y disparo sus gemidos. Utilizo la punta de la lengua para darle pequeños toquitos en su lugar más sensible, sin salir de su interior. Ella se remueve en el suelo, se curva, grita, cierra los ojos y su expresión se llena de placer absoluto.

—¡Ya, Gon, joder!

Está al límite. Y yo tan duro que hasta duele. Así que poso la lengua en su centro, lo acaricio con mucha lentitud para disparar un par de gruñidos de frustración por su parte. Entonces me decido a desatar las aguas de su orgasmo. Solo necesito tres movimientos para escucharla estallar. Grita mi nombre, gime, jadea, resuella, emite unos sonidos enloquecidos. Su cuerpo se agita, se contrae y se relaja una y otra vez, en oleadas. No me paro una vez el clímax se disipa, sigo tocándola, lamiéndola, excitándola. Gia siempre ha sido capaz de dejarse ir varias veces seguidas. Quiero dárselo todo, agotarla, proporcionarle tanto placer que no se aleje nunca más de mi lado. Por eso le disparo tres culminaciones más antes de quitarme el bóxer y colocarla a cuatro patas, como le he prometido hace un instante. Una vez la tengo en la posición perfecta, me introduzco en su humedad, una que me recibe con gusto. Mi dedo la toca en ese lugar palpitante, sediento de mis atenciones. La otra mano la coloco en sus pechos, los amaso, los acaricio, le pellizco los pezones. Me clavo muy dentro de ella para empezar a moverme con rudeza. Entro hasta el final y salgo de ella varias veces, deslizándome por su humedad. Gimo, gruño, resuello. Ella emite sonidos de lo más variados y eróticos, se contonea hacia mí para incitarme a penetrarla a un ritmo más acelerado, para sentirme fuerte, duro, ansioso.

Estoy de rodillas en el suelo, desnudo, dentro de la mujer a la que amo, poseyéndola. Pero en realidad es ella quien me posee a mí, quien me tiene en sus manos, a quien necesito y adoro, quien podría hacer lo que quisiera conmigo. Entro en su interior, la profano, la lleno, y siento cómo pierdo mi voluntad, mi esencia, cualquier identidad individual, porque Gia es mi otra mitad, juntos completamos un todo, una unidad, un nosotros. La velocidad de mis acometidas se dispara, junto a ese deseo creciente que invade mis sentidos. Me inclino sobre su espalda para agarrarle el lóbulo de la oreja entre mis dientes. Ella acoge el gesto con un gemido lascivo.

—Te follaré tan duro que no podrás andar mañana —susurro—. Me hundiré tan profundo que no podrás arrancarme de tu corazón. Y no tendré suficiente con una vez, Gia. Ni con un millón.

—Sí... Sí... Gonzalo... Oh... Gonzalo —balbucea entre gemidos.

Está a punto de llegar, la conozco lo suficiente para intuirlo. Y me gustaría acompañarme a ella, conseguir lo complicado, correrme a su son.

—Cariño, aguanta un poquito —suplico.

—No... puedo —musita entre resuello—. Me... corro...

Inclina un poco la pelvis hacia atrás, juntándose más a mí, instándome a profundizar en mis movimientos. Cuando empieza a gritar mi nombre entre varios «oh, joder» y noto cómo sus músculos se contraen sobre mi polla, exploto. Es como si de repente se detonara un resorte invisible y desbocara un orgasmo de colosales dimensiones. Pierdo el mundo de vista varias veces, grito, gimo, le agarro la piel del hombro entre mis dientes y no dejo de pronunciar el único nombre importante para mí.

—Gia... Hostia puta... Gia —lanzo improperios cada vez más fuertes, como el orgasmo que me asalta—. Gia...

Una vez me he vaciado en su interior, la abrazo. Ella se separa un instante, me obliga a no permanecer más tiempo dentro de ella y se estira en la hierba boca arriba, sin vestirse, todavía desnuda para mí. Es curioso cómo la visión de sus mejillas arboladas por el éxtasis, su pelo revuelto y los pezones todavía erectos me endurece otra vez. Con Gia nunca tengo suficiente, me recupero a una velocidad vertiginosa, siempre dispuesto a volver a empezar. Me estiro encima de su tentador cuerpo, uno mis labios a los suyos y la beso como si no hubiera un mañana, como si su boca fuera mi único manjar en los próximos decenios. Mis manos la recorren, vuelven a estimularla, a despertar esa lujuria tan vigorosa que se desata entre los dos al estar cerca.

—No debería desearte tanto —susurra.

—Pero lo haces —respondo. Me he enderezado un poco para mirarla de cerca, pegado a su cara, con nuestros torsos en contacto—. Siempre ha sido así entre nosotros. Hay demasiados sentimientos y atracción.

—Es peligroso, Gon. —El rastro de ansiedad en su tono me pone en guardia. Tras este encuentro no quiero escuchar un rechazo. No lo soportaría. Llevo tantos años añorándola, que ahora me es imprescindible convencerla de quedarse a mi lado—. El sexo no solucionará nuestros problemas.

—Te quiero, Gia. —Acerco mi boca otra vez a la suya y le hablo pegado a sus labios—. Estoy total, irremediable y absolutamente enamorado de ti. Nunca he dejado de estarlo. Y para mí esto

no es sexo, es parte de mis sentimientos, de mi corazón, de todo aquello que siempre hemos sido. —Le doy un beso suave—. Es sentirnos uno, es compartir nuestras almas, es demostrar que jamás nos libraremos de la sensación de pertenecernos el uno al otro. —Ella gime y me recorre las nalgas con las manos. Me endurezco al instante, con una nueva oleada de avidez—. Es un anhelo más allá de la parte física. Es amor, Gia. En mayúsculas. De esos que se perciben en el aire, que se introducen en tu corazón para llenarlo, expandirlo, convertirlo en parte de un nosotros. —Me clava los dedos en el trasero y me empuja para que entre en ella. Lo hago, despacio, sin prisas, deslizándome en su interior con mucha lentitud, sintiendo cada milímetro—. Es quererte, dártelo todo, ofrecerme entero. Es no estar nunca saciado de ti porque cada uno de tus átomos me llama.

Me acalla con un beso muy pasional. No hay furia ni ansiedad en él. Más bien hay ternura, posesión, amor, cariño... Hacía mucho tiempo que Gia no me besaba así. Solía hacerlo cuando éramos pareja. Recuerdo cómo estos besos me elevaban muchos metros sobre el cielo, cómo me hacían volar tan alto que me daban alas para soñar en multicolor, para traspasar la barrera de la cordura e internarme en mundos imposibles. Le devuelvo el gesto con la esperanza brillando en mi corazón de recuperarla... de crecer de nuevo a su lado... de alcanzar mis metas... de compartirlas con ella... de crear una vida en común sin secretos, sin mentiras, sin miedos, sin errores. Ella y yo. Un todo. Un conjunto indisoluble. Una familia. Un dúo sincronizado. Un nosotros sin barreras.

Le hago el amor. Esta vez mucho más despacio, con caricias, sin palabras, sin cambiar de posición. Nos unimos en un acto cargado de sentimientos, de frases calladas, de verdades, de amor. Porque de eso hay mucho. A pesar de su aseveración, de que tiene razón, de que debemos solucionar lo nuestro antes de entregarnos a la pasión, es tan profundo lo que nos transmitimos, tan intenso...

19

Gia

Salgo de la ducha por segunda vez en el día, pero con una notable diferencia. En esta ocasión mi cuerpo está plagado de sensaciones, de hormigueos, de recuerdos vívidos de la tarde en el río, de sus manos, de Gonzalo, de la hierba, de nosotros... Llevaba demasiado tiempo sin disfrutar así del sexo, sin esa comunión tan potente con otra persona, sin saborear de verdad el anhelo. Y me destroza enfrentarme a que no han bastado cinco años de promesas, de lucha para encontrar el olvido, de jurarme a mí misma no volver a caer en las fauces de sus mentiras para lograrlo. He sido una ingenua. Nunca dejaré de amarlo, de ansiarlo, de necesitarlo. Pero ¿se irá esta vez? ¿Volverá a traicionarme? ¿Jugará de nuevo con nuestra felicidad?

Utilizo la toalla para secarme y, mientras recorro mi piel con ella, me asaltan pequeños *flashes* de las tres veces que hemos hecho el amor en el río, de sus caricias, de sus besos, de sus embestidas. No puedo ceder otra vez durante la cena, a pesar de la tensión magnética que nos envuelve al estar juntos, es primordial mantener las manos quietas para hablar y sentar las bases para dejar atrás los rencores que nos envuelven. Y mis miedos. Porque estoy plagada de ellos; no tengo claro cómo superaré la sensación de caminar al filo del abismo, los sucesos del pasado, cómo decidió casarse con otra, su insensible petición de ser su amante, su... *¡Basta ya, Gia!* Parezco un disco rayado, y no es sano darles tantas vueltas a las cosas. Sigo tan loca por él como hace años; como siempre, en realidad. Por mucho empeño que le ponga en negarlo, lo amo como lo he amado desde mi tierna niñez. Es mi estigma, uno de esos imposibles de borrar o de renunciar a él. Gonzalo me cautivó en nuestro primer encuentro. No fue algo rápido ni premeditado, ni siquiera fructificó hasta años más tarde. Pero ocurrió, ese instante plantó la semilla que después germinó hasta convertirse en un tronco robusto, con raíces muy arraigadas. Mientras nuestros padres intentaban contener su inquietud al presentarnos, nosotros dos nos sumimos en un hechizo desconocido, nos acercamos un poco, nos retamos con palabras, sentimos esa atracción magnética y asentamos un inicio que con el tiempo se convirtió en un amor desbocado, loco, intenso, imborrable.

Amor. Muchas veces escuchamos esa palabra en labios de gente que se cree conocedora de sus efectos. La mayoría erra en sus suposiciones, en las descripciones, en la percepción del sentimiento. Hay tantas formas de amar, tantos grados de intensidad, tanto dolor y tanta alegría asociados al amor. Cuando amas de verdad y encuentras a esa persona especial que es parte de ti, el sentimiento permanece en tu corazón por toda la eternidad. Echa raíces. Se apodera de tu alma, la llena, la desborda, la secuestra. Puedo luchar contra mi anhelo de estar a su lado, de

entregarme a él, de caminar juntos por el sendero de la vida, pero soy incapaz de borrar mi amor, de aniquilar los sentimientos, de dejar de quererlo. Y me da pánico aceptar esa premisa.

Al salir a la habitación con la toalla enrollada en mi cuerpo, encuentro a mi hermanastra sentada en mi cama, con una expresión derrotada. Levanta la mirada para dedicármela unos segundos y, al instante, se cubre los ojos con las manos. Siento enseguida su dolor, su desesperación, su rotura total, por eso me pongo un vestido veraniego con rapidez y me siento a su lado para envolverla entre mis brazos. Ella se apoya en mí con un desgarrado sollozo, previo a un llanto desbocado. Durante un par de minutos permanecemos en silencio, ella exorcizando su desesperación en forma de lágrimas, yo acariciándole el pelo para intentar calmarla y con los pensamientos enredados en Gonzalo, en mí, en los sentimientos. A veces me gustaría tener la fórmula definitiva para rehacerlos como deseamos, sin interferencias del corazón, sin imposiciones internas, solo atendiendo a la razón. No puedo evitar darle vueltas a la situación de Patricia, compararla con la mía en muchos aspectos, entenderla. Y me pregunto si debo cenar con Gonzalo, si es prudente... Si, quizá, debería admitir cuánto lo amo. Juntos somos una bomba de relojería, si nos quedamos solos no logramos contener nuestras ansias de poseernos.

—Me he acostado con él —susurra Patry de repente. Se endereza, se enjuga los ojos y me mira con una tristeza insondable—. Quería cerrar el capítulo, dejarle claro que se había acabado de verdad. Era mi intención cuando lo he llamado para vernos. Y, de hecho, lo había logrado. —Aprieta los párpados, se lleva un pulgar a la boca y se mordisquea la uña con ansiedad—. Le he contado lo del MIT, le he asegurado que no volvería a bailar a su son, que ya estaba cansada de sus inseguridades y esas mierdas. Hasta le he abierto la puerta para obligarlo a marcharse. —Suspira con exasperación—. ¡Soy idiota! ¿Por qué he cedido cuando en vez de largarse me ha besado? Si como mínimo me hubiera mantenido firme... Pero no. —Resopla, cada vez más enfadada—. Soy una maldita masoquista, queda claro. El muy capullo me besa y yo me deshago entre sus brazos. Es que no me entiendo. ¿Por qué he cedido? ¿A santo de qué le he permitido volver a darme esperanzas para encontrarme minutos después con lo mismo? Porque, ¿imaginas cómo ha acabado todo? —Vuelve a crispársele la expresión con heridas profundas—. ¿Qué me pasa, Gia? ¿Por qué no puedo mandarlo a la mierda para siempre si nunca se queda a mi lado, si siempre se acojona y se larga? ¡Necesito despedirme de él! ¡Olvidarlo! ¡Ser feliz sin que él forme parte de la ecuación! —Las lágrimas vuelven a manar de sus ojos—. Debo arrancármelo del corazón para seguir adelante, pero lo quiero tanto...

Deduzco la parte no pronunciada. Al terminar, Kay ha vuelto a sus dudas, a sus obtusos argumentos en contra de la monogamia, de las parejas, de las relaciones. Y mi hermanastra ha escuchado una vez más su rechazo sin poder detenerlo. Es una rueda incesante, y ella está dispuesta a colocar un palo en ese eje que no deja de girar sin dirección. Aunque duela, aunque la destruya, aunque ofrezca demasiado de sí misma para lograrlo. La admiro. Su valentía no tiene límites. Y tiene toda una vida por delante para olvidar, rehacer, volver a amar... *Mentira*. Esa voz insidiosa en mi cerebro indica una realidad punzante, la mía, esa que me ha mantenido atada a Gonzalo desde siempre, a pesar de lo sucedido, de su ausencia, de construir vidas separadas durante cinco años. Miro a Patry, la abrazo de nuevo y deseo con toda mi alma que su caso sea

diferente. Amar debería ser bonito, aportarte felicidad, cubrirte de emociones positivas, hacerte reír, vibrar y soñar.

—Encontrarás tu camino —aseguro—. Kayden no te merece, se comporta como un cretino. Pero tú eres fuerte, Patry. Lo superarás, tropezarás con el hombre perfecto, vivirás aventuras, serás capaz de amar sin cadenas. —La estrecho con fuerza entre mis brazos—. Te vas a Barcelona esta tarde y en un mes conquistarás Boston. Disfruta de la experiencia, no te pierdas nada, ve a fiestas universitarias, desfasa, emborráchate, dale alegrías a tu cuerpo, estudia, aprende, encuentra a amigas entrañables. Vuela alto, Patricia. Y olvídate al máximo de él. No vale la pena seguir atada a quien no quiere esforzarse por ti. Te debes a ti misma saborear cada instante, sacarle el jugo, alejar de ti los malos recuerdos y crear unos nuevos.

—Tú sigues atada a Gon a pesar de todo cuanto te hizo, del tiempo, de la distancia, de Eva... — Su sentencia cae a plomo sobre mis pulmones para ahogarlos. Pero no tardo en recomponerme, en percatarme de las pequeñas diferencias entre nuestras historias—. Mírate, no has tardado ni cinco segundos en caer en sus garras. Y no me mientas. Te he visto salir de la ducha, esas marcas enrojecidas en los hombros...

—Pillada. —Sonrío al darme cuenta de que esas «marcas» me ilusionan—. Amo a Gon desde siempre. Y sí, he caído varias veces en sus manos. —Me callo un segundo en busca de la cordura perdida, sin saber si aventurarme a exponer lo siguiente o no. Herir a Patry no es mi intención, sin embargo, acabo de percatarme de algo importante, y a veces sentir el dolor de enfrentarse a la verdad consigue mitigarlo a la larga, así que me lanzo, expreso mis conclusiones, mis anhelos, mis más recónditos deseos—. Siento hablarte así, cielo —empiezo con un hilo de voz—. Lo de Gonzalo es diferente, él ha venido a por mí con armas potentes. Está dispuesto a todo por recuperarme. Y sí, no es tan fácil olvidar ni perdonar, pero es un principio sólido. Podemos trabajar con ello...

—En cambio, Kayden rechaza cualquier mención a un nosotros —concluye ella—. No es lo mismo, lo sé. Ojalá puedas ser feliz de una vez, Gia, te lo mereces. Y Gon también. Se ve a la legua cuánto os amáis.

—He sido feliz estos años. —La separo de mí para que vea cómo me brilla la sonrisa y mis pupilas centelleantes. Hablar con ella me ha abierto los ojos de una manera fulminante—. A pesar de recordarlo y llevarlo en mi alma, he encontrado la ilusión en muchas otras cosas. Se puede amar a una persona, añorarla, sentir que has perdido al amor de tu vida y, a la vez, disfrutar de mil experiencias nuevas. Incluso es posible volver a querer. —Ensanco mi sonrisa al entender la verdad escondida en mis palabras—. Hay muchas maneras de amar, muchas personas capaces de despertarte sentimientos. No te quedes anclada en una. Estoy convencida de que en Boston encontrarás mil razones por las que sonreír. Agárrate a ellas, déjalas tomar posesión de ti, ríe, llora, sueña, baila, canta, descubre el mundo a través de tus ojos y nunca le permitas a Kay apoderarse de tu felicidad. Eres la única con capacidad de abrazarla, no la alejes, búscala y permítete experimentarla.

Se lanza a mis brazos con un llanto un poco estridente. La recibo con un sentimiento muy profundo, y permanecemos abrazadas durante un largo minuto.

—Gracias —musita separándose—. No regresaré a la Toscana antes de marcharme a la universidad. Necesito mantenerme alejada de él para no volver a caer en lo mismo, pero hablaremos a diario por videoconferencia. Esta mañana... —se le quiebra la mirada, aunque es una luchadora porque enseguida se repone—, al final he conseguido despedirme de él, dejarle claro que no pensaba esperarlo. Ha sido difícil. Acabábamos de hacer el amor con bastante pasión, y entonces Kay ha vuelto a asustarse, a decir lo de siempre, a ese discurso tan trillado que odio con todas mis fuerzas. —Espira una gran bocanada de aire, luego la suelta por la boca mientras su cara se contrae con sufrimiento—. Lo he cortado de raíz, no lo he dejado terminar y se lo he soltado sin amilanarme ni un segundo: «se acabó, Kay. Me voy para iniciar una nueva vida donde tú no tienes cabida. Déjame ser feliz, no me sigas, no me llames, no me mensajes. Lo nuestro ya no es». Ha sido tan duro...

—Lo imagino.

—Si no llega a aparecer Gonzalo en ese instante, no tengo ni idea de cómo hubiera acabado porque la mirada de Kayden era puro fuego y yo soy tan débil cuando se trata de él... Pero por suerte Gon ha abierto la puerta de su piso y Kay se ha ido. Espero que sea suficiente para dar por finiquitado lo nuestro. Para convencer a mi corazón de que he cerrado el capítulo.

—Seguro. —Le agarro las manos para apretarlas fuerte—. Vas a lograr cuanto te propongas. Y no permitirás que él te entorpezca.

—Jamás. —Vuelve a limpiarse las lágrimas, aunque siguen llenándole los ojos—. Voy a seguir tu ejemplo, a construir una vida nueva sin sentir demasiado su peso. —Sonríe con una desolación tan aguda...—. Te envidio. Él ha venido a por ti, le ha pedido el divorcio a Eva, ha invertido una pasta en abrir una delegación aquí y te ha ofrecido su fortuna para desarrollar el MAP. Hazme un favor, disfruta de una bonita historia de amor por las dos, no renuncies a él por culpa del pasado, dale una oportunidad. —Hay determinación y tristeza en su tono—. No permitas que sus decisiones erróneas te disuadan de perdonarlo, Gia. Os amáis, está aquí y no es un cobarde como Kayden. —Me mira expectante, como si estuviera proyectando sus deseos en mí—. Olvida el pasado y vive... con Gonzalo... vuestro amor. Os lo merecéis.

Escuchar mis conclusiones de sus labios les da una dimensión mayor, las lanza a la estratosfera, las hace reales, tangibles, casi densas entre mis dedos. Quizá por eso sonrío y la anticipación se convierte en cosquillas en mi cuerpo. Porque acabo de descubrir que quiero intentarlo, hablar con él, recuperar lo perdido. No es un deseo, sino una necesidad, un requerimiento para conseguir una ilusión permanente. La abrazo, me pierdo en ese gesto y sé que ha llegado el momento de cambiar mi forma de actuar.

20

Gonzalo

Siete años antes

Me planto frente a la puerta de la universidad con una sincera sonrisa de orgullo. Gia me ha mandado una foto de sus notas. No es la mejor de la clase, su media se encuentra entre la mayoría, pero lo ha aprobado todo y eso es lo único que cuenta. Por fin voy a tenerla en la oficina a todas horas, tan cerca que podré ir a por ella en cualquier momento, disfrutar de su presencia, mirarla en secreto, de reojo, con esa creciente excitación en mi cuerpo. Porque si algo provoca Gia en mí, es deseo. A todas horas. Insaciable. Irreverente. Imposible de erradicar sin tocarla. Todo lo referente a nosotros alcanza una intensidad desbordante. Quizás es culpa de la clandestinidad.

Eva de la Cruz sale por esas puertas donde debería estar mi chica. Al descubrir su expresión taimada cuando se encuentra con mi mirada, se me agria el estómago. Es una presencia incómoda en mi vida, alguien insistente a la hora de intentar cazarme con acciones nada sutiles. Su madre y la mía son excompañeras de colegio y de universidad, amigas desde la niñez, inseparables. Pero, a diferencia de su progenitora, Eva es una mujer con la maldad impresa en su ADN, y me cae fatal. Suele usar malas artes para conseguir aquello que desea, es una persona mala, de esas que se vale de su inteligencia para manipular a los demás para su propia conveniencia. Carece de moral, es tóxica, parasitaria, con tendencia a abusar del poder. Cuando Eva se acerca a alguien, le roba hasta la autoestima, lo exprime hasta dejarlo seco y después lo abandona a su suerte, sin importarle lo más mínimo. Hace un año se fijó en mí, me eligió como meta y no ha cejado de ir a por ella sin cortarse ni un pelo. No reprimo una mueca de desagrado cuando se acerca con esa expresión melosa que me da grima. ¿De verdad consigue a los tíos de esa manera? A mí me produce rechazo instantáneo.

—Gonzalo —pronuncia con un tonillo que intenta ser provocativo y a mí solo me insta a salir corriendo—. ¿Has venido a buscar a tu hermana Gia? —Se acerca demasiado e invade mi espacio personal. Nadie imagina lo que hay de verdad entre Gia y yo, llamarla mi «hermana» entra dentro de la lógica, pero me molesta tanto... Eva me da un beso baboso en la mejilla y luego me dedica una caída de ojos patética. ¿De verdad cree que así me conquistará? La tía está más loca de lo que imaginaba. No me la tiraría ni viéndola con un arsenal de lencería sexy—. Todavía tardará unos minutos en salir, la he visto hablando con Rubén Palos, uno de los cerebritos de la clase. Y un tío cañón. —Me pasa un dedo por el torso, mordiéndose el labio—. Pero no te llega ni a la suela de los zapatos. —Se aproxima a mi oído para susurrar en él—: Tú eres la tentación en persona. Quiero lamerte entero. Y follarte hasta dejarte seco.

Esas palabras en su boca me dan asco. No entiendo por qué se empeña en perseguirme como si estuviera interesado en ella. Nunca le he demostrado nada en ese sentido, más bien al contrario. Le coloco las manos en los hombros y la obligo a separarse de mí para marcar, una vez más, las distancias. Sin embargo, Eva no se da por enterada, porque un segundo después vuelve a pegarse a mi cuerpo, me pasa un brazo por la cintura y busca mis labios con los suyos. Retiro la cabeza hacia atrás, cabreado.

—¡Joder, Eva! —reniego con rabia, separándola de mí en un gesto rudo—. ¿Cómo tengo que decírtelo? No me interesas —le espeto—. ¡Deja de intentarlo! Es patético.

—Vas a ser mío, Gonzalo —asegura con una mirada tan páfida que me estremece—. Quizás ahora no es el momento. Pero no descansaré hasta verte en mi cama, a mi lado, siendo mío. —Da un paso hacia atrás sin dejar de sostenerme la mirada—. Para siempre. Sin escapatoria.

—Olvídate de mí. —Niego con firmeza—. Nunca querré nada contigo. Hazte a la idea de una vez.

—¿De verdad crees que me rendiré? —Su sonrisa ladina da una pista de la respuesta—. Puedes resistirte cuanto quieras, pero de una manera o de otra te tendré. Y yo no prometo en vano. —Me da un beso en la mejilla—. No me desafíes porque suelo ser muy creativa para ganar cualquier reto y tú eres mi futuro. Serás mío, Gonzalo. Aunque deba delinquir para conseguirte.

No vale la pena contestarle, ella suele terminar las conversaciones así, categórica, segura de sí misma, con la fuerza que le otorgan años de salirse con la suya. Esa última parte de su discurso puede ser más real de lo que me gustaría. Suele recurrir al chantaje, a la extorsión, a delitos menores, incluso a falsificación de pruebas para salirse con la suya. Sus métodos son muy cuestionables desde todos los ángulos, crea caos allí donde va, pisa a quien haga falta para alcanzar sus metas y mantiene a buen recaudo su implicación para seguir representando el papel público de una buena persona. Mantiene una fachada de perfección construida a base de mentiras, engaños y traiciones.

Un estremecimiento me hace temer lo peor.

—Deberías buscarte a otro tío más complaciente —sentencio sin mostrar ni un ápice la sensación interna de pavor que me produce escucharla—. No estoy interesado en ti. No sé cómo decírtelo para que me dejes en paz de una jodida vez.

Ante mis muestras de ira, ella se crece. Soy imbécil por permitirle ganar un nuevo asalto en ese sentido. Busca hacerme saltar, ¿por qué lo consigue con tanta facilidad? Su sonrisa descarada me golpea con fiereza. Ahora su dedo se acerca a mis labios, pero lo intercepto a pocos milímetros de su destino. La agarro por la muñeca, ejerzo un poco más de fuerza de la necesaria y la fulmino con mis pupilas brillantes de ira.

—Tienes un cuerpo muy follable, Gonzalo —susurra sin mostrarse alterada por mi gesto—. ¿Te cuento un secreto? Me gustan los tíos dominantes, recibir castigos mientras me entrego a ellos. —Gime y se muerde los labios—. Aprieta más esa mano, dame mi merecido. Y prepárate para proporcionarme mucho placer cuando te tenga en mis manos.

—Lárgate de mi vista. —No soy muy elocuente, la furia burbujea en mi mente para nublarla. Escuchar esas sandeces de su boca me enfurece, y más su seguridad en sí misma, ese descaro que

muestra, como si todo el mundo debiera rendirle pleitesía solo por ser ella, la hija de una persona influyente en la economía mundial. Un magnate de la industria informática. Uno de los hombres más inteligentes de su generación, con inventos multimillonarios a sus espaldas. Pero no se da cuenta de que debe buscar su huella de identidad, su propia luz, y no seguir a la sombra de su progenitor.

—Esta noche hay una fiesta de final de curso en mi casa —responde sin darse por aludida—. Ven a las once, te llevaré a mi cama y tendrás un adelanto de lo que te espera el resto de tu vida.

—¡Joder! —gruño, enfadado de la hostia—. Tía, métetelo en la mollera. No me interesas. No follaré contigo. No vendré a tu fiesta. Nunca seremos nada, jamás. Ni siquiera amigos.

—Ya lo veremos. —Sus ojos contienen una amenaza en toda regla, una feroz. Si no estuviera seguro de mis palabras, me tambalearía frente a su personalidad, a su osadía, a la intimidación implícita en su frase—. Soy una persona paciente, Gonzalo. No tengo prisa por conseguirte, pero lo haré. Me casaré contigo, te ataré corto, conseguiré domarte y ya no habrá otra mujer para ti.

—Sigue soñando.

—Haré mucho más que soñar, te lo aseguro. —Su determinación me hace temblar. Conozco a Eva, no se detendrá ante nada.

Por suerte, aparece Gia para romper la tensión del momento. Lo hace con una de sus sonrisas emocionadas. Está guapísima, como de costumbre, y consigue disipar mi ansiedad al instante.

—Hola —saluda con una mueca crispada al ver mi mano sujetando la muñeca de Eva. Siempre se lo cuento todo, por eso conoce de sobra la insistencia de esta pesada con liarse conmigo. La sinceridad absoluta es la base de nuestra relación, por eso confía a ciegas en mi lealtad y no saca las cosas de contexto. Me lanza una mirada interrogativa antes de arrojarme un salvavidas—. ¿Has venido a buscarme para que te acompañe a comprar la larga lista que te ha dado tu madre esta mañana? —Asiento y le suelto la muñeca a Eva—. Porque ya puedes contar conmigo. ¡Lo he aprobado todo!

—¡Felicidades! —La aplaudo con sinceridad—. Mañana hablaremos de la ampliación de tu contrato en Salavedra Games. Ahora deberíamos cumplir con nuestro deber de hijos.

—Bueno... —titubea un poco—. Creo que con media jornada habrá suficiente. Quiero cursar un máster antes de dedicarme de lleno a trabajar.

Eva masculla unas cuantas palabras maliciosas, como si quisiera dejar manifiesto lo patéticos que le parecen los planes de Gia. Nunca la ha tratado bien. Le dedica un mohín desdeñoso antes de atacar. Es lo que siempre hace, saca las garras con cualquiera que le haga sombra o le obstaculice el camino hacia sus deseos, pero de manera artera, sin dejar pistas acerca de sus intenciones ocultas. Gia no es un portento en el aula, pero es estudiosa, responsable y me tiene encandilado. Aunque no mostremos al mundo nuestro amor, sí nos consideran grandes amigos, y a Eva le despierta unos celos indomables.

—He sacado las mejores calificaciones de la promoción —se jacta—. Y mi padre me ha dado el puesto de jefa de equipo en su empresa. En poco tiempo me ganaré la silla de CTO. Y de eso a la dirección general solo hay un pasito.

Se cree que esas egocéntricas afirmaciones consiguen herir a Gia. Sin embargo, está muy lejos

de lograrlo. Mi chica sonríe como respuesta.

—Es una gran noticia —comenta sin perder ni un ápice de humor—. Yo prefiero ser un poco polifacética. Mi meta es compaginar ser artista de videojuegos con tener un estudio de tatuajes.

La «perfecta» Eva arruga la nariz. La repasa de arriba abajo, con menosprecio no disimulado. Para ella cualquier cosa que se salga de la alta dirección no es suficiente. Ha terminado un grado de Ingeniería de *Software*, tiene grandes ambiciones y está lista para iniciar su ascenso en la empresa de su padre, donde se dedican a la ciberseguridad en todos sus ámbitos, tienen un potente departamento de I+D donde desarrollan programas innovadores en su campo y también poseen una pequeña delegación que se está interesando en el análisis de datos. Lleva trabajando en la compañía desde los dieciséis años para prepararse, todo cuanto tiene lo ha luchado, esa es su parte más admirable desde mi punto de vista, pero no la capacita para alardear de ello ni para sentirse superior al resto del mundo.

—¿Tatuajes? —lo suelta con desdén—. Puedes optar a algo mejor. ¡Ensuciarse la piel con tinta es detestable! Solo los pobretones con pocas oportunidades se meten en algo así. —Se prepara para dar el golpe de gracia. La conozco lo suficiente para haberla observado en modo machacón más veces de las precisas—. Aunque, como solo eres la hija del marido de su madre, no me extraña que carezcas de talento para convertirte en algo más que en una tatuadora sin talento.

Mi chica no se deja intimidar. La adoro por su forma de ser, por esa inagotable positividad, por su gran autoestima, por ser siempre capaz de estar por encima de las agresiones sutiles de personas como Eva. Esgrime una sonrisa radiante, sincera, auténtica.

—Estoy deseando llenarme el cuerpo de tinta —suelta sin ni una pizca de rencor—. La idea de usar mis dibujos para dejarlos impresos en la piel de otra persona es alucinante. Es una pena que no lo veas igual.

—Prefiero ser directora general de una gran empresa.

—Todo tiene su recompensa. —Me pasa el brazo por el mío y tira de él para empezar a alejarse de allí—. La mía es compaginar mundos, tener metas de todo tipo, no quedarme con una sola actividad. Pero me alegro de que puedas alcanzar las tuyas.

—Nos vemos, Eva —me despido.

Ella resopla con rabia al ver cómo nos alejamos. No suele perder, ni está acostumbrada a tener poco efecto en los demás. Eva esperaba desatar una reacción más visceral de Gia, que usara su malvada lengua afilada para ponerla en su lugar, pero se ha encontrado con un rechazo tácito a entrar en su juego. No me pasa desapercibido su gesto de rabia, cómo aprieta el puño contra su ropa.

—Es una arpía —susurra Gia—. Deberías mantenerte alejado de ella. Te quiere en su cama, y es de las que no se quedan esperando. Va a ir a por ti con todas sus armas.

—Y no me va a encontrar. —La llevo al coche con una sola idea en mente, una que diluye un poco el miedo ante las aseveraciones de Eva, aunque sus amenazas me estremecen y se quedan asidas a mi alma—. Es una mierda no poder besarte en público. Muero por tocarte.

—¿Vamos a un sitio donde podamos arrancarnos la ropa? —sugiere con una voz tan lasciva que me pongo duro al instante—. No quiero hablar de esa bruja, es demasiado desagradable para

una conversación. —Su mano se pasea por mi erección sobre la ropa de forma disimulada y me despierta un gruñido de avidez—. Prefiero usar la boca para otra cosa...

21

Gonzalo

La cena ha empezado muy tensa. Gia parece nadar entre aguas turbulentas, me dedica miradas llenas de inquietud, como si no acabara de decidirse a hablar con sinceridad. O quizá teme aceptar cuáles son sus verdaderos deseos. Pero no estoy aquí para jugar al despiste, he venido a la Toscana para conseguirla, por eso voy a lanzar la artillería pesada, a no rendirme, a luchar hasta el final, y más después de esta tarde gloriosa. Entrar en ella tres veces, desatar sus clímax en más de seis ocasiones, abrazarla, sostenerla entre mis brazos... ¡Joder! Es la gloria bendita, la absoluta perdición de cualquiera. Y va a ser mía para siempre. Mi mujer, mi mejor amiga, mi pareja, mi corazón, mi razón, mi compañera... Llevamos quince minutos parlotando de temas absurdos —bueno, más bien debería decir triviales— mientras comemos exquisiteces italianas preparadas por el gran chef del alojamiento y del restaurante con estrellas Michelin que regenta. Y ya no más. Voy a tentarla, a conseguir un espacio en su vida para siempre, a sellar nuestra reconciliación. Porque mi único anhelo es caminar a su lado todos los días de mi vida.

—¿Podemos hablar de nosotros? —suelto sin venir a cuento, en mitad de una anécdota suya en el estudio de tatuajes. Ella detiene el movimiento de su boca para centrar su atención en mí. Respira con aceleración, sus labios se abren un poco, sueltan el aire, lo expulsan con nerviosismo, y sus ojos se abren con ansiedad—. No quiero darle más vueltas, Gia. Nos merecemos una segunda oportunidad y que me perdones de una vez. Porque te quiero, te necesito, te añoro. Y tú no me has olvidado, lo sé. Y me consta cuánto lo has intentado.

—Lo he hecho. —Suspira con un temblor perceptible en las manos—. Y ha dolido demasiado.

—Has fracasado porque me sigues queriendo.

—¿Por qué no viniste a por mí? —susurra con los ojos acuosos—. ¿Sabes cuántas lágrimas derramé por ti? ¿Cuántas horas pasé deseando que sonara el teléfono, que se abriera la puerta de mi habitación, que aparecieras? ¿Cómo deseaba verte luchar por nosotros? ¿Hasta qué punto os he odiado a Eva y a ti? —Baja la mirada hacia el plato cuando las lágrimas asoman en sus ojos—. Recuerdo todas las veces en las que buscó intimidarme, cómo te miraba, cómo dejaba clara su intención de tenerte, de poseerte, de ser tu única dueña. —Inspira con los ojos cerrados—. Era tan doloroso no poder gritar al mundo que estábamos juntos.

—Te pertenecía por completo, Gia. —Alargo la mano sobre la mesa para colocarla sobre la suya y reclamo sus ojos—. Todavía te pertenezco.

—¿Por qué tu madre tuvo que obligarte a unirme a ella? —Su voz se vela de tormento—. No se lo merecía. Es una persona horrible, hace daño a quien sea necesario con tal de conseguir cuanto desea.

—No lo obtuvo —susurro. Después cojo aire y lo suelto con lentitud. Gia levanta la mirada hasta posarla en la mía. Refulge con esperanza y me alcanza el corazón—. A pesar de todo cuanto me hizo, de cómo me ha tratado durante estos años, me he mantenido firme y solo me he acostado con ella cuando debía para evitar que me lo arrebatara todo. Me bastaba enfrentarme a su cara de triunfo para humillarla y asegurarle que nunca me la follaría sin pensar en otra, para joderla igual que ella hacía conmigo. —Le acaricio la mano—. Para conseguir mi sumisión me chantajeó, boicoteó más de un negocio de la empresa, incluso se acercó a mi madre para influenciarla y extorsionarme con su salud mental. Y, aun así, no me cedí. No me metí en su cama fuera de las obligaciones contractuales. Me paseé por Barcelona con mil mujeres diferentes colgadas de mi brazo, se lo restregué por la cara, la rechacé una y otra vez. ¿Y sabes quién me daba fuerzas para resistirme? ¿Quién me impulsaba a lidiar contra sus artimañas? ¿Quién conseguía que no me hundiera? —Niega con la cabeza, con el llanto desbocado—. Tú.

Se cubre los ojos con las manos y se apoya en la silla, manteniéndose en la penumbra. El porche no tiene mucha iluminación, solo lo alumbran una pequeña lámpara colocada de una manera estratégica y unas cuantas velas distribuidas alrededor de la mesa y a pocos metros en el suelo.

—No viniste ni una sola vez —musita—. Fue tan duro... ¿Por qué no apareciste?

—El contrato —expulso las palabras con un golpe de voz airado—. Esa mierda legal me ataba de pies y manos si quería conservar la empresa, y también temía por ti. Eva fue muy dura en ese aspecto antes de la boda, los términos eran claros al respecto, si no estaba con ella durante cuatro años y medio como mínimo tenía derecho al cincuenta y uno por ciento de las acciones en concepto de donación. No podía cederle el control de Salavedra Games ni arriesgarme a que su ira te alcanzara. Debía aguantar ese plazo sin acercarme a ti, sin tentarme, sin cometer un fallo irremediable. —Suelto un suspiro ahogado—. El día que te marchaste dejaste clara tu postura. No querías la clandestinidad nunca más, no serías mi amante y te debía eso. Si llego a venir a por ti... —Suelto una larga bocanada de aire—. ¿No lo entiendes? Lo hubiera mandado todo a la mierda, me hubieran importado un carajo la empresa, el dinero, Eva, sus amenazas... Y lo peor de Eva es que siempre he sentido cómo su maldad traspasa el límite de la lógica y como si en cualquier momento es capaz de destruirme con un simple soplo, sin inmutarse. Por eso seguí su juego.

—Si lo hubieras hecho, las consecuencias habrían sido devastadoras para demasiada gente. —Termina el discurso por mí, llena los huecos, los alumbró con su tono angustiado—. Aunque no dejo de preguntarme por qué te permitió ese plazo de cuatro años y medio. No tiene mucho sentido... Si su intención era retenerte, ¿qué lógica siguió para poner una temporalidad? —Suenó distante, como si estuviera analizando las implicaciones de sus pensamientos—. ¿Estás seguro de que puedes divorciarte sin consecuencias? Es una mujer con instintos delictivos, ¿y si nos destruye con sus malas artes? Sabes tan bien como yo su tendencia a cumplir las amenazas.

—Lo del plazo fue cosa mía —explico con la mente enredada en el pasado, en la negociación entre mi abogado y el suyo, en la veracidad de las insinuaciones de Gia. Eva jamás nos permitirá ser felices sin luchar. Me estremezco—. Ella propuso un contrato diferente, pero insistí. No

quería pasarme la vida atado a Eva, necesitaba una salida, y acabó aceptando mis términos. Aunque tienes razón, hay algo turbio en todo esto; si accedió con tanta facilidad, es porque se guarda un as bajo la manga y en cualquier momento lo sacará a la luz. No acostumbra a perder. —Tuerzo una sonrisa al evocar el día de la firma—. Deberías haberla visto cuando vino a la sala de juntas con su abogado para rubricar su nombre bajo los documentos. Con esa soberbia de diva que me gasta, vestida para provocar, maquillada, perfecta, sonriente. ¿Quieres saber qué me dijo la muy bruja? —La veo asentir en la penumbra—. «En menos de un año adorarás mi cama y a los cuatro y medio me suplicarás que no te deje nunca. Y, si no lo haces, te tendré igual».

—Se creía capaz de dominarte de una forma u otra —deduce Gia. Yo asiento, porque ha estado clara esa meta de Eva desde el inicio—. Y esa coletilla... ¿Qué tiene contra ti, Gon? Eva es despiadada, una sociópata. No muestra empatía ni tiene conciencia. Se obsesionó contigo, con conseguirte, y no paró hasta lograrlo. Es calculadora, arrogante, mezquina, manipuladora, egoísta hasta decir basta. ¿Qué nos espera? Porque me da miedo imaginarlo.

—Mi vida con ella ha sido tóxica —admito con dolor. No lo he expresado antes, durante cinco años me he tragado la realidad, la he guardado para sufrirla en mi intimidad, la he escondido, pero ahora ha llegado el momento de asumirla ante Gia. Porque Eva es una mujer sin escrúpulos, alguien incapaz de detectar la línea entre el bien y el mal, una mentirosa patológica con las armas y la inteligencia suficientes para perpetrar cualquier delito con tal de conseguir sus metas, sin importarle los daños colaterales—. Intenté apartarla de mi círculo cercano, de mi familia, de mis negocios, de todo cuanto me importaba. Por eso mandé a los mellizos al internado. —Me cubro la cara con las manos—. He cumplido con los términos del contrato para evitar que se quedara con algo mío, le he dado por el culo todo lo posible, pero su forma de reaccionar ante mis desplantes... ¡Joder, Gia! Vivir con ella ha sido un calvario. ¡Está loca! Y es despiadada.

—Saliste con un montón de chicas...

—Fue tan estúpida que no puso una cláusula de fidelidad en esa mierda de jerga legal. —Sonrío con suficiencia—. Se creía irresistible. Además, ella también tiene sus líos por ahí, aunque no los haga públicos. Le va el sado, y lo busca en lugares más bien turbios. Si hubiéramos firmado algo acerca de no tirarse a otros, ella habría salido perdiendo porque jamás renunciará a ese mundo, y estaba claro que yo iba a exigirle lo mismo. —Suspiro—. Contraté a un detective para conocer sus trapos sucios y la intenté hackear para descubrir cualquier dato interesante almacenado en sus dispositivos, aunque es muy cuidadosa y sabe mucho de ciberseguridad, por eso me impidió escarbar demasiado. —Coloco los codos en la mesa, aguanto la barbilla entre mis manos y le dirijo una mirada vencida—. Quería prepararme el terreno para contratar si quería joderme otra vez. Porque si algo había planeado, Gia, era mi intención de venir a por ti al final de ese plazo. Y, aunque tengo clara la aparición de Eva en nuestra vida tarde o temprano, esta vez no le permitiré acobardarme, porque no descansaré hasta que lleves mi anillo en el dedo.

Un denso silencio se aposenta entre ambos, con el peso de mis errores como compañero. Ella avanza hasta regresar a la luz. Su mirada está velada por el llanto, sin embargo, por primera vez desde mi regreso, parece más cercana, relajada, capaz de superar lo sucedido. Es como si

escuchar mis confesiones la hubiera ayudado a deshacerse del rencor, de la desilusión, de esos muros erigidos para mantenerme alejado.

—No será fácil. —Curva los labios en una sonrisa, se levanta de la silla y camina hasta ocupar mi regazo—. Ni puedo asegurarte que olvide con rapidez ni si saldrá bien, ni mucho menos si Eva nos acobardará con sus tretas. —Me envuelve el cuello entre sus brazos—. Pero te prometo que pondré de mi parte para superarlo, para encontrarnos otra vez, para dejar atrás tus decisiones, para repeler juntos los ataques de la bruja. Porque te quiero y estoy cansada de reprimir mis ganas de ti. No puedo seguir negando cuánto te deseo, mi necesidad de tenerte en mi vida, mi amor por ti. —La acerco rodeándole la cintura con mis brazos para ceñirla entre ellos—. Vamos a trabajar juntos en nuestro sueño, a crear el MAP, a disfrutar de tenernos, a caminar sin mirar atrás, solo con la intención de avanzar hacia lo desconocido. Unidos, juntos, ilusionados. —Posa sus labios en los míos—. Sin secretos, sin escondernos, sin mentiras. Buscando un nosotros.

—Para siempre, Gia. —Escuchar su voz haciéndome cosquillas en los labios me pone duro como una piedra—. Si algo tengo claro, es mi amor por ti y mi deseo de permanecer a tu lado cada día de mi vida a partir de ahora.

—Mi absoluta perdición —susurra contra mi boca—. Quiero tenerlo todo contigo, Gon. Todo. No me vuelvas a romper el corazón.

—Jamás. —La beso, desesperado por devorarla. Mis manos la acarician con avaricia, mi lengua la saborea sin descanso, mi cuerpo se enciende—. Voy a encadenarte a la cama para que no te me escapes, me trasladaré a ella, no dormiré ni un solo día más sin ti. —La separo para mirarla a los ojos, con determinación—. Quizá solo ha pasado un minuto desde nuestra reconciliación, pero me avalan veinte años de amor incondicional. Nos conocemos, hemos pasado por todas las fases y ahora solo queda compartir vida, habitación, casa, cama...

—Vamos a probar qué pasa esta noche. —Se pone en pie y alarga la mano para coger la mía—. Lo demás ya se verá.

Acepto su invitación. La sigo en completo silencio por esa ala desierta. Rico y Enzo están en Florencia, en una fiesta. Íñigo y Patricia se han ido a Barcelona hace un par de horas. Caminamos en penumbra, alumbrados únicamente por la luz de la luna. Mi cuerpo es un mapa de cosquilleos, dureza, llamas, anhelos. Una vez traspaso la puerta de esa gran zona diáfana donde vive, la agarro para apoyarla contra ella, besarla con desesperación, quitarle el vestido con la mayor celeridad posible mientras ella se deshace de mi ropa. Cinco años son muchos, por eso necesito quemar su ausencia, poseerla una y otra vez, intentar saciarme, aunque jamás lo conseguiré. Tira de mis pantalones y del bóxer para dejar al descubierto ese mástil preparado para invadirla. Me separa hacia atrás, se relame los labios y gime.

—Siéntate en la cama. —Me empuja con su movimiento sutil de pies—. Quiero probarte, saborearte, tenerte en mi boca. —Llegamos a nuestro destino y sus manos se colocan en mi pecho para impulsarme hacia atrás. Termino con el trasero desnudo sobre la sábana, viendo cómo ella se arrodilla frente a mí—. Llevo tanto tiempo deseando hacer esto.

Su mirada se vela con un deseo perverso. Se desliza la punta de la lengua por los labios y me amasa los testículos con la mano, acariciándolos, despertando mi lujuria más desenfadada.

Desliza la lengua por mi erección, la lame de arriba debajo con unos movimientos la hostia de sensuales. Me arqueo hacia ella mientras juguetea con la lengua y sus dedos. Mis gemidos se convierten en gruñidos, la agarro del pelo para llevarla donde ardo por ella, pero Gia se rebela contra el gesto y, a pesar de los tirones, me mira con una expresión tan lasciva que me palpita en el miembro, endureciéndolo tanto que hasta duele.

—Métetela en la boca —ordenó entre resuellos—. Fóllame con ella, Gia.

—¿Tanta prisa tienes? —Usa la punta de su lengua para provocarme. Se la pasea por los labios mientras una de sus manos rodea mi rigidez para aumentarla en tamaño. La mueve con exasperante lentitud, abajo, arriba...

—Gia —suplico con un golpe de voz, ansioso por acabar con este suplicio, por sentirla donde deseo, por... Sonríe y baja la cabeza hasta albergar mi miembro en su boca—. Joder. —Me callo cuando ella empieza a mover la lengua a lo largo de toda mi longitud, al tiempo que desliza los labios para introducirla hasta el fondo.

Un placer ávido y perverso se expande por mi cuerpo, hasta apoderarse de cada fibra de mi ser. Tiro de su pelo, me inclino hacia delante e intento que aumente el ritmo. Su lentitud me está matando, desata una placentera sensación, viva, ardiente, carnal. Succiona y lame a la vez, al compás de sus descensos y sus ascensos pausados, pensados para volverme loco. Sus dedos hacen maravillas en mis pelotas, las tensan, las preparan para explotar.

—Me vas a matar —susurro—. Fóllame más rápido, Gia. Más duro, más potente. —Acompaño mis exigencias con golpes de pelvis y tirones en su pelo, pero ella se resiste, sigue torturándome con una pausada letanía que solo consigue aumentar mi avidez, se convierte en fuego y me abrasa—. Gia, joder...

Ella no se da por aludida. Se la mete hasta el fondo, su lengua me acaricia la extensión robusta que pulsa por encontrar la liberación. Hace un ruido a medio camino entre gemido y gruñido, capaz de tensarme todavía más. Y, de repente, me folla con rapidez, viveza, potencia. Todo mi mundo explota, cada una de las moléculas de mi cuerpo se colma de deseo, de palpitaciones, de pasión, de... ¡Joder! Estoy a punto de derramarme en su boca, de alcanzar un clímax de la hostia, de...

—Me voy a correr —grito—. ¡Gia, joder!

No se detiene, sigue con ese movimiento sexy, perfecto, sensual. Grito su nombre antes de perderlo todo de vista mientras se desata un orgasmo colosal. Le clavo los dedos en el cuero cabelludo para impulsarla y gimo, jadeo, resuello, me rindo a las oleadas del placer más absoluto, a los estremecimientos, al éxtasis.

—Sabes tan bien. —Sale de mí y se relame los labios, todavía con mi semilla en su boca. La agarro por las caderas y la subo a horcajadas en mi regazo para lanzarme a devorar sus labios. La beso con desesperación, con ansiedad, con fiereza. Cato mi sabor, el aroma a sexo, a deseo, a placer.

Vuelvo a endurecerme enseguida, mientras mis manos se ocupan de quitarle toda la ropa, hasta que se queda desnuda. Le recorro la piel del torso con la boca, chupo sus pezones, los pellizco, le acaricio los pechos y la acerco a mí para que note cómo estoy listo para volver a empezar, para

apoderarme de su cuerpo, para penetrarla hasta que solo sea capaz de gemir mi nombre. Gia toma la iniciativa y se levanta un poco para encajar la punta en su abertura. Está mojada y lista para mí. Debería preocuparme por ir a pelo, por no ponerme un preservativo, por jugar con fuego, pero está tan preparada, es tal mi anhelo, que solo puedo pensar en embestirla. Y eso hago. Me clavo en su interior de una estocada, hasta el fondo. Ella jadea con una cadencia de sonidos de lo más excitantes.

—Móntame —solicito colocándole las palmas abiertas en los pechos—. Llévame al puto paraíso.

Se inclina un poco hacia atrás, ubica sus manos en mis muslos y empieza a cabalgarme a una velocidad vertiginosa. Sus embistes son salvajes, fieros, duros. Mi entrega es total, tanto que estoy a punto de correrme. Intento contenerme, esperar a acompañarla, a escucharla gritar, a dejar que ella llegue primero. La necesidad se apodera de mi cuerpo, está a punto de ganar la batalla cuando ella se agita y aúlla mi nombre a la vez que explota al compás de las oleadas que sacuden su cuerpo con fiereza. Y me dejo ir, permito que el orgasmo me posea y me arrastre las aguas profundas del devastador clímax que me recorre el cuerpo. La idea de dejarla escapar de nuevo, de imaginarme escuchando un nuevo adiós pronunciado por sus labios, me destroza. La amo con desesperación, no puedo seguir respirando sin que ella lo haga a mi lado, no deseo hacerlo. Sé que mi amor por ella jamás desaparecerá.

—Gia, no vuelvas a apartarte de mí —susurro. Me enderezo para agarrarla por la cintura y estirla en la cama. Me estiro a su lado, ella se acurruca mirándome, de cara a mí, puesta de lado, como yo—. Pase lo que pase, sigue conmigo. Te quiero demasiado para perderte otra vez.

—Ojalá nada nos separe.

22

Gia

Hacemos el amor dos veces más; una suave, lenta, sintiéndonos, amándonos tras explorar nuestros cuerpos con las lenguas y las manos; despacio, sin prisas. En el segundo asalto nos entregamos a la pasión como depredadores en busca del placer feroz, de quemar la necesidad de sentirnos, de dejar volar esas fantasías compartidas capaces de llevarnos a lugares insospechados donde solo el placer importa. Y, al final, nos quedamos dormidos, abrazados bajo la sábana, saciados, cansados, embriagados por la fuerza de nuestros sentimientos. No sé qué nos deparará mañana, solo puedo afirmar con rotundidad cuánto lo amo y cómo preciso empezar a vivirlo en vez de odiarlo. Porque, si algo he decidido en estas horas compartidas, es encontrar la manera de cerrar el pasado para siempre y escribir nuestro futuro en una hoja en blanco.

El sol se cuela por la ventana para acariciar mi cuerpo desnudo. Gonzalo tiene el brazo rodeándome la cintura, me estrecha contra él, me envuelve en su calor. Abro los ojos despacio, parpadeo tres veces para despejarme, aunque no lo consigo del todo, el cansancio me vence. Estamos de lado, encajados en la posición de la cucharilla, apenas tapados con la sábana, muy pegados. No sé cuánto tiempo llevamos durmiendo, pero los sonidos de la casa me dan una pista de la hora tardía. De repente me sacude un pensamiento. ¡Mierda! ¡Es lunes! ¡Y deben ser las once como mínimo! Debería estar en el estudio, hoy tengo a tres clientes habituales —más bien tenía, porque eran a las nueve, a las diez y a las once...—. ¿Qué narices hago metida en la cama con mi...? ¿Mi qué? ¿Mi novio? ¿Mi pareja? ¿Mi nada? ¿Mi todo? ¡Dios! La noche ha sido gloriosa, hemos vuelto a ser los de siempre, esa pareja unida y compenetrada con un amor descomunal y una pasión desbordante. Pero ¿qué pasará ahora? ¿Lograremos olvidar los sucesos que nos separaron para construir un nuevo nosotros? ¿Nos lo permitirá Eva? ¿O aparecerá para reclamar a su marido? Llevo años huyendo de esto, de Gonzalo, de su recuerdo. Y al tenerlo cerca mis intenciones se desdibujan, me rindo a su yugo, me convierto en una mujer sin determinación para entregarle a él mi voluntad. Y siento tan bien...

—Vuelve a dormirte —susurra apretando su brazo y restregando su erección contra mi trasero—. ¿O prefieres revolcarte conmigo?

—No podemos. —Alargo la mano para buscar mi móvil en la mesilla de noche y me separo al máximo de la tentación—. ¡Mierda! —exclamo al comprobar la hora y los diez mensajes insistentes de mi socio—. Me esperaban en el estudio. Y a ti deben estar buscándote en la empresa.

Gruñe. Intento levantarme sin ningún éxito, él me lo impide, me aprieta contra su cuerpo. Sigue duro como una piedra, preparado, excitado. Y sí, joder, quiero sentirlo dentro de mí, pero la

responsabilidad se impone.

—Gonzalo, son las once y media de la mañana. —Escribo una disculpa para Kayden y le aseguro que lo compensaré porque ya no llego a tiempo a ninguno de mis trabajos—. Déjame salir de la cama. Tenemos obligaciones que no podemos ignorar.

Refunfuña y se aprieta todavía más contra mi espalda en protesta por mis palabras. Su miembro me golpea con suavidad una nalga. No logro reprimir una carcajada, pero cuando su dedo se adentra en mi humedad para acariciar ese botón perverso entre mis piernas, la risa se convierte en gemidos.

—Estás tan cachonda como yo —susurra en mi oído—. Y hoy no vamos a ser responsables. Lo aplazamos hasta mañana.

—Pero Kayden...

—¡Ese capullo que se apañe! —Aumenta la velocidad de los círculos de su dedo y me acaricia los pechos con la otra mano—. Tengo bastantes cosas que decirle en cuanto lo vea. Ha tratado a Patry como un capullo y se lo voy a hacer pagar, te lo aseguro. Así que no me da ninguna pena si hoy ha de enfrentarse solo al trabajo.

Su tono es una mezcla entre sensualidad y rabia. Está cabreado con Kay, tanto como yo, ninguno de los dos le perdona su actuación con nuestra hermanastra. No entiendo por qué la daña así, qué espera de la vida con actitudes tan poco lógicas. Lo peor es que se hace daño a él porque la quiere. Está jugando con los sentimientos de ambos, cavando una tumba profunda, creando muros para su felicidad. Y me cuesta entenderlo. A pesar de conocer una pequeña parte de su historia, no acabo de descubrir la raíz de su boicot, uno que atenta contra su propia felicidad.

—Son mis clientes —musito con los pensamientos varados en mis conclusiones, esas que ayer compartí con Patry y ahora me parecen de lo más acertadas. Porque si algo quiero, es vivir al límite, disfrutar, ser alguien positivo y aprovechar cualquier oportunidad de sonreír, y Gon me hace tan feliz...—. Me hubiera gustado atenderlos, ya que me había comprometido con ellos. Pero estar aquí contigo es alucinante. Yo... Yo... —No consigo calmar el acelerado latido de mi corazón—. Por favor, quédate conmigo esta vez. No vuelvas a apartarme.

—Jamás. —Me gira para besarme—. Voy a atarme a ti, a echar raíces a tu lado, a convertirme en una lapa. No te librarás de mí, Gia Lucatti. Seré tu hombre el resto de nuestras vidas.

—Te quiero. —Me pierdo en sus labios, en su sabor, en sus caricias. No tarda en entrar en mí con delicadeza.

—Yo también te quiero.

Media hora después salimos de la cama por fin. Nos metemos juntos en la ducha y volvemos a caer en los brazos del otro. ¿Por qué nunca me sacio de él? No he contestado a las tres llamadas de mi socio ni Gonzalo ha mirado su móvil para descubrir si lo están reclamando del trabajo. Y no me siento culpable. Nos hemos reencontrado, hemos decidido darnos una nueva oportunidad, ahora nos merecemos disfrutar al máximo del momento, ser imprudentes, no respetar las reglas durante unos fugaces momentos. Me entrego a él con absoluta devoción. Por eso tardamos más de lo aconsejable en estar limpios y salir de la ducha para vestirnos. Lo hacemos entre risas, besos, emociones y una conversación agradable.

—Llama a Kayden para decirle que irás directa a la empresa. —Me da un beso rápido y recupera nuestros teléfonos—. Hoy eres mía al cien por cien.

—Vale. —Le guiño un ojo y él me lanza un beso antes de concentrarse en su móvil.

Desayunamos rápido en la cocina. Mis primos han dejado una cantidad inmensa de comida repartida entre la mesa y la nevera, junto a una nota un poco picajosa: «para la parejita ardiente». Sonrío al descubrirla, con la sensación de estar por fin en el camino para alcanzar mis sueños. Gonzalo no deja de sonreír, de tocarme a la mínima, de hablar con ilusión. Es como si todos mis deseos se concentraran en este instante, como si por fin estuviéramos listos para ser una pareja normal. Aunque quede mucho sendero por recorrer para acabar de vencer el pasado, solo me basta una mirada a él para convencerme de que nada nos detendrá en esta ocasión. El amor está por encima de todo.

—No dejo de preguntarme si mi padre lo aprobaría —musito terminándome el café—. Murió tan de repente... Nos quedamos sin tiempo para contárselo, a pesar de nuestros planes. Y no sé, me habría gustado conocer su reacción, enfrentarme a ella, descubrir si nos daría su bendición.

—Estoy convencido de que lo habría hecho, Gia. —Me acaricia la mejilla—. Incluso creo que ya lo sabía. Por cómo nos trataba, nos hablaba, nos miraba... Si no lo había descubierto, lo intuía. Era imposible no darse cuenta viviendo en la misma casa. Éramos un par de insensatos enamorados.

—¿Tu madre también lo percibió? —pregunto un poco alterada—. ¿Cres que ella lo imaginaba?

La expresión de Gonzalo se crispa, como si le costara controlarse. Un escalofrío me estremece. Es como si oyera sus palabras antes de ser pronunciadas, como si la confesión de unos segundos después fuera tan lógica que clareara en mi mente y me angustiara. Me abrazo la cintura con las manos para prepararme, con el corazón en un puño.

—Mi madre lo sabía cuando nos obligó a separarnos —sentencia—. Y Eva también. Por eso se la cameló a ella y usó a Sara para intentar separarnos. —La mención de la que fue mi amiga durante muchos años me duele. Ha pasado un montón de tiempo, pero su traición todavía escuece, porque durante muchos años compartimos el mundo y ella se lo cargó todo con sus actos—. Eva llevaba tiempo obsesionada conmigo y al descubrir lo nuestro tú te convertiste en su punto de mira. Quería destruirte y alejarte de mí.

Hay algunas partes de lo sucedido que se presentan diferentes bajo esta nueva perspectiva. Eva nunca me ha parecido una mujer honesta, ni siquiera la considero digna de un calificativo suave, por eso no me sorprende esa forma de proceder, su odio incondicional por cualquier persona o cosa que se interponga en sus intereses. Sin embargo, no imaginaba hasta dónde llega su odio hacia mí. Observo a Gonzalo con detenimiento. Está angustiado, arruga la cara, frunce los labios, tiene el entrecejo apretado y la mandíbula está tensionada. Sus manos agarran la taza con demasiada fuerza. Y sus ojos reflejan una ira infinita. Hay más, estoy segura. Y no me va a gustar.

—No sabía que lo de Sara fue cosa de Eva, pero debí suponerlo —susurro. Mi exmejor amiga me engañó de la manera más vil que existe cuando apenas éramos unas veinteañeras con ideas

locas. O como mínimo, lo intentó, y desde entonces nos distanciamos—. Ella era la única que sabía lo nuestro y me destrozó cuando fue a por ti. —Cierro los ojos—. Fue un alivio tu rechazo, pero el daño ya estaba hecho. Sara me hirió y ¿para qué? Buscaba ser popular, ligarse a un famoso empresario como tú podía ayudarla a escalar posiciones. —Resoplo—. Nunca entenderé qué necesidad hay de ser tan conocida en público, de conseguir cada vez más seguidores, de querer destacar en las redes sociales... Se acercó a ti con la intención de impulsar su carrera de *influencer*, pero nos arrolló a su paso. —Suspiro con mucho pesar—. Había cambiado mucho al descubrir su capacidad para captar el interés de la gente, justo cuando sus incondicionales empezaron a crecer y sus cuentas se hicieron populares; se había convertido en una egoísta porque la fama se le subió a la cabeza. —Cierro los ojos al recordar esos instantes, cómo me dolió sentir nuestra separación, su barrera emocional que acabó por alejarnos—. Echo en falta a mi amiga, a la Sara de antes, a esa chica incapaz de herir a nadie, ambiciosa, pero leal. La Sara que intentó seducirte no era mi amiga, solo una versión maleada de ella.

—Me la encontré en una cafetería unos días antes de mi boda —explica, y enseguida se da cuenta de cómo me afecta escucharlo mencionar ese enlace. Me coje una mano y la aprieta para transmitirme su amor—. Sara se arrepiente mucho de lo sucedido, me lo explicó ese día. Cuando se dio cuenta de cómo Eva la había manipulado usando sus deseos de convertirse en una de las *influencers* más conocidas del panorama actual, intentó contactar contigo, contarte su versión, recuperar tu amistad una vez se disculpara, advertirte sobre Eva, pero le diste la espalda y nunca más volvisteis a hablar... —suspira—. Dijo que la habías bloqueado en todas partes y que a pesar de entender tus razones, le dolía mucho haberte perdido. —Sonríe con nostalgia—. Estaba cambiada, volvía a ser la Sara de antes, su mejor versión. La he seguido en las redes y le va muy bien sin necesidad de jugar sucio. También trabaja como reportera en un par de publicaciones digitales sobre moda.

—Dejé de interesarme por ella después de ese día —gruño—. No me apetece saber si le va bien, si usa a otra persona para subir escalones de forma más rápida, si se arrepiente... —Frunzo los labios—. Y Eva es una arpía sin corazón.

—No lo sabes bien... —Espira con fuerza—. Manipuló a mi madre cuando estaba más débil. Le contó lo nuestro como si intentara advertirla de algo peligroso, de ayudarla, y nos condenó a sus ojos, lo tachó de incesto sin más. La llenó de prejuicios contra ti, de odio, de rabia..., se aprovechó de su depresión para conseguir sus malditos intereses. Mi madre estaba demasiado tocada por la muerte de tu padre, no era capaz de pensar con coherencia y se dejó convencer por sus argumentos. —Aprieta los dientes—. Los dos caímos en su juego como unos auténticos gilipollas. Eva la convenció de que eras tú quien me iba detrás, de que me estabas encandilando para quedarte con todo lo mío, de que eras una mala persona sin escrúpulos ni moral. Y se la creyó, empezó a culparte de todo, incluso fue capaz de creerte responsable del infarto de tu padre. —Se tapa la cara con las manos y, cuando la destapa, puedo leer arrepentimiento en ella—. Estaba enferma, Gia, no razonaba con sensatez y Eva se valió de eso. Cuando te conté mis razones para casarme con Eva te oculté el odio de mi madre contra ti, cómo te atacó esa noche. Dijo unas barbaridades... Entonces no imaginaba que sabía lo nuestro y me quedé en *shock* al

enfrentarme a sus palabras, a ese resentimiento ilógico. Quería que desaparecieras, que te alejaras de nosotros, que no te acercaras nunca más a Patricia, a Íñigo o a mí. Y yo... —Suspira—. No reaccioné correctamente, no indagué de dónde le venía aquello ni me preocupé de por qué insistía tanto en lo de Eva. Solo vi que era importante salvarla de sí misma y entonces...

Algunas cosas empiezan a tener sentido después de tantos años. Blanca me trató con bastante rabia tras la muerte de mi padre. Yo creía que era porque le recordaba a él, pero ahora las piezas encajan en su lugar. Eva la había envenenado contra mí, había conseguido convencerla de que era una persona horrible. ¿Cómo pudo jugar así con una persona vulnerable? ¿Qué clase de monstruo actúa de una manera tan detestable sin pensar en las consecuencias? Miro a Gonzalo. Él representó un papel importante en esta historia. Y, aunque he decidido superarlo, siento de nuevo una oleada de rencor golpearme.

—No me defendiste —suelto con dolor.

—Lo hice. —Se levanta para girar la silla y arrodillarse entre mis piernas. Me mira a la cara con sinceridad y sé que me está hablando con el corazón—. Intenté razonar con mi madre en el hospital, pero ella se aferró a su versión. Después la internaron y solo la veía una vez a la semana. Estaba desquiciada, su rabia contra ti la mantenía en un estado furioso y bastante trastornado. Por eso cedí en lo de Eva, pero no en lo tuyo. —Me coloca la mano en la barbilla cuando bajo la mirada al suelo para levantarla y que me centre en sus ojos—. Incluso sabiendo lo que me jugaba, no dejé de defenderte ni un momento. Aunque no descubrí el resto de la historia hasta hace seis meses, cuando mi madre empezó a estar mejor de verdad. Entonces la aparté de Eva. Impedí que la viera, la alerté sobre ella y empecé a trazar el plan para venir a por ti en cuanto el plazo expirara.

Blanca siempre había actuado bien conmigo, hasta la muerte de mi padre. Era una mujer bastante débil de carácter. En vida de su primer marido había sufrido los malos tratos en silencio, se había conformado, sin luchar jamás. Con nosotros fue feliz, pero cuando no eres fuerte, te derrumbas con rapidez. Y eso le pasó al quedarse viuda por segunda vez. A Eva no le costó manipularla. Ni a ella ni a Sara.

—Intentemos dejar atrás el pasado, ¿vale? —propongo—. No volveremos a hablar de él, no vale la pena darle ese poder.

—Mi madre está mejor. —Sonríe—. Vendrá a verte en un mes, quiere hacer las paces contigo, explicártelo todo y demostrarte que sabe hasta dónde la cagó.

—Pero...

—Nada de peros. Ha pasado cinco años en terapia, ha vencido sus recuerdos y lo sucedido con mi padre. —Le da un sorbo a su café—. Tiene claro quién es la villana de la historia y no va a recaer en su depresión. Te quiere, Gia. Se arrepiente de verdad. Y necesita hacer las paces contigo.

No sé si estoy lista para algo así. Blanca me destrozó con sus manipulaciones y su actitud en un momento muy vulnerable para mí. Estaba enferma, sí, pero me pesan sus decisiones, cada una de sus acciones, las repercusiones. Aunque, al final, la culpable de todo y la persona a quien debo odiar es Eva. Siempre ha sido ella. Ojalá algún día pueda hacerle pagar con creces sus traiciones.

—La echo de menos —admito al vislumbrar el alcance de su confesión—. Quiero recuperar a mi familia, la paz, todo lo perdido por culpa de Eva —sonríó al darme cuenta de que no voy a aferrarme al rencor nunca más—. Estos años he sido bastante feliz, Gon. He abierto el estudio, he trabajado en proyectos interesantes, he reformado esta finca para sacarle mayor rendimiento y he conocido a personas maravillosas. —Mis labios forman una sonrisa melancólica—. Y, aun así, os he añorado muchísimo. Si vamos a intentarlo, debemos hacerlo con todas las de la ley, recuperando cada faceta perdida. Y una de ellas es tu madre.

—Eres increíble. —Se acerca para besarme y abrazarme—. Nunca deja de sorprenderme tu fortaleza, tu corazón, tu bondad.

—He pensado tanto en ti estos años...

—¿Vamos a la oficina para que podamos experimentar mis ideas para el MAP? —Baja la voz—. Te advierto de que son subiditas...

Me río a carcajadas. El peso de nuestra conversación se diluye en la emoción del momento. Lo abrazo, lo beso, lo acerco mucho a mí y las ganas de darle acceso a mi interior se multiplican hasta el infinito. Le quito la camiseta sin reprimirme. Sus manos reaccionan en consonancia para hacer volar mi ropa, y no tardamos ni dos minutos en gemir al ritmo de nuestros cuerpos sudorosos uniéndose.

23

Gia

Seis años antes

Hace una semana que al fin terminé el máster y acabo de aceptar una propuesta de Gonzalo para trabajar en la empresa a tiempo completo a partir de septiembre. Es bonito conseguir alcanzar tus metas, cerrar etapas, disfrutar de las pequeñas victorias. Mi padre nos va a llevar a toda la familia a Mallorca durante una semana para un viaje de relax; sin embargo, Gonzalo no ha podido cambiar los compromisos laborales y solo nos acompañará los últimos dos días. Mañana se marcha a Madrid para una importante negociación con unos clientes, desde donde volará el viernes para pasar el final de semana con nosotros. Tengo tantas ganas de disfrutar de las vacaciones y de él, aunque solo sean un par de días...

El móvil suena en la mesilla de noche, donde lo he dejado al empezar a llenar las maletas hace media hora. Es un mensaje de Sara, mi amiga del alma. Ella también ha logrado sacarse un postgrado en Community Management y Marketing Digital para complementar sus estudios de periodismo mientras escala en el mundo de la popularidad en las redes sociales. Empezó con un blog de estilismo que tuvo un éxito brutal, ahora ha sumado un montón de seguidores, tanto en Instagram como en TikTok, y una lista interminable de patrocinadores. Quiere dedicarse a hablar sobre moda de forma profesional y el mundo de los *influencers* la atrae muchísimo. He de admitir que está muy pesadita con el tema y ha cambiado un montón; ya no es mi Sara, y eso me molesta porque se ha convertido en una persona demasiado interesada en cuidar su imagen pública. Leo sus palabras sin demasiado entusiasmo, llevamos una semana un poco moscas por su repentino interés por Gonzalo. Solo quiere fotos junto a él para salir en las revistas y subir en popularidad, pero a mí me molesta porque es mi chico y ella lo sabe.

Cierro las maletas, llenas con mis cosas y la ropa imprescindible para pasarlo de miedo. Y eso son un montón de prendas. No soy tan obsesiva por la moda como Sara, pero me gusta lucir bien, por eso mi guardarropa está muy surtido y estudiado para brillar. Por suerte, vamos a un *resort* de la isla y nos recogen en el aeropuerto, así que puedo llevar un equipaje completito sin preocuparme de cargarlo. Mañana a mediodía me subiré al avión. Arrugo un segundo la cara al pensar en Gonzalo, no me apetece pasar unos días sin él, voy a añorarlo un montón, pero cualquiera rechaza un viaje como este. Tranquilidad, playita, cócteles, cenas, baile... Debería estar en la oficina, sentada frente a mi pantalla para terminar un trabajo, pero como lo he finiquitado más rápido de lo esperado, he salido del edificio sin despedirme de nadie y me he venido a mi habitación en secreto para pasar un par de horitas con mi chico. Hace exactamente cinco minutos que le he enviado un mensaje a Gonzalo para avisarlo de que he llegado a casa

antes de lo previsto y de que estamos solos para una despedida a la altura. Hoy teletrabaja desde casa, a escasos metros de mi dormitorio. Tenía una videoconferencia importante y ha preferido contestarla desde aquí. Ojalá haya concluido ya...

Como si lo hubiera invocado, mi novio aparece por la puerta. Está tan guapo vestido de traje que me lo como con los ojos, no obstante, lo preferiría desnudo en mi cama. Las hormonas son muy capullas, te lo digo yo. Las mías parecen correrse una juerga cada vez que lo veo, y no tiene lógica, llevamos más años de los prudentes acostándonos, ya deberíamos haber superado la fase de celo... Lo repaso con los ojos una vez más; los zapatos relucientes, el pantalón formal negro, la americana a juego, la corbata moderna aflojada sobre una camisa blanca, el cabello un poco revuelto y una sonrisa depredadora. Él debe tener mis mismos pensamientos...

—¿Ya tienes lista la maleta? —La señala con la barbilla, cerrada al lado de la puerta. Me observa de arriba abajo, con una potente excitación asomando en sus pupilas. Me he vestido con una falda vaquera muy corta y una camiseta tan diminuta que deja casi al descubierto mis pechos sin sujetador. Él acepta mi clara invitación y da tres zancadas hasta colocarse a mi altura. No tarda ni dos segundos en saquear mi boca—. No te perdonaré jamás por este ultraje —bromea entre besos—. Me vas a abandonar por una tumbona, unos cuantos combinados, la playa y tu familia del alma. Y yo aquí a dos velas, soñando con tu cuerpo bajo el sol. —Se acerca a mi oído—. Desnuda, estirada en la orilla del mar, con las olas mojándote y yo follándote.

—¡Gonzalo! —Finjo escandalizarme y le doy una palmada en las manos que han empezado a desvestirme—. Tienes la mente muy sucia.

—No lo sabes tú bien. —Su boca atrapa un pezón cuando me quita el top y logra dejarme el torso al descubierto—. Tan sucia que voy a hacerte gritar como una posesa —susurra—. No hay nadie en casa. Eres mía. Y como has venido antes de tiempo, voy a darte tu merecido con rapidez para después demorarme. —Me tortura un pezón con los dientes. Yo me arqueo hacia él reclamándole más—. Me voy a meter en ese coño tan apretado hasta el fondo. —Gimo en respuesta a su proposición—. Me hundiré en él una y otra, y otra vez. Lo saquearé con dureza hasta que grites mi nombre, desesperada.

—¡Sí, joder!

Lo despojo de sus pantalones y del bóxer para acariciarlo en toda su longitud, como a él le gusta. Está muy excitado y mis manos consiguen arrancarle gemidos y gruñidos. Se deshace de mi tanga a una velocidad récord y me levanta a peso para llevarme hasta la cómoda, donde me sienta antes de levantarme la falda y penetrarme sin preámbulos. La sensación de sentirlo deslizarse en mi interior es gloriosa. Gimo. Él me invade rápido, sin contenerse, y yo me deshago entre sus manos, lo impelo a ser todavía más rudo. Sus palabras guarra no dejan de oírse mientras me folla con rudeza. Enrosco mis piernas en su cadera para obligarlo a aumentar el ritmo. Es una sensación increíble. Mi orgasmo se forma con rapidez e irrumpe en mi cuerpo para elevarlo hasta más allá del universo.

—¡Dios, Gon! —grito en medio de las oleadas de placer—. ¡Oh, joder!

Me sigue con bastante celeridad, empuja más fuerte y se vacía en mi interior entre gruñidos y gemidos. Sus dientes se apoderan de mi hombro para mordisquearlo entre jadeos de placer. De

repente, el timbre de la puerta principal nos sorprende y precipita el final.

—¿Esperas a alguien? —Gonzalo sale de mí con rapidez, se limpia y se viste sin dejar de mirar la puerta con ansiedad—. Qué raro. Vístete, iré a ver quién es.

El timbre vuelve a sonar.

—Para mí no es, ni siquiera debería estar aquí. —Me dirijo al baño cargando con mi ropa. ¿Quién puede ser a esta hora? Mi padre y Blanca han llevado a los mellizos a una fiesta infantil, no tienen previsto aparecer hasta dentro de dos horas, y tienen llave. No tenemos reserva en el japonés hasta las nueve... Y nadie suele venir a esta hora a casa...—. Quizás es algún vendedor o algo por el estilo.

—Voy a averiguarlo —susurra—. Espérame aquí, volveré para continuar donde lo hemos dejado.

Sale de la habitación completamente vestido, aunque su aspecto no está del todo cuidado. Me repiquetea el corazón a toda potencia. Me limpio, me visto y me arreglo el peinado con la respiración bastante agitada. Tengo las mejillas arreboladas por el sexo, los labios hinchados y una mirada brillante. Al mirarme al espejo me enfrento a mi aspecto. Sonrío. Con Gonzalo siempre es muy intenso, aunque sea solo un «aquí te pillo, aquí te mato». Agudizo el oído para intentar averiguar quién está en casa, extrañada de que Gon tarde tanto, pero no oigo nada, mi habitación está bastante apartada del recibidor y bien aislada. Frustrada, me miro una última vez al espejo y salgo al pasillo descalza. Suelo caminar así por la casa, sobre todo en verano. Al acercarme al salón la voz enfadada de Gon me llega con claridad. Está reprendiendo a alguien con dureza, muy molesto.

—Vístete, joder. —Esas dos palabras me ponen en alerta—. No tengo ni idea de por qué llevas ese conjunto de lencería tan sexy ni cuáles son tus intenciones ocultas, pero te has equivocado de tío. —Sube el tono de voz—. ¡Tengo novia! ¡Y tú lo sabes mejor que nadie! ¿De qué narices va todo esto? ¿Qué buscas?

Mi corazón se acelera al acercarme a la puerta. Temo lo que me voy a encontrar porque lo poco pronunciado por mi chico me da unas pistas muy dolorosas. Las impactantes conclusiones a las que llego me golpean con saña. Solo hay una persona con la suficiente información para ser la receptora de esas duras palabras. Y si es ella, si me encuentro con Sara tentándolo, si es cierto, si me ha traicionado...

—¡Hija de puta! —grito al entrar y descubrirla cerca de mi novio con intenciones nada honestas—. ¿De qué vas?

Me aguanta la mirada con altivez, aunque sus ojos tienen un poso de tristeza. ¿Dónde está el cariño de mi amiga? ¿La lealtad? ¿Nuestro código? ¿Su ética?

—Gonzalo me ha citado aquí para follarme —espetea con vergüenza en la mirada, como si no estuviera segura de hablarme así, pero sin detenerse—. Tenemos una aventura.

Las lágrimas deciden escaparse de mis ojos con rapidez. En ningún momento dudo de mi chico, quien se acerca a mí para establecer un frente unido. Sabe que no requiere decirme nada para que lo absuelva. Sigue vestido, con tensión en el rostro, y lo he escuchado rechazarla con

claridad. Confío mucho en él. Por eso me coloco a su lado sin atisbo de vacilación y me enfrento a Sara con el corazón destrozado.

—¿Por qué haces esto? —inquiero con heridas sangrantes en el corazón.

No contesta. Recoge su vestido del suelo y sale de la casa sin dejar escapar ni un pedacito de su voz, con dignidad. Me derrumbo en brazos de Gonzalo al darme cuenta de lo que acaba de pasar. He perdido a mi amiga y no entiendo la razón.

—Quizás estaba borracha —aventura él.

—La has visto. —Niego con la cabeza—. Ha bebido un poco, pero era consciente de sus actos. Sara no es así, ella no hace estas cosas. —Hablo cada vez más destrozada—. O como mínimo no las hacía. —Mis lágrimas arrecian—. Está claro que nunca conocemos del todo a las personas.

Los brazos protectores de Gonzalo me rodean el cuerpo y su calor es lo único que me salva de desmoronarme. Soy incapaz de darle una explicación al comportamiento de Sara. ¿Cómo puede una persona a la que crees conocer sorprenderte de esta manera? ¿Acaso no me ha mostrado su verdadera cara todos estos años? ¿Todo ha sido una mentira?

No paso buena noche. La cena prevacacional con la familia en un restaurante japonés de renombre de la ciudad debería animarme, pero no lo consigue, no puedo dejar de pensar en Sara, en su actuación, en cuáles han sido sus motivos. A la hora del postre los descubro y mi corazón se rompe en mil pedazos. La conversación de la mesa se vuelve tensa cuando Blanca nos muestra las notificaciones de su teléfono y se enfrenta a Gonzalo. En las redes de Sara han aparecido unas fotos retocadas de esta tarde donde parece que hay algo sexual entre ellos. Las imágenes se han hecho virales en un tiempo récord y ahora casi todos los medios de cotilleos se hacen eco. Me duele la situación, la discusión entre mi novio y el resto de la familia, las palabras, las repercusiones, pero mi mayor herida es haber perdido a mi amiga, revelar hasta dónde la gente es capaz de llegar para alcanzar la popularidad.

24

Gonzalo

No hay nadie en la sala dedicada a probar el MAP. Hace media hora la oficina se ha quedado vacía y solo quedo yo en el recinto. Llevo cuatro semanas viviendo un idilio con Gia, y no dejo de estar acojonado por si Eva decide aparecer para joderme la vida. Hemos avanzado mucho en la programación del MAP, en los diseños de los personajes, en las ideas. Compartirlo todo es la base perfecta para construir un programa sólido, muy nuestro, y de apostar todo para construir una relación consistente, sin secretos, mentiras o dolores pasados. No he dormido solo ni una noche. Por fin hemos conseguido una estabilidad, vivir lo nuestro sin miedo a mostrarnos en público, sin escondernos del mundo, sin opacidades. La he llevado a cenar, al cine, a pasear por los viñedos cercanos, por los campos de olivos, por la finca, por Florencia, a la playa, a recorrer la Toscana... Hemos compartido desayunos, cama, sexo, conversaciones perfectas, risas... Y hemos pasado muchas horas recuperando el tiempo perdido, tanto en la parte física como en la de compartir nuestras vivencias de estos últimos cinco años separados. Mentiría si dijera que todo ha sido un cuento de hadas, entre nosotros todavía hay algunos escollos, recuerdos tristes, instantes punzantes. Mis secuelas de un matrimonio tóxico siguen ahí, al igual que sus recelos por cómo ocurrió todo, por ese final abrupto que tuvimos. Sin embargo, la determinación dirige nuestras acciones, junto con nuestro amor incondicional, inmenso, real, tangible.

Hoy Gia no ha venido a la oficina y estoy un poco apenado por su ausencia, aunque la comprendo. El estudio de tatuajes cerrará a partir de mañana durante cinco semanas por vacaciones y Gia ha preparado una despedida por todo lo alto junto a sus leales empleados. Kayden está de un humor agriado desde la partida de Patry a Barcelona, se ha peleado a menudo con Gia; su forma de actuar es taciturna, apenas se relaciona con nosotros o con el resto de la pandilla. Es como si se hubiera encerrado en él mismo. Gia quiere suavizar las cosas antes de que él vuele a un destino indefinido para pasar las vacaciones —no es demasiado comunicativo en ese sentido y a veces me da miedo escarbar para descubrir qué oculta, porque hay algo turbio en él, en su estado de ánimo, en sus constantes desapariciones, en su forma de comportarse. Ojalá supiera qué esconde—. Pero Kay no parece receptivo a los esfuerzos de mi chica, y eso la entristece mucho. Durante cuatro años han sido amigos, socios, compañeros. Y sí, quizá lo de Patry sea un punto de divergencia entre ambos, pero no entendemos por qué ha de separarlos de esta manera tan radical. Ella espera que la despedida de hoy sirva para acercarlos de nuevo, para hablar, para deshacerse de los malos rollos. Algo me dice que no lo conseguirá.

A partir del lunes Gia se dedicará por completo a nuestro proyecto, pasará las horas laborables junto a mí en la oficina y pondrá su talento al servicio de nuestro MAP. Deseo tanto tenerla aquí

a todas horas, atraparla por sorpresa en algún rincón para tentarla, besarla, tocarla, entrar en ella... Mi deseo por ella es constante, no me sacio, nunca tengo suficiente, me provoca de una forma desquiciante. Siempre ha sido así entre nosotros, tenemos una química inagotable. Suerte que al fin puedo explorarla.

Entro en la habitación dispuesto a probar la escena completa que hemos terminado esta semana. Desarrollar un programa de estas características requiere muchas horas de dedicación, años de trabajo, un equipo potente y precisión. Mi puesto como CEO de la empresa me retiene demasiado, pero siempre le hago un hueco a mi preciado MAP, y sí, lo admito, durante los últimos cinco años he trabajado en el programa en secreto, he diseñado los trajes hápticos con ahínco para superar los obstáculos y he guardado la programación en una nube supersecreta donde ahora recurro sin explicarle la realidad a nadie, ni siquiera a Gia. Mientras nos manteníamos separados, perseguir el sueño del MAP era mi forma de sentirla cerca, la única protagonista de las fantasías plasmadas en mis intenciones era ella, sus anotaciones en la libreta, su recuerdo. Por eso avanzamos más deprisa de lo planificado en mi Gantt.

Me desvisto para ponerme el traje háptico diseñado para la parte del juego que quiero probar. Estoy deseando tener a una Gia virtual al otro lado. Tras mucho insistir, ella cedió en diseñar una GeGe con sus rasgos, pero con la promesa de usarlo solo yo. Mi segunda piel de esta tarde está pensada para un hombre, tiene la zona de los genitales al descubierto para acoplarle un juguete preparado para masturbar en el momento preciso. La programación enlaza con él y el traje para sincronizarlos con las imágenes, y eso le concede realismo a las escenas. No tardo en ocupar la cama, boca arriba, con las gafas puestas y la excitación máxima recorriéndome el cuerpo. Hace muchos años que ideamos esta secuencia, no veo el momento de experimentarla en mi propia piel.

Inicio el juego. Con los ojos bien abiertos aparezco en una realidad alternativa. Estoy en una fiesta muy concurrida de la alta sociedad —he elegido «gala» entre varias otras posibilidades, aunque la mayoría todavía no están programadas. Una de las máximas del MAP es ofrecer opciones adaptadas a todos los gustos, y de celebraciones las habrá de todo tipo, presupuesto, fastuosidad y depravación—, hay un montón de gente elegante bailando, charlando y tomando canapés sofisticados a mi alrededor. Es una recepción de alto postín, los presentes visten con trajes de noche carísimos, las mujeres compiten en la liga de la moda y el estilismo, pero mis ojos solo ven a una. Gia. Con un vestido rojo muy escotado de la espalda, largo hasta los pies, una raja en la pierna izquierda que deja la piel al descubierto hasta el muslo. Los zapatos de tacón altísimo me ponen a tono, junto a los labios pintados de carmín, a juego con la tela del vestido... El traje háptico me produce unas sensaciones en el pectoral al activarse esa parte como caricias.

Me acerco a ella en el juego y, cuando se gira, mi mundo se derrumba. No es la verdadera Gia, pero me da igual, es como si la viera a ella, como si saber que ese GeGe es su representación me endurece al instante. Una de las características de este juego es la capacidad de interactuar con él a dos bandas. Está pensado para amantes separados por la distancia, para otros anónimos, para que puedas usarlo solo o en pareja, incluso para compartir tu placer con una persona desconocida

que se una al juego en la red —aunque de momento solo está instalado en la red interna—. Hay unos comandos predeterminados, unas elecciones posibles a través de un mando que llevo en la mano. Activo la de hablar con ella unos segundos, pero algo sale mal porque la Gia de la otra dimensión me agarra de la mano y me lleva hacia un rincón. Tardo unos segundos en procesar que es ella quien me susurra unas palabras en el oído: «soy yo, tu Gia, usando la copia que me instalaste en el estudio. Estoy sola, mojada y lista para ti». Sonrío porque queda claro que los dos hemos tenido la misma ocurrencia a la vez.

Nos apartamos un poco de la gente para ocultarnos tras una maceta con una planta enorme. Sus manos me repasan el cuerpo y activan los sensores del traje. Es más intenso de lo previsto y enseguida sube mi temperatura corporal. Esta parte del juego la diseñé para los exhibicionistas, tiene morbo, uno basado en estar rodeado de personas ajenas a nuestras actividades mientras nos metemos mucho más que mano. La Gia del MAP me besa con pasión. El traje háptico dispara los sensores del pecho para producirme descargas de placer, como si fueran sus manos las que me tocaran. En la realidad virtual donde me encuentro ella me toca en los puntos donde siento el hormigueo placentero. Estoy duro, preparado para el siguiente nivel, anhelante. Me conozco la escena, la he diseñado fiel a mis fantasías, y la he dotado de la posibilidad de elegir entre varias iniciativas. Le dejo a Gia tomar el control. Y ella se decide por desabrocharme los pantalones con rapidez, como si la avidez la quemara y no pudiera aguantar las ganas de mí. Respiro en resuellos, ansioso por sentirla.

El juguete que tengo en la pelvis entra en contacto con mi miembro, lo masajea como si fuera la mano de Gia rodeándolo. Las mías de la pantalla le suben el vestido para recorrer su humedad. Escucho sus gemidos, los de verdad, el juego está diseñado para oír a tu pareja en tiempo real. Ella jadea, suelta ruiditos excitados mientras mis dedos virtuales se adentran en su sexo, lo recorren y masajean el centro neurálgico capaz de hacerla explotar. Ella tiene su propio artilugio para tocarla en los mismos sitios que muestra la pantalla, con el movimiento circular que tanto le gusta. Es como si la tuviera aquí, como si la distancia no existiera, como si esa interacción en el juego existiera en la realidad. Su orgasmo se sincroniza con mi programa gracias a los sensores del traje háptico. No fue sencillo programar esta parte, pero han valido la pena las horas dedicadas, porque es impactante.

Mi yo digital la levanta para apoyarla en la pared. Ella me muerde en el cuello, como suele hacer en la vida real. Soy tan friki que hasta he imitado esa parte en el MAP. Entro en ella de una estocada, sujetándola a peso contra la pared. El traje me lanza algunas descargas en los brazos para imitar la fuerza de sujetarla mientras me muevo dentro de ella y mi juguete se adapta al ritmo de la recreación. Fuerte, rápido, profundo. Mis embistes se acompañan de un movimiento incesante del aparato diseñado para mi placer, dándole realismo al acto. Sus sonidos son música ardiente para mi cuerpo, los míos se reproducen a toda potencia, fieros, desbocados. Estoy cerca, los músculos de mi pelvis se contraen, siento el estremeciendo previo al clímax, casi he llegado, casi se desborda. Entonces ella se deja ir, grita mi nombre, se deshace en el éxtasis. Y yo la sigo con gemidos muy álgidos, tocándola con los guantes especiales, agarrándola más fuerte, penetrándola hasta el fondo.

El programa solo me permite verla un último segundo antes de pararse. Porque no he llegado más lejos en la programación, le falta mucho, solo es la primera escena completa de muchas más. Sus ojos se han quedado quietos, mirándome, con una expresión muy parecida a la suya de verdad. Me quito las gafas, con la mente enredada en lo acojonante que ha sido, sonriendo, feliz. Si conseguimos este grado de realismo en todo el juego, triunfará. Porque he logrado sentirla a mi lado, tocarla a ella, hacerle el amor y no notar su ausencia en la realidad.

El móvil suena en la mesilla. Alargo la mano para agarrarlo sin quitarme nada más que uno de los guantes. Es una videollamada de Gia. La veo al otro lado de la pantalla, con su traje háptico, las mejillas sonrojadas, la mirada brillante y un mohín emocionado. Sonrío como un bobo, feliz de tenerla conmigo, de haber superado los escollos y poder caminar juntos hacia el futuro, de estar construyendo el MAP unidos.

—¡Acojonante! —grita solo al descolgar—. ¡Bua, Gon! ¡Ha sido flipante! Nos vamos a forrar con este juego. —Se muerde el labio y me guiña un ojo, coqueta—. Aunque... ¿Y si me esperas ahí sin ropa? Podríamos repetir en vivo y en directo.

—¡Eres insaciable! —Rompo a reír y ella me sigue.

—Contigo es imposible reprimirse. —Junta los labios para lanzar un beso hacia la cámara del móvil—. Y después de esta experiencia extrasensorial, quiero una táctil, real, verdadera. Así que desnúdate porque en media hora estoy ahí. —Le cambia un instante el semblante—. La fiesta está muerta, Kayden ha durado veinte minutos, con una cara de muermo que te mueres... Y los otros se han ido hace un rato. —Suspira—. Tengo la sensación de que Kay esconde demasiado. —Otro suspiro—. En fin... —Sus labios se arquean hacia arriba con sensualidad—. Esta experiencia del MAP ha superado todas mis expectativas. No tardaré en estar ahí para una ronda en vivo y en directo. —Me manda un beso—. Hasta ahora.

Mi sonrisa sigue intacta cuando cuelga. Me limpio para después deshacerme del traje y el juguete. Guardo las gafas en su estuche, desconecto el juego y me estiro en la cama a la espera de su llegada, solo tapado un poco por la sábana. Nuestro apetito sexual es insaciable, siempre está a punto de atraparnos, sin atender al lugar ni al momento. Gia es como una bomba sensual, tiene una potencia imprevisible y solo imaginarla acercándose a mí para tocarme me excita. El tiempo pasa y cuando hace más de cuarenta minutos de la llamada empiezo a impacientarme. ¿Dónde se ha metido? Como si la conjurara, la puerta se abre de par en par. He dejado la habitación en penumbra, está pensada para las pruebas del MAP, donde el sujeto está en otro mundo, por lo que la decoramos muy funcional, sin demasiadas florituras románticas ni nada por el estilo, por eso tardo un poco más de la cuenta en descubrir quién acaba de entrar, y mi sonrisa se congela. La miro con una rabia absoluta.

—¿Qué coño haces tú aquí? —Me muevo hacia el perchero para hacerme con mi ropa. Necesito vestirme cuanto antes para enfrentarme a ella, no lo haré desnudo.

—Esas no son maneras de recibir a tu mujer. —Eva se deshace de su vestido veraniego de marca para quedarse en ropa interior muy sexy—. No te vistas, cielo, estás perfecto para lo que he venido a buscar. —Se acerca a mí contoneando las caderas. He logrado ponerme el bóxer para tapar mi desnudez. Me coloco la camisa abierta, pero ella tiene suficiente rapidez para deslizar

sus dedos por mi torso—. He venido dispuesta a todo para follarte sin parar. Y te voy a castigar por tu desafío.

—Ni en tus mejores sueños. —La detengo agarrándola por la muñeca y apartando su mano de mí—. Lárgate. Aquí no eres bienvenida.

Su sonrisa sagaz me irrita más todavía. A pesar de la insistencia de mis abogados, Eva lleva semanas eludiendo la demanda de divorcio, no quiere atenderla ni negociar. Se niega a hablar siquiera de ello y, en el fondo, llevaba un tiempo esperando su aparición. No es de las que se rinden. Me ha bombardeado a llamadas desde mi partida de Barcelona, ha intentado acceder a mi madre para disuadirme, incluso ha hablado con varios de los directivos de mi empresa para ponerlos en mi contra y boicotearme lo suficiente para obligarme a volver a casa. Pero antes de marcharme conjeturé la mayoría de sus posibles movimientos y me adelanté a ellos. Imagino su frustración al encontrarse con continuos fracasos. Supongo que por esto está aquí, para un último y desesperado intento antes de claudicar. Porque la justicia sigue su curso y, de una manera o de otra, el divorcio será una realidad antes de lo que se cree. Aunque su mirada no augura nada bueno y me hace estremecerme.

—¿Sabe tu puta que no estás divorciado? —suelta con malicia—. ¿Que sigues atado a mí legalmente?

—Gia es mi pareja —respondo sin atender a su provocación. Me coloco los pantalones manteniéndome a una distancia prudencial de ella—. Jamás ha dejado de serlo. Tú solo ocupaste un puesto insignificante en mi vida, y lo hiciste obligándome. Me dabas tanto asco que solo compartí tu cama cuando me tocaba y jamás pensé en ti. Cada vez que me metía en tu interior imaginaba a Gia, porque ella es mi verdadera mujer, no tú.

—¡Hijo de perra! —Se acerca a mí para intentar asestarme una bofetada, pero le agarro la mano a tiempo y la sujeto con fuerza. Cuatro años y medio de matrimonio me han dado el suficiente conocimiento de su forma de actuar como para verla venir—. Vas a lamentar cada una de tus palabras.

—¿A qué has venido? —inquiero aguantándole la mirada.

—A por ti —suelta con desafío—. Y no me iré sin mi trofeo. Gia no se lo quedará, renunciará a ti, te abandonará, entenderá que eres mío. Porque a mí nadie me planta.

Sus ojos brillan con una desquiciante malicia, como si supiera algo que a mí se me escapa. No tengo ni idea de qué puede ser, pero está claro que tiene una estrategia guardada bajo la manga, una última carta desesperada, preparada para ganar el juego, esa que lleva dominando nuestras vidas desde hace tiempo. Una descarga de miedo se desata en mi interior. ¿Y si todo cuanto he intuido hasta ahora es cierto? ¿Y si ha planeado algo capaz de destruir lo mío con Gia? ¿Y si de verdad gana otra vez? Ya me rendí hace cinco años, ante la evidencia de la debilidad de mi madre. En vez de luchar, decidí boicotear mi felicidad y entregársela a esta arpía durante demasiado tiempo. En esta ocasión estoy dispuesto a pelear hasta mi último aliento. No le permitiré ganar sin presentar batalla, sin mantenerme firme, sin anteponer a Gia a cualquier contingencia. Mientras ella esté a salvo, nada me alejará de sus brazos.

—No sé qué planeas, Eva. —Aprieto más los dedos en su muñeca—. Y, la verdad, me da igual.

Porque Gia y yo nos queremos, somos fuertes, tenemos una relación de toda la vida y nada nos separará. Jamás.

Se ríe a carcajadas. Está tan segura de ella misma... El miedo me agarrota el estómago, porque Eva tiene la capacidad de idear estrategias retorcidas para conseguir sus objetivos, la conozco lo suficiente para temerme lo peor de su parte. Pero me mantengo firme. Hablaré con Gia antes de permitir que esta capulla nos hiera de nuevo. No le permitiré destruir mi vida nunca más, no le daré más poder sobre ella ni le mostraré ni un ápice de debilidad. Le suelto la muñeca, camino hasta su vestido y se lo tiendo.

—Vístete —digo antes de atravesar la puerta para salir a la sala vacía de los ordenadores. Gia ya debería estar aquí, no entiendo por qué tarda tanto, ¿acaso Eva tiene algo que ver?

Ese último pensamiento me atrapa con ansiedad. Debo confiar en ella, mantener la cordura, no permitir que el juego sucio de Eva me alcance. He sido transparente con Gia durante este mes, le he contado todas mis medidas de contención contra Eva, cada una de sus llamadas, le he mostrado todos sus mensajes, incluso la he puesto en contacto con mi abogado por si quería asegurarse de alguna parte legal del divorcio o del contrato prematrimonial. Le he dado acceso a todo. Y le he relatado mis años de matrimonio, cada una de las degradaciones de mi mujer, sus juegos sucios, sus tretas. Porque ella se merece total confianza y estoy decidido a contestarle a cualquier pregunta.

—Tu amante está a punto de romperte el corazón, y lo voy a disfrutar mucho —anuncia Eva al salir de la habitación vestida—. Espera un momento y verás.

Como invocada por esas palabras, Gia irrumpe en el lugar con lágrimas en los ojos y una furia desbocada en su mirada. Empiezo a temblar al enfrentarme a su determinación, una cargada de dolor.

—Hemos acabado —suelta Gia sin darme tiempo a procesarlo—. A partir de ahora trabajaré en el MAP desde casa. No quiero volver a verte nunca más.

¿Qué ha pasado en los últimos cuarenta y cinco minutos? ¿Cómo es posible que después de nuestra interacción en el juego y de su llamada melosa ahora la tenga enfrente hecha una furia? ¿Capaz de dejarme? Le lanzo una mirada de odio a Eva, quien muestra su triunfo en su asquerosa expresión. Y me desmorono. Es como si todo se derrumbara a mi alrededor, como si ya no pudiera respirar. Porque no puedo perder a Gia para volver a las garras de una mujer desquiciada. Si ella me abandona, si es cierto, si Eva ha vuelto a jugármela...

25

Gia

Doy un paso atrás cuando Gonzalo se acerca para intentar convencerme de que me quede a su lado, de que retire mis palabras. Si quiero que esto funcione, necesito ganar algo de tiempo antes de cambiar mi versión. No puedo ceder, es importante mantener mi coraza hasta sentir cómo mi móvil vibra en el bolsillo o no conseguiré llevar a buen término el plan, y eso sería inaceptable. Lo miro con ansiedad, busco en mi interior los sentimientos desbocados que me ha provocado el mensaje recibido en el móvil tres minutos después de colgarle a él y las confesiones que han venido a continuación de labios de quienes menos esperaba. Me ha dolido mucho descubrir cómo Eva es capaz todavía de mover los hilos para destrozarnos, cómo puede esta mujer tener en sus manos tantísimos recursos, cuánto tiempo lleva planeando este golpe de efecto. Está enferma, de verdad, debería ser objeto de análisis por parte del equipo de *Mentes criminales*. Pero ahora no es momento de ponerme a considerar la situación, en poco tiempo todo se ha desmoronado, hay mucho en juego y he de mantenerme firme, seguir avanzando hacia una única meta. Porque no voy a venirme abajo ahora y conseguiré ganar la guerra. Estoy lista para salir vencedora.

—¿Qué pasa, Gia? —La voz rota de Gon me angustia. Ojalá pudiera proceder diferente, pero la situación requiere una actuación a la altura, y él ha de resistir un poquito.

—Te lo acabo de decir —insisto. He de encontrar algo convincente, un argumento sólido para herir a mi chico y hacerle creer a Eva que ha logrado su objetivo. Solo es necesario alargarlo un poquito más, aunque sea a costa del sufrimiento momentáneo de Gonzalo. El fin justifica los medios, ¿no? Me lleno de valor, de energía, de decisión. Sé que estoy a punto de golpearlo con fuerza, pero no me queda otra opción si aspiro a derrotar a la capulla número uno de mi vida. Ha de verlo desmoronarse de verdad, aunque solo dure unos minutos. Aprieto los puños para obligarme a no llorar, a no perder la fuerza, a asestarle una estocada mortal sin sentirla de verdad —. Mírate, suplicando como un niño —ahí voy, a cumplir cada una de las especificaciones del mensaje de Eva, a hundirle un puñal en el corazón. Solo espero que cuando le cuente la realidad, me perdone—. ¿De verdad te has creído que quería volver contigo? Todo ha sido parte de mi plan de venganza por jodernos la vida a mí y a nuestros hermanastros. —La mentira me escuece en la lengua, y más al enfrentarme a su desolación—. Sabía que aparecerías por aquí para intentar recuperar una relación inexistente, conocía las estipulaciones de ese contrato de mierda que firmaste con Eva, ella misma me lo contó hace unos meses. Y hoy me ha avisado de que venía, por eso me he conectado al MAP para una última vez. Porque de eso se trata, Gonzalo. De no volver a estar juntos.

No tiene ningún sentido lo que estoy diciendo. Necesito ser más creíble porque hemos pasado cuatro semanas de ensueño, me conoce y esta mierda de explicaciones carecen de base. Pero ¿cómo quiere Eva que le rompa de verdad el corazón? ¿Cómo, si lo nuestro es cierto? ¿Si nos queremos de una manera desesperante? No estoy capacitada para parecer verisímil, se me da fatal mentirle a Gonzalo, interpretar el papel de capulla —joder, teléfono, vibra ya— cuando mi único deseo es lanzarme a sus brazos para contarle las revelaciones de estos últimos cuarenta y cinco minutos. Eva chasca la lengua, disgustada. Está claro que nadie se cree la actuación desastrosa que estoy representando.

Todo se ha desmoronado en cadena. Primero he recibido el mensaje de Eva, la amenaza real de destrozar a mi familia, las pruebas irrefutables contra Gonzalo, unas que no me he creído, a pesar de su apariencia de reales. Después ha aparecido mi pasado, uno que creía muerto y enterrado. En una carrera a contrarreloj, he descubierto el complot de Eva, su astucia a la hora de armar una trama digna de película, cada uno de sus movimientos, y he delineado una parte importante de su plan. Apenas he contado con tiempo de procesarlo, de saber cómo salir de esta, de tomar las riendas de la situación. Sin embargo, aquí estoy, con la determinación a acabar con esta mujer, aunque para lograrlo he de destrozar a quien más quiero. La mirada de Gonzalo está teñida de dolor e incompreensión. He venido dispuesta a hacerlo bien, a decir algunas barbaridades absurdas para hacer creer a Eva que ha ganado antes de retroceder y arrancarle la verdad, una capaz de librarnos de sus garras manipuladoras. Pero me está costando un mundo.

—Eres patética —me espeta ella con rabia—. No eres capaz ni de parecer un mínimo de creíble.

La confusión se apodera de Gonzalo. Está a un paso de mí, lo da y me agarra por la cintura para acercarme a su cuerpo. El mío se llena de chispazos, estremecimientos, deseo. Incluso en esta situación, la química entre nosotros es fiera, intensa, potente. Y sé que encontraremos una manera mejor de luchar, que podemos vencer a Eva unidos.

—¿Qué pasa, Gia? —pregunta mirándome con desesperación—. No entiendo a qué viene todo esto. ¿Te ha hecho algo? ¿Es eso? ¿Te está intimidando de alguna manera?

—Sí —admito con una sensación de liberación porque acabo de sentir la vibración de mi móvil y, a pesar del resoplido de Eva, de su amenaza implícita en él, lo saco del bolsillo y se lo muestro a Gonzalo—. Lleva muchos años haciéndolo. No puedes ni imaginarte hasta dónde ha llegado para tenerte cogido por los huevos. Mira.

Durante unos minutos solo se escuchan los resoplidos de Gonzalo mientras repasa la información contenida en el mensaje que Eva me ha mandado hace un poco menos de una hora. Ella se mantiene impassible, con una paciencia que no suele mostrar. Su sonrisa se ensancha, satisfecha con ella misma. Y a mí me dan ganas de lanzarme a su yugular para rebanársela.

—Pensabas chantajearla para que me dejara. —Gonzalo me devuelve el aparato y camina hacia ella con pasos furiosos—. Ya utilizaste una vez a mi madre, y ahora has vuelto a tirar del mismo hilo para joderme la vida. ¿No te cansas de ser tan cabrona? —Se planta a dos centímetros de ella, intimidándola—. Me das asco, Eva. Puedes intentar separarme de Gia, joderme tanto como quieras, pero jamás me tendrás. Prefiero la cárcel que a ti.

—Volverás a casa conmigo —responde ella con decisión. Tiene un concepto muy desvirtuado del bien y del mal, una forma de actuar viciada por su visión distorsionada de las relaciones, y solo quiere ganar. Gonzalo no significa nada para ella a nivel emocional, es incapaz de amar, sin embargo, va a luchar por él hasta el final—. Si no vuelves conmigo y te metes en mi cama cada noche, te destruiré sin despeinarme.

Está desquiciada. No hay otra manera de llamar a su comportamiento. Pero lo peor es que esas pruebas existen y, a pesar de nuestros deseos de cambiar las cosas, puede cumplir sus amenazas. Y más si analizo lo que me han contado hace escasos minutos las dos mujeres que esperan en mi estudio de tatuajes. Solo tenemos una salida, de esas desesperadas, y apenas he contado con unos minutos para prepararme, pero voy a lograr deshacerme de la arpía como me llamo Gia, ya está bien de dejarla ganar sin prestar batalla. Mi plan de última hora ha de salir bien, debo confiar en él.

Gonzalo le aguanta la mirada en silencio, supongo que está buscando cómo responderle.

—Me has llamado patética —intervengo a la espera de picarla—. Pero la única que ostenta ese título eres tú, Eva. —Mi chico se aparta de ella para acercarse a mí—. Te obsesionaste con Gonzalo hace años, luchaste como una loba para tenerlo, utilizaste a personas inocentes, te aprovechaste de ellas en sus peores momentos, pero te olvidaste de lo más importante. —Ella me devuelve la pulla con una expresión desafiante—. Puedes casarte con él, mantenerlo atado a ti legalmente y hacernos a todos infelices. Incluso has logrado guardarte este as bajo la manga para atacar una vez se ha terminado el vencimiento estipulado en el contrato y tras intentar algunas otras maniobras sucias para retenerlo. No entendía por qué no te opusiste a ese maldito plazo hasta hace un rato, te creías capaz de ganar en cualquier momento por esas pruebas de mierda y por eso no luchaste en una batalla que tenías ganada de antemano. Pero es igual hasta dónde llegues, porque jamás conseguirás su amor. No es algo que se pueda exigir ni obligar a sentir, aunque alguien como tú no pueda entenderlo.

—Eres tan imbécil —suelta con su impaciencia habitual—. ¿Te crees que vas a enternecerme con esas palabras? ¡Me la suda si me quiere o no! —Sonríe—. Gonzalo es mío, y no permitiré que nadie me lo arrebate. Eso es todo.

En su cabeza debe ser así, porque no posee la capacidad de desarrollar sentimientos. Inspiro con fuerza, la tengo donde quería. Necesito recurrir a todo un arsenal de trucos para hacerla perder los nervios y estallar. Es una mujer que se rige por sus patrones racionales, por los planes trazados a conciencia. Pero peca de impulsividad cuando se cabrea. Y ahora he de subir su nivel de ira hasta la estratosfera.

—Pues vas a tener que llegar hasta el final esta vez —anuncio—. Demostraremos que esa información está falseada. Encontraremos más trapos sucios en tus dispositivos, te destruiremos. Porque me queda claro de quién es la mano ejecutora de esas pruebas.

No es la primera vez que Eva usa sus malas artes para chantajear a alguien. Es una criminal, y como tal la voy a tratar. Gonzalo empalidece al entender el alcance de mis palabras. A mí me perforan el alma como si fueran la punta de un puñal. Pero no me vendré abajo ahora, ya tendré tiempo de llorar cuando esta bruja esté arrestada. Porque ese es mi objetivo a corto plazo, meterla

en la cárcel y tirar la llave. Detener su escalada de crímenes. No tengo una lista detallada de ellos, ni siquiera Gonzalo la posee, Eva es inteligente y ha estudiado la suficiente informática para mantener sus secretos a salvo. ¡Si incluso trabaja en una empresa de ciberseguridad! Sin embargo, no requiero demostrar los otros crímenes para encerrarla. Con este me basta. Y cuando la adrenalina me abandone, me dolerá la confrontación a él.

—Se lo mandaré todo a la policía y a los medios —insiste sin perder la determinación de la mirada—. Y no solo perderás tú, Gonzalo. ¿Te imaginas cómo le afectará a tu madre este giro de las circunstancias? ¿Cómo la herirá? —Le dedica una mueca desafiante—. ¿Estás dispuesto a que vuelva a intentarlo? Esta vez podría lograrlo...

Él gime somatizando el alcance de las palabras de Eva. Pero yo sonrío. Esta vez tengo la réplica perfecta en la punta de la lengua, y me hace feliz ganar, aunque sea un asalto.

—Tu madre lo sabe todo —anuncio—. Fue el chantaje de Eva lo que la llevó al borde del suicidio, quería salvarte. Pero la capulla de tu mujer fue más rápida y lo impidió logrando que la encontraras a tiempo.

—¿Cómo podía protegerme muriendo? —pregunta Gonzalo desconcertado—. Las pruebas de Eva son determinantes. Su muerte no servía de nada.

Inspiro con fuerza para destensarme un poco. Ahora me toca compartir con él la confesión de Blanca, una que me ha dejado atónita hace poco y todavía no he procesado.

—Había una nota de suicidio donde se hacía responsable de todo, incluso de falsear algunas de las pruebas —explico—. Tu madre la escribió en el ordenador para que la recibieran todos los medios una vez lograra su objetivo. Pero Eva la detectó a tiempo porque tenía su PC monitorizado.

—¡Joder! —Gonzalo se tapa la cara con las manos un segundo, con ansiedad. Me habla a mí, como si la cabrona de Eva no estuviera y necesitara aniquilar su presencia para retroceder en el tiempo—. Fui a casa porque Eva me llamó para asegurarme que había visitado a mi madre y la había visto muy mal, a punto de cometer una locura. Parecía preocupada por ella —relata—. Y cuando llegué al cuarto de baño y la encontré... Le expliqué la llamada de Eva y se puso histérica. Yo lo achaqué a la situación, a su estado, pero ahora lo veo desde otra perspectiva...

—El cerebro muchas veces obvia esas cosas —interviene Eva con suficiencia—. Blanca entendió entonces que mis amenazas iban en serio. Y por eso se avino a mis exigencias. —Su sonrisa de sobrada me despierta unas ganas intensas de borrarla de un puñetazo—. Tenía la vida de su hijo en mis manos, no podía actuar de otra manera. —Me mira—. También la obligué a que te mostrara odio.

—No quería que me acercara a ti, Gia —comenta Gonzalo con una inquietante ansiedad en la voz—. Fue tan duro... Estaba destrozada y angustiada, lloraba sin parar, parecía tan asustada... Me habló tan mal de ti... Era como si te atribuyera todo cuanto había pasado, como si Luigi hubiera muerto por tu culpa. —Crispa la cara con ansiedad—. Ni te imaginas lo que llegó a decir. Y entonces se empeñó en que me casara con Eva. Fue tan insistente...

Cuando Gon me anunció sus planes hace cinco años, me pareció un comportamiento muy extraño. Blanca nunca se había entrometido demasiado en nuestras relaciones personales, era una

persona más bien abierta en ese sentido. No acabé de entender por qué supeditó su curación a una boda de Gonzalo y Eva. Siempre he creído que había gato encerrado. Y esta tarde he descubierto mi acertada intuición.

—Eva se acercó a tu madre con un único propósito —explico ante la amenazadora mirada de ella. Parece expectante, como si quisiera descubrir hasta dónde sé, pero a la vez le diera igual porque se cree con poder absoluto—. Era encantadora con ella, tanto que Blanca le confió algunas parcelas de su vida que le dieron la posibilidad a Eva de armar su plan. —Le dedico una mueca de suficiencia para cabrearla un poquito—. Se preparó para conseguirte y a la vez guardar un seguro por si algo se torcía.

No sigo adelante, hacerlo me quiebra. Hace poco menos de una hora he descubierto la verdad acerca de la muerte de mi padre, y me ha partido en mil pedazos. Escucharlo de los labios de Blanca ha sido devastador, pero tentar a Eva para confesarlo abre heridas muy profundas. Me lleno los pulmones de aire, intento retener las lágrimas y mostrarme fuerte. Aunque no lo consigo del todo. Adoraba a mi padre, su muerte me afectó en lo más profundo y aceptar que no fue natural es desgarrador.

—¿Qué hiciste, Eva? —inquire Gonzalo acercándose a ella con la rabia y el dolor en su ojos—. ¿Hasta dónde llegaste para meterme en tu cama?

Ella lo reta con su cabeza levantada, su porte erguido, su absoluto control de la situación. Y se me revuelve el estómago. La historia que Blanca me ha relatado hace poco me ha conmovido, todavía estoy en proceso de entenderla al completo. Toco mi móvil en el bolsillo, y ese gesto es suficiente para recordarme el plan, para armarme de valor, para desafiar la tristeza y postergarla. Una vez se haya resuelto el tema de Eva, me desmontaré, soy consciente de ello, sin embargo, ahora preciso fortaleza, sangre fría, decisión. Y la voy a mantener hasta el final. Nuestro futuro se lo merece, y no descansaré hasta ver a la asesina de mi padre entre rejas, acusada del crimen.

—Tú eras lo único importante, Gonzalo —suelta Eva sin rebajar ni un ápice el desafío de sus pupilas centelleantes—. Quería conseguirte y llevabas años escapándote de mí. ¡Y a Eva de la Cruz no se le niega nada! —Hay un eco de posesión en su voz, como si quisiera dejar patente la autoridad con la que pisa a cualquiera para lograr sus propósitos—. Y tú me retaste, Gonzalo. Te pusiste de culo en cuanto mostré interés por ti. Me dejaste claro que no tenías ni la más mínima intención de ceder. Y eso me cabreó. Mucho. Porque siempre consigo lo que quiero.

—A mí no me has tenido nunca —espeta Gonzalo con odio—. Quizás has logrado que te folle, incluso que firme papeles y viva contigo. Pero nunca me has importado ni te he querido. Te aborrezco, Eva. —Da un paso hacia ella, sosteniéndole la mirada—. Me das asco. Jamás te miraré de otra manera, hagas cuanto hagas.

Ella arruga los labios un segundo. Es un gesto casi imperceptible, pero está ahí y yo lo pesco. Quizá, a su retorcida manera, sí ama a Gonzalo. O algo parecido. Porque sus afirmaciones la impactan lo suficiente como para desestabilizarla un segundo. Sin embargo, se repone con rapidez, la suficiente para acercarse a él y componer un rictus provocador. Se prepara para atacar. Tiemblo por la anticipación, a la espera de conseguir mis metas, de alcanzar la cima de mi plan, de llegar a la situación requerida para darle por el culo a esa capulla. La anticipación me

agarrota el estómago, respiro muy acelerada y escucho el repiqueteo de mi corazón en muchos lugares de mi cuerpo. Gonzalo se adelanta para plantarle cara y yo contengo la respiración.

26

Gonzalo

No acabo de entender cómo hemos llegado a esta situación tras estas cuatro semanas idílicas con Gia. Y me cuesta demasiado procesar las revelaciones. Conocía la maldad de Eva, hasta dónde es capaz de llegar para lograr sus propósitos, pero me parece una aberración alcanzar el límite de asesinar al padre de Gia, de chantajear a mi madre, de preparar el terreno para mandarme a la cárcel si no me avengo a sus exigencias. Es demasiado fuerte. Demoledor. Inexcusable.

Hay un sinfín de emociones desbocándose en mi interior, a cuál más desestabilizadora. Odio, incredulidad, sufrimiento, determinación, desconcierto, rabia, miedo... No acabo de centrarme en ninguna, son un cóctel bien agitado que está a punto de explotar. Me acerco a mi todavía mujer, una cabrona con el corazón negro como el carbón. Respiro con mucha dificultad, nadando en la ira más absoluta. La conozco, he vivido un infierno a su lado y su mezquindad no me viene de nuevo, sin embargo, nunca me había despertado un resentimiento tan letal. Ella me desafía con su porte erguido, como si no tuviera nada que perder y estuviera preparada para repeler cualquier ataque de nuestra cosecha. Su sonrisa soberbia, ese triunfo en su expresión y el brillo malvado de sus ojos me alteran de una forma muy distinta a la que ella imagina. Porque, si de algo estoy seguro, es de cuál será mi decisión si me pone contra las cuerdas. Antes preso que volver con ella. Jamás renunciaré así a mis principios.

—¿Mataste a Luigi? —pregunto a bocajarro, todavía impactado por la revelación—. ¿Y luego falsificaste las pruebas para incriminarme? —Ella ensancha su sonrisa—. ¿Por qué? ¿Qué cojones, Eva? ¿Te das cuenta de tu grado de locura? ¿Vale todo con tal de conseguir tus metas?

Una carcajada sale disparada de su boca. Levanta el brazo para intentar acariciarme el mentón, pero la detengo a tiempo. No podría soportar su tacto ahora mismo. Me repele como jamás me ha repugnado algo. Contesta a mi gesto con una expresión de victoria, sin perder la altivez.

—Eres mío —sentencia sin levantar la voz—. Y lo vas a ser siempre.

—Prefiero la cárcel. —Aprieto mis dedos sobre su muñeca, con deseos de herirla—. No vas a salirte con la tuya esta vez. Mataste a un hombre inocente para manipularme, incluso chantajeaste a mi madre en un momento vulnerable, ¿cómo piensas que lo superaré?

—Me importa muy poco si lo superas o no. —Su tono es una clara muestra de la superioridad que siente—. Nunca se ha tratado de sentimientos, sino de poder, de posesión, de demostrarte que no renuncio nunca a mis deseos. —Junta mucho los labios para lanzarme un beso—. Me rechazaste una y otra vez, eso se paga muy caro, Gonzalo, porque Eva de la Cruz siempre tiene cuanto desea. Siempre, Gonzalo. No importa a qué precio. Y yo te quiero como mi pareja, cueste lo que cueste.

La suelto. Con su historial solo le produciría placer si la hiero, y mi único anhelo en este instante es devolverle con creces sus actos. ¿Cómo puede alguien tener el corazón tan negro? ¿Estar tan cegada por su propio ego? ¿Ser una verdadera criminal sin sentir remordimientos? Mi mirada se pierde un segundo en Gia, la consuela, le transmite mi apoyo. Perdió a su padre por una guerra estúpida de poder de alguien sin conciencia. ¿Cómo hemos llegado a este punto? ¿Por qué desperté el interés de alguien como Eva? ¿Cómo sucedió? ¿Por qué se fijó en mí? Ojalá no la hubiéramos conocido...

—¿Por qué mataste a mi padre, Eva? —inquire Gia, y rompe mi pensamiento estresado—. No había necesidad de llegar a esos extremos...

—El muy imbécil sabía vuestro sucio secretito —suelta Eva sin amedrentarse ni una pizca por su confesión implícita—. Recurrí a él para que me ayudara a conseguirte, Gonzalo. Mi actuación fue digna de un Oscar, con lagrimita incluida, haciéndome pasar por una mujer desesperadamente enamorada. —Compone una mueca hastiada—. El muy idiota se compadeció de mí. Me explicó que lo tenía chungo porque vosotros dos llevabais toda la vida enamorados y nada cambiaría eso. —Inspira con fuerza—. Os odié por haberme engañado, por esconderme un dato tan importante. Pero mantuve el tipo con él, le supliqué ayuda, le intenté colar lo del incesto. Aunque tu padre estaba muy orgulloso de lo vuestro, Gia. Y se negó a atender a mis razones. Al final me descontrolé y le mostré mi cara poco amable. —Por su expresión deduzco que usó esa toxicidad de serie con Luiggi, una capaz de acojonar a cualquiera—. Fue un mal movimiento porque al día siguiente movió ficha para joderme y no me quedó otro remedio que quitarlo de en medio.

Me fijo en mi chica, en sus rasgos, en cómo su cara es una máscara de dolor por la confesión de una Eva carente de conciencia y, a la vez, de emoción al averiguar la aceptación de su padre a lo nuestro. ¿Por qué le brillan los ojos? ¿Acaso quería escuchar la confesión de Eva? Me acerco a Gia, le paso la mano por la cintura y la estrecho contra mí para dejar clara mi postura, para darle el calor necesario en estos momentos tan dolorosos, para transmitirle mi amor incondicional y demostrarle a Eva a quien le doy mi apoyo, aunque las dudas me atormentan por la reacción de Gia.

—¿Por eso lo mataste? —insiste, aumentando mi desconcierto. La siento temblar y escucho sus resuellos ansiosos—. ¿Para vengarte de él?

—¿Qué primaria eres! —Eva estalla en carcajadas—. Me importaba una mierda la venganza. Yo solo quiero ganar y mi trofeo era Gonzalo. —Sus ojos se posan en los míos con un brillo de posesión—. Nada me iba a alejar de la meta, ni siquiera un pintor sensiblero. —Se me hiela la sangre al enfrentarme a su pérfida sonrisa—. El tío me caló muy rápido. Fue capaz de ver dentro de mi actuación y llegar al meollo del asunto. Y no me quedó más remedio que silenciarlo antes de que lo jodiera todo.

Gia se tensa. Los músculos de su cuerpo se contraen al escuchar esa afirmación, la falta de respeto en el discurso de Eva, sus ramificaciones, el significado real de ese «silenciarlo». Acaba de confesar un asesinato, el de Luiggi, una persona importante en mi familia, alguien inocente, un hombre intachable y con un corazón enorme. Y no parece afectada por ello ni arrepentida.

Para Eva solo se trataba de quitarse un obstáculo de en medio. ¿Cómo puede vivir con tanto peso sobre sus espaldas?

—Planeaste su asesinato para inculpar a Gonzalo. —La firmeza de la voz de mi chica pierde fuelle, pero sigue indagando, decidida. Me gustaría detenerla, hacerle ver que esta clase de afirmaciones solo le ensancharán la herida. Sin embargo, me contengo. Debo permitirle tomar sus decisiones, ahondar hasta dónde necesite para aceptar lo sucedido, ser valiente.

—Lo orquesté todo para mi propio beneficio —declara Eva—. Compré el veneno con la tarjeta de crédito de Gonzalo, uno capaz de fingir un infarto y que no dejaba huellas en el cuerpo después de muerto. Se lo metí en la botella de agua que tu padre llevaba para correr y dejé las huellas de mi marido en ella. Y, una vez muerto Luigi, soborné a un chico del equipo forense para preparar un expediente sobre su culpabilidad, uno que pudiera mostrar cuando fuera necesario. —Parece muy orgullosa de sus palabras y eso me cabrea un montón—. La policía no indagó más ante una muerte natural, el pobre forense sufrió un accidente poco después de firmar el certificado de defunción y el informe, junto a la botella sellada, los extractos de la VISA y las analíticas, se traspapelaron en la sala de pruebas; nadie lo encontrará si no me interesa. Pero está ahí, existe, hay pruebas irrefutables de tu asesinato, Gonzalo. Y, a menos que cumplas todas y cada una de mis exigencias a partir de ahora, saldrá a la luz, te condenará y pasarás a ser el culpable de un crimen.

Es demasiado rebuscado, no acabo de entender cómo una persona del equipo forense de la policía puede participar en algo así. Aunque, por las palabras de Eva, el pobre hombre también acabó muerto, posiblemente en sus manos. Las evidencias estaban claras en el mensaje que me ha mostrado Gia hace unos minutos. El informe existe y, tal como afirma Eva, en él se recogen los análisis de sangre, la compra del veneno con mi tarjeta de crédito personal en una página de la red oscura —nadie que me conozca me creería tan estúpido para usarla de esa forma, en la Deep Web hay muchos métodos de pago irrastreables, pero a un juez lo podría convencer—, mis huellas dactilares en la botella... Escucho un suspiro de alivio por parte de Gia y no lo entiendo. Ella parece haberse relajado y, al mirarla, me topo con una expresión discordante. ¿Está sonriendo? ¿Por qué? Eva acaba de explicarnos cómo mató a Luigi, no es normal la reacción de mi chica. ¿Acaso está en estado de *shock*?

—Todos los actos tienen consecuencias —afirma Gia con la atención puesta en Eva—. Tarde o temprano las mentiras salen a la luz y hay que saber enfrentarse a ellas.

—No podrás demostrarlo jamás —sentencia Eva—. Si no obtengo mi trofeo, Gonzalo se pudrirá en una prisión, Blanca volverá a deprimirse y tú, Gia, te quedarás sin nada. Porque yo me encargaré de quitártelo todo.

Gia ríe. A carcajadas. Y yo lo flipo. ¿Cómo puede reírse en un momento así? ¿Se le está yendo la cabeza? La abrazo más fuerte para hacerla volver en sí. Eva reacciona con rabia ante ese arrebató. Se acerca a nosotros con fuego en los ojos. Parece a punto de quemarnos de una llamarada.

—¿Qué cojones te hace tanta gracia? —espeta aproximándose mucho a su cara.

—La prepotencia ha sido la culpable de tu caída —responde mi chica sin rebajar la hilaridad.

La estrecho más fuerte, con miedo por su comportamiento y la posible revancha de mi mujer—. Adelante, Eva, lanza la bomba de que Gon fue el asesino de mi padre. —Señala los ordenadores de la sala—. Elige el que quieras para publicarlo en todas las redes sociales. —Le guiña un ojo con un chasquido—. Pero antes te recomendaría mirar el vídeo en directo que retransmite el canal de YouTube de Sara. También está en línea en su Instagram y en el de un grupo bastante elevado de *influencers*. —Mi capacidad de alucinar alcanza una cota altísima—. Ah, se me olvidaba. Los medios de comunicación están viéndolo, y la policía, por descontado.

Gia parece tan satisfecha con esa parrafada que sigo los movimientos furiosos de Eva con mucha curiosidad, sin procesar bien lo que está sucediendo. Mi aspirante a exmujer le da vida a una de las computadoras de la sala, no tengo ningún reparo en darle la contraseña para que abra la sesión cuando la exige sin reparar en maneras. La veo trajar con las teclas, con los músculos en tensión. Al acceder al canal de YouTube de Sara se queda helada porque se ve a ella misma frente al ordenador, en este mismo instante, proyectada en un vídeo en directo; el contador de espectadores situado en el lateral izquierdo muestra a más de ocho millones de personas.

—¡Hija de puta! —grita al entender que acaba de confesar su crimen en abierto y que ningún juez me condenará después de esto, más bien emitirá un orden de búsqueda y captura para encerrarla en una prisión de máxima seguridad—. ¡Te vas a arrepentir de esto! —Se levanta para caminar hasta Gia, dispuesta a golpearla—. No sabes hasta dónde la has cagado.

Me interpongo entre ellas, la intercepto, la detengo. Tras años obligado a estar a su lado, al fin la tengo contra las cuerdas y ni de coña va a hacerle daño a mi chica. Sonrío, porque las hazañas de Gia acaban de desmontar el plan de Eva, de liberarme, de ofrecernos la posibilidad de ser felices de verdad. Para siempre.

—Te hemos pillado, «cariño» —pronuncio con emoción y sarcasmo—. Y supongo que la policía no tardará en venir a buscarte. Y la que se pudrirá en prisión serás tú. —Le guiño un ojo—. ¡Disfrútalo, «cielo»!

Ella mira en derredor, como si buscara las cámaras, y después regresa la atención a la pantalla, donde sigue reproduciéndose nuestra interacción en el canal de YouTube de Sara. No tengo ni idea de cómo han conseguido pincharlas en tan poco rato ni de cómo ha llegado Sara a involucrarse hasta ese punto, pero me da igual. Lo único importante de verdad es que nos libraremos de Eva al fin y que pagará por alguno de sus crímenes.

—Esto no quedará así —amenaza Eva con la voz airada. Se me congela la sonrisa cuando veo que lleva una pistola en la mano—. Ni se os ocurra seguirme. —Se encamina hacia la puerta de espaldas, sin dejar de apuntarnos. Por primera vez desde que vino a por mí, temo por mi vida, por eso no reacciono, no me muevo, no la detengo al enfrentarme a su mirada furiosa—. Os destruiré, no tengáis la menor duda.

Sale de la sala dando un portazo y en ese mismo instante es Sara quien ocupa la pantalla de su canal para hablar acerca de lo que acabamos de ver. Abrazo a una temblorosa Gia mientras escuchamos las palabras de la que fue su amiga del alma, sin ser capaces de pronunciar ninguna. Hay numerosos comentarios debajo del vídeo, no paran de aparecer. Sara ha crecido mucho en popularidad estos últimos años y tiene cinco millones de seguidores entre todas sus redes, sus

posts sobre moda son de los más visualizados y crean tendencia. Salir en busca de Eva es una locura, lleva una pistola, es muy capaz de usarla, así que me quedo quieto, con la respiración acelerada y un nudo en el pecho. Ciño a Gia muy fuerte entre mis brazos, en estado de *shock*, todavía varado en las revelaciones y la huida de mi mujer; un sexto sentido me advierte de que todavía no ha acabado la partida, de que la bruja sigue ahí fuera, quizá con menos autonomía, pero libre. Gia se apoya en mi torso y llora de ansiedad, de felicidad, de alivio. Levanta la cabeza para mirarme a los ojos con una mezcolanza de sentimientos prendidos en ellos. Sus labios buscan los míos, los devoran, los saborean. Y me dejo llevar, me olvido de los nervios, del dolor, del miedo para entregarme a ella, a mi chica, a la única capaz de ofrecerme la felicidad completa.

—Ya no podrá hacernos daño nunca más —afirma separándose un poco para mirarme—. La odio, Gon. ¿Cómo fue capaz de llegar tan lejos? ¿Cómo puede ser tan capulla?

—Está enferma —apunto. No acabo de creer en las palabras de Gia porque conozco a Eva, es una mujer inteligente y siempre tiene un plan de contingencia. Sin embargo, no la contradigo, prefiero besarla, obviar por unos minutos la realidad—. Ha de estarlo para actuar así. —La estrecho contra mi cuerpo—. Has sido muy valiente. ¿Cómo has conseguido grabarlo? ¿Y retransmitirlo a través del canal de Sara?

Ella saca su teléfono del bolsillo y toquetea un poco la pantalla hasta mostrarme un mensaje de mi madre: «todo en orden». Sonríe sin perder las lágrimas. Hay demasiado para procesar, es normal que ambos tengamos las emociones alteradas. La llevo a una silla, me siento en ella y la acomodo en mi regazo, muy pegada a mí. Sentirla tan cerca es como si acabara de despertar de una pesadilla. En estos instantes supero cada minuto de toxicidad al lado de Eva, sus continuos desprecios, el dolor, la rabia, el desespero, cada puto comentario, cada jodida pelea. Porque al fin tengo a quien de verdad amo.

—Ha ido todo muy rápido. —Deja el teléfono sobre la mesa y me rodea el cuerpo con los brazos para apoyarse en mi torso—. Estaba sola en el estudio, a punto de cerrar y venir a por ti, cuando han aparecido Sara y tu madre. No me han dejado hablar demasiado, se han lanzado a explicarme lo del chantaje de Eva y me han advertido de que estaba aquí, contigo. Tenían a Íñigo controlando la entrada de la empresa porque ambas estaban seguras de que vendría a verte.

—Me parece alucinante —afirmo—. ¿Sara y mi madre? ¿Qué hacen esas dos compinchadas? ¿Y qué pinta Íñigo? —Niego con la cabeza, con demasiadas preguntas en ella—. Me da hasta miedo la respuesta, pero ¿cómo narices sabían que Eva iba a aparecer?

—Cosas más raras se han visto. —Chasca la lengua—. No he tenido tiempo de interrogarlas, Gon. Me han dicho que contaban con Patricia para piratear las cámaras de Salavedra Games y que tenían claros cuáles serían los pasos de Eva. No había tiempo, necesitábamos actuar ya. Sara lleva años espiando a tu mujer para vengarse de ella. Si no llega a ser por Sara...

—¿Patricia? —Es todo tan desconcertante que no me salen más palabras.

—Sip. —Gia sonríe ante mi expresión—. Nuestra hermanastra conocía los códigos para acceder a las cámaras, se ve que ya te había pirateado antes. —Voy a abrir la boca para hablar, pero ella niega con la cabeza—. No preguntes, no vale la pena. Conoces de sobra a Patry y su curiosidad. Además, esta vez nos ha venido bien.

—¡Algún día la meterán en la cárcel! —exploto. Patry es un incordio con un ordenador entre manos. Suele investigarlo todo, desafiar a las webs más complicadas para demostrar su capacidad de reventarlas, y muchas veces se ha metido en líos por eso—. ¿Cuándo había petado el sistema?

—Ni idea. —Gia suelta un suspiro—. Incluso es posible que haya visitado el MAP... Conoce tus protocolos de seguridad.

Resoplo. Me da mucho coraje esa tendencia de Patricia a husmear donde no toca. Sin embargo, cambio rápido de tema. No es el momento de enfadarme cuando quedan muchas incógnitas por resolver. Además, necesito besarla un rato, sentirla, saber que esta vez es mía al cien por cien, sin sombras oscuras que nos acechen.

—Te quiero —susurro—. Mucho, Gia. Eva nos ha robado demasiados años y no se lo perdonaré jamás. Pienso recuperar el tiempo perdido, ser parte de tu vida para siempre. Pero... —Me calla con un beso. Intuye mis reparos, ha visto a Eva salir por esa puerta como yo, y no se lo hemos impedido. Ambos tenemos el convencimiento de que esto no acabará aquí.

—Yo también te quiero. —Une nuestros labios y decide posponer la gran conversación, esa en la que admitimos el peligro de que Eva campe sola por ahí—. Eres mi GeGe particular. Y esta noche te lo demostraré.

—No aguantaré tanto...

Sus carcajadas me devuelven la sonrisa, una de verdad, capaz de arrasar montañas para mantenerla conmigo. Quizás Eva tenga un nuevo plan para destruirnos, pero se lo hemos puesto difícil y eso es suficiente para tener esperanza. Le pararemos los pies.

27

Gonzalo

Seis meses atrás

Lanzo la chaqueta contra el perchero del recibidor, con rabia poco contenida y deseos de escapar de mi horrible matrimonio. ¡Estoy hasta las narices de esta vida y de Eva! Cuando acepté casarme con ella sabía que viviría en un calvario perpetuo, pero no fui capaz de delinear hasta qué punto me destrozaría aceptarla como mi mujer. Eva es una cabrona, me jode una y otra vez a propósito para subir de nivel esta guerra en la que nos ha metido desde hace años, y no aguanto un segundo más. Me he pasado la tarde con mis abogados, en busca de algún resquicio por el que destruir ese infortunado contrato prematrimonial, pero está blindado, ¡y odio estar atado! ¿Cómo se me ocurrió firmarlo? ¿Casarme con ella? ¿Permitirle ponerme en esta situación? ¿Por qué mi madre me forzó a elegir entre ella y Gia? ¿Y cómo acabé caminando hacia el altar para unirme a una mujer de ese calibre?

La casa apenas reproduce un sonido. Solo escucho el aire acondicionado a toda potencia y el motor de la nevera. Es vieja, ha llegado la hora de cambiarla por una más silenciosa. Camino hacia el salón para servirme una copa, hoy Eva ha ido demasiado lejos, se ha cargado un acuerdo importantísimo con una empresa japonesa, pero he salvado el culo con una estrategia de última hora y he firmado con la competencia. ¡Chúpate esta, bruja! Como lleva cuatro años buscando mis puntos débiles para atacar y obligarme a meterme en su cama cada noche y a convertirme en su marioneta, he aprendido a guardar siempre una salida a los contratiempos. Y ella es una experta en creármelos. Pero me he mantenido firme, solo me he acostado con ella las veces estipuladas en el contrato y no he cedido ni una mísera vez a sus provocaciones. ¡El chantaje puede metérselo por donde le quepa! Sonrío porque, a pesar de su juego sucio, hoy he salido triunfante.

Resoplo con rabia. No puedo continuar metido en esta rueda imparable de perversión, no lo aguanto más. Me sirvo un copazo de *whisky* carísimo, sin importarme en realidad el sabor, el precio o sus años. Solo quiero anestesiarme antes de la noche. Hoy toca follármela. Y es tan asqueroso... La odio con todas mis fuerzas, me repugna. Si pudiera, la mandaría a un agujero inmundo donde no pudiera ver la luz del día nunca más. Sin embargo, debo mantenerme cuerdo y no cederle jamás el control; mi única salida a la devastación total es no hundirme ni ofrecerle a Eva ni un pedacito de cancha para que encuentre la manera de pasarme por encima. Y, si me niego a cumplir los términos del acuerdo, ganará ella.

Vacíó la copa en un par de tragos y vuelvo a llenarla. Dejo escapar un resoplido cargado con rabia y dolor. Gia ocupa mi mente de nuevo, como siempre; no logro escapar a su recuerdo ni

soporto estar tan lejos de ella, sin verla, ni abrazarla ni sentirla. Ni siquiera me permito escuchar su voz. Si lo hiciera, sería incapaz de seguir representando este papel, de cumplir con las condiciones de Eva, de no derrumbarme. Gia está en mi corazón y en mi pensamiento a todas horas. Cuando mi desesperación me lleva a salir en las noticias en brazos de otra y me hundo en el interior de una mujer, es a ella a quien me follo. He llegado a unos extremos desquiciantes. ¡Si incluso huelo el perfume de Gia mientras me corro, joder! No puedo más, este matrimonio acabará conmigo en un psiquiátrico. ¡Y me quedan todavía seis meses de condena!

La escucho llegar mucho antes de su aparición en el salón. Es tan ruidosa... Lo hace a propósito para dispararme la ansiedad, porque parecemos inmersos en *La guerra de los Rose*, aunque en este caso ella tiene las de ganar si me salto una sola de las comas de ese acuerdo que tanto daño me ha causado. Arriba se oye cómo Eva cierra la puerta de la habitación de un portazo sonoro, después baja las escaleras repiqueteando con fuerza con los tacones en el suelo mientras tararea una balada. Su voz me llega amenazante cuando aparece en la puerta con su sonrisa más letal. Se me encoje el estómago, solo deseo pasar por el trámite de esta noche y gozar de la tregua hasta la próxima vez, pero esa mirada, esa expresión, esa satisfacción total... Se ha arreglado de gala, con un vestido largo y muy escotado de color violeta. Lleva el pelo perfectamente recogido, un maquillaje de lujo, joyas carísimas y proyecta una euforia que me hiela la sangre.

—¿Te crees que has ganado? —inquire con un brillo malvado en sus pupilas—. No eres nadie, Gonzalo. Solo un desgraciado sin poder de decisión en ninguna faceta de tu vida. Un estúpido que se cree al margen de mis órdenes. —Se acerca lo suficiente para pasarme su repulsiva mano por mi barba perfectamente recortada—. Te has tirado a un par de chicas esta semana y crees que tu acuerdo con los japoneses es un éxito. Pero, en realidad, siempre serás un patético muñeco en mis manos.

—Ni en tus mejores sueños. —Llevamos con esta discusión desde nuestra boda. Eva se muestra celosa cuando me acuesto con otra e intenta hacérmelo pagar con esos desprecios, a veces incluso con insultos, pero, a pesar de mi sufrimiento, de cómo me afecta esta situación, no lo dejo entrever nunca, no le permito traspasar mi coraza, no le doy el gusto de mostrarme vencido—. Me repugnas, cariño. Y me tiro a otras para olvidarme del asco que me da meterme en tu cama.

Esta es nuestra interacción natural, la realidad de nuestra intimidad, del matrimonio obligado y de las horas juntos. Una batalla campal constante, un intercambio de pullas, ataques y palabras punzantes. Soy tan infeliz, joder. Preferiría perder mi fortuna antes de seguir aquí con ella, con esta farsa, con esta desesperante situación que solo consigue destrozarme. Mi madre sigue con el tratamiento, ha mejorado mucho, pero cuando le insinúo la posibilidad de dejar a Eva, recae de una forma alarmante. ¡Y no lo entiendo! ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué le da tanto miedo cuando le hablo mal de Eva? ¿Qué la aterra tanto? Aunque hay una parte de mí que está dispuesta a todo para conservar mi empresa alejada de sus garras, y sé que si he llegado hasta aquí, aguantaré los seis meses restantes para cumplir con del plazo. Y después seré libre. Necesito algo a lo que agarrarme, no sentirme tan solo, no estar siempre nadando a la deriva sin unos brazos rodeándome para arrullarme. Mi único consuelo es mi promesa de reconstruir lo mío con Gia

cuando Eva deje de tener el control del acuerdo sobre mí. Estoy convencido de que mi madre lo superará ahora que ha remontado la depresión; al fin empieza a ser ella misma.

—Tengo una grandísima noticia para ti —anuncia Eva con una de esas sonrisas malévolas que no auguran nada bueno—. Tu madre y mis padres vienen hoy a cenar. —Se acaricia el vientre—. Voy a darles la noticia y tú estarás encantado. Porque este niño nos unirá para siempre, Gonzalo. —Me lanza un beso y me guiña un ojo—. Tu madre estaba conmigo esta mañana cuando me he hecho la prueba, te lo corroboraré en una horita.

¡Qué cojones! La miro alarmado, le doy un trago enorme a una segunda copa y recurro a toda mi fuerza de voluntad para no dar muestras de cómo me impacta la revelación. Si es cierto, ha encontrado una forma de retenerme a su lado, joder.

—¿De qué va el numerito esta vez? —inquiero con arrogancia, decidido a no derrumbarme con facilidad—. ¿Lagrimitas? ¿O jugaremos a la familia feliz?

—El niño es tuyo —afirma, haciéndome temblar—. Con los otros siempre uso protección.

—Y conmigo también.

—Bueno... —Me guiña un ojo, perversa—. Si a usar condones pinchados lo llamas protección... —¡Joder! Es tan capulla, tan hija de puta... ¡Se ha quedado encinta para mantenerme a su lado de ahora en adelante! Pero va lista si piensa que eso me detendrá de aquí a seis meses. Me la suda todo, he aguantado un jodido infierno para salvar a mi madre de ella misma, por imbécil a la hora de firmar ese contrato, pero se acabó, ya puede usar las artimañas que quiera, de aquí a medio año me iré a la Toscana—. Puedes hacer la prueba de paternidad tantas veces como quieras, Gonzalito. El niño es tuyo. Y te vas a quedar a mi lado para cuidarlo. ¿O acaso serás un padre de mierda?

La fulmino con la mirada, con las sienes palpitándome al ritmo de mi corazón desatado. No puedo controlar del todo la respiración, pero me las apaño para mostrar una máscara pétrea. Vivir a su lado me ha ayudado a aprender cómo lograrlo, es un imperativo si quiero salir airoso de esta farsa de matrimonio. Ella responde con una sonrisa ladina mientras se acaricia el vientre. ¿Y si es cierto? ¿Y si trae a mi hijo al mundo? ¿Cómo salvaré a ese crío de Eva? ¿Cómo miraré a la cara a Gia después? ¿Cómo la reconquistaré entonces? Con un esfuerzo monumental escondo mi dolor bajo un manto de frialdad exterior. Pero la verdad es una sarta de latigazos indomables, me quiebra, me lastima, me abre heridas desahuciadas.

—¿Qué quieres? —espeto en busca de escuchar de sus labios cuáles serán sus próximas exigencias. Es tan desoladora mi vida en estos momentos, tengo tan pocas esperanzas de remontarla...

—A ti —anuncia—. En mi cama, actuando como mi marido sin desafíos.

—Como un corderito. —Mi amargura es máxima porque, si se confirma su embarazo, sé que haré cualquier cosa por esa criatura, incluso ceder a las exigencias de su madre. Y eso pinta un futuro ruinoso.

—No vuelvas a salir con otra, contén la polla dentro de los pantalones solo para mí. —Hay tanta maldad en su voz...—. Mientras esté gestando a tu hijo me respetarás para que lo trate bien, cuando nazca vas a mostrar una absoluta abnegación por mí si no quieres que sufra. —Mi

cara se resiente de sus palabras—. No me mires así, me la trae muy floja el crío, no tengo ni una pizca de instinto maternal, solo seré madre para tenerte cogido por lo huevos. De ti depende que sea buena o mala con él o con ella. Porque a partir de este momento no te permitiré ni un puto desliz. —Su mueca de victoria es demasiado reveladora—. Al fin serás mío sin fisuras. Te vas a doblegar a todos y cada uno de mis caprichos, maridito.

Aprieto los puños con fuerza para evitar impactarlos contra su careto de capulla. Ojalá tuviera un poco más de malicia en mi sangre, incluso de valentía. No me importaría acabar en prisión por deshacerme de ella —sí, joder, estoy tan mal que hasta me planteo un asesinato. El problema es que no tengo agallas para llevarlo a cabo—. Eva responde con un rictus de triunfo que me remueve las entrañas. Me vuelve a tener en sus manos, joder.

La noche pasa en un calvario. Sus padres se emocionan con la noticia, la mía muestra una amplia sonrisa, aunque sus ojos parecen apagados, como si no la emocionara demasiado. Supongo que se me va la olla, mi madre es una de las defensoras acérrimas de nuestro matrimonio, o sea, la idea de que no se alegre del embarazo es una gilipollez. Supongo que tiene un mal día, desde la muerte de Luiggi no es la misma. Y estoy tan desesperado por encontrar a algún aliado en mi solitaria lucha...

Durante los quince días siguientes me sumo en la más absoluta desesperación. No me apetece continuar respirando, todo se ha ido a la mierda, mis planes para romper con Eva se han convertido en imposibles, la felicidad a la que aspiraba ha desaparecido y mi capacidad para sortear la situación no me acompaña. Estoy solo, vencido, hundido. Y no dejo de pensar en Gia, en lo que perdimos, en cómo acabó todo. El anhelo de verla me insta a viajar a la Toscana, sin embargo, cada día soy más consciente de mi realidad, de que no puedo hacerle eso, de que debo dejarla seguir adelante sin mí, encontrar su sitio, olvidarme. Con Eva embarazada ya no tenemos futuro.

La acompaño a la primera visita a la ginecóloga, donde se confirma su estado. Me muestro sumiso, no doy problemas, no lucho. Para qué si está en posesión de la medalla de oro... Solo salgo de casa para ir a la oficina, para ahogarme entre papeles, para no descansar mi mente ni un solo momento. En cuatro días empiezan mis vacaciones de Navidad, Eva ha preparado un viaje a un resort del Caribe con sus padres, la mía, Patricia e Íñigo para «descansar en familia» —joder, como si ella entendiera el significado de esa palabra—. Desde mi boda, los mellizos viven en un internado y mi madre en un piso más céntrico —¿la verdad? Mi «querida esposa» decidió que quería el casoplón familiar solo para nosotros y le sugirió amablemente a mi madre que se buscara otro lugar para vivir. Lo de los mellizos fue cosa mía para apartarlos de la toxicidad de mi matrimonio—. Solo pasamos juntos las vacaciones y algunos fines de semana porque Patricia e Íñigo me guardan un rencor de la hostia, y no los culpo, aunque, si los mandé lejos, fue por el bien de su salud mental... No les he anunciado todavía el embarazo de Eva, —sí, denúnciame, lo estoy llevando fatal y por eso no hablo de ello—, pero una vez estemos todos juntos no habrá ninguna razón para callarlo. Y eso solo conseguirá hacerlo más real.

Esta noche mi madre viene a cenar, junto a los de Eva, como suelen hacer los lunes desde el anuncio. Mi ánimo está por los suelos cuando me siento a la mesa para degustar una de las

creaciones de cinco tenedores que prepara mi cocinera. Mi mujer insistió en contratar una tras la boda —otro de sus caprichitos, ya ves—. Apenas hablo, estoy perdido en mis pensamientos, en la agonía, como las últimas semanas. Mi madre parece muy nerviosa. Su mirada se descontrola con asiduidad, le late una vena en el cuello y varias gotitas de sudor brillan en su frente, sobre todo cuando nos sirve los platos. Desde que Eva anunció el embarazo se decidió a echarnos una mano a la hora de servir para evitar que ella se levante. Parece mentira esta devoción... Lo mejor es verla casi recuperada, incluso ha decidido volver a la empresa para ayudarme a dirigirla. Ojalá pudiera ver a la verdadera Eva. Me pierdo en mis pensamientos mientras la cena se alarga más de lo necesario.

Después del postre, mi mujer nos indica que no se encuentra demasiado bien y damos por concluida la velada. Me asquea subir a la habitación que comparto con ella. Hasta el anuncio bomba, yo dormía en la mía de toda la vida y Eva en la principal, pero ahora debo ocupar su cama cada noche. Me desvisto en el baño, sin deseos de pasar a mi siguiente obligación de la velada ni de darle la satisfacción de verme desnudo ni un segundo más de lo estipulado —parezco un jodido gigoló—. Cuando salgo, Eva hace mala cara. Se agarra el vientre y parece indispuesta de verdad. Mentiría si no me felicitara por mi suerte.

—¿Qué te pasa? —pregunto acercándome a ella con una sonrisa ladina. Hasta este punto he llegado, joder, el de alegrarme cuando no se encuentra bien.

—Me duele. —Se inclina hacia delante apretándose el vientre con las manos—. Es como si me estuvieran retorciendo las tripas.

—A lo mejor te ha sentado mal la cena —aventuro con una ilusión de cojones—. Métete en la cama, dormir te irá bien, ¿no crees?

Ella se apoya en mi torso, temblando. Ni la abrazo, ni la reconforto ni hostias. Lo nuestro nunca ha bajado del congelado. Durante unos minutos respira con dificultad y se queja, incluso se retuerce. De repente, se levanta para correr al baño, cierra la puerta y unos segundos después escucho sus gritos.

—¡Llama a una ambulancia! Estoy sangrando mucho —exige—. Si es un aborto, volveré a quedarme preñada —amenaza—. Eres mío, Gonzalo. Para siempre.

Está muy cabreada y quejosa por el nivel de dolor —aunque en plan mosqueo elevado al cubo—. Lanza improperios a diestro y siniestro, cagándose en la virgen y la madre que la parió. Sus palabras son un claro atentado contra la buena educación. ¿Cómo puede importarle más su pérdida de control sobre mí que la del bebé? Carece de sentimientos, joder. Marco el número de emergencias en el móvil muy alarmado, porque a mí sí me duele la situación —vale, no quería tener un hijo con ella, pero no soy un cabrón insensible como Eva— y espero junto a ella la llegada de la ayuda sanitaria. Estamos en el baño, sentados en el suelo, con el sangrado de Eva controlado con una compresa y sus constantes insultos manando sin tregua. Es como si necesitara echarme en cara su derrota —porque ella lo siente como eso en vez de darse cuenta del significado de ese sangrado—.

Una hora después, nos confirman que ha tenido un aborto espontáneo. La ingresan en el hospital para mantenerla en observación, la sedan y yo me quedo en la habitación con la

conciencia intranquila porque, en vez de llorar desconsolado por la pérdida, el alivio se abre paso en mí, y me odio por sentirlo, porque ese niño era mío, porque no debería celebrarlo. Pero la perspectiva de que esa criatura estuviera en manos de Eva...

28

Gia

Han pasado tres horas desde la marcha de Eva de la empresa y todavía tiemblo. No soy muy dada a derrumbarme, pero he pasado una tensión inusual, sobre todo cuando ha sacado la pistola y me apuntaba, porque he temido por mi vida. La policía se acaba de ir, han aparecido una hora después de la confesión de Eva en directo, dispuestos a interrogarnos y a elaborar un informe para mandárselo a sus homónimos en España. No ha sido difícil desenterrar el caso de la sala de pruebas de una comisaría de Barcelona, donde llevaba más de cinco años acumulando polvo. Los diarios de medio mundo se han llenado con la noticia, no en vano Gonzalo es de interés público y Sara ha movilizado a los *influencers* más conocidos de nuestro país. El vídeo copa las redes, incluso se ha creado un *hashtag*, #EvaDeLaCruzAsesina, que ha barrido las estadísticas convirtiéndose en el líder indiscutible del *trending topic* español y de algunos países vecinos.

—¡Menuda mierda! —Gonzalo vuelve de acompañar a los polis hasta la puerta y se deja caer en el sofá de su despacho. Hemos recibido aquí a los agentes para perder de vista durante un rato el lugar donde se ha desarrollado la escena. Blanca, Íñigo y Sara están a nuestro lado, agotados, y la comunicación con Patricia vía videoconferencia en la gran pantalla de Gonzalo nos la muestra consumida por la inquietud. Hemos trabajado a contrarreloj para atrapar a Eva de una vez por todas y ahora solo falta encerrarla.

—¡Pensaba que no lo conseguía! —anuncia Patry desde Barcelona, atacada hasta el extremo. Todavía se nota su tensión en la mandíbula apretada y sus resuellos—. Suerte que tenía claros tus códigos de seguridad, hermanito. —Se permite una leve sonrisa—. Los Mossos están a punto de emitir un busca y captura para Eva, pero yo sigo trabajando para interceptarla. —Chasca la lengua—. ¡Tíos! ¡La teníais! ¿Por qué la habéis dejado escapar?

—Supongo que el plan no estaba demasiado pensado —intervengo, sin medir mi grado de ansiedad. Paso con rapidez de un estado de ánimo a otro—. ¡Ha sacado un arma! No había visto una en la vida. ¡Y esa era de verdad! —De repente todo el pánico de lo sucedido se desata—. Si llega a disparar... ¡Está para encerrar en un psiquiátrico! —Las lágrimas inundan mis ojos con un torrente desbocado. Las revelaciones del día impactan en mi cerebro para mostrar las ramificaciones—. Mató a mi padre —susurro, casi sin aliento—. No habría dudado de apretar el gatillo.

Los brazos protectores de Gonzalo me rodean el cuerpo para darme calor. Me apoyo en él y me dejo reconfortar por su aroma, su cercanía, su calor. Necesitaré mucho tiempo para procesar lo acontecido esta tarde, asimilar que llevamos años en manos de una psicópata asesina, y más si le sumo encajar que se deshizo de mi padre y probablemente del forense que certificó su muerte.

¿Acaso encontraremos más esqueletos en su armario? ¿Ha sido capaz de sesgar otras vidas? ¿Hasta dónde ha llegado para conseguir sus metas?

—Ojalá la encuentren pronto —musito rodeándole el torso con las manos para estrecharlo contra mí—. No entiendo cómo has podido vivir con ella tantos años, Gonzalo. Debió ser horrible.

—Ni te lo imaginas... —Resopla y luego exhala con dolor—. Mi único consuelo era ese plazo, saber que en cuanto acabara podría volver a por ti. Pero deberíamos haber previsto que no se rendiría con dignidad. Eva siempre tiene un golpe de efecto escondido.

Un silencio sepulcral nos acompaña durante un largo minuto. Todavía hay mucho por aclarar, hablar, entender. Estoy decidida a no separarme nunca más de Gonzalo, a construir un futuro juntos ahora que por fin existe esa posibilidad, sin mentiras, ni engaños ni secretos. Uno cargado solo de emociones positivas, de nuestras ganas de ser felices, de nuestros anhelos por conquistar el pódium de la ilusión. Pero ahora mismo estoy demasiado exhausta para pensar en ello.

—Llegó a unos extremos increíbles para retenerme —comenta Gonzalo de repente, con un estremecimiento—. Si supieras cómo fue nuestra convivencia... —Hay rastros de dolor en su tono—. Resistí al máximo, opuse una resistencia mayúscula, no le permití ganar casi nunca. Y lo pagué con mi salud, tanto física como mental. —Me abraza más fuerte—. Si no llega a ser por mi disciplina en el gimnasio, habría estampado más de un puño en su cara.

—Se lo merecía —asegura Blanca—. Esa mujer es escoria, maldad en estado puro. Su madre me ha llamado hace un rato, estaba tan rota... —Ya no la llama por su nombre de pila y eso me duele porque muestra otra destrucción de la ola mortífera llamada Eva. Ester y Blanca eran las más amigas del mundo, pero supongo que la toxicidad de la ex de Gonzalo también las alcanzó—. Eva consiguió enfrentarnos hace unos meses, después del aborto. Quería aislarme para hacerme recaer en la depresión, estaba desesperada por encontrar la manera de retener a Gonzalo al final del plazo.

—¿Qué aborto? —Me enderezo para observar a mi chico—. No me lo has contado.

Su rostro demuda en una expresión de culpa, como si esa parte de su pasado le remordiera la conciencia.

—Cuando perdió al niño me sentí aliviado —susurra—. ¡Era mi hijo y me tranquilizó saber que lo había perdido! —Se tapa la cara con las manos en un gesto sufrido—. Eva consiguió herirme tanto...

—Si llega a nacer, hubiera sido un desgraciado —afirma Blanca con contundencia. Desde su aparición en el estudio hace unas horas me he dado cuenta de que está muy recuperada de su depresión. Y me alegro. Parece más fuerte y capaz de enfrentarse a la vida, como si los años de terapia y lucha contra su dolor hubieran marcado la diferencia—. Por eso yo... —nos observa un segundo, presa de la indecisión— llevaba meses fingiendo estar peor de lo que de verdad me sentía. No podía darle pistas a Eva antes de hora, ella contaba con mi estado mental para seguir extorsionándote, Gonzalo. Y si de algo estaba segura, era de que te retendría con cualquier treta. El divorcio no era una opción. Podía usar el chantaje de nuevo, sacar a la luz lo de Luiggi, pero en su retorcida mente eso era lo último a lo que recurrir.

—¿Por qué? —inquire Gonzalo con un grito bastante contundente—. ¿Era mejor quedarse embarazada?

—En su cabeza sí —explica Blanca—. Me extorsionó para que no saliera de mi depresión, me obligó a aguantarla a pesar de saber que ella había acabado con mi marido. —Por una vez la veo muy entera y muestra su dolor de una forma más natural, como si al fin hubiera logrado aceptarlo y aprender a vivir con él—. Conmigo tenía una baza segura, ¿para qué quemarla? Si te lo contaba, nos podríamos aliar; en cambio, si se quedaba embarazada y te ataba con el niño, ambos seguiríamos solos, sin unir fuerzas a la hora de derrotarla, cada uno con su parcela de chantaje.

Me parece tan rebuscado... Desde luego la mente de Eva es digna de un estudio forense. Vuelvo a abrazar a Gonzalo un segundo y después me separo de él para mirarlo a los ojos. Hasta este instante no había entendido la profundidad de sus heridas, cómo el matrimonio con Eva ha cavado un hondo agujero en su alma.

—Por suerte, perdió al niño —susurra, con la voz angustiada—. Me duele tanto decirlo, admitir que eso me parece lo mejor...

—No fue un aborto natural. —La afirmación de Sara nos reclama la atención—. No podía nacer, lo sabes tan bien como nosotras...

—¿Cómo? —pregunta Gonzalo.

Blanca suspira muy fuerte. Sus ojos se pierden un instante por la estancia, como si buscara la fortaleza suficiente para seguir hablando. Noto cómo Gon tiembla, se estremece, se parte en mil pedazos. Hay una tensión tupida en el ambiente. Me preparo para escuchar una devastadora confesión y lo abrazo para sostenerlo.

—Estaba ahí cuando la prueba le salió positiva. —Blanca desvía su atención a la nada, con sufrimiento en su expresión—. Llevaba unos meses fingiendo con ella, no podía mostrarle mi mejoría, ni a Eva ni a nadie, pero había visto la luz y no estaba dispuesta a seguir viviendo sin luchar contra ella para que al fin todos nosotros pudiéramos ser felices de nuevo. Aunque no tenía claro cómo hacerlo.

Se queda unos minutos en silencio y veo cómo Sara se acerca a ella para envolverla entre sus brazos. Es extraño, no tenía ni idea de la cercanía de estas dos. He perdido el contacto con ambas los últimos cinco años. Ni siquiera sé si mi amiga tiene vida sentimental o cualquier otro detalle de su vida. Ahora ese desconocimiento me duele. Sara asiente con decisión y fija sus pupilas en las mías.

—Las casualidades a veces son una bendición —afirma con contundencia—. Mi novio trabajaba como voluntario en la protectora del barrio. Es veterinario, ¿sabes? —El «no» que se forma en mi garganta me hace llorar. Necesito conocer hasta la última coma de su ahora, la he echado tanto de menos... Quizás ha llegado la hora de otorgarle mi perdón—. Y un adorador de los animales. Pero en plan a lo bestia. —Sus ojos se llenan de lágrimas, no me es difícil averiguar sus pensamientos, tan parejos a los míos. Se enjuga el llanto y sonríe con nostalgia—. Blanca también ayudaba allí como parte de su terapia. ¡Incluso adoptó a un perro! —Dios, ¿cómo he podido vivir tan alejada de ellos? Sabía lo de Ruty por mis hermanastros, pero desconocía que Blanca ayudara en una protectora de animales—. Arnau, mi chico, me habló de

una mujer a la que admiraba. Su historia... Ni te imaginas mi impresión al entender de quien se trataba.

—Apareció al día siguiente con ganas de saber de todos nosotros —prosigue mi madrastra—. Hablamos durante horas en un bar, tomando demasiados cafés. Y acabé confesándolo todo. Necesitaba una amiga, alguien con quien hablar aparte de mi psicólogo, a quien nunca me atreví a exponerle el chantaje de Eva porque eso podía hacerle quebrantar el código de confidencialidad médico-paciente y acabar con Gonzalo en la cárcel.

—Empezamos a vernos —sigue Sara—. Eva no vigilaba a Blanca, nunca le prestó atención ni la imaginó una amenaza. Recurrimos a un amigo de Arnau, uno de esos *hackers* tipo Patry. Buscamos cualquier cosa con la que hundir a esa arpía, pero no lo encontramos. Después trazamos varios planes para protegernos de ella cuando expirara el plazo del contrato. Y entonces vino con lo del embarazo... Si he de ser sincera, no encontramos demasiadas salidas, pero luchar juntas era un aliciente. —Me dedica sus pupilas y una enorme sonrisa—. Estaba segura de que Gonzalo volvería a por ti tarde o temprano, Gia, y decidí hacer lo mismo cuando tuviera un as bajo la manga contra Eva.

Me levanto con mis ojos lanzando lágrimas a diestro y siniestro. Ella hace lo mismo. Nos acercamos la una a la otra. La emoción del momento me atrapa, es como si al fin tuviera la capacidad de recuperarme de los golpes, de reencontrar una parcela de mi pasado perdido. Nos quedamos muy cerca y ambas estallamos en carcajadas quebradas por el llanto. Y nos abrazamos, como hace años que no hacíamos, como si el tiempo transcurrido se difuminara en la nada y por un instante todo volviera a ser como antes. La felicidad estalla un segundo en mi corazón, borra la separación y las revelaciones del día. Tengo a mi amiga de regreso. Aunque, cuando me separo de ella, entiendo que todavía nos queda mucho camino por recorrer para rehacer nuestra relación.

—¿Volvemos a lo del aborto? —Gonzalo rompe la burbuja del reencuentro y nos devuelve a la realidad de un plumazo. Ambas volvemos a ocupar nuestros asientos para enfilarse la recta final de su explicación.

—Con la ayuda del *hacker* compramos mifepristona y misoprostol en la red oscura —expone Blanca. Nuestros rostros delatan nuestro desconocimiento sobre el tema—. Pastillas abortivas —declara—. Lo planeamos todo juntas, Sara y yo.

—¿Por qué? —Gonzalo parece a punto de explotar, su cara se contrae con un sufrimiento extremo.

—Debía salvarte, hijo. —Blanca lo mira con devastación en los ojos—. Si la dejaba seguir adelante con ese embarazo, habrías sido un desgraciado, como el niño o la niña. —Inspira por la nariz y suelta el aire lentamente por la boca—. Por eso insistí en ayudar a servir los platos. Hay que seguir varios pasos para que funcione, no basta con un solo medicamento. Y necesitaba hacerlo bien.

Nos callamos para interiorizar esa revelación. Gonzalo pasa por varios estados, que se reflejan en su cara. Al final se queda con uno más sereno, como si acabara de ver hasta dónde se han descontrolado las cosas y el verdadero alcance de lo que hizo su madre. Ambos necesitarán

tiempo para aceptarlo y encajarlo, pero están dispuestos a trabajarlo juntos. El resto de la historia queda bastante claro ante los hechos. La única parte que me sorprende es la de Patricia e Íñigo, quienes aparecieron en escena al regresar a Barcelona hace un mes. El destino quiso que encontraran a Sara y a Blanca juntas una tarde. Y la entrometida de mi hermanastra no cejó hasta descubrir la historia completa. Gracias a ella tenemos la confesión de Eva y un futuro.

Hablamos durante una eternidad para desentrañar algunas partes oscuras de lo sucedido este último mes y, pasada la medianoche, nos vamos a casa, cansados por los acontecimientos. Sara y Blanca nos acompañan, van a pasar unos días en el hotel para hacer piña. Todos necesitamos una ducha y unos instantes de descanso antes de encaminarnos al aeropuerto para recibir a mi hermanastra. Los sucesos del día han alterado sus planes de permanecer alejada hasta embarcarse en la mayor aventura de su vida y en un par de horas se subirá a un vuelo nocturno para llegar cuanto antes. Es un momento para estar la familia unida y ella desea formar parte de nosotros. Pero su corazón todavía sangra y estar cerca de Kayden quizá la desestabiliza.

Mientras Gonzalo conduce en dirección a casa, abro el FaceTime para informar a mis primos y a mi socio de las novedades. La reacción de Kay me rompe los esquemas. Parece muy alterado, demasiado por cómo es él, y se descontrola cuando menciono la aparición de Patricia en unas horas. Le asesta un puñetazo a algo —no lo veo bien, pero creo que es una pared—, y aprieta los dientes hasta casi desencajarse la mandíbula.

—Iré yo a por Patry —anuncia de manera dictatorial.

—No quiere verte... —respondo, pero su fiera mirada me rebaja la determinación.

—Podría estar en peligro —insiste—. Eva sigue libre, con un arma, dispuesta a todo y cabreada. Por vuestra seguridad y la de Patry, es mejor mi plan. Ni Gonzalo ni tú deberíais exponeros hasta que esté entre rejas.

—Está bien —acepto—. Trátala bien, Kay. Ha sufrido mucho.

—Yo también.

Nos acercamos a la villa y me rindo ante su expresión compungida. Él también lo ha pasado mal desde la marcha de mi hermanastra y quizá verse de nuevo los ayude a cicatrizar algunas heridas. Gonzalo me aprieta la mano y me ofrece una mirada feliz. Cierro los ojos, espiro con fuerza y asiento. No me dejaré vencer por Eva ni por el miedo, prefiero centrarme en mi hombre, en Sara, en Blanca, en la ilusión de rehacer mi vida. Enzo nos espera en el recibidor con llaves de dos habitaciones para repartirlas entre Blanca, Sara y mis hermanastros. Ha recurrido a todo su ingenio para encontrarlas. Les doy un beso de buenas noches a todos y subo con Gon a mi rincón. Solo cruzar la puerta, me agarra para empujarme contra la pared y sus labios impactan en los míos con una fuerza arrolladora.

—Pensaba que te perdía —susurra—. Cuando he visto esa pistola... Eva es un parásito, nos ha arruinado muchos años, pero no volverá a hacernos daño otra vez. —Sus manos empiezan a desnudarme—. Y no voy a darle ni un segundo más de mi tiempo. Se acabó su jodida obsesión, amargarme, jugar conmigo y con mis seres queridos. —Le quito la camiseta para pasar mis dedos por esos trabajados músculos que son mi perdición. Ya no importa el cansancio, la sensación de miedo, la fragilidad del día, lo sucedido—. Quiero estar dentro de ti —anuncia

cuando estoy desnuda y me he deshecho de su ropa—. Después te comeré entera y disfrutaré de ti.

—Pues hazlo. —Me subo a su cuerpo rodeándolo con las piernas por la cintura y le invito a clavar en mi interior—. Fóllame de una vez. Olvidemos todo lo que no sea amarnos.

29

Gonzalo

Empujo con fuerza, sin darle tiempo a los preliminares, sin juegos previos, sin otra cosa que no sea mi deseo, mezclado con un requerimiento absoluto de unirme a ella de la manera más intensa posible. He pasado un miedo de narices cuando la capulla de Eva ha sacado esa pistola, mientras el cañón apuntaba a Gia, con esos ojos fieros brillando con la maldad más pura; mi mundo se ha venido abajo. Llevo desde ese instante con una sensación de desespero, con ansiedad, como si enfrentarme a la posibilidad de perder a Gia de verdad fuera la peor de las pesadillas. Eva volverá, estoy convencido de que su venganza no tardará en llevarse a cabo, y necesito aferrarme a mi chica, unirme a ella, protegerla. No perderla jamás.

—Te quiero —musito.

El orgasmo tarda unos segundos en empezar a formarse. No tengo mucho aguante, ella me lo ha arrebatado al estar a mi lado, al ser parte de mí, al reconocirme como su persona favorita. Mis estocadas son rápidas, fieras, vigorosas. Escalan el monte del clímax a toda velocidad, en contradirección, sin frenos, despeñándose. Ella gime preparándose para la explosión. Los brazos me duelen de la fuerza que ejerzo para sujetarla contra la pared mientras me pierdo en su interior, me clavo en ella, la poseo con impulsos cada vez más rápidos, más profundos, más vigorosos. Noto la cercanía de su explosión, se le contraen los músculos de las piernas, aprietan todavía más mis caderas y sus manos en mi trasero sacan las uñas para hundirse en la piel. Busco su boca para mordisquearle el labio inferior, lamérselo, devorarlo. Su lengua sale al encuentro de la mía y amplifica las sensaciones. Es como si me diera un jodido chispazo capaz de acelerar todavía más la ascensión al placer. Entonces Gia grita mi nombre moviendo la pelvis sin descanso para obligarme a ir más rápido todavía. Gime, me muerde el labio inferior, resuella, jadea y se rinde a su culminación. La sigo en pocos segundos, mi cuerpo entero se colma del placer más puro y real, convulsiona, se deshace, se interna en las oleadas del éxtasis. Y todo se difumina, excepto nosotros.

La bajo con lentitud al terminar de vaciarme dentro de ella. Mis labios castigados por el efecto de sus dientes la buscan para perderse en los suyos, saborearlos despacio, sentir su piel pegada a la mía. Ella responde a mis besos con sus ruiditos sexys y me siento en el puto paraíso. No ha habido ni un segundo de paz en los años anteriores, ni en las últimas horas, pero estar así con Gia es una perfecta despedida de un día de mierda. Me tomo mi tiempo para besarla sin prisas. Estamos cansados, pero nunca lo suficiente para sentirnos.

—¿Nos duchamos? —propone separándose un poco de mí—. Estoy segura de que un poco de agua caliente nos ayudará a dormir.

No hay una intención oculta en sus palabras, pero mi miembro no opina lo mismo porque enseguida se pone en pie de guerra. Con Gia está siempre al acecho, listo para entrar en acción, para internarse en su cuerpo, para reclamarla. Ella esboza una sonrisa cuando nota mi erección contra su muslo. Me guiña un ojo, se muerde el labio y luego camina hacia el baño dándome la mano.

—Eres insaciable, Gon —susurra divertida. Por fin dejamos de lado las mierdas de hoy y conseguimos una tregua merecida—. Pero te voy a contar un secreto: yo también tengo ganas de ti en todo momento. Y la ducha, bajo los chorros de agua caliente, me parece un lugar interesantísimo para quemar la adrenalina. ¿Te apetece?

Mi respuesta es un sí rotundo. Voy a pasarme la noche adorándola para hacerla olvidar y de paso que mi mente ahogue las sensaciones de este largo día. Ella tira de mí y entramos en el baño de diseño muy moderno, con una ducha enorme donde se dio el capricho de colocar varios surtidores de agua para crear una sesión de hidromasaje digna de un rey. Usa los mandos para regular el agua a una temperatura bastante caliente y entra. La sigo, cierro la mampara de cristal transparente tras de mí y la abrazo con intenciones nada honestas. Ella ríe antes de agarrar mi labio inferior entre sus dientes y pasarme la lengua por él.

—¿Cómo crees que se vería mi boca en tu polla mientras los chorros de agua te impactan contra el cuerpo? —pregunta, juguetona. Mi erección contesta moviéndose hacia ella y Gia vuelve a reírse—. Parece encantada. Mmmm.

Se pone de rodillas, separada del efecto del agua para poder respirar. Se pasa unos larguísimos instantes solo mirándome, y basta el fuego de sus ojos para hacerme jadear. Luego pasea unos cuantos dedos por mis pelotas, con mucha delicadeza, como si disfrutara torturándome. Gruño y le agarro el pelo para indicarle donde quiero su atención, sobre todo la de su boca. Ella se pasa la lengua por los labios con la mirada fija en la mía. Es un gesto tan sensual que estoy a punto de correrme, joder. Entonces sus dedos suben hasta mi miembro para recorrerlo despacio y un segundo después se acompañan de su lengua. Gimo. Es una sensación alucinante. Tiro de su pelo, empujo la pelvis para intentar introducirme en su boca, pero ella sonríe y se separa un poco.

—¿La quieres ahí? —pregunta, juguetona—. Porque voy a dártela. Te follaré con ella mientras mis dedos te tocan, me la meteré hasta la garganta, la lameré, la pondré cachonda, la llevaré hasta el límite. Y después me pondré de espaldas a la mampara para que me la metas y acabes el trabajo corriéndote dentro de mí.

—Joder, sí. —Le acerco la punta a los labios. Ella me lanza una última mirada lasciva y desliza la lengua por la ancha erección, produciéndome un chispazo de placer.

Lame el glande agarrándome con los dedos la extensión palpitante de mi miembro. Escucho sus ruiditos llenos de lujuria mientras mi cuerpo se contrae por la anticipación, se estremece, se llena de ardor. Cuando Gia se lo introduce en la boca y la mueve arriba y abajo, acariciándome los testículos con una mano, mi mundo explota en mil pedazos, cegado por una avidez extrema que se desborda al notar cómo aumenta el ritmo. El agua impactando contra mi cuerpo, sus sonidos amortiguados, el movimiento placentero... El orgasmo tarda poco en empezar a asomar. Muevo la cadera para empujar más rápido, con las manos en su pelo, tirando de él para aumentar

la presión, la velocidad, la fricción. La sensación de caer en el abismo del placer me aturde. Cuando estoy a punto de explotar, deja de follarme con la boca para escalar por mi piel hasta llegar a mis labios. Los muerde, los chupa y los lame mientras sus manos forman una cadena de caricias.

La agarro por las caderas, la empotro contra la pared de la mampara de cristal y la penetro, consiguiendo un chispazo que me atraviesa el cuerpo. Palpito, me quemo, ardo, siento cómo mi cuerpo es preso de una combustión interna que se convierte en una sucesión de jadeos y sensaciones. Ella acompaña esa sinfonía con gritos cada vez más vivos. Se mueve contra mí, enloquecida. Entro y salgo de ella cada vez con mayor profundidad, sin rebajar el ritmo duro y fuerte, con el chorro de agua caliente resbalando entre la unión de nuestros cuerpos. Sus resuellos son cada vez más acelerados. Rompen el silencio al compás de mis envites. Me hundo más en ella con un jadeo. Estoy a punto de alcanzar un clímax demoledor. Gimo su nombre contrayendo cada uno de los músculos de mi cuerpo, a punto para soltarlos y surfear por las oleadas del placer que están a punto de desatarse en mi cuerpo. La sensación es potente, demasiado para contenerla. Estallo y me vacío dentro de ella, me uno a sus gemidos, a sus gritos, a sus jadeos cargados de su propio orgasmo recorriendo mis terminaciones nerviosas, sacudiéndolos con un clímax bestial, explosivo y demoledor.

La beso durante una eternidad, la abrazo, la acerco al máximo a mí para sentirla. Solo necesito eso, tenerla pegada a mi piel, saber que no se volverá a ir de mi lado, que nada nos separará de nuevo. Llevo una vida entera enamorado de ella y cinco largos años anhelando un futuro en común; al fin estoy de verdad ante él, sin más obstáculos que encontrar a Eva cuanto antes. Disfruto de nuestro momento, saqueando sus labios sin tregua. Ella emite esos ruiditos tan sexys que despiertan mis ganas de volver a empezar. Con Gia parezco un jodido adolescente hormonado. Ella sonríe, se separa de mí y agarra el bote de gel de baño para enjabonarme despacio, con caricias nada inocentes. La imito, me lleno las manos con jabón y las paseo por sus pechos, su espalda, sus nalgas, su vientre, su sexo. Gime cuando mis dedos pasean por el centro neurálgico de su placer sin quedarse mucho tiempo en él.

Jugamos durante unos largos minutos, nos besamos, nos toqueteamos y salimos de la ducha para secarnos el uno al otro con la lascivia presente en cada uno de los movimientos. Las risas acompañan a los gemidos. No tenemos suficiente con las veces que ya nos hemos unido, después de las emociones del día requerimos de una larga sesión de sexo ininterrumpido para quemar los nervios, los recuerdos, el resquemor. Quizás ambos sabemos que en el momento de cerrar los ojos todo regresará y preferimos entregarnos a las sensaciones de compartir nuestros placeres.

—Vamos a la cama —susurra ella pegada a mis labios.

La envuelvo en la toalla con una sonrisa ladina, la abrazo por la espalda, desnudo, y le muerdo el lóbulo antes de susurrarle en el oído.

—Te voy a follar tan fuerte que mañana no vas a poder caminar.

—Lo estoy deseando.

Avanzo con ella hacia la puerta, besándola en el cuello sin tregua, ebrio de sus gemidos anhelantes. Es tan sexy escucharla... Ella abre despacio, entre risas y jadeos de anticipación.

Levanta un poco la cabeza para darme un beso y nos detenemos ante la oscuridad de la habitación. El fogonazo de la luz al encenderse me sobresalta sobremanera. Descubrir a Eva en medio de la estancia con la pistola sujeta en su mano, apuntándonos, me hiela los pensamientos. ¿Qué coño hace aquí? ¡Joder! Estoy desnudo, indefenso, aislado, sin capacidad de reacción. No tengo forma de defendernos. ¿Y si dispara? ¿Y si alcanza a Gia? ¿Es eso lo que intenta?

—Vaya. —Chasca la lengua con desagrado—. Veo que follártela a ella no te cuesta nada, Gonzalo. Pero se te ha olvidado que sigues atado a mí por matrimonio.

—Eso tiene fácil solución —suelto sin dejar de abrazar muy fuerte a Gia. Desearía apartarla del cañón de esa pistola, pero me da demasiado miedo la reacción de Eva ante un movimiento, sea cual sea. Si dispara y la alcanza... La apunta a ella, es su objetivo—. Solo has de firmar el divorcio.

—Jamás. —Sonríe con malicia—. No te dejaré escapar. Antes la mato —anuncia con resolución, sin titubeos y con el cañón firme dirigiéndose a ella—. Eres mío, Gonzalo. Lo fuiste desde el primer instante en que puse mis ojos sobre ti y, si no estás conmigo, no serás de nadie.

La sentencia sobre Gia cae como una losa sobre mi corazón. Escucho cómo Eva quita el seguro del arma, con esa mirada letal que anuncia sus intenciones. Mis latidos alcanzan una velocidad vertiginosa, retumban en las sienes, en los oídos, en las muñecas, al ritmo desbocado de mi respiración. Los segundos me pasan demasiado rápido, anuncian un momento de inflexión, un dolor demasiado penetrante como para asumirlo. Gia es mi vida. No puedo perderla.

—No dispaes, por favor —suplico—. Eva, ¿qué quieres? ¿No entiendes que el amor no se puede forzar? —El miedo se apodera de mis cuerdas vocales y estrangula mi voz—. Aunque me obligaras otra vez a vivir contigo bajo amenazas, seguiría amándola a ella. ¿Es eso lo que deseas? ¿Estar conmigo aunque no te quiera?

—¡Qué ciego estás! —brama. Por lo menos estoy ganando algo de tiempo, a pesar de no tener claro para qué. Apenas cuento con opciones. Estoy desnudo, desarmado, en desigualdad de condiciones. Alargar el momento no deja de ser una medida desesperada y bastante inútil, sin embargo, me niego a ver cómo dispara, cómo mi mundo se desploma, cómo mi chica recibe esa bala, porque si algo tengo claro, son las intenciones de Eva—. El amor es una ilusión. Te deja sin voluntad, te debilita, te hace tomar decisiones erróneas solo por el bien de la otra persona. —Chasca la lengua con desdén—. No quiero amor, Gonzalo, solo la devoción y la obediencia que merezco. Eres mi marido. Tanto si te gusta como si no, diste el «sí quiero» y no vas a anular esas palabras. Volverás conmigo.

—¡Estás en busca y captura! —exclama Gia plantándole cara. Me estremezco de pánico. Si la hace saltar, su dedo podría hundirse en el gatillo. La abrazo un poco más fuerte, con ansiedad, pero ella ignora el gesto. Quizá se da cuenta de la situación y no quiere prolongar la agonía, pero me niego a darle esa satisfacción a Eva, la oportunidad de acabar con mis esperanzas, de quitarme mi único anhelo—. ¿Crees de verdad que volverás a tu casa de rositas? ¡Venga ya! Has quemado todos tus cartuchos al confesar tus crímenes en directo. —¡Joder! Como siga provocándola así acabará con una bala en el cuerpo.

—Gia —susurro desesperado. Preciso detenerla antes de que cometa una locura sin solución.

—Tengo un plan para escapar —anuncia Eva—. Uno infalible. Nadie nos encontrará jamás. —Me mira con decisión—. Solo tú puedes salvarla, marido. Su vida a cambio de la tuya a mi lado.

Un dolor abrupto me recorre el cuerpo, lacerándolo. Es como si acabara de entrar en un aparato de tortura y no pudiera huir de su crueldad. No tengo escapatoria, y la idea de dejar morir a Gia para salvarme de Eva no entra en mi cabeza. La decisión es clara, precisa, mortal. Salgo de detrás de mi chica y asiento. En este instante solo puedo ceder, aunque no la dejaré ganar.

—Deja que me vista —solicito—. Después me iré contigo, pero solo con tu promesa de que la vas a dejar en paz.

—¡No! —Gia me agarra del brazo cuando me muevo para ir hacia el armario—. ¡No te lo permitiré! Prefiero esa bala, Gon. —Su ruego es descarnado, sangrante—. ¿No lo entiendes? Mi vida eres tú. Prefiero perderla a ser la causa de tu dolor.

—Si tú mueres, mi corazón se detiene. —Le suelto la mano con lentitud, sin deseos de hacerlo y, a la vez, sabiendo que es mi única posibilidad de mantenerla con vida—. Apártate, por favor.

—¡No pienso dejarte ir! —Se desmorona, las lágrimas le llenan los ojos—. Nunca.

—¡Qué escenita más tierna! —La intervención de Eva rompe nuestra conexión visual—. Gia, cielo, deja en paz a mi marido y resígnate de una puta vez. Es mío. Gonzalo Salavedra es de mi propiedad. Te mantendré con vida, pero vas a pasártela entera deseando esta bala porque no volverás a verlo. Se meterá en mi cama cada noche, porque de lo contrario, te mataré. Y serás infeliz al saberte la causa de que él se someta a mí cada puto día.

Llego frente al armario con dificultad. Los sollozos de Gia muestran que se acaba de dar por vencida y la prepotencia en el chorro de voz de Eva me prepara para lo peor. Me castigará por mi insurgencia, pero entonces me rebelaré, la ganaré y volveré a por mi chica. Soy más fuerte que ella y, una vez la amenaza contra Gia desaparezca, nada me impedirá vencer a Eva. Me coloco unos vaqueros y una camiseta, me calzo unas deportivas y me paso la mano por el pelo para arreglármelo un poco y quemar mi nerviosismo con un gesto.

—Vamos. —Me acerco a Eva.

—¡No! —El grito desgarrador de Gia me hace flaquear un instante.

Eva sonrío, sin mover ni un ápice la pistola. Es como si tuviera un depredador enfrente, uno capaz de destruir con solo una mirada.

—Estoy deseando tenerte en la cama esta noche. —Eva me agarra por el brazo y me acerca a ella—. Camina conmigo hacia la puerta. —Da un par de pasos hacia atrás, sin perder de vista a Gia, entonces cambia de táctica y siento el cañón de la pistola en mi sien—. Si te atreves a respirar, disparo.

30

Gia

Estoy aterrada. Cuando el arma me apuntaba a mí no me sentía tan al borde de la desesperación, era más fácil asumir que mi vida terminaba porque no sufriría, en cambio, ver cómo Gonzalo se doblega ante Eva, saber que ella tiene de verdad planeada una manera de huir y no saber si volveré a verlo, condenarlo para salvarme... No puedo soportar el peso de todas esas posibilidades, me ahoga. Las lágrimas manan de mis ojos, se deslizan por mis mejillas. Tiemblo. Siento un montón de emociones dispares y no acabo de encontrar un resquicio de paz por el que colarme.

—Adiós, Gia —se despide Eva una vez traspasan la puerta—. Hasta nunca.

Escucho sus pasos en el pasillo, alejándose. Y me desmorono. Es como si a mi alrededor solo quedaran escombros, como si ya nada se erigiera para sostenerme. Las piernas me flaquean. Me abrazo por la cintura con fuerza, pero algo en mi interior me impulsa a no dejarme derrotar. Es como si de repente comprendiera que quedarme quieta solo conseguirá aniquilarme del todo. Por eso empiezo a sentir la adrenalina surcar por mis venas, despertar mis sentidos, desbancar el miedo y el dolor, alzarme en pie de guerra. Avanzo hacia la puerta de manera sigilosa. Debo medir mis posibilidades, encontrar una acción capaz de devolverme a Gonzalo —sí, claro, ahora me he convertido en Rambo...—. Inspiro con fuerza para destensarme y suelto el aire por la boca, muy despacio. No tengo ni idea de cómo proceder, esa es la verdad y, aun así, me deslizo sin hacer ruido hacia la oscuridad que reina fuera de la habitación.

Los intuyo a pocos metros, en la escalera. El arma de Eva ya no apunta a la cabeza de Gonzalo, está apoyada en su cintura. La luz de la luna se cuela por las ventanas para iluminarlos de forma parcial. Él la sigue sin oponer resistencia, cabizbajo, y esa sumisión me hierve la sangre. Mi Gonzalo jamás se dejaría pisotear así si no fuera por mí. No es el momento ni el lugar, debería ser presa de otros pensamientos, pero descubrir hasta dónde es capaz de llegar mi hombre para protegerme me produce una calidez apoteósica, destierra cualquier atisbo de prudencia, me aboca a dar un paso irreflexivo y cargado de amor. Empiezo a bajar las escaleras con rapidez, sin medir mi ruido ni cómo se delata mi presencia. Ellos están llegando al rellano, donde la oscuridad se traga las sombras; es ahora o nunca.

—¡Eva! —grito a medio camino.

Ella se gira para enfrentarme y con el movimiento su arma se desplaza hacia mí. Hay un segundo de inflexión en el que la película de mi existencia se reproduce en mi mente. Es corta, solo incluye a Gonzalo, a su paso por ella, a mi amor. Porque, si de algo estoy segura, es de que vale la pena sacrificarme por él. Su mirada de horror está casi borrosa por la escasez de luz,

aunque su grito desgarrado, ese «no» que emite su boca con voz herida de muerte me basta para entender cómo le afecta mi decisión. Le dedico una sonrisa para tranquilizarlo. No tengo ni idea de si puede verla, aun así, la esbozo. Porque voy a morir, estoy dispuesta a ello, segura de hacerlo por la razón correcta. Por él. Por amor. ¿Qué mejor manera de despedirme? Cierro los ojos cuando veo el movimiento en el gatillo, cómo el dedo de Eva se desliza por él para disparar. Al escuchar el restallar de la bala, dejo de respirar un instante, a la espera del impacto. Estoy serena, mucho más de lo esperado. A veces las decisiones son un pozo de agobio, otras son fáciles y concisas. Tengo miedo, eso no lo puedo obviar, nadie acata su final con estoicismo, sin embargo, también sonrío, porque mi acto es puro.

—¡Gia! —El grito de Gonzalo es desesperado. Han pasado más de tres segundos, ¿por qué la bala no está en mi cuerpo? Atónita, escucho cómo algo cae al suelo, algo pesado.

Parpadeo inquieta, sin saber muy bien qué ha pasado. Me palpo el cuerpo, aunque no he notado nada... Entonces mis ojos enfocan a Gonzalo llegando a mí para rodearme entre sus brazos, con demasiada fuerza. Me estrecha tanto entre ellos que apenas puedo respirar. Escucho sus gemidos, sus lloros, sus palabras ininteligibles. Todavía no entiendo qué acaba de suceder.

—Está muerta —anuncia Patricia, y la confusión todavía es mayor—. ¡La has matado de un disparo a oscuras! ¿Qué cojones, Kayden? —Parece muy nerviosa. Sus palabras me dan una pista de la situación. Empiezo a temblar, mi cuerpo se desata al ritmo del llanto. La tensión de la situación se dispara, es como si de repente tomara conciencia de los sucesos y el miedo se apoderara de mí.

—Era ella o Gia —sentencia mi socio con un tono desconocido por mí hasta la fecha. Es frío, letal, exento de sentimiento—. Voy a llamar a la policía.

Los labios de Gonzalo buscan los míos con una desesperación palpable. Le devuelvo el beso, me inhibo una vez más de la realidad, sin deseos de enfrentarme a ella todavía. La razón me indica que Eva yace bajo las escaleras por una bala disparada por Kayden. Pero eso suscita tantas preguntas... Las ahogo entre los labios de Gonzalo, abrazándolo con fuerza. Mi lengua desata una pasión intensa, fruto de los nervios.

—Gia —me llama Patry—. ¿Estás bien?

Su preocupación genuina consigue separarme de Gonzalo a regañadientes. No podemos dejarnos llevar ahora, ambos lo sabemos, por eso nos alejamos despacio, reacios a perder la burbuja de aislamiento que producen los besos, como si pudieran alejar la realidad y no hacernos caer en ella. Mi hermanastra está a los pies de la escalera, apoyada en la barandilla, en una posición tensa. No me hace falta verle la cara para imaginarla crispada y llena de horror. A sus pies veo el cuerpo de Eva, desplomado, con una inmovilidad absoluta. Y Kayden se mantiene entero, como si no acabara de matarla. Habla con la policía con un medido control de sus palabras. Lo miro con desconcierto, sin reconocer a mi amigo en él. ¿Qué me he perdido?

—Estoy bien —aseguro bajando las escaleras para abrazarla—. He pasado un miedo de narices, pero ya ha acabado todo.

Ella se aferra al gesto con fuerza. Sus lágrimas salen en tromba, toda la seguridad en sí misma que suele mostrar se desvanece frente a la sensación de estar frente a una situación

desconcertante. Durante una eternidad permanecemos así, abrazadas en la oscuridad, sin atender a nada de lo que sucede. Patricia se muestra llorosa y no deja de pronunciar una y otra vez cómo de conmocionada está. Apenas me percato de la presencia de Kayden, de sus movimientos, de su conversación casi en susurros en la distancia, como si estuviera hablando por teléfono con alguien; un sexto sentido me advierte de que no está actuando con normalidad, de que debería prestarle atención. De repente, las preguntas suenan a más volumen en mi mente. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha disparado? ¿Qué lo ha hecho reaccionar así? ¿De dónde ha sacado el arma? ¿Y su puntería? No dejo de lanzar nuevas incógnitas, con una sensación extraña en el cuerpo. Las últimas semanas ha estado muy misterioso e inquieto. No nos ha contado dónde se va de vacaciones y llevo un tiempo sintiendo como si se estuviera despidiendo. Kay guarda demasiados secretos. Achacaba su estado a la situación con Patry, pero ¿y si hay algo más? Porque su actuación esta noche ha sido anómala...

Rico y Enzo aparecen en este instante, sus miradas se desbordan de horror. Los veo acercarse a Eva, examinarla un segundo, taparse la boca con un grito y luego venir hasta mí para envolverme entre sus brazos protectores. Me vuelvo a desmoronar, con las lágrimas muy presentes en mis ojos. Nadie habla, es como si las voces pudieran romper el halo denso que preside el rellano. Solo puedo escuchar el martilleo de mi corazón a toda potencia, algunas de mis respiraciones que salen en forma de resuello y las de mis compañeros, tan iguales... Los siguientes en aparecer en escena son Blanca, Íñigo y Sara, alertados por un mensaje en el móvil. Patricia ha avisado a la familia. Mis primos me sueltan y ellos ocupan su lugar al abrazarme. Blanca está poco rato porque necesita sentir a sus hijos cerca. Tanto Gonzalo como Patry se abalanzan sobre ella y mi hermanastro, mudos. Es como si todos sintiéramos el peso de lo ocurrido, las repercusiones, y a la vez el alivio de habernos deshecho de una persona de la calaña de Eva.

—La policía no tardará en llegar —anuncia Kayden de repente, con una voz muy medida, sin rastros de emoción, casi parecida a la de un robot programado para soltar palabras sin más—. No abráis la boca, yo me encargo.

Es como si me hubieran cambiado al socio. No queda nada de ese chiquillo que conocí hace años, uno con ilusiones, metas e ideas sin fin. Siempre ha demostrado una madurez muy superior a la requerida por su edad, por eso nos hicimos amigos, pero jamás había mostrado esta frialdad, como si matar a una persona no lo desestabilizara. Nunca ha perdido su parte misteriosa, es cierto, sin embargo, esta forma de actuar está tan alejada del Kayden que conozco... Sigue de pie frente al cadáver de Eva, sin mostrar ni un ápice de remordimiento ni de angustia. Si yo acabara de sesgar una vida, estaría llorando desconsolada. ¿Por qué está tan sereno? Mis ojos viajan hasta la mujer más oscura de mi existencia, hasta su cuerpo sin vida. Una mezcla de emociones se apodera de mí, una de ellas es liberación, y me siento culpable por ello.

El timbre de la puerta se ocupa de llenar el silencio. Los siguientes treinta minutos asisto a una escena surrealista. La policía entra con normalidad, junto con unos sanitarios que no tardan nada en certificar la muerte de Eva. Eso lo hace más real y tomo conciencia de que Kay ha apretado ese gatillo. El interrogatorio es más básico de lo esperado, apenas preguntan cuatro cosas sueltas, como si ya contaran con una versión de los hechos precisa. ¿Por la conversación de Kayden de

hace un rato? ¿Les ha contado lo sucedido? Lo normal sería arrestarlo para que demostrara la legítima defensa, ¿no?, que apareciera un equipo forense en plan CSI para inspeccionar la escena del crimen, un interrogatorio más profundo, incluso pedirnos que los acompañemos a comisaría. ¿Por qué narices están actuando así los dos agentes? Me desconciertan. Aunque mi cabeza no acaba de funcionar demasiado bien, es incapaz de procesar con lógica.

Levantán el cadáver con rapidez y solo hablan con Kayden, quien da respuestas concisas, frías, medidas. ¿Quién es este tipo? Patricia está mucho más confusa que yo, lo mira con extrañeza y también con dolor. Ambas nos damos cuenta de que mi socio solo nos ha mostrado una de sus caras. Tiene otra escondida, una que creo no me gustaría descubrir. Suele ser muy celoso de su intimidad, tomarse su tiempo sin nosotros, a veces incluso se va el fin de semana por ahí, a escalar o a hacer senderismo a algún lugar remoto. Pero ahora me pregunto si de verdad va a esos lugares o solo busca despistarnos para dedicarse a algo más.

—¿Qué piensas? —susurra Gonzalo abrazándome por la cintura. Me apoyo en su hombro y sigo quieta en un lado, observando el desarrollo de los acontecimientos. Kay ha tomado las riendas, es el único que habla y los agentes lo consideran normal. Yo no.

—Es todo tan surrealista... —respondo en voz queda—. No parece mi amigo, se comporta como si tuviera algún tipo de poder con la policía, como si estuviera por encima del bien y del mal. Y lo peor es que los polis le siguen el rollo. —Niego con la cabeza, angustiada—. No sé, Gon, Kay acaba de matar a una mujer, ¿cómo puede mantener esa sangre fría? ¿Hacer como si nada? ¿Comportarse con tanta serenidad? Tengo tantas preguntas...

—Habrá tiempo de contestarlas. —Me da un beso en el pelo—. Ahora concéntrate en lo importante. Ya nada se interpone entre nosotros, por fin tenemos un futuro abierto para querernos. Mi madre lo sabe y Eva ya no es un impedimento. Incluso hemos descubierto que tu padre lo aprobaba. Vamos a ser felices, Gia, a olvidarnos de todo aquello que nos hace daño y a superarlo juntos. —Levanto la cabeza para mirarlo. Veo un atisbo de sonrisa en sus labios y los míos también se arquean hacia arriba—. Te quiero tanto...

—Yo también estoy enamoradísima de ti, Gon.

31

Gonzalo

Ha pasado una semana desde el tiroteo que terminó con la vida de mi mujer y todo empieza a volver a su sitio, a resolverse. Mis suegros apenas pasaron aquí doce horas tras los sucesos, las suficientes para llevarse el cadáver a Barcelona y disculparse. Apenas nos hablamos, aunque son buenas personas y el tiempo curará las heridas. El informe policial deja claro que Eva me amenazó con un arma y estuvo a punto de matarme, por eso Kayden no ha pasado ni un solo minuto en prisión; no lo han acusado ni requerido, incluso me atrevería a decir que lo han tratado con un respeto digno de un rey. Pero, a pesar de nuestras continuas preguntas, él no ha soltado prenda de cómo se ha librado con esta facilidad de la justicia. Se ciñe al informe policial en sus escuetas respuestas y en la legítima defensa. Hay algo turbio en todo esto, y me encantaría desentrañarlo, aunque siempre queda la posibilidad de que solo sean suposiciones mías.

Gia duerme a mi lado, lejos de su enorme cama situada en la finca donde su madre vivió gran parte de su vida. Es un lugar cargado de nuestra historia y la de su familia, uno donde nos sentimos felices. Sin embargo, tras lo sucedido con Eva, nuestros corazones han entendido la necesidad de sanar apartados del centro neurálgico donde aconteció todo. Quizás es una reacción infantil... Deberíamos olvidarnos de la presencia de Eva allí hace siete noches y volver a ocupar su habitación en vez de mi pequeño apartamento de alquiler en Florencia. Ojalá fuera tan sencillo y bastara con aparecer allí para sentirnos cómodos. Las pesadillas de ambos son bastante aterradoras, hay demasiado todavía para procesar, revelaciones de gran calibre y estar cerca de donde Eva nos apuntó con un arma no ayuda a salir de la oscuridad.

Nos sucede lo mismo con la sede de Salavedra Games de esta ciudad. Ninguno de los dos es capaz de entrar en esa sala sin sentir el peso de las confesiones de Eva, del vídeo que todavía circula por la red, del eco en las revistas del corazón del final trágico de nuestro matrimonio. Es como si la cantidad insana de dolor, todavía acumulado en nuestros corazones, estuviera ligada de alguna extraña forma a esos espacios. Necesitamos aceptar, recobrarnos de los golpes y cerrar las heridas. Por eso hemos decidido regresar a Barcelona para terminar nuestro proyecto mientras el tiempo obra el milagro de mitigar el peso de los sentimientos, de la tristeza, del sufrimiento por tantas pérdidas innecesarias. Quizás a ojos del mundo fue una inversión desencaminada la de montar una sede en Florencia, una de esas ideas absurdas de cuando se tiene dinero y poca cabeza. Sin embargo, para mí fue la mejor decisión de mi vida. El dinero es algo nimio cuando se compara con recuperar a la persona a la que le regalaste tu corazón hace décadas. Y ahora la tengo a mi lado, ¿qué mejor manera de ampliar el capital?

La luz del amanecer se cuela por la ventana. El sonido del aire acondicionado zumbando a toda potencia muestra el calor imperante en el exterior. Es casi agosto, no son de extrañar las altas temperaturas del termómetro. La habitación no es muy grande, la decoración apenas se podría considerar funcional y está casi vacía. En el salón se acumulan las cajas con nuestras pertenencias que en pocas horas partirán para Barcelona. Hoy es nuestra despedida de los amigos, de Florencia, de cinco años separados... Íñigo ha decidido acompañar a su hermana en la aventura estadounidense. No es ni de lejos tan buen estudiante como ella, pero sí lo suficiente para convertirse en un alumno de la Universidad de Boston, a veinte minutos andando del MIT. Compartirán un piso en Boston y la experiencia de vivir a miles de kilómetros de casa. Se marchan esta tarde.

Patricia está contenta con la decisión que tomó, la emociona la idea de estudiar en una prestigiosa institución donde pueden ayudarla a alcanzar un mayor dominio de sus capacidades frente a un ordenador, sin embargo, la idea de separarse de todo lo conocido hasta la fecha la entristece. Gia, Rizo, Enzo y Kayden han sido su mundo de referencia durante años, ahora deberá encontrar esa seguridad en un país lejano. Y su mayor dolor es separarse de Kay, aunque ella no lo ha expresado así. Llevan una semana de luna de miel y a mí me estresa verlos tan acaramelados porque presiento la ausencia de futuro para ellos. Hay algo turbio en Kayden, algo que la destrozará. Solo necesito fijarme bien en sus acciones, en esos pequeños gestos de abatimiento que crispan sus rasgos en instantes fugaces. Tengo la extraña sensación de que se está despidiendo de cuanto conoce hasta la fecha. Y luego está lo sucedido con Eva y la policía... No entiendo de dónde sacó el arma, cómo pudo disparar con tanta precisión, por qué eludió la justicia ni cuáles fueron las razones para gozar de un trato preferencial de la policía.

Me gustaría tanto equivocarme, no ver a mi hermanastra con el corazón hecho trizas... Sin embargo, en el fondo de mi alma reconozco la verdad. Y quizá sea lo mejor. Si todo termina, Patry tendrá la posibilidad de vivir la experiencia universitaria con la excitación propia del momento, en cambio, si cruza el charco con el compromiso de una relación a distancia, no gozará de las maravillosas oportunidades que se le presenten.

Hoy tenemos una comida en un restaurante de Florencia para una despedida triste, y a la vez feliz, entre un grupo de personas que nunca perderemos el contacto cuando nos embarquemos en un vuelo rumbo a Barcelona. Sara y mi madre han permanecido en la finca de Gia durante esta semana, estrechando lazos. Arnau, el novio de Sara, vino hace un par de días para compartir con ella el reencuentro. Es un tío cojonudo, ha encajado a la perfección en nuestro grupo. Viajaremos todos juntos de vuelta a casa para enfrentarnos al último adiós, el de Patry e Íñigo. Me duele separarme de ellos ahora que los he recuperado, no puedo negarlo. Pero ya han retrasado una semana la partida, no pueden alargarla más.

Mis ojos recorren a Gia. Está colocada de lado, desnuda entre las sábanas, con una parte de la espalda al descubierto para mostrar algunos de sus tatuajes. Los repaso con el dedo, con mucha lentitud. Ella se estremece y noto cómo la piel se le eriza. Es tan bonita... Me acerco a su hombro para depositarle un beso suave. Ella ronronea y se gira con los ojos todavía cerrados.

Parpadea con un «mmmm» deslizándose entre sus labios. Cuando al fin consigue abrir los ojos los posa en mí con una sonrisa enorme.

—Buenos días. —Nos dormimos a las tantas, tras un par de pesadillas y hacer el amor para olvidarlas.

—Buenos días —respondo con mi dedo resiguiendo ahora la piel de su clavícula—. ¿Has podido descansar?

—Como un bebé. —Me lanza un beso y se endereza—. Voy al baño, no te escapes.

La sigo. La desnudez de nuestros cuerpos no nos inhibe a ninguno de los dos. Tiene unos rituales muy claros al despertarse, me encanta compartírselos con ella. Mientras se alivia en el retrete, me lavo los dientes canturreando en voz baja una de las canciones favoritas de Gia. Ella tararea en cuanto me escucha, entre sonrisas un poco soñolientas todavía. Después se acerca a la pila para coger su cepillo de dientes y luchar un poco conmigo por conseguir un espacio pequeño frente al espejo. Nos reímos mientras ambos acabamos con la tarea de mejorar el aliento matutino. Tiene el cabello enmarañado y la cara arrugada con muestras de sueño, pero sus ojos centellean con emoción, la misma que siento yo al despertarme cada día a su lado. Es como una ilusión hecha realidad.

—¿Cuánto vas a tardar en darme mi primer beso? —Se acerca de manera provocativa—. Porque ya estás tardando.

La envuelvo entre mis brazos y siento el familiar chispazo de mi fogosidad. Nunca tengo suficiente de ella, sentirla tan cerca, oler su aroma, escuchar sus respiraciones... Busco sus labios con rapidez, ansioso por devorarlos, y ella responde con ardor. La levanto en brazos para llevarla a la cama. Ella me cerca con las piernas por la cintura, emitiendo esos ruiditos tan sexys que solo consiguen endurecerme más. No puedo controlar las ansias de entrar en ella con urgencia. Es como si fuera una diosa de la lujuria, como si supiera qué tuercas apretar para llenarme el cuerpo de avidez. Cuando la tengo sobre el colchón, le abro las piernas y le froto el centro de placer con el dedo. Ella gime y se retuerce contra mí para conseguir una nueva pasada. Sonrío, perverso.

—Vamos a darnos un festín —anuncio—. Ten paciencia.

Su mirada lasciva es una invitación en toda regla. Se coloca de lado, preparada para que yo adopte mi posición, con la cabeza en su sexo, listo para devorarla mientras ella me folla con la boca. Lo hago despacio, observándola con una mirada depredadora. Primero la humedezco con un dedo, lo paso por su hendidura unas cuantas veces, sin detenerme donde me desea. Ella me lame el glande para después abarcar la longitud de mi erección con la boca. Utilizo la lengua para acariciarla con devoción, la concentro en el punto exacto de su placer, con círculos precisos. Mis toques cortos lo inflan, encendiéndolo. Ella gime y se mueve a lo largo de mi miembro, me produce un placer infinito. Aumento un poco el ritmo cuando su boca se mueve cada vez más rápido, acompañando a los ruiditos ahogados que pronuncia. Yo también gimo, perdido en el placer de sus gestos.

Llegamos rápido al punto de éxtasis. La explosión de Gia es potente. La siento contraerse, sacudirse, zarandearse, abrigar las oleadas de placer mientras sigue moviendo la boca sin descanso, alentándome a seguirla. Lo hago con rapidez, me corro, me vacío, gimo sin sacar la

lengua de su centro, sin abandonarla, sin dejar de escuchar sus ruiditos. Es como si el orgasmo me arrasara por dentro, lo siento álgido, voraz, letal. Después de las últimas réplicas ambos nos movemos para buscar los labios del otro. Nos besamos con ardor durante una eternidad, con las manos recorriéndonos la piel y despertando otra vez el deseo. Es una maldición porque siempre quiero más de ella, hundirme en su interior, convertirla en parte de mí.

Ella toma la iniciativa, me empuja con suavidad por los hombros para estirarme boca arriba y se sube a horcajadas sobre mí. Me introduce en su cuerpo con un movimiento lento, pausado, envuelto en gemidos. Luego se desliza arriba y abajo con la misma velocidad, una casi despertante. Me adentra en su abertura prieta y húmeda una y otra vez, jugando conmigo. Es una sensación muy excitante. Reprimo el deseo de agarrarla de las caderas para ensartarme en ella con un ritmo rápido, duro, hambriento. Gia toma el control. Se inclina hacia mí para ofrecerme uno de sus pezones cuando me cabalga con embestidas más seguidas. Lo chupo con ansia, lo mordisqueo, lo pellizco con los labios. Mi cuerpo está a punto de estallar, entra en combustión. Ella se mueve sobre mis piernas con movimientos que se acoplan a mis gemidos, a mis reacciones, a la forma en la que contraigo los músculos para llevarme a la cima con rapidez. Arquea el cuerpo un poco hacia atrás, se apoya con las manos en mis rodillas y me permite marcar el ritmo. La embisto con fiereza, entrando y saliendo de ella con movimientos secos, hasta que escucho su explosión y me permito seguirla, corriéndome con un placer infinito.

Se estira sobre mí con una sonrisa satisfecha y une nuestros labios. La estrecho entre los brazos para sentirla lo más pegada posible. Solo deseo esto, a ella conmigo para siempre. Nuestros besos se alargan, son tiernos, amorosos, cargados de sentimiento. Hablan de amor, esperanza, felicidad, futuro. Le hago el amor otra vez, pero en la posición del misionero, porque necesito un acto de amor eterno, demostrarle con hechos cuánto significa para mí. La amo más que nada, ansío tenerla de todas las maneras existentes, pasar el resto de mis días a su lado, convertirla en mi mujer, en mi amiga, en mi amante, en mi compañera de viaje. Y ahora por fin tengo la certeza de lograrlo.

A la hora de salir para la comida estamos en una nube. La felicidad se respira en el ambiente, se desprende de los poros de nuestra piel, se palpa. Porque nuestro destino se perfila perfecto y es lo único importante ahora, entregarnos a él, disfrutarlo, surcar sus olas con la ilusión de compartirlo. Hemos elegido un restaurante no muy lejos de mi apartamento, así que caminamos de la mano hacia él, dejándonos seducir por la majestuosa ciudad que nos ha acogido. Respiro paz, sosiego, verano.

—Me da tanta pena —susurra deteniéndose en la puerta.

—Lo sé. —La reconforto con un abrazo—. Pero no es un adiós para siempre. Volveremos con regularidad, ellos volarán a Barcelona a vernos y podrás tener tu estudio de tatuajes también ahí. —Beso sus labios—. Estaremos bien.

Asiente y me coge de la mano para entrar. Somos casi los primeros, solo encontramos a Patry sentada a la enorme mesa redonda de la sala privada del restaurante. Tiene los ojos rojos de llorar y una mirada rota. Gia corre a abrazarla al percibir su estado. Yo junto los puños, con deseos de

matar al capullo de Kayden, porque esto tiene su firma, estoy convencido. Ojalá no la hubiera herido otra vez. ¿Cuántas más está dispuesto a destrozarla?

—Se ha ido para siempre —susurra Patry. Señala un par de sobres colocados encima de la mesa, cerca de su plato—. Te ha dejado una cesión del estudio de tatuajes y una nota de despedida. —Se abraza a Gia para ocultar la cara en su torso—. A mí también me ha escrito una carta. Pero no la entiendo, ¿por qué ha sido tan bonita esta última semana y ahora desaparece para siempre? Pensaba que al fin teníamos nuestra oportunidad, incluso le pedí que viniera conmigo a Boston. Y ahora... —solloza—. Ahora ya no sé ni dónde encontrarlo.

Mataré a ese capullo. Me siento a su otro lado y escucho la historia de sus últimas horas juntos, cómo ayer, en vez de llevarla a su casa la invitó a pasar el día en un hotel de cinco estrellas, en una *suite* de ensueño donde vivieron unas idílicas horas. Y esta mañana se ha despertado sola en la cama, con los dos sobres y el móvil de Kayden sobre la almohada de al lado. A pesar de la despedida clara de la carta, lo ha buscado con desesperación. Se ha vestido con rapidez, ha bajado a recepción a preguntar por él. Allí la han informado de que la habitación estaba pagada hasta las tres, pero desconocían dónde estaba él. Entonces ha subido a un taxi para ir a su casa, donde el portero le ha explicado que Kayden se ha marchado del país y ha dejado el piso. Entonces ha vuelto derrotada al hotel y ha leído su carta.

—¿De qué sirve conocer sus sentimientos si no está dispuesto a luchar por ellos? —Nos muestra el papel con la letra de Kayden, su dedo se detiene en el «te quiero» final—. Explica muy poco, solo que el deber lo reclama y se va para siempre. ¿Cómo puede exigirme que no lo busque? ¿Y pedirme que siga con mi vida y lo olvide? ¿De verdad lo cree posible? ¿Acaso a él le será fácil? —llora con más fuerza—. ¡Capullo!

Gia también está conmocionada por la situación. Todos veíamos venir algo en relación con Kayden, pero ¿desaparecer así? Le doy un toquecito en el hombro a Patry para captar su atención. Ella se endereza, se separa de Gia y se enjuga las lágrimas antes de mirarme. Se nota a leguas su tristeza, y mi deber de hermano mayor se hace más patente. Debo consolarla y darle las bases para recuperarse cuanto antes. Es joven, su corazón sanará y se llenará con otro amor, estoy convencido.

—No le permitas destruir tus ilusiones, no se lo merece. —Le seco las nuevas lágrimas con la yema de un dedo—. Vas a iniciar una nueva vida lejos de aquí para perseguir tus sueños. Hazlo sin pensar en lo que dejas atrás, lucha por olvidarte de él, sé fuerte.

—Lo haré. —Asiente—. Juro por Dios que no me amargaré el MIT. Lo odiaré para siempre.

—Mejor consigue olvidarte de él, dejar de recordarlo, de sentirlo parte de ti —comenta Gia—. Es mi mejor consejo. Si sigues manteniéndolo en tu mente, nunca lograrás pasar página. Aunque los sentimientos no se aplaquen del todo, arrancártelo del recuerdo es lo mejor.

—Gracias. —Nos pasa un brazo por los hombros de cada uno y nos achucha—. Os quiero un montón.

Empieza a llegar el resto de la gente. La noticia sobre Kayden les duele a los primos de Gia y a mi hermanastro, pero a medida que pasan las horas conseguimos dejar atrás todo lo malo de los últimos días para convertir la comida en un evento digno de mención. Hay compañerismo,

felicidad, amor e ilusión en la mesa. Por las despedidas, los reencuentros, los futuros proyectos, el nuevo rumbo de nuestras vidas. Brindamos por nosotros y prometemos repetir este encuentro una vez al año, en una fecha parecida, antes de emprender las vacaciones anuales. Me parece una forma perfecta de mantener la llama de nuestra amistad. Mientras Gia esté a mi lado, cualquier idea me parece correcta porque mi hogar está con ella.

—Te quiero para siempre. —La beso al salir del restaurante muchas horas después.

—Y yo a ti.

Epílogo

Gia

Cuatro años después

Miro hacia el cielo al bajar del avión en el aeropuerto de Florencia a las nueve de la mañana, con el tiempo suficiente para pasar por la villa a dejar nuestras cosas antes de la comida anual en familia. El dulce aroma de agosto me llena de paz, escucho el calor del verano, el rumor de la Toscana, ese sonido sosegado de esta parte de mi mundo tan perfecta. La mano de Gonzalo se entrelaza con la mía y me fijo en su enorme sonrisa. Durante los últimos cuatro años nos hemos mantenido fieles a la tradición de pasar una larga temporada cada verano en la casa donde nos reconciliamos, donde mi madre cobra vida y mi padre se refleja en cada una de sus pinturas que decoran las paredes. Era un entusiasta de este paraje, muchas de sus obras más cotizadas se nutrían de los verdes que llenan los campos, de los monumentos de Florencia, de nuestro pequeño oasis de felicidad.

—¿Estás bien? —pregunta mi marido. Desde que empecé con los mareos matutinos por culpa del embrazo, se preocupa demasiado.

—Con ganas de ver al resto de nuestra familia.

Blanca se instaló en la casa hace un par de semanas. Tras años de dolor, por fin ha superado la pena, la depresión, su estado de angustia; ahora atesora los recuerdos de mi padre y se la ve feliz. Ha abierto una fundación para ayudar a muchas mujeres en riesgo de exclusión social, sobre todo al colectivo maltratado por sus parejas. Ese cometido la insta a luchar por superarse día a día y por compartir sus experiencias para el bien de otras. Y la llena lo suficiente para haber recuperado la sonrisa, la ternura, la felicidad. Aunque, cuando pierdes al amor de tu vida, siempre queda un resquicio de dolor asido a tu alma.

—Tengo antojo de tiramisú. —Sara me abraza por la cintura y se apoya en mí—. Espero encontrar uno en la mesa del desayuno.

—¡Tú y los dulces! —Sonrío. Reconstruimos nuestra amistad ladrillo a ladrillo. No fue fácil, requirió esfuerzo y tesón, pero los lazos que nos habían unido en el pasado volvieron a estrecharse hasta convertirnos en inseparables—. Nuestros niños serán unos golosos. —Le guiño un ojo porque ambas lucimos una incipiente barriguita y tenemos predilección por el dulce.

El MAP, al que llamamos *Mi absoluta perdición*, es un éxito rotundo. Sigo ocupándome de la personalización de los GeGe, una opción muy demandada; me apasiona realizar las ilustraciones para los clientes, crearles su avatar según sus preferencias. Es un proceso muy creativo, nunca me aburro de descubrir nuevas peticiones ni de buscar la mejor forma de plasmarlas en la pantalla. Pero no solo me dedico al MAP, he conservado el estudio de tatuajes de Florencia,

donde trabajo una vez a la semana para atender a mis más fieles clientes y disfrutar de una velada con mis amigos. Massimo desapareció a la vez que Kayden, por eso contraté tres nuevos empleados y ascendí a Chiara a encargada. También abrí uno en Barcelona, donde paso varias horas al día porque la demanda no para de aumentar. Quizá cuando nazca Guido deberé replantearme mi ritmo de vida. Me acaricio el vientre con emoción. Casi puedo vislumbrar su sonrisa.

Arnau y Gonzalo se han adelantado para ir en busca del equipaje. Mientras Sara y yo nos reencontrábamos, ellos forjaron una sólida amistad. Los cuatro nos hemos convertido en inseparables; la vida nos ha regalado momentos preciosos, como cuando Gon apareció en una de mis celebraciones de cumpleaños con Gigi, una preciosa perrita que salió del refugio donde trabaja Arnau. Es curioso cómo a veces pequeños gestos se convierten en bendiciones, porque la unión entre los cuatro nos otorga un sinfín de ilusiones. Mi amiga continúa con su ascensión en el mundo de las *influencies*, lo compagina con columnas fijas en cuatro revistas de moda y se ha forjado un nombre cargado de buenas críticas.

—¿A qué hora llegan tus hermanos y Carl? —pregunta Gonzalo arrastrando la maleta de camino hacia el coche de alquiler.

—Justillos. —Suspiro porque no me apetece recordar que han decidido instalarse en Nueva York después del verano de forma indefinida. Llevaba años esperando el regreso de los mellizos a casa—. Pasaremos a recogerlos antes de ir al restaurante.

Desde que Patry chocó contra Carlton en el pasillo del MIT en su segunda semana de clases, se ha convertido en su inseparable amigo y compañero de piso. Mi hermanastra lo llama un «amiflechazo» y lo ha integrado en nuestra familia de tal manera que ahora ya no la concibo sin él. Ambos se graduaron con honores hace un mes y han entrado en un programa de doctorado en la Universidad de Columbia donde solo admiten a los estudiantes más brillantes. Además, desde hace un par de años trabajan en un proyecto misterioso del que no quieren soltar prenda, y que es bastante lucrativo. Patricia se ha convertido en una chica reservada, apenas comparte sus logros, por eso no la presionamos para conocer en qué anda metida, aunque la curiosidad a veces me puede y disparo preguntas para instarla a contármelo, sin demasiado éxito. La sombra de Kayden todavía planea en su corazón. Patry no ha rehecho su vida sentimental ni lo ha superado del todo, por mucho que intente aparentar lo contrario. La conozco, sé detectar su tristeza, cómo compara todos los hombres con Kay y acaba dejándolos porque no son él. Se parece demasiado a mí en ese sentido. Mantiene una relación bastante informal con el chico que conoció hace años en esa discoteca de Florencia, cuando intentaba alejarse de Kay, un abogado llamado Borja que se instaló en Nueva York hace un par de años y con quien nunca ha perdido el contacto, aunque ninguno de los dos busca algo estable; se llevan muy bien, tienen una amistad sólida y una cercanía física esporádica que los satisface a ambos, pero nunca se han jurado fidelidad ni un futuro, ni se quieren de esa manera. A pesar de la parte sentimental, mi hermanastra parece contenta con la vida que ha elegido, y me alegro mucho por ella.

En cambio, la graduación de Íñigo no se ha llegado a producir. Durante los primeros años de carrera fue un auténtico bala perdida que se probaba a sí mismo matriculándose a mil asignaturas

diferentes, sin completar los créditos necesarios para graduarse ni encontrar su futuro académico. Mientras buscaba su vocación, trabajó de camarero, de dependiente, de comercial en una empresa de informática, de recepcionista y de vendedor de helados, pero nada lo satisfacía hasta que exploró una faceta que había mantenido en secreto, y se convirtió en un *disk jockey* de éxito.

Siempre supe que Íñigo era un entusiasta de la música, pero la única persona a la que había explicado su verdadera pasión fue Patricia. Vivir en un internado la mayor parte de su adolescencia lo ayudó a esconder su vocación real y, al llegar a Boston, la exploró de tapadillo. Trabajó con ahínco con esperanzas de comprarse lo necesario para convertirse en quien deseaba ser y luchó por cumplir sus sueños. Nunca entenderé por qué no nos lo contó con anterioridad, por qué se lo calló. Lo hubiéramos ayudado de corazón, pero él prefirió conseguirlo por sus propios medios. Cuando al fin nos lo confesó, me sentí muy traicionada, ya que me hubiera gustado estar a su lado, conocerlo de verdad, descubrir su interior, ese oculto bajo un manto de despreocupación y jovialidad. Ahora se ha convertido en uno de los DJ más solicitados de Boston y de Nueva York, y se pasa las noches pinchando por ahí. Dejó los estudios hace un año. Sonríe al pensar en él, sigue siendo un don Juan de manual y su carácter no ha cambiado ni un ápice. Es un chico feliz, sarcástico, divertido.

El coche circula por los paisajes tan conocidos y cercanos. Voy en la parte de atrás, junto a Gon, mirando por la ventana para embeberme del colorido, las extensiones onduladas de campos, la paz y el sosiego de mi segundo hogar. Tenemos previsto pasar por la finca para un desayuno tardío con mis primos y Blanca e instalarnos antes de la comida en el restaurante de Florencia que se ha convertido en nuestro lugar de encuentro. Es un recorrido agradable por la Toscana, uno que siempre me trae recuerdos. La mayoría son felices, aunque Kay aparece en muchas ocasiones en la memoria para enturbiarlos un poco. Lo echo de menos, no puedo negarlo, y más veces de las necesarias me pregunto qué fue de él, por qué se marchó, qué escondía, qué sucedió esa noche en la que me salvó la vida, de qué huyó al huir, por qué nunca más ha dado señales de vida... Gonzalo es de la opinión de que a veces es imposible contar con todas las respuestas y es mejor conservar los buenos momentos y desprenderse de los malos. Tiene razón, así que sonrío al pensar en él y me quedo solo con lo bonito que vivimos.

El desayuno tardío en el porche, junto a Blanca y mis primos, se llena de risas, emociones, conversaciones interesantes... Enzo ha conocido a una chica y nos anuncia su intención de traerla a la hora de la comida, la ha citado en el restaurante. Lo avergonzamos un poco con comentarios punzantes, pero enseguida lo abrazamos para felicitarlo. Ha sido un mujeriego irreformable durante casi toda su vida adulta, uno de esos enamoradizos que creen en el amor eterno solo el tiempo que dura su relación. A todos nos parece formidable ese cambio repentino, aunque no las tenemos todas con nosotros. Es una buena señal su intención de presentárnosla, es la primera de su larga lista de conquistas a la que invita a unirse a una de nuestras comidas familiares, pero ¿puede de verdad un casanova consumado reformarse? Este mediodía estaremos muy pendientes de él para observarlo con atención. A ver si esa mujer misteriosa de

verdad ha obrado el milagro. Me alegraría un montón por él. Porque si algo tiene Enzo, es una absoluta fe en el romanticismo.

Rico se casó el año pasado con Carla, una de las recepcionistas del hotel, tras una historia de amor digna de una novela romántica, con engaños, celos, prohibiciones y besos a la luz de la luna, a escondidas, secretos —ella tenía un novio de toda la vida...—. Son tan felices que a veces me cuesta creerlo de tan acaramelados que se muestran. Ella es el contrapunto de mi primo, saca lo mejor de él. Es una mujer tierna, apasionada, competente, fiera y peleona cuando corresponde. Se ha integrado con mucha facilidad a nuestro círculo, tanto entre el grupo de amigos que frecuento al regresar a la Toscana como en la familia.

Volver aquí me hace sentir en casa. El aroma de los campos de olivos de la finca, los colores y la vivacidad del lugar son como chispas de ilusión. En Barcelona está mi hogar, esa mansión enorme compartida con Gonzalo y Gigi, llena de recuerdos de mi padre, sin embargo, aquí guardo un pasado precioso. Es mi refugio, uno donde descansar, vibrar y respirar serenidad. Hace años vencí mi reticencia a volver a ocupar mi antiguo dormitorio, decidí que Eva no me privaría de mis mayores placeres ni volvería a hacerme daño, y he actuado en consecuencia. Subo con Gonzalo a esa estancia tan mía, tras compartir una hora con los míos en el porche. Mientras deshacemos las maletas charlamos alegremente de la comida, de la llegada de los mellizos, de cosas sin trascendencia.

Guardo a la última prenda en el armario, vamos a quedarnos quince días, así que hemos traído un montón de ropa. Luego repaso a mi marido con la mirada ardiente. Las hormonas del embarazo me agitan la libido con intensidad. Gonzalo está acabando de ordenar su equipo informático sobre la mesa. Me gusta un montón con ese vestuario tan informal: vaqueros desgastados y bajos de tiro, camiseta ceñida a sus músculos esculpidos en el gimnasio, descalzo... Es toda una tentación... Me quito con rapidez el vestido y la ropa interior.

—¿Nos duchamos? —pregunto con una mueca pícara. Él se gira para prestarme atención y veo con claridad cómo se le oscurecen los ojos al descubrir mis intenciones nada honestas.

—Si me lo pides así... —Se acerca con un andar travieso—. Eres mi perdición, Gia. Mi absoluta perdición.

—Y tú la mía.

Sus labios me reclaman. Primero en la boca, después en el cuello. Me agarra por la cintura para llevarme a la cama, donde me coloca de espaldas a él, con las rodillas sobre el colchón y el culo en pompa. Me acaricia la piel del trasero con las manos primero, luego me da un par de cachetes y lo lame después. Gimo, ansiosa por sentir sus atenciones en un lugar concreto. Tengo la cabeza apoyada sobre las sábanas. Muevo la cadera para ofrecerme a él, sin escatimar en mis jadeos. Mi sexo arde, ansioso por su lengua, sus manos, sus dedos, su invasión. La expectación me está matando.

—Te lameré hasta que te corras —susurra. Uno de sus dedos se dedica a moverse a lo largo de mi hendidura—. Pero antes te morderé ese culo tan prodigioso. —Lo hace tres veces y me produce chispazos de placer.

Usa la lengua para recorrer todo mi trasero y descender hasta ese lugar entre las piernas que

palpita por él. Lo provoca con la punta, realizando círculos cada vez más pequeños, más concisos, más urgentes. Ese movimiento me desata, me lleva a la cima con demasiada rapidez, me hace gritar. El ardor se apodera de mi cuerpo, lo convierte en un descontrolado ciclón de hormonas capaces de desatar el éxtasis. Lo siento cerca, formándose en mi vientre, a punto de traspasar la frontera de la expectación. Contraigo el vientre y los muslos, tenso hasta la última fibra nerviosa impulsada por esas caricias nada suaves que me deshacen en un placer desbocado. Me da un pequeño cachete que reverbera por mi cuerpo hasta concentrarse en ese botón a punto de estallar. Y lo hace, el orgasmo se apodera de todo, lo llena, lo precipita hacia unas oleadas álgidas. Grito su nombre, gimo como una posesa, me rindo al clímax apoteósico.

—Ni se te ocurra moverte. —Gonzalo se aparta de mí y enseguida siento su falta. Escucho la cremallera, después cuatro sonidos claros de que se está desvistiendo—. Voy a follarte, Gia. A meterme dentro de tu coño hasta el fondo.

No tardo en sentirlo dentro, de una estocada. Está de rodillas detrás de mí, sus dedos exploran una vez más el nudo de nervios capaz de desatar la explosión más placentera. Acelera su ritmo dentro de mí con mucha rudeza. La otra mano se dedica a mis pezones con devoción. Esta posición es alucinante, siento con precisión las embestidas, cómo se adentra en mí, cómo me posee. El orgasmo no tarda nada en estallar. Brutal, álgido, desgarrador. Mis gemidos traspasan la escala natural del sonido mientras mi cuerpo se entrega a sus arremetidas. Gonzalo se vacía en mi interior acompañado de sus gritos de placer.

Una ducha nos ayuda a recuperarnos lo suficiente para salir de la habitación a la hora. Lo hacemos abrazados, como siempre. Una de mis necesidades más básicas respecto a él es tocarlo a todas horas. Eso no desaparece con el tiempo, ni la avidez, las ganas de él, el requerimiento de estar a su lado, de compartirlo todo. Mis primos, Carla, Blanca, Sara y Arnau nos esperan en el recibidor. Nos vamos a dividir en tres coches para ir todos juntos al aeropuerto. Quizás es una locura recibir a Patricia, Íñigo y Carl en bloque, pero nuestros deseos de abrazarlos ganan la batalla a la lógica. Si bien las nuevas tecnologías logran lo impensable de mantener la comunicación muy fluida y cercana, no es lo mismo una pantalla que rodearlos con los brazos en carne y hueso.

El trayecto es bastante rápido. Gonzalo y yo vamos solos en el coche, acompañados del último envío de mezclas musicales de Íñigo. Es muy bueno, por eso lo reclaman en tantos locales de moda. Lo escuchamos por primera vez para tenerlo fresco en cuanto él baje del avión y podamos felicitarlo con la fiabilidad requerida. Empezó a mandarnos sus creaciones hace relativamente poco, y no me cuesta ver la expectación en su cara cada vez que nos pregunta por nuestras impresiones. Nos reunimos todos tras aparcar y caminamos envueltos en una conversación muy animada hacia la terminal de llegadas. Un mensaje de Patricia me informa de que su vuelo acaba de aterrizar. Todavía han de pasar los controles de inmigración y recoger el equipaje, eso nos deja una media hora de espera como mínimo. Nos sentamos en el bar para pasar el rato y mis pensamientos se pierden en mil recuerdos de otros momentos similares, de cómo hemos recorrido los últimos años, de las ausencias y las nuevas incorporaciones.

Al fin llega la hora de recibir a mis hermanastros y a su inseparable Carlson —el pobre perdió

a su familia de niño y lo hemos adoptado—. Aparecen con una sonrisa feliz y se dejan abrazar por todos entre grititos emocionados, besos, apretones e ilusión. Íñigo desata su lengua para explicar un sinfín de cosas a la vez, con esa necesidad de compartir experiencias que lo caracteriza. Carl no se queda corto, es un chico jovial, irónico y sin pelos en la lengua. Patry suele ser la más comedida, solo interviene para aportar trocitos de luz entre la cháchara de los otros dos. Caminamos juntos hacia los coches sin dejar de escucharlos, de reír, de sentir la felicidad del momento. Se suben los tres detrás de nuestro vehículo; al encender el motor mi móvil vuelve a conectarse al ordenador y la mezcla de Íñigo ocupa el silencio.

—¿Qué os parece? —pregunta con ansiedad—. ¿Suena bien?

—Es la puta caña —interviene Carl—. Tío, si ha triunfado en Nueva York y está a punto de saltar la frontera del estado...

—Nos encanta —secundo—. Tienes un talento increíble.

Se le hincha el pecho, y más cuando Gonzalo reafirma mis palabras. Durante diez minutos nos explica detalles de la mezcla, de sus próximos eventos, de la propuesta de una discográfica para grabar sus creaciones y hacerlas virales. Patricia está muy callada. La miro a través del retrovisor para observarla con disimulo. El primer año le costaba mucho regresar a la Toscana porque el recuerdo de Kayden continuaba muy vivo en su memoria. Lo lloró todo ese tiempo, pero ahora hacía mucho que no adoptaba esta actitud. Algo le ha pasado y estoy decidida a descubrirlo porque sus ojos están alicaídos.

Una vez en el restaurante, conocemos a Giorgia, la novia de Enzo. Me sorprende mucho la elección de mi primo. No es una chica dulce ni exuberante como sus anteriores conquistas. ¡Es policía! Y no una policía cualquiera, sino una inspectora del cuerpo con bastantes resoluciones de casos difíciles a sus espaldas por lo joven que es. Tiene dos años más que Enzo, un aspecto serio y le cuesta sonreír. Parece mentira que alguien tan cariñoso y zalamero como mi primo esté con una mujer tan opuesta a él. Físicamente impone. Alta, morena, musculada, con los ojos claros y una mirada fiera... Es guapísima, eso no lo puedo negar. Me fijo en los gestos de ambos y me alucina lo compenetrados que están, cómo se entienden. La acogemos en nuestro círculo con cariño y nos dedicamos a comer, beber, charlar y reír. Es cuanto necesito para ser feliz.

—¿Qué le pasa a Patry? —pregunta Gonzalo en voz baja tras el postre, ante un chupito de limoncello—. Está más apagada de lo normal.

—Me he fijado. —Asiento, preocupada—. Apenas ha hablado y no deja de toquetear el móvil. Deberíamos acorralarla, a ver si nos cuenta algo. Quizá se ha peleado con Borja. Ella dice que es informal, pero...

—Lo dudo. —Niega con firmeza—. La he visto hablar con él antes de salir de casa. Están como siempre. —Chasca la lengua—. Hay algo más. ¿La interrogamos después?

—¡Hecho!

Me tomo mi infusión porque en mi estado tengo prohibido el licor. Íñigo también mira a Patry con bastante intranquilidad. Está sentada ente él y Carl. Observo atónita cómo ambos chicos se inclinan hacia ella para cuchichear entre gestos un poco furiosos, como enfadados, y señalan el móvil varias veces. Ella se defiende con una mirada decidida y bastante airada. De repente, los

tres se levantan a la vez y se dirigen hacia los baños. No hay nada de normal en esa actuación, a pesar de haberse disculpado con nosotros. Le doy un codazo a Gonzalo para que me siga y vamos tras ellos. Pasan de largo los baños, que están fuera de la vista de nuestro reservado, y se encaminan fuera del restaurante por la puerta trasera para esconderse en el callejón adyacente. Nosotros los seguimos y nos resguardamos tras un contenedor, que milagrosamente se encuentra cerca de su posición.

—¡Prometiste dejarlo estar! —espeta Íñigo una vez se creen a salvo, amparados por la esquina—. ¿Qué narices crees que vas a conseguir? ¡Vuelves a estar obsesionada con Kayden! Y se fue, joder. ¡Te dejó!

—Lo habías dejado atrás —interviene Carl—. Hacía tres años que apenas lo recordabas. ¿Por qué no puedes obviarlo ahora?

—¡No lo he buscado! —responde ella con ansiedad—. Yo no quería volver a saber de él, pero luego apareció esto y... —Resopla—. ¡Es él, joder! Necesito respuestas, cerrar lo nuestro para siempre, entender qué pasó. Y al fin tengo la oportunidad de lograrlo.

—Sabes tan bien como yo que no es cierto. Que no te bastará con hablar con él. —Carl la abraza—. Por favor, Patry, olvídate de esta cruzada absurda de buscarlo. Si hubiera querido seguir contigo, no habría desaparecido.

—Habría venido a por ti —apostilla mi hermanastro—. Yo también lo echo de menos. Lo quería y me decepcionó. ¿Qué más da quién es ahora? ¿Dónde o con quién está? ¡Eres feliz, Patry! No lo arriesgues por él.

—Vale —acepta Patricia. Se guarda el móvil en el bolsillo y asiente con una sonrisa muy triste—. Lo intentaré.

—Muchas veces no vale la pena llenar los huecos —musita Íñigo—. Es mejor seguir con tu vida sin mirar atrás.

Cuando ambos la envuelven entre sus brazos, Gonzalo y yo volvemos dentro en silencio. Sabemos qué se siente cuando amas a quien no puedes tener.

—Entiendo que para ella no es fácil —susurra él antes de entrar en el salón donde está nuestra familia—. Me pongo en su piel con mucha facilidad porque nosotros también pasamos por algo parecido. Pero no hemos sabido nada más de Kayden y no vale la pena luchar por alguien a quien no le importas.

—No tengo ni idea de qué ha encontrado acerca de él, pero no debe ser demasiado alentador si está así. —Lo abrazo—. Seguro que Íñigo y Carl la disuaden de seguir indagando. Es mejor dejar el pasado donde está.

No tengo ni idea de si mi hermanastra volverá a enamorarse o se pasará el resto de su vida añorando a quien la abandonó, solo puedo desear que sea la primera opción y no se obsesione con encontrar respuestas que quizá solo la hieren más. Unos minutos después regresa a la mesa y su interacción con nosotros se normaliza. Parece más entera, menos rota, como si la conversación con Íñigo y Carl la hubiera convencido. Tres horas después salimos del restaurante dispuestos a pasar la tarde en el porche de la villa. Patry no ha vuelto a mirar el móvil, se ha unido a las risas, las conversaciones alegres y el buen rollo. Es una mujer fuerte.

Me siento en una de las sillas de mi rinconcito de la Toscana, acompañada de mi familia, de mis personas favoritas. Acaricio mi barriga con emoción, sintiendo a Guido en mi interior, y luego me dejo abrazar por Gonzalo. Nuestra historia no fue fácil, se enfrentó a mil obstáculos, pero al final hemos conseguido una felicidad duradera, y con eso me basta para encarar el futuro con la mayor sonrisa de la historia.

Mi adictiva perversión

#MAP2

Kayden y Patricia se amaban cuando lo suyo era ilícito e imposible. Ella luchó por estar a su lado, él por mantenerla alejada. Patry nunca se rindió, sin embargo, Kay guardaba un secreto capaz de destruirlos a ambos, uno que al final les rompió el corazón. Porque el amor no es domable y Kayden acabó sucumbiendo a él durante una idílica semana en Florencia antes de marcharse y abandonarla para siempre.

Cuatro años después, ella sigue recordándolo y él continúa añorándola.

Si como mínimo pudiera estar con otras mujeres sin pensar en ella, Kay conseguiría doblegarse ante las obligaciones impuestas por su destino. Si Patry dejara de recordar los días compartidos, sería capaz de avanzar. Si ambos dejaran de quererse, de anhelarse, de sentir esa atracción pecaminosa que los une a pesar de la distancia y el tiempo, lograrían olvidarse.

El MAP es una experiencia adictiva para los usuarios, un mundo virtual donde para llegar al círculo exclusivo has de pagar con un secreto. Y uno de esos secretos podría acercarlos de nuevo. Porque Patricia creó el juego y Kayden necesita ganar para conseguir una información vital.

Agradecimientos

A veces hechos insignificantes se convierten en la base para despertar una idea y llevarla a geminar. La chispa para el MAP surgió de una cena. Mi hijo acababa de empezar a trabajar como *game designer* en una *start-up* de videojuegos —Serious Games en realidad— basados en la tecnología de realidad aumentada. Él los diseña, los crea, les da vida, aunque en su caso son para hospitales y buscan mejorar la vida de los niños que los habitan. Mi total incomprensión del tema me llevó a hacer muchas preguntas —¿qué diferencia a la realidad virtual de la aumentada? ¿Cómo se te ocurren las secuencias? ¿Quién dibuja los personajes? ¿Qué tipo de juegos son los más vendidos?—. Con la última empezamos un debate que terminó mostrando la supremacía de la industria del sexo en el campo de los videojuegos. Y de ahí vinieron Gia y Gonzalo, el GeGe, el MAP, Florencia, La Toscana, mis chicos...

Àlex me ayudó a descubrir la trama y luego me previno acerca de los errores cometidos en el desarrollo del programa, gracias a él entendí que mi imaginación iba mucho más allá de la realidad, por eso Gonzalo pasó años desarrollando los trajes hápticos, muy en pañales en la actualidad. Aunque nadie descarta que algún día lleguen a ser como los he descrito. ¡Gracias, Àlex!

El camino de esta novela ha sido bastante solitario. Solo mi amiga Senda ha leído algún que otro trocito a través del chat, aunque no todo su conjunto. Le tengo que agradecer su paciencia, porque a veces simplemente le copio una parte del texto en el WhatsApp y le pregunto: «¿se entiende?», sin darle un contexto, sin explicarle demasiado qué estoy escribiendo. ¿Lo mejor? Ella siempre me contesta. Y se lo agradezco tanto...

Mi familia, amigos, compañeros, ¡gracias por aguantarme! Y, sobre todo, por acompañarme en todas estas aventuras locas que acaban convirtiéndose en historias. ¡Os quiero mucho a todos!

La editorial Lantia, en su colección Mil Amores, me ha acogido con esta historia, ha creído en ella y tiene ganas de ayudarme a compartirla con el mundo. No existen suficientes palabras de agradecimiento para explicaros cómo me siento. ¡Mil gracias por confiar en Gia y Gonzalo!

Tú, lector. Eres el alma de la novela, si no me prestas tus ojos, tus sentidos y tu ilusión de continuar leyendo no estaría aquí, así que para ti va el mayor de los agradecimientos, la fuerza absoluta de mi ilusión. Solo me queda desear haberte emocionado y acompañado en una aventura literaria placentera. ¡Gracias!

Índice

[Nota de la autora 7](#)

[Prólogo. Gonzalo 9](#)

[1. Gia 17](#)

[2. Gonzalo 27](#)

[3. Gia 37](#)

[4. Gonzalo 49](#)

[5. Gia 59](#)

[6. Gonzalo 69](#)

[7. Gia 79](#)

[8. Gonzalo 91](#)

[9. Gia 103](#)

[10. Gonzalo 117](#)

[11. Gonzalo 125](#)

[12. Gia 135](#)

[13. Gonzalo 147](#)

[14. Gia 157](#)

[15. Gia 167](#)

[16. Gonzalo 185](#)

[17. Gia 195](#)

[18. Gonzalo 205](#)

[19. Gia 213](#)

[20. Gonzalo 221](#)

[21. Gonzalo 229](#)

[22. Gia 239](#)

[23. Gia 249](#)

[24. Gonzalo 257](#)

[25. Gia 269](#)

[26. Gonzalo 279](#)

[27. Gonzalo 289](#)

[28. Gia 299](#)

[29. Gonzalo 309](#)

[30. Gia 319](#)

[31. Gonzalo 327](#)

[Epílogo. Gia 337](#)

[Mi adictiva perversión. #MAP2 351](#)

[Agradecimientos 353](#)